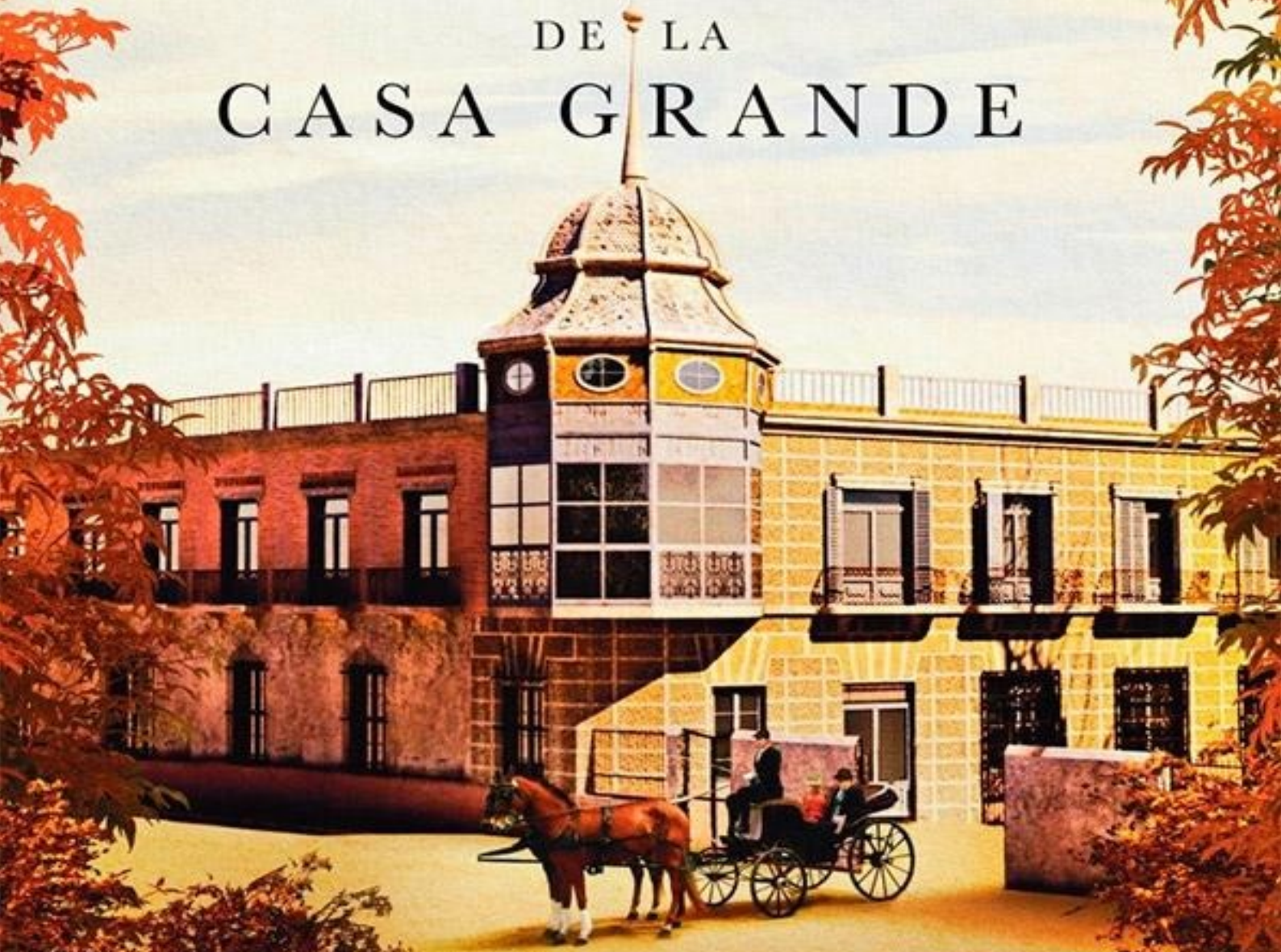


# JUAN RAMÓN LUCAS

## LA MALDICIÓN DE LA CASA GRANDE



Lectulandia

Esta es la historia de Miguel Zapata Sáez, Tío Lobo, un modesto ganadero que a finales del siglo XIX supo sacar provecho de la incipiente industria de la minería en la sierra de La Unión (Murcia) y, a partir de una pequeña venta creada para dar servicio a los trabajadores, edificó un auténtico imperio.

Una voz femenina apasionada, sin matices, que se expresa a borbotones, narra esta historia desconocida basada en hechos reales. Las pasiones amorosas, las relaciones amor-odio, la intrincada historia familiar, los sentimientos de venganza, la piedad, la generosidad y la tragedia se mezclan en cada una de sus páginas.

**Lectulandia**

Juan Ramón Lucas Fernández

# **La maldición de la Casa Grande**

ePub r1.0

Karras 29-08-2018

Título original: *La maldición de la Casa Grande*  
Juan Ramón Lucas Fernández, 2018

Editor digital: Karras  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Sandra, que hizo suya mi convivencia de años con Lobo y María, y fue siempre mi compañera y aliento en esta emocionante aventura vital.

A los mineros de todo el mundo.

Y a todas aquellas personas que sufren injusticia y abusos de poder.

Especialmente, las mujeres.

«Violado sin piedad el seno ruboroso de los montes, quedó el espanto desnudo en el fondo de la sima, porque se rebelaba contra el secuestro la trágica omnipotencia de la roca y defendía sus carnes, desatando las lívidas lagunas, los ácidos venenosos, los bárbaros gritos de las fallas, como si también las piedras tuviesen un sentimiento racional, una especie de humana volición».

CONCHA ESPINA, *El metal de los muertos*

## LA MEMORIA

Vuelvo a la casa de los hombres que amé y odié, donde aprendí a leer y se escribió mi destino, para romper la maldición que pesa sobre los Zapata porque quiero salvar la vida de mi hijo.

El viento maestral que emite sonidos dolientes y me trae hasta aquí los olores del puerto y el azufre de las minas me sigue evocando el recuerdo de lo vivido y lo perdido en este lugar lejano y violento.

Ya no quiero perder más.

Escucho de nuevo las voces de la estiba en el puerto y el mineral que se carga en los barcos de La Maquinista, pero ya no hay almas que me acompañen. O al menos no están aquí. Esperarán en el cielo el juicio final o acaso estén purgando sus pecados en un infierno aún más feroz y oscuro que este en el que reinó Miguel Zapata, el Tío Lobo, a quien su enfermedad y sus pesadillas atroces recordaron siempre la maldición que me ha traído aquí.

Fue el rey de esta sierra. Un tirano sin piedad que despreciaba la debilidad tanto como odiaba manifestarla. Sufrió, aunque pocos lo supimos, y a pesar de que todo lo que hay y hubo aquí se lo debemos a él o fue suyo, su memoria y su estirpe empezaron a desaparecer mucho antes de su muerte. Sembró prosperidad y progreso, pero también odio y desprecio a la vida; dio valor a esta tierra, pero al precio del dolor y la sangre con las que se sacaba el mineral que hizo ricos a los de su especie. Le temían y le admiraban, se servían de él o de él dependían, y ni una rata ni un conejo se movían aquí sin su permiso. Puso y quitó gobiernos, compró voluntades y decidió sobre todos nosotros. «Traedme muertos, que yo os enviaré a los vivos», dicen que decía a sus capataces en la mina. Y lo hacía. Era el dios de los hombres y también de los difuntos. Y, sin embargo, su memoria se perderá como se ha perdido su nombre y yo sé por qué, porque conozco la maldición que cada noche se le presentaba como una pesadilla violenta que le arrebatava el sueño, la vitalidad y la hombría. Esa maldición que tuvo presente cada uno de los días de su vida desde que la profecía empezó a cumplirse. Y que le sobrevive, como a todos los de su estirpe Zapata.

Por eso estoy aquí, María Ascensión Adra Contreras, María la Guapa, como me llamaron. Regreso para enfrentarme a Dios y al destino: quiero acabar con el silencio de la Historia sobre un hombre que tuvo lo que mereció, tanto los más atroces sufrimientos como el poder y la riqueza que buscó con determinación. Nada de esto que aquí veis, ni la casa, ni las minas, ni los barcos, nada sería como es sin la fuerza de este rey Lobo doliente y olvidado. Quiero contar su historia para que la memoria no se diluya en la ruina de la sierra vengativa y de esta España egoísta y olvidadiza.

Quiero que se le conozca y se le haga justicia no porque me importe su recuerdo, sino por su sangre, que es la mía. Quiero acabar ya con todo esto, para salvar lo único que me queda en esta vida: mi hijo.



# EL AMOR

Imagino que debería empezar por el día en que llegué a la casa. O quizá mejor aclarar ya que poco antes de que se me abrieran sus puertas, el día en que me dijeron que había muerto Joaquín Zapata Hernández, el hijo del Tío Lobo, se me cerró el corazón para los hombres.

Lo amé y aún lo amo, con el ansia de posesión con que se tratan los amantes escondidos, como lo fuimos nosotros. Yo era una niña, y él un adolescente de imperio y fortuna, el hijo del tirano, pero el día en que se me apareció como un ángel masculino y poderoso ya le quise desde la entraña hasta la piel que me quemaba con sus manos. Después de su muerte le vi cada uno de los días que pasé con él, en la mirada a veces feroz, a veces tibia, siempre viva, de su padre, Miguel Zapata Sáez. Hoy le encuentro en la calidez suplicante de los ojos heridos de mi Manuel.

Terminaba el otoño del año del cólera que cerró Cartagena. La Sierra Minera, cinco leguas de montañas de oeste a este sobre el Mediterráneo, entre Alumbres y cabo de Palos, bullía de ambiciones y desesperación con miles de seres humanos tratando de abrirse paso con sus familias hacia un destino tan luminoso como pudieran serlo el plomo o la plata que se escondían bajo la tierra esperando que alguien los encontrara y arrancara. Estaban ahí para los mejores, y cualquiera podía alcanzarlos.

Familias enteras de las ya agotadas tierras mineras de Andalucía, huertanos de levante, marineros, obreros expulsados de la ciudad, patronos que entregaron su fortuna al alcohol, comerciantes en busca de más negocio, prostitutas, ventajistas, delincuentes, curas, llegaban a la sierra como las ratas de Hamelín, presas de la melodía de riqueza cierta que el viento extendía en todas direcciones, como si aquí esperara a cualquiera un tesoro universal e inagotable, montañas inmensas, intocadas, de plata, plomo, hasta de oro llegaron a creer algunos, tal que un El Dorado cercano en el que había sitio para todos. Más de veinticinco mil almas donde medio siglo atrás había apenas trescientas.

Pero el aire mentía. La tierra vendía cara su entraña, a un precio que se cobraba ella como también los hombres que la pretendían. Solo los más fuertes tenían alguna posibilidad de salir adelante y a los demás los aguardaba un destino que quizá fuera peor que el hambre que los llevaba a huir de sus casas, porque sangra más el alma ante la condena al infierno de los tuyos que frente a tu propia muerte.

Se moría fácil y se mataba sin escrúpulo. Se respiraba el veneno que salía al aire desde las fundiciones y el que la ambición extendía en los corazones de las gentes de toda índole.

Cuando mi padre nos trajo aquí no era el minero sucio y violento que luego me torturó desde que tengo recuerdo. Madre, que nunca descansó en paz después de la noche en que ella y Juanico decidieron enterrar mi memoria, nos contaba que ella amó a un hombre valiente pero no cruel, y que fue este aire que corrompe a quien lo respira lo que le convirtió en el monstruo que acabó atravesado por la hoja de un cuchillo en un café cantante.

En aquellos años, la vida valía lo que uno era capaz de defenderla, o incluso menos, y morías en la calle, en el monte o en la sierra, si no enterrado en vida a decenas de metros de profundidad en un pozo húmedo y oscuro donde sacar piedras para después limpiarlas de escoria, fundirlas en lingotes y vender los metales con que progresaban un universo lejano y los dueños de las minas. El mundo era más feroz aún que ahora, que acaba de terminar la Gran Guerra, de la que ojalá hayamos aprendido para no repetirla.

En la sierra la ley era la del más fuerte, que era siempre el más rico, y el orden lo imponían el fuego de la pistola y la necesidad de comer. Pero ya lo iré contando, si encuentro el modo de ordenar mis pensamientos con el fin de dar a conocer esta historia y que no se pierda para siempre.

Recuerdo el día en que supe de la muerte de Joaquín como un martes frío y con nubes de plomo, de esas que llenaban el aire de olor a azufre y alquitrán. Días antes, un minero borracho había abierto en canal a un señorito a la puerta del Café de Peteneras, uno de esos tugurios en los que se entonaban los cantes flamencos y se desparramaban el alcohol y la lujuria, y no sé por qué pensé que podía haber sido mi Joaquín, que aunque no era pendenciero, sí tenía unos cuantos que querían encontrárselo en un callejón.

Qué difícil es amar con miedo, y yo lo tenía a que me lo mataran —que bien sabía la gana que le tenían a Lobo y a los de su sangre gentes sin presente ni principios como algunos de la peña de mi hermano Juan— o a que se supiera en qué secretos enredos andábamos, saltándonos la costumbre, la ley y el sentido común... que muy caro nos habría salido si nos hubieran echado cuentas.

Pero no me lo mató un hombre ni un animal, ni la ley, ni la deshonra. A decir verdad nunca lo supe, puede que fueran las fiebres del pantano o la peste colérica asiática. Tampoco importaba, e igual me da en el tiempo presente. A Trini sí, a Trinidad —la tercera hija de Miguel Zapata, la hermana que nació después de mi Joaquín y de Visitación— se la llevó el tifus, pero por mi hombre ni pregunté ni me lo dijeron ni quise saber. A los efectos de lo que me trae aquí, tampoco cuenta demasiado el cómo ni el porqué, solo que se murió él y se enterraron las pocas alegrías que había tenido en mi vida. No es que no volviera a tener ninguna más, no; es solamente que el luto se me caló de las ropas al carácter y aunque dicen que no dejé de ser guapa, sí me volví agria y me metí en soledades, y de no ser por las alegrías y las enseñanzas de mi Visitica y alguna que me dio el maldito inglés que me robó media vida, habría terminado muriéndome de pesadumbre y silencio. Y, bueno,

claro, Manuel, pero aún es pronto para traerlo aquí.

Con lo que yo era. Con el contento que repartía y el gusto que daba verme cantarina como si en la vida no hubiera otro fin ni otro propósito, como si se pudiera pasar sobre las penas y los dolores como sobre el agua tibia de la playa del Mar Menor, que se secaba y desaparecía dejando solo la sal que era alimento. Mi alma tenía luz y mis ojos y mis labios, chispas y fuego, que no lo decía yo, que eran palabras de mi Joaquín, y no sé si el recuerdo me engaña, pero fueron las últimas que me dijo antes de despedirse por su último viaje, no el de la muerte, no, sino a Madrid con su padre para cerrar alguna compraventa o algún soborno. Nos habíamos despedido donde la Esperanza, y me dejó pensando qué fuego y qué chispas veía en mi cara para mirarme de aquel modo a la luz del candil que hacía brillar el sudor en nuestra carne, y daba a su rostro más fuerza, más sombras y el misterio que encierran los hombres hermosos.

Desearía poder apartarlo de mí, porque me duele su memoria aunque hayan pasado tantos años. Querría hacerlo y poner mi atención en la niña enamorada en aquel Portmán bullicioso y animado, cuyo puerto sería, creo yo, como cualquier otro del Mediterráneo, el mar grande. Pero el recuerdo de Joaquín es material indispensable con el que construir todo esto que quiero que sean más que palabras y emociones, y en realidad nunca me abandonó, hasta llegó a poseerme cuando lo hacía Lobo, que era como tenerlo a él más viejo y sin su dulce perfume de piel suave.

Siempre había movimiento en Portmán, la más importante salida al mar de la Sierra Minera; siempre ruidos de puerto y voces de marineros en esta bahía luminosa y grande, en la que pronto destacarían los barcos de la flota de Miguel Zapata.

Pocos días antes de aquella primera visita a la que después sería mi casa durante casi el resto de mi vida, había bajado al puerto desde la de mi familia, en la falda de la peña del Águila, que vigila la bahía de Portmán y toda la sierra hacia el norte y el este, casi hasta el cabo de Palos. Tenía diecisiete años, un amor prohibido, algún miedo y muchas ilusiones. Y ya aquel día estaba empezando a cumplir sin saberlo mi propio castigo y la maldición que hoy me vuelve a traer a esta tierra.

Brillaba el sol de noviembre, que calienta las piedras y los ánimos.

—Ya terminó la subasta, María... Llegaste tarde.

Madre me había mandado al puerto pesquero a comprar pescado o buscar algún resto que pudiéramos pagar, pero me había entretenido mirando entre los barcos que al otro lado de la playa, en los muelles de tablero de los Zapata, cargaban mineral después de dejar el carbón que se quemaba en las fundiciones. Buscaba a mi Joaquín, del que no sabía nada desde hacía casi dos semanas, la tarde en que me hizo llegar por Teresa que no podíamos vernos porque le dolía la cabeza y no se encontraba bien. No debía preguntar por él, nuestro amor era un secreto, un torbellino de pasión feroz y clandestina que de conocerse nos condenaría a los dos, de modo que me asomaba a las tartanas o a los faluchos que llevaban la plata a los barcos grandes fondeados en la rada, como mirando el mineral y los marinos, y entre risas y comentarios que una

dama no ha de reproducir iba descartando uno y otro, sin perder la esperanza de encontrarme con sus ojos vivos y felices y su sonrisa imprudente tras una vela o saliendo a una cubierta. Pero nada. Y había llegado tarde a la subasta de pescado en el otro muelle.

—¿Y tú no tienes algo para venderme?

—Depende de lo que pagues por ello.

—Poco tengo. ¿Qué me ofreces?

—La luna si te vienes conmigo.

—Qué descarado eres, Martín.

—Y tú qué guapa, María.

Y así me llamaban, y así me veían. Martín era amigo de mi hermano Juan, que trabajaba en una de las minas de Miguel Zapata, y quería cortejarme desde hacía tiempo. Quizá lo hubiera conseguido, de no ser...

—Martín, María —la voz llegó firme desde uno de los laúdes de pesca que faenaban al otro lado del monte de las Galeras y que andaba ya tirando cabos para amarrar—, ¿sabéis lo de Zapata?

Los dos nos miramos y negamos con la cabeza.

Aurelio, el pescador, llegaba de la playa de El Gorguel y se había cruzado con una barcaza del Tío Lobo.

—Que ha muerto el hijo —disparó a bocajarro, y sus palabras me penetraron como una astilla afilada aun antes de haberlas digerido. Preferí matar a Miguel, el pequeño. O a Visitación, su hermana.

—¿Hijo o hija?

Había oído perfectamente, pero quise negármelo, o que él me negara.

—Hijo, hijo —repitió—. Me han dicho que se ha muerto de fiebres, quién sabe si de tifus, o de qué, el mayor, Joaquín.

«Me han dicho... Joaquín. Joaquín. Joaquín...», y el sonido de ese nombre empezó a golpearme la cabeza con la metálica intensidad de una campana. Solo lo detuvo un repentino enjambre de cuchillas abriéndome hasta el corazón, y perdí entonces el sentido y la conciencia. Me desplomé como sin vida, sin aire, derribada por el dolor repentino. Quise gritar pero no pude. Martín se agachó y comenzó a agitarme asustado.

—¡María! ¡María! Pero qué te pasa, mujer. ¡Trae agua, Aurelio!

Desde el suelo, y entre claroscuros, veía cada vez más caras a mi alrededor, oía voces, gritos y sentía dolor, un dolor inmenso, desconocido y universal. Mis gritos se quedaban dentro, no tenía voz, y en la nebulosa que me envolvía me pareció por un momento ver la mirada intensa y alegre de Joaquín Zapata Hernández, el hijo mayor del amo don Miguel; mi amor, mi hombre, mi destino y mi locura, pero no podía ser porque toda mi devastación repentina nacía precisamente de su muerte. Había muerto, no podía creerlo, no podía ser verdad, y así y todo mi alma y mi cuerpo lo habían dado por cierto, y deshecha sobre las piedras frías del puerto de Portmán,

frente a los barcos del imperio que un día habría sido suyo, y las fundiciones enormes y las chimeneas que perfilaban los picos y laderas de la sierra, sentí como nunca había sentido ausencia alguna y traté de levantarme para correr a buscarle y oír que era mentira. No podía, no pude. Me atacó de repente el agua fría y violenta, salada, que echaron sobre mi rostro sacándome de la espantosa ensoñación. ¿Sería una pesadilla?

Abrí los ojos y a mi alrededor sentí voces confusas, rostros asustados.

—Llamad al médico, estará en La Caridad.

—Salió de tarde...

—Pues a Cartagena.

—¿Qué dices?

—En la carreta, menos de una hora.

—No —decía alguien más lejos—, a La Unión... que el cólera asiático...

—Pero ya se terminó...

—Quia... que todavía puede quedar en el aire o en el agua.

—Avisad en su casa.

—Pobre viuda, ahora la niña.

—¿Y cómo ha sido?

Niebla. Voces que van apagándose. Oscuridad.

Desperté en mi cama, con madre sentada a mis pies mirándome resignada, austera como siempre.

—Te ha *dao* un desmayo, pero ya estás bien. Dice el doctor que no es de anemia ni del tifus, y tampoco de la peste colérica, aunque hay que esperar.

Lo dijo con frialdad, como si no le importara que yo también pudiera acabar como tantos otros en aquel tiempo, muertos y secos por el mal que venía del agua, ese cólera que tanta muerte había dejado ese verano por la peste que trajeron las inundaciones y torrenteras, y dicen que una puta que vino de Alicante. No le eché cuentas. Oía sin escuchar, porque el primer pensamiento consciente que tuve fue que Joaquín había muerto y yo no volvería a verle.

—¿Es verdad lo del hijo de Lobo, madre?

Tardó en responderme. En realidad, no lo hizo. Habló despacio, aparentando sorpresa, pero me dio en el corazón que quería conjurar el temor que quizá le rondara desde tiempo atrás.

—¿Y a santo de qué viene eso, María? ¿Es que se te ha perdido algo con esa gente? No sé nada de esa familia, ni quiero. Y, sí, he oído lo del mayor, pero bien muerto esté, si por sus venas corre la misma sangre que tiene el padre, sin corazón.

Cerré los ojos para no estallar en llanto, pero no pude contenerme. Creo que tampoco quise.

—Pero ¿qué lloras, niña? —gritó temiendo que se fuera a confirmar su barruntamiento—, pero ¿qué te importa a ti que se muera un Zapata? ¿O es que...?

No dijo más. Me miró en silencio, con violencia. Si hubo una mirada capaz de

matar, esa fue la de mi madre aquella tarde, en ese preciso instante en que supe que tendría que salir de aquella casa que era la mía; que nadie en ella, ni madre, ni mi hermano, ni persona alguna en mi mundo entendería que yo tuviera amoríos con alguien tan lejos de nuestras vidas salvo para hacerlas más amargas; que mi destino era el castigo por un amor ilícito y contra la naturaleza y las leyes; que habría sido mejor hasta amar a otra mujer, como hacía Anica la Tuerta; que el mismo Dios me había enviado esta muerte como aviso por ceder al corazón y la carne, por un pecado de amor que iba a empezar a pagar en ese momento.

Pero no recuerdo haber sentido entonces miedo. Ni al dolor, ni a la deshonra, ni a la silenciosa violencia de mi madre. Sola y hundida lloré durante horas o días que me parecieron meses o años. Lloré una soledad helada como el viento de invierno, como este maestral que entra por el puerto y silba espantosas melodías en las noches de temporal. Lloré como las viudas de los mineros que se saben abandonadas a la miseria de estas calles grises, pasto de los depredadores de carne de mujer, a no ser que tengan hijos en edad de ser entregados como alimento al dios Saturno que habita estas montañas.

Cuando Juanico volvió de Santo Tomás, la mina de Zapata apenas cuarto de legua monte abajo, madre le contó entre sollozos que algo tenía con el heredero porque lloraba su muerte más de lo que lloré la de padre. Preguntó sin esperar respuesta, porque no pude darla, no me dejó hablar. Me sacó a empujones de la cama y de la casa, y me tiró al camino áspero de polvo de invierno y piedras ocres. El aire era frío, aunque menos que la tierra sobre la que caí, y noté mis lágrimas fundirse con la arena y la boca se me llenó de salitre y polvo.

—¡Puta y mil veces puta! —gritaba Juan, mi propio hermano, como poseído por el diablo—. ¡Será verdad que te has revolcado con el hijo de ese canalla, que lo es tanto como su padre! Son el demonio en esta tierra, los que se hacen ricos con nuestra sangre. ¿Qué querías? —su tono cada vez más áspero, despectivo, resonaba en el monte como el eco de los lamentos mortales de los mineros tras los derrabes—, ¿querías ser uno de ellos? Pues ahí los tienes, un poco más abajo está su mina, y en el pueblo, su casa. ¡Vete con ellos, a ver si te quiere Lobo!... ¡Putá!

El estrépito de la puerta cerrándose para siempre fue lo último que oí esa noche.

Quedé sola y tirada en silencio, envuelta en una luz tenue de estrellas y el eco de sus reproches de sangre. Por un instante olvidé la ausencia que me había abierto el camino a la destrucción y sentí que helaba, y el picor del polvo en la boca y los ojos. No podía moverme, llevada por un agotamiento insuperable, y poco a poco, con la voluntad rota, anulada, fui cayendo en un sopor amargo y tan pesado que ni piernas, ni brazos, ni labios contra el suelo, ni el rostro arañado sentía como míos. Ni el frío. Solo el dolor, la angustia por la soledad eterna a que me enfrentaba y la espantosa certeza de que jamás volvería a ver a Joaquín. No era yo quien estaba tirada frente a la casa como el agua que sobra o el perro muerto, sino un cuerpo inerte negro de dolor por dentro que no quería volver a moverse ni a palpar siquiera. Antes de

perder toda conciencia, pude observar cómo desde una ventana madre me miraba sin expresión, como ida, y Juan la apartaba violentamente y apagaba la vela junto a ella. Deseé con todas mis fuerzas que la mía también se extinguiera.



A veces se me confunden los recuerdos y se presentan como una madeja de la que no puedo sacar el hilo. Quedan, como siempre, las emociones y los dolores. Sí, los dolores más que las alegrías. Están más vivos, duran más, son más intensos, como esos cantes flamencos que trajeron mis paisanos a la sierra y que han hecho suyos los mineros para pasar el trago de su noche eterna y sacar de dentro los miedos a no salir jamás del agujero polvoriento y húmedo. Que son cantos del alma, aunque suenen en sucios templos de la carne como los cafés de Rojo el Alpargatero.

Nuestra casa estaba junto a la fuente de la Peraleja, sierra arriba, bajo la peña del Águila. Alrededor había media docena de pozos a los que les ponían nombres engañosos, como El Consuelo, La Pura o Resucitada. Los nombres de las minas siempre son santos y virtudes, o vírgenes y esperanzas, como si con ellos se quisiera esconder la verdad de su naturaleza infernal. Porque la mina es el infierno, las entrañas calientes de la tierra adonde van a parar los miserables abandonados de Dios y despreciados por los hombres. Seres que llegaron con ánimo de conquista, pero a los que la verdad y la violencia dejaban sin otra ambición que sobrevivir para obtener el pan de sus hijos, o simplemente mantenerse con vida. Hombres que terminan renunciando a todo lo que los demás tenemos fuera, como la luz, los olores o los cariños. La oscuridad de la mina ensombrece sus almas y les cierra el corazón y el entendimiento. Dejan de querer a los suyos y le devuelven a Dios su castigo y su abandono y rezan a la carne y se dejan en manos del alcohol y las blasfemias. Mi padre era así, aunque un día amó y sonreía.

Casi todas las minas de aquella ladera de la sierra eran de los ingleses, que las cedían a partidarios a porcentaje: tanto sacas, tanto me das, no me importa cómo, y si no tienes dinero para sacar el mineral, yo te lo presto y me vas pagando. Y así aumentaban las deudas, y así se arruinaban partidarios y se enriquecían los señores. El minero vendía su alma por pan, pero otros abrazaban al diablo por el dinero de las partidas. Y por encima de todos ellos, los que poseían las tierras y daban las órdenes y pagaban mucho menos de lo que sacaban de beneficio, como los ingleses, o como Zapata, que empezó de ventero, prestamista y arriero y ya por entonces tenía también allí partidarios y peones, y visitaba la sierra para vigilarlos.

No tengo por seguro cómo ni cuándo me levanté, pero años después me dijo mi hermano, en una de aquellas acometidas a la puerta de la Casa Grande para pedirme dinero o la clemencia de don Miguel, que cuando él salió de madrugada a la mina yo ya no estaba allí. Tampoco se le había ido el alma o le había dolido aquella ausencia, porque para él y para madre, a la que nunca volví a ver, yo dejé de existir el día en

que supieron —valió la sola sospecha— de mis amores con Joaquín. Y eso que ignoraban, como yo misma, que ya era parte del drama que iba a seguir sembrando la maldición de los Zapata.

Mi incierta memoria evoca aquel cuerpo apenas cubierto por un camisón de lana andando camino abajo con el calor débil del primer sol que asomaba frente al mar de Calblanque y Atamaría. El bullicio de los pájaros en la pobre pinada cercana a la casa —mutilada, como todos los árboles de la sierra, por la urgencia de la entibación de las galerías de mina— me decía que acababa de amanecer. Sentía mucho frío mientras caminaba hacia el sendero de los arrieros y me dolían las carnes y los huesos como si hubiera rodado por un barranco o caído a un pozo de los muchos que había abiertos alrededor.

No sabía muy bien con qué destino o en qué dirección escapar, hasta que pensé en la gitana del puerto. Esperanza, así se llamaba, tenía una casa de huéspedes para marineros y gente extranjera, que había sido el lugar secreto en que nos encontrábamos Joaquín y yo a escondidas para llenarnos y vaciarnos con el ansia de los amantes clandestinos. Bien le pagaba a ella el escondite y su silencio.

—Nunca nos delatará, minerica, no le trae a cuenta, pierde más de lo que gana.

—Pero si se lo dice a alguien, nos habremos condenado.

—De buen grado me condenaría por ti, María. Pero descuida, nada dirá. ¿Con quién crees que tratas?

Y me lo decía orgulloso, altivo, con esa mirada de ojos vivos y traviosos y la firmeza de voz de hombre que sabe lo que hace, aunque apenas hubiera salido de la adolescencia. Ese hombre —lo era, vaya si lo era— que me había robado el sentimiento con tanta fuerza como para haberme puesto en el abismo y estarle yo agradecida.

—Pero es una gitana...

—Y yo soy Joaquín Zapata.

Nada podía pasarnos.

Hasta este día en el que estaba empezando a despeñarme.

Decidí ir en busca de aquella mujer, pedirle ayuda a la única persona que, además de mi Teresa, podría entender mi desolación infinita. Conocía bien el camino y la determinación alimentó mi ánimo. Pero no quería toparme con las recuas de los arrieros que desde el alba trajinaban el mineral de los pozos a las fundiciones y al puerto, así que me mantuve todo el tiempo posible oculta entre los pinos hasta que pasaron dos muy juntas, y creí que tendría tiempo de bajar a Portmán antes de que lo hiciera la siguiente.

Mi aspecto probablemente recordara a un muerto, enferma de dolor, llena de polvo y con la ropa de dormir como único abrigo. Caí en ese momento en la cuenta de que estaba casi desnuda. ¿Cómo podría entrar así en el pueblo? Sentí miedo y una vergüenza anticipada a la que me angustiaría al alcanzar las primeras casas en la ladera de la montaña. Pero no tenía más remedio que seguir adelante. Sea como fuere,

había de llegar a la posada de Esperanza la gitana, una de las últimas casas del pueblo, en la linde del puerto pesquero.

El sol de otoño que empezaba a elevarse sobre la sierra siguió aliviándome la sensación de abandono. Continuaba dolorida pero dejé de tiritar. Respiré hondo y me negué a compadecerme. Si tenía que pasar por esto, que así fuera, que Dios me tuviera en su infierno castigada por mi pecado, y si quisiera llevarme, que lo hiciera. Si no, adelante, y mientras andaba despacio sentí que las primeras claridades y el canto de los pájaros me apaciguaban el ánimo y se me quitaron las ganas de morir.

Comenzaron a dolerme mucho los pies desnudos. No es que tuviera pies finos de señorita, pero no estaba habituada a caminar así por la sierra. Ni de cría. Éramos pobres, pero muy dignos. Madre nos calzaba y vestía con pulcritud de niños ricos aunque los vestidos fuesen siempre los mismos. No salíamos de casa sin la ropa limpia, peinados y arreglados como para una boda. Enseguida nos manchábamos del polvo gris de las chimeneas y la tierra roja de los caminos, pero eso era el azar, la naturaleza extraña, lo que de ella ni dependía ni podría depender nunca. Por tanto, solo era su problema al regreso, cuando tenía que encargarse de limpiarlo todo. Siempre se desentendió de lo que creía fuerza del sino. Si padre se emborrachaba y volvía de madrugada gritando y violento, era porque lo disponían Dios y el destino, unas veces el uno más que el otro. Nunca reaccionó a su violencia, ni siquiera cuando la tomaba con nosotros. Se le oía gritar desde fuera, vigoroso, inmenso y enorme con aquella voz de trueno bíblico, como imagino que deben de tenerla los dioses griegos que creían ellos que vivían en el monte Olimpo.

Padre era esas noches la furia desatada de un animal de ojos encendidos y olor a sangre y alcohol. Golpeaba la puerta como queriendo derribarla y llamaba a gritos a madre, que, nerviosa y asustada, segura de lo que le esperaba, se ajustaba el pelo y el ánimo para pasar lo mejor posible el sacrificio.

—¡Voy, ya voy, que vas a tirar la casa!

Levantaba la voz como queriendo disputarle la partida, pero lo suyo eran ladridos de perro asustado frente a la fiera.

—¡La tiraré si quiero, porque es mía! —respondía con palabras lentas, pesadas de alcohol, y ese vozarrón que tronaba en medio del silencio—. ¡Como todos los que estáis en ella!

Posesiones, eso éramos. Eso fuimos siempre. Posesiones en noches violentas, posesiones en mañanas de resaca amarga por falta del jornal que no cobraba por quedarse en la cama. Hacía su voluntad sobre todos, con las palizas a mi madre y a Juanico, y a mí me buscaba y acariciaba sin rastro alguno de afecto o cariño en aquellos rincones que siempre me dolían por la torpeza de sus dedos pero, sobre todo, por la intuición, desde muy pequeña, de que aquellos territorios que tomaba y arrasaba jamás deberían someterse a voluntad alguna que no fuera la mía. Años después volvía a repetirse con otras manos y otro hombre, pero para entonces el sometimiento no era ya una rutina, sino la posibilidad de supervivencia.

El único hombre que no me había envilecido acababa de morir. Y yo estaba llorando su muerte sola, en el amanecer de un día de noviembre, medio desnuda, con los pies descalzos y doloridos y casi con más miedo a los ojos y la lengua de los demás que a mi propia soledad.

Portmán no era muy diferente entonces a lo que es hoy. Su bahía cerrada llega a sorprender por su amplitud al navegante que atraviesa por primera vez el estrecho entre el faro y el monte de las Galeras. Hay mucho movimiento en el mar, con las barcas que desde los pantalanos de madera trasladan a los grandes barcos anclados en el centro de la bahía el mineral para fundir y las barras de metales ya listos. Las fundiciones de Zapata, donde se separa la pirita, el manganeso y las hebras de plata, se yerguen al este, ruidosas y grises, y elevan al cielo inmensas chimeneas que desafían los bosques de ladrillo de las máquinas mineras. Desde la montaña que corona la peña del Águila, al este del monte Sancti Spiritu y el Cabezo Rajao, se observan decenas de chimeneas por las que sale al cielo el vapor de los motores que mueven los castilletes y el humo de la combustión del mineral en las fundiciones. Al norte, al este y al oeste, pozos abiertos y humeantes torres de ladrillo. Huele a polvo, azufre y metal, y el ruido del puerto apenas consigue elevarse sobre el traqueteo constante en los pozos.

Aquí son imposibles la paz y el silencio.

Desde las minas más altas, frente a la costa, sobre Portmán y Escombreras, hay senderos de piedra que recorren al amanecer los arrieros. Van en recuas de nueve o diez animales, cargados de cestos de esparto o sacos de a quintal de galenas que salen de la mina para la fundición donde se alumbrarán los metales codiciados, plomo y plata.

El año en que murió Joaquín hubo una revuelta porque Zapata, que conservaba decenas de recuas desde sus primeros tiempos aquí, se había traído de Inglaterra un ingenio para llevar el mineral desde la mina Lucera, en lo alto del Sancti Spiritu, a sus fundiciones del puerto. Yo los había oído murmurar y maldecir.

—Este hijo de mala madre nos va a dejar sin pan.

—Pues algo habrá que hacer.

—¿Qué?, ¿matarlo?, ¿tirarle las torres?

—Algo.

Y una mañana se pusieron de acuerdo para no llevar la carga de Zapata. Lo mantuvieron día y medio, pero él respondió al desafío anotando en su voluntad y su memoria los nombres de quienes le habían afrentado y prohibió que volvieran a pisar sus concesiones, y les cerró la venta de mineral a cualquiera de sus fundiciones y los señaló como revolucionarios, y se convirtieron en apestados porque el miedo que ellos no tuvieron a Zapata sí apretaba a cualquier otra persona de la sierra.

Obtuvieron de su queja miseria, y no impidieron que Zapata tendiera aquel invento, que era un cable elevado por torres como castilletes que por el aire bajaba el mineral de la mina a la fundición y luego a la rada y los barcos en muy pocos

minutos. El progreso, decía él. El progreso, aplaudieron en el pueblo, y lo celebraron como la llegada del tren o del teléfono, o como olvidaban el precio pagado por aquellos hombres que se atrevieron a plantarle cara. Zapata siempre respondió a la dignidad del prójimo como si él fuera el único capaz de administrarla.

Algunos de esos arrieros —ya están casi todos borrados de mi memoria— bajaban aquel día con las primeras claras desde el bosque de minas de la peña del Águila o la Cruz Chiquita hasta Portmán por el camino que se abría a mis pies en dirección a la casa de Esperanza.

Tomé el sendero a cierta distancia de la última de las recuas, hasta que decidí acercarme y descender medio oculta junto a los cuartos de los últimos asnos y bajar a su paso. Sentía las piedras duras y afiladas y el borde áspero de las gachas que empezaban a calentarse por el sol y los cascos de las bestias. Bajaba completamente entregada a la tarea de no herirme los pies, tan concentrada que no escuché hasta que lo tuve encima al hombre que cerca ya de la entrada de Portmán, junto a la primera fundición de Zapata, se me acercó gritando:

—Pero, María, ¿dónde vas, muchachica! ¡Y así, a esta hora!

Sus gritos detuvieron al otro arriero y la recua vaciló antes de detenerse con estrépito de cascos y bufidos de bestia cansada. Era Marcial, un amigo de Juanico, un tipo joven y valeroso que habría de abandonar la sierra algún tiempo después, apestado por el castigo de Lobo.

—¿Sabe tu hermano que estás aquí?

Me miraba con franca compasión, mientras se desprendía de su tosca chaqueta de lana para colocármela sobre los hombros con una delicadeza insólita en alguien más hecho al trato con los animales que con sus semejantes.

—¡Eh, María! ¿Sabe él que andas desnuda por el monte?

Seguí mirándole sin responder porque no sabía cómo. Se acercó su compañero, que era aquella mañana el encargado del puntable, el primero de los asnos de la recua. También lo conocía y repitió en silencio el mismo gesto de sorpresa, pero con una mirada que se me hizo mucho menos paternal, sucia incluso. Sacó su pipa y lentamente, como si el alto en el camino formara parte de lo esperado, la encendió y chupó con ganas. No dejaba de mirarme. Me abracé con la chaqueta de Marcial.

—Vaya, vaya, la guapa María desnuda por el monte. Querrás calor, ¿verdad?

Y sonrió con una boca negra y sucia. Sentí miedo.

—No es cuestión ni momento, Antonio. Es una niña y algo le ha pasado. —Se dirigió a mí de nuevo—: ¿Por qué estás así y aquí a esta hora de amanecida? ¿Te ha hecho alguien algo? Si no está borracho, tu hermano estará ya en la mina.

Asentí.

—No tenemos toda la mañana, Marcial. Hay que seguir y soltar esto ya...

—Sí, pero no voy a dejar así a María... ¿No me vas a decir nada?

Respiré y lo miré a los ojos, avergonzada de lo que tenía que decir. Bajé la vista hasta mis pies doloridos y respondí:

—Me han echado de casa.

Antonio se quitó la pipa de la boca, soltó una bocanada y pareció querer decir algo, pero miró a su compañero y se contuvo.

—¿Tu hermano? ¿Te ha echado Juanico? —preguntó Marcial, sorprendido, negando con la cabeza.

Su mirada se tornó severa, mientras Antonio bajaba los ojos y volvía después a mirarme con una sonrisa que me pareció sacada de algún lugar tenebroso de su alma. Lo recuerdo muy bien, como si me estuviera clavando ahora mismo sus minúsculos ojos enrojecidos. Era un hombre sucio, de presencia y ademanes toscos, bajo y enjuto, que arrastraba las palabras como un borracho y tenía fama en La Unión de bebedor violento. No miraba a la niña desolada, sino más bien a la mujer de cuya carne expuesta podría gozar en cualquier momento. De hecho, alguna vez lo había intentado y solo le detenía el miedo a mi padre cuando vivía o a mi hermano Juan. Ahora ninguno de ellos estaba para protegerme o detenerle. Intuí que eso estaría pensando. Y hasta maquinando en su oscuro corazón aquello que algún tiempo después casi me cuesta la vida.

Esa mañana olía peor que sus animales, y pensé que sería el pálpito de su alma envenenada. No podía deshacerme del miedo a pesar de Marcial, a cuya pregunta respondí afirmando apenas con un movimiento de la cara. Y añadí:

—... y mi madre.

—Pero, hija mía, ¿qué has hecho?

Nada, dije para mí. Nada, Marcial. Y mirándole sin hablar recordé que un día, apenas hace un año o quizá no llegase, llevaba agua a casa desde la fuente de la Peraleja, cerca de las piedras altas de la peña, a unos cientos de metros de donde estábamos, cuando oí tras de mí los cascos de un caballo que caminaba despacio y antes de que me apartara para dejarle pasar, la voz de su jinete:

—¿Necesita usted ayuda, señorita?

Sonó fuerte, pero amable. Me sorprendió la suavidad de su tono y, sobre todo, lo inesperado de la propuesta. Me volví, y la sonrisa que pensaba devolverle se detuvo porque mi cuerpo se quedó paralizado. Los ojos que me miraban, que yo encontré junto a un rostro aparentemente franco y alegre, eran los de Joaquín Zapata Hernández, un mozo que rondaba los veinte y andaba por la sierra recorriendo las propiedades del padre, unas veces con él y otras muchas solo. Alguna vez le había visto por el pueblo, pero nunca hasta aquel día en el monte. Bajé la cabeza.

—No —respondí azorada—, no... mu-muchas gracias.

—No hay de qué, María.

Detuvo el caballo en medio del camino a la altura en que yo estaba sujetando a duras penas a la burra, que se había alterado ante la inesperada presencia, y se bajó. No me dio tiempo a sorprenderme porque supiera mi nombre.

—Me conoces, ¿verdad? Pues yo a ti también. No solo sé tu nombre, sino que eres hermana de Juan Adra, que trabaja para mi padre, y que el tuyo era José Manuel

Adra, listero en La Dichosa, y que todavía le debe unos cuantos reales a mi familia. Trabajaba bien, pero se le olvidaba con los reparos, y perdía con ellos su condición de buen minero y hasta de buena persona. Y a ti, María, tenía muchas ganas de hablarte.

—Sí, señor.

Y esa mañana en que bajaba medio desnuda y tiritando adonde Esperanza, podría haberle señalado a Marcial el punto exacto en que Joaquín y yo nos encontramos por vez primera. O, por ser más justo con la verdad, me buscó y me halló, donde disfruté de mi aturdimiento temeroso al principio y tibiamente feliz a medida que me hablaba de mí y me decía que tenían razón en el pueblo al llamarme la guapa María, porque lo era. Y sentía que desde las tripas al pecho, al interior de donde dicen que está el corazón, me subía una calentura que me llegaba a la piel, y me la erizaba y agitaba todo mi ser, y fluían sensaciones y humores inesperados y nuevos.

Aquel muchacho poderoso y lejano me hablaba como si yo fuera la princesa de sus sueños, y yo le creía, porque era imposible no creerle en la forma en que lo decía, y el tono en que salían de sus labios las palabras, y la poesía que desde ellos yo escuchaba. Despacio, conseguí mirarle a la cara. Era un poco más alto que yo y tremendamente apuesto. Estaba afeitado de navaja fina y olía muy bien. El cuello de su camisa era blanco, sin mácula; y el chaleco de tela marrón, que bajo un chaquetón de lana azul hacía juego con el sombrero y las botas, me parecía de una delicadeza impropia de aquel lugar tan duro y tan agreste. En algún punto creí estar ante una aparición, como si fuera irreal. Pero no, allí estaba Joaquín. No dejaba de sonreír mientras hablaba, y en un momento, con la misma mano derecha con la que sujetaba las riendas del caballo, me tomó de la barbilla y con dulzura puso mi rostro frente al suyo. Terminaba una frase a la que yo no había prestado atención. En realidad, no atendía a casi nada de lo que decía, absorta en aquella aparición como si fuera la Virgen frente al ángel que le anunciaba su futuro de Madre de Dios.

—... pero delicadamente perfecta. Eso eres, guapa María. Si me permites la osadía de acudir a tu presencia y decírtelo así, a la cara, sin que nos hubiesen presentado.

Yo había oído de él que era brusco como su padre, y tan agrio como él. No me lo pareció. Del heredero de los Zapata se decía que haría crecer la fortuna de la familia porque era igual de ambicioso y poco mirado a todo lo que no fuera su beneficio, y que, como el padre, llevaba herida la muerte de la pequeña Trinidad, la hija que se le fue a Lobo cuando todavía no había cumplido los dos años. Algunos males no entienden de clase ni de patrimonios.

Vive Dios que en esto estamos ahora. Pero continúo con el relato.

Joaquín Zapata podría haber hecho de mí lo que quisiera. El poder de su padre empezaba ya a ser absoluto en la sierra y nadie, ni la Guardia Civil ni los carabineros ni autoridad alguna, le hubiera exigido cuentas por tomar como suya a aquella moza, si es que alguien se hubiera enterado. Pero Joaquín no parecía querer la quema impune del territorio, sino la conquista feliz de un objetivo que por lo visto llevaba

bastante tiempo entre sus planes.

—Desde que te vi la primera vez en el puerto, pregunté por ti, me dijeron quién eras y dónde vivías, y a sabiendas de que nada hay que tengamos en común y mucha es la distancia que nos separa y lejanos los caminos de nuestras vidas, quería encontrarte y verte de cerca para saber si esto que tengo dentro y me pesa tanto se cura con la posesión o crece si te hablo y te tengo a mi lado.

¿Estaba en peligro? ¿Me tomaría allí tal y como me estaba insinuando para ver si era solo un capricho? Por su tono y la forma de mirarme parecía lo segundo. Sentí frío en la espalda y se detuvo la calentura. Lo notó, y su respuesta fue una carcajada.

—¡Pero, mocica!... Ja, ja, ja... ¡No tengas miedo, mujer! Te estoy hablando, y lo hago con delicadeza... y mírame a los ojos.

Lo hice y un puñal tibio y dulce me atravesó el esternón. Sentí su filo con precisión absoluta. Quería mantenerme así, en el cielo, prolongar el instante, quedarme allí mismo clavada para siempre. Cerré los ojos y me dejé llevar. Pero no pasó nada. Cuando los abrí, seguía sonriendo. Me soltó la barbilla y volvió a subirse al caballo.

—Por si no es verdad que me conozcas, mi nombre es Joaquín Zapata, soy hijo del Tío Lobo y quiero que te enamores de mí, María.

Pero no se lo pude contar a Marcial, no se lo pude contar a nadie. Ya estaba en el abismo, perdida, sabiendo que algún día pagaría muy caro el pecado de amar a quien no solo no era de mi clase, sino que estrujaba y arrancaba la vida y el presente y el futuro de las miles de personas que enriquecían a los suyos. Yo quizá fuera a vivir un sueño, pero el destino lo convertiría en pesadilla. Y ya había empezado a hacerlo.

—Nada, Marcial. No he hecho nada —contesté en un susurro.

—Baja tú, Antonio, que yo voy a subir a la niña a su casa.

—No, Marcial, por favor, no lo hagas. Llévame donde Esperanza.

—¿La gitana?, ¿la de la fonda? Cuántas cosas raras... ¿Tienes trato con ella?

No supe qué decir y me inventé una excusa:

—Me dijo que fuera a verla, que tenía tarea para mí.

Antonio siguió con las bestias hasta la fundición sin dejar de mirarme de reojo tras el humo de su pipa tan maloliente como él, tan oscuro como su corazón. Marcial me acompañó hasta la puerta de la fonda de Esperanza. No nos encontramos mucha gente por el pueblo. Apenas unos marineros que detuvieron su baldeo de la barcaza de carga al paso del arriero alto y fornido que abrazaba a una joven descalza y vestida de blanco, cubierta con una tosca chaqueta de lana.



Teresa planchaba en el cuarto junto a la cocina de la Casa Grande los vestiditos de luto que habría de llevar Visita en los próximos dos años. Doña Juana no se lo había quitado desde la muerte de Trini seis años atrás, pero a la niña no había querido privarle de sus gasas blancas y del color de sus vestidos. La pequeña Visitación, que a sus once años había visto ya morir a dos hermanos, miraba atentamente a Teresa, que no se atrevía a decirle palabra. Le gustaba sentarse con las sirvientas que le contaban historias de la gente del pueblo y leyendas de la sierra con las que luego edificaba su propio universo libre y luminoso entre las paredes de la Casa Grande de Portmán, en lo alto del pueblo, rozando la falda de la peña del Águila.

Desde la azotea de la casa, Visitación admiraba la vida en el puerto, escuchaba sus sonidos y envidiaba el vaivén de buques y marineros que recorrían el mundo conociendo tierras lejanas y exóticas en las que habitaban seres fantásticos con vidas torturadas o felices, cualquiera sabía.

—¡Dioses del mar y de la tierra! ¡Criaturas lejanas del fondo de los mares! ¡No oséis intentar tomar al asalto mi castillo porque lo defienden los mejores soldados de esta sierra, que tienen las espadas de plomo y plata, y no temen a la noche ni al fuego porque son hijos de la tierra y los volcanes!

Y elevaba la mano y la voz hacia la bahía, desafiante, feliz y segura. Una vez lanzada su advertencia al cielo, bajaba corriendo la escalera de caracol bajo la claraboya y se plantaba de dos zancadas en el jardín para asegurarse de que en las puertas de la fortaleza su ejército contendría también la invasión de los demonios que venían del mar y del cielo.

—¡Visita! —gritaba mi Joaquín—, cuando hayas asegurado las puertas del castillo, ven conmigo a las caballerizas, que tenemos que salir a explorar el terreno para alcanzar a los enemigos que ya se organizan en la playa...

Y corría entusiasmada a coger la mano de su hermano mayor, que tenía ya ensillados los caballos en la parte trasera de la casa, bajo el corredor que daba al despacho de su padre y al salón de recibir. Desde los cinco años montaba a caballo con una destreza que solo podía ser fruto de la pasión que le ponía a todo esa niña, la misma que le puso a toda su vida de adolescente y de mujer.

Fue ella quien me contó que aquella mañana se sentía triste como no lo había estado antes. Miraba a Teresa planchar sus vestidos y pensaba en ese luto como parte ya de su vida para siempre, porque el dolor que sentía no iba a irse nunca.

—Nos ponemos de negro porque el negro es triste y todos estamos tristes, ¿verdad, Teresa?

Tardó en responder. No tenía ganas de hablar. Le dolía la muerte de Joaquín por el corazón y por la carne. Le gustaba aquel muchacho fuerte de porte varonil y ojos vibrantes. Alguna vez había soñado con su aliento en el cuello, con su cuerpo en la espalda. Ya no era joven Teresa, ni había conocido hombre, pero también en ella, como en muchas otras mujeres de la sierra, mi Joaquín agitaba ansiedades que ni en confesión podrían salir. Supe después que algo me envidiaba, y sufría siendo nuestra mensajera, pero era mi amiga, y además la única persona de la casa que sabía él que nunca lo traicionaría.

—Claro, mi niña... Todos estamos tristes —dijo al fin.

—¿Tú también?

—Yo también, Visita, yo también quería mucho a don Joaquín.

—¿Y te duele también aquí dentro?

Se apretaba la boca del estómago con el dedo índice, mientras lo miraba, quizá esperando que de la presión se liberara algo de dolor. Pero el dolor no se iba.

—Me duele, doña Visitica —era la única que llamaba así a Visitación—, me duele. Seguramente no tanto como a ti, porque es... era... tu hermano, pero también me duele.

—Yo creo que este dolor no se va a ir nunca, porque Joaquín nunca va a volver.

—No, pero se pasará la pena.

—¿Cuándo?

Y se hacía Teresa a sí misma la pregunta, y la respuesta era también su deseo.

—Pronto, doña Visitica, pronto.

A la niña le parecía imposible. Vivía la vida en presente, con las ventajas de una niña rica, pero también la entrega a la alegría propia y a procurar la felicidad de los demás, fueran o no de su familia o su clase. No entendía de castas. Pronto aprendió que no era como los demás niños, que ni su familia ni su mundo eran como los de esos otros mocicos que oía jugar tras la verja; que los hijos de los mineros o los marineros que se sorprendían cuando quería jugar con ellos eran diferentes, tanto como para que don Miguel o doña Juana le prohibieran que se les acercara, pero ella veía que corrían y gritaban y hacían travesuras como ella, que eran niños y aunque vistieran distinto y hablaran a veces algo raro, como los andaluces que venían a trabajar a las minas de padre, se miraban a los ojos igual y lloraban y reían y corrían de la misma forma. No todos, claro. Algunos, los que sus padres mandaban a trabajar a la mina para que aprendieran desde pequeños cuál era el mundo en el que Dios los había puesto, según decía Lobo, eran tullidos o enfermos y reían menos, y a menudo estaban solos. Ella quería estar con todos esos niños y enseñarles su casa y sus juguetes y no subir siempre sola a la azotea y encontrar compañeros para contener los ataques de los ejércitos enemigos que llegaban por el mar. Pero no se acercaban muchos por la casa y cuando salía con Teresa o alguna otra sirvienta, o acompañaba a Joaquín por la sierra o a madre a Cartagena, no tenía tiempo ni ocasiones para hacerlo.

A veces burlaba la protección de los pistoleros de Zapata, cubierta o protegida por Joaquín, y bajaba sola hasta el puerto, donde los niños miraban los barcos y jugaban a marinos. Al principio se sorprendían, pero no tardaban en aceptarla en los juegos, y ella reía y se manchaba los vestidos, y cuando regresaba a casa, su madre la reñía, Joaquín la defendía y su padre hacía lo que hizo siempre con todo lo que tuviera que ver con Visita: asentir, sonreír y quizá admirar. El Lobo rudo y sin sentimientos guardaba su corazón para su niña perfecta, como su talento de maestro para su heredero Joaquín.

—Pero si Joaquín no vuelve, ¿quién va a ser el dueño de las minas cuando falte padre?

—Por Dios, Visitica, no pienses en eso.

—Tendré yo que ponerme a aprender y enseñar a Miguelico.

—No es de mujeres gobernar estas cosas. Tú aprenderás a ser una señorita de mundo y te casarás con algún caballero guapo y rico, y serás muy feliz y tendrás hijos que te alegrarán la vida.

No era así como ella se veía. No parecía haber mucha aventura en seguir el camino de su madre y tener y cuidar niños, aunque lo de «señorita de mundo» le pareciera prometedor.

—¿Y con quién leeré yo, y con quién montaré por la sierra si no está Joaquín?

Empezaba a sollozar la niña y buscaba el consuelo en el abrigo de Teresa cuando entró doña Juana, con la arrogancia y el brío de siempre, mostrando que a los seres endurecidos por la vida los golpes no solo no mellan el ánimo, sino que forjan aún más su disposición a la violencia de carácter. Más que una madre dolorida, parecía una fiera que estuviese fijando su territorio.

—¡Niña! ¡Ni en un día como hoy vas a hacerme caso! Sal de ahí, que te he dicho muchas veces que ese no es tu sitio. Y tú, Teresa, apresúrate, que esos vestidos tenían que estar ya listos, y no des tantas confianzas a la niña, que tiene que saber quién es y dónde ha de estar, ¿me has entendido?, ¿sí?, pues no lo parece, y más te vale que empieces ya a hacerlo, que mozas tengo a montones ahí en la puerta para venir a servir aquí.

Teresa asintió. No era la primera vez que doña Juana trataba de alzar muros entre Visitación y el servicio, pero la niña siempre los rompía con esa fuerza de ánimo tan feliz y arrebatadora que a todos seducía y que tenía a su padre, al mismísimo Miguel Zapata, entregado y sometido. El amor y la alegría de su hija Visitación eran el único flanco débil de aquel hombre implacable.

Marcial golpeó con insistencia la puerta de la fonda reclamando a la patrona que la abriera.

—¡Esperanza! ¡Ábreme! ¡Soy Marcial el arriero, y no tengo mucho tiempo!

Ante la pesada puerta de madera estábamos expuestos a las miradas de quienes trabajaban o paseaban por el puerto. No vi muchos a esa hora de la mañana, pero alguna debió de pasar e irse de la lengua, porque algún tiempo después alguien me requirió noticia de qué hacía aquella mañana semidesnuda y cubierta por la chaqueta de un arriero.

—¡Vamos, gitana!, ¡abre ya de una vez!

No era esta la única puerta de entrada a la casa de Esperanza, porque, de ser así, el secreto de Joaquín y mío no lo habría sido en ningún momento. Cuando nos citábamos allí, al atardecer o ya oscuro, entrábamos por un pequeño hueco abierto junto al portalón de entrada a las cuadras donde se guardaban los animales de postas que de vez en vez se detenían allí. Desde ese patio, bordeando la tasca de la fonda, subíamos siempre a la misma habitación, la más alta, situada sobre el tejado principal, que daba a la bahía: contemplábamos el mar manchado de luna cuando terminábamos cada combate sobre aquel lecho ruidoso y dulce, cuando habíamos intercambiado amor y energía suficientes como para caer rendidos uno junto a otro, desnudos, saciados y felices.

—¡Voooy! ¡Pijooo!

Sonaba irritado aquel timbre tan familiar, que escuchado en ese instante volvió a doler por la memoria de mi hombre ausente ya para siempre. Sentí que la voz de la gitana era también la del mundo que se me estaba derrumbando.

—¿Buscas a algún ladrón? ¿Alguien te ha robado un macho? ¿Te debo algo para que...?

Abrió entonces la puerta despeinada y colocándose sobre el camisón un chal de lana negro y gastado. No acabó la frase.

—Pero, niñaaa...

Noté el susto en su expresión, en esa mirada que leyó inmediatamente algo trágico en la escena. Con un movimiento rápido tiró de mí hacia la penumbra del zaguán mientras estiraba el cuello para ver si alguien nos había visto entrar. Urgió a Marcial a pasar y cerró la puerta con fuerza. Temblaba, aunque mucho menos que yo. Pareciera como si toda la pena del mundo se hubiera concentrado allí con la misma intensidad con que la jovial alegría de los encuentros con Joaquín se desplegaba libre entre aquellas paredes. Nunca hasta ese momento había visto oscura aquella estancia.

Ni tan severa en su mirada a Esperanza.

—Pero, María, ¿qué te han hecho?

De mi silencio pasó a una mirada inquisitiva a Marcial, que se encogió de hombros. Cargó de nuevo, ahora explorándome de arriba abajo.

—Pero, hija, cómo vienes... Por Dios santo, si estás desnuda. —Y gritó hacia dentro de la casa—: ¡Soledaaaad! ¡Deja la plancha y tráeme el vestido negro que está sobre mi cama! ¡Y no te demores, chiquilla! —Se volvió a Marcial—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me la traes así?

Hablé entonces, pero sin mirarle a los ojos, con la vista detenida en mis pies descalzos sobre el suelo. Estaban enrojecidos y sucios; me dolía mucho más el alma.

—Yo le pedí venir... y sabes por qué...

No respondió. Me acarició la cara con insólita ternura, con una expresión de lástima o afecto, no fui capaz de interpretarlo, y me indicó que me sentara en el banco de madera donde acostumbraba a hacer esperar a los clientes, donde tantas veces había jugado Joaquín a esperarme mientras fingíamos que ese era nuestro palacio y él, el ángel que aguardaba impaciente la llegada de su diosa. A veces sentía que habíamos pasado allí días enteros, viviendo la ilusión de que el mundo de fuera no existía, y todo lo que se representaba en los muros adentro era la única verdad. Olvidábamos todo, ignorábamos todo lo de fuera porque solo así podríamos vivir sin miedo lo que teníamos dentro. Era nuestra fortaleza inexpugnable, el único reino posible para una historia imposible.

—La encontré en el monte así como la ves —dijo Marcial, sorprendido por mi respuesta, y seguro de que había algo que ocultábamos— y me ha dicho que venía a verte porque le habías prometido faena. La han echado de su casa.

—María sabe que siempre tendrá aquí amparo.

Y me pasó el brazo por el hombro mientras sugería a Marcial que se marchara señalándole con la barbilla la puerta por la que acabábamos de entrar.

—Hablaré con su hermano Juanico. Cuídala mientras.

—Dile que le quiero —le pedí—, y a madre.

—Se lo diré, María. Y muy buena razón han de darme para hacer lo que han hecho contigo.

—No la busques, Marcial, que no es ya asunto tuyo. Déjalo correr y sigue en tu camino. Ya no puedes hacer nada por mí.

Abandonó la fonda dejándonos a oscuras a las dos. Nunca supe si habló con mi hermano, porque él no me lo dijo y Marcial no tardaría mucho en dejar la sierra tras la revuelta contra Zapata. Como a madre, como a tantos otros después de aquello, jamás volví a verle.

—Han sabido lo de Joaquín, ¿verdad?

Asentí.

—¿Cómo? ¿Se lo has dicho tú?

Sentía el calor de su cuerpo y la viveza de su respiración. Olía a piel perfumada y

a ropa limpia. Me sentí segura.

—Me vio mi madre llorar por su muerte cuando ayer en el puerto me enteré por Aurelio el marinero.

Despacio, me llevó escaleras arriba hasta una habitación. No era la nuestra, pero sí luminosa y tibia.

—¿Sabes, chiquilla?

—¿Qué...?

Y respiró hondo, como tomando fuerzas, como cuando quieres saltar o dar un paso que sabes va a ser costoso.

—Has sido feliz con el Zapata, me parece.

—Sí, Esperanza.

La garganta se me estaba cerrando y la calma de espíritu que estaba consiguiendo desde que había entrado allí parecía decidida a agrietarse. ¿Por qué me hablaba de felicidad en ese instante? Claro que había sido feliz, mucho.

—A pesar de que estaba prohibido, de que nunca hubierais salido de aquí con la verdad por delante...

—Puede que sí, puede que don Miguel hubiera dicho sí al amorío de su hijo querido...

—¿Y una minera la heredera del imperio?... Pobre niña...

Tragué sangre, noté el dolor en la garganta, el sabor ocre de la tristeza que volvía a apretarme los ojos.

—Yo le quería.

—Y él a ti, María. Pero mira que irte a enamorar de un Zapata.

Y de su boca salió la sentencia tanto tiempo rumiada. No solo hoy, no solo en ese momento. Desde siempre, desde el tiempo en que conoció y ocultó el secreto que acababa de morir.

—Al hacerlo, abriste la puerta del infierno.

Me sorprendió escuchar eso. Nunca me había detenido a pensar que tras aquel silencio prudente de Esperanza, tras su diestro proceder manteniendo oculto el secreto más valioso de la sierra, se escondiera un juicio sobre lo que Joaquín y yo estábamos haciendo.

—Dios nos ha castigado, Esperanza, por ese amor contra nuestros destinos de sangre. A él se lo ha llevado, y a mí me deja muerta en vida. Ese es mi infierno, ¿qué otro puede haber?

—La dirección del amor no la fija ningún destino, niña, ninguno. Tu pecado no ha sido contra el cielo. Dios podría perdonarte, pero la tierra siempre se cobra sus deudas.

No entendía lo que me estaba diciendo. ¿No era pecado enamorarse de un hombre de otra clase? ¿No era un crimen contra Dios darle mi alma y mi cuerpo a un hombre sin la bendición de la Iglesia? La presencia de Esperanza, la luz del lugar en que había amado al hombre prohibido, habían logrado aliviarme, pero sus enigmáticas

palabras me provocaron desasosiego.

—¿De qué deuda y de qué tierra hablas? ¿La que tenía mi familia con los Zapata? Joaquín me había dicho que nunca la reclamaría, que lo que él había conseguido de los Adra era mucho más que todas las deudas de todos los partidarios de la sierra con los Zapata.

—Las deudas de los Zapata son deudas de los hombres, por mucho que ellos sean demonios. No, María, hablo de otra deuda. Y son los Zapata quienes la tienen. Lobo es quien debe.

—¿Don Miguel? ¿Deudas? ¿Los Zapata? Mira que me resulta extraño. Pero de ser así, tuyas serían las deudas, no mías. ¿Y qué tiene que ver una deuda de ellos conmigo y con Joaquín?

¿De qué me estaba hablando aquella mujer? ¿Qué era eso de abrir las puertas del infierno? ¿Qué deuda de los Zapata podría caer sobre mí?

—Alguna vez pensé decírtelo, pero me contuvo el no estar segura y acaso arriesgar mucho más que tu dolor hablando más de lo debido. Porque Dios sabe que tampoco Joaquín estaba en ello.

—¿En qué había de estar, maldita sea?

Me miró fijamente, se separó un poco y habló despacio, como con miedo a pronunciar las palabras.

—La maldición de los Zapata.

Guardó silencio unos instantes. Un silencio espeso y tan intenso que casi pude oír los latidos ansiosos de mi corazón. Y añadió algo que en aquel momento me espantó:

—Pide a Dios no estar engendrando uno en tus entrañas.

Que yo tuviera conocimiento de ello, solo había dos personas que estaban en el secreto de mis amoríos con Joaquín Zapata antes de que él muriera y mi vida empezara a despeñarse: Esperanza y Teresa. La primera me dio albergue y afecto durante un tiempo, la segunda me abrió la puerta de la Casa Grande.

A lo largo de varios días apagué el dolor de su muerte y el abandono de mi familia trabajando en la fonda de Esperanza. Limpiaba y ayudaba en la cocina y en ocasiones me dejaba la dueña recibir a algunos viajeros, casi siempre gente lejana y de poco refinamiento en el trato con las mujeres, porque me miraban con los ojos del animal sediento y el descaro del amo.

Era guapa y tenía formas y porte de moza bien criada y atractiva. No presumo en vano: ni el mote ni las historias que aquí cuento ni los dichos que tienen que ver con la hermosura que lucía entonces contienen exageración o son fatuos.

La memoria de aquel tiempo es leal a mi nombre al menos en lo que traía detrás, y si me llamaban guapa, era por lo mucho que tenía de ello. Otra cosa son las insidias y forzadas desmemorias que el tiempo ha traído, pero de la belleza y el señorío de aquella niña de poco más de diecisiete años nadie ha dado negativa.

Alta y oscura de tez, era moza de pechos curvos y no pequeños, afirmados donde se aprietan las estatuas, y el rostro era delgado y luminoso con estos ojos verdes hoy cansados y entonces tristes, o antes encendidos por la luz de mi Joaquín o por las pequeñas ilusiones de niña pobre. Las proporciones del rostro eran parte de una armonía general de esa que leí en una ocasión que decían los romanos era la belleza.

—Eres muy guapa, ciertamente tiene razón la gente del pueblo.

Doña Juana no dejaba de mirarme la mañana en que Teresa me llevó por primera vez a la Casa Grande, el día antes de mi primer encuentro con Miguel Zapata.

—Y sabes cocinar y tienes maña para el trato y serás discreta, ¿verdad?

Asentí prudente y mirando al suelo mientras notaba la abierta sonrisa y el gesto de afirmación de mi introductora.

Me había acompañado la suerte de que el mal colérico se hubiera detenido en la casa de Rosario, una de las muchachas de cocina, a la que doña Juana sacó de allí sin contemplaciones en cuanto supo de aquella desgracia, porque no quería tener cerca a nadie que respirase aires de ese castigo del infierno que a todos podía contagiar. Y al mandarla a su casa para siempre y faltar ella, pudo Teresa llevarme a mí, hablarle de mis virtudes para convencer a la señora de que podría sustituir aquellos servicios por estos míos.

—Muy mañosa, doña Juana. Y joven y lista, que aprenderá pronto todos los



oficios de la casa —le decía.

—Con que haga bien lo suyo me vale de momento, Teresa. No me vendas el paño antes de tocarlo.

Terminaba el otoño, y los días se acortaban y enfriaban, pero doña Juana nos recibía en el jardín, al sol y entre el dulce olor de una higuera tardía y el sonido áspero y constante del puerto y las máquinas de las minas cercanas.

—¿Y con ese porte y esa hermosura, no te ha tentado nunca ser artista? Cantar, bailar, que se te vea, vamos.

—No, señora. Nunca.

Su pregunta no era inocente. Doña Juana, áspera, distante y muy severa con el servicio, no sentía precisamente admiración por los artistas. Al ponerme sobre la cuestión, buscó en mí cuál era mi pensamiento de ese mundo en el que mujeres hermosas, como se supone que yo era, provocaban en los hombres emociones de toda clase, sobre todo pecaminosas y bajas.

Creo que de aquella salí con bien, a pesar de que a punto estuve de responderle que por qué habría de llevar yo esa vida de exposición que veía escandalosa. Conocía a algunas mujeres de café cantante, y no me parecía que su dedicación fuera ni decente ni sana. Muchas de ellas eran viudas de mineros o habían sido abandonadas por ellos, otras venían de la huerta y se habían buscado la vida con el baile. Unas cuantas, gitanas de paso. Cantaban y bailaban para los hombres de la mina y los marineros, y entre cante y cante no pocas alquilaban su carne a esos mismos hombres de su público. Sufrían y cantaban ese sufrimiento en coplas doloridas que hablaban de soledades y de muerte, y en sus bailes había una insinuación mentirosa, como el juego de engaños de la lidia, cuando el toro se excita por el movimiento de la tela y ataca por instinto aunque tras ella no haya verdad alguna. Para mí aquellas mujeres estaban tan muertas como los mineros cuyas ausencias las habían llevado allí, o las almas de los hombres que las besaban entre babas y sollozos animales.

¿Artista yo? Algunos años después conocí a una de verdad. Se llamaba Emilia Benito y le decían la Satisfecha, y aunque yo me hacía a la idea de que ese mote era por lo bien que dejaba a los clientes, ella me explicó que tenía que ver con sus propias emociones cuando cantaba, que era feliz y le gustaba mucho subirse al escenario para hacer que con su voz viajaran las almas de los que la escuchaban a los lugares de dolor o de alegría que quería la canción y ordenaba su garganta.

—No hay más satisfacción, María querida, que hacer con la voz que los hombres y también las mujeres sientan aquí dentro —y se ponía la palma de la mano sobre el pecho izquierdo— lo que yo quiera y cuando yo quiera. Es como en la vida: ¿a que te gustaría que los hombres estuvieran a tus pies cada vez que abres la boca o que los miras? Pues ese es mi trabajo. Y me encanta.

Ya Caruso me había arrebatado así el sentimiento cuando escuchaba su canto, pero en la memoria de aquel primer encuentro con doña Juana no puede estar lo que aún no había sucedido. Sí, porque siempre ha formado parte de mi pensamiento y mi

carácter que yo no hubiera valido para que me miraran, para que me ambicionaran, para que se fijaran en mi voz y mucho menos en mi cuerpo, entre licores y deseos de pecado.

Doña Juana seguía observándome mientras yo fijaba los ojos en los zapatos azules de domingo que me había dejado Esperanza.

—Nunca —insistí—. No me gusta que me miren y no sé cantar ni bailar.

—Pero eres guapa, y aprenderías.

—Si a usted le parece, señora.

Se dio la vuelta y comenzó a hablar despacio, dándonos la espalda en dirección a la entrada principal de la casa.

—Sabes que en esta casa ha habido una pérdida...

No pude responder en ese instante.

—¿Me has oído? —preguntó sin mirar.

Teresa me dio un codazo en las costillas que casi me deja sin respiración.

—Ss-í, señora. La he oído.

—Lo sabes, ¿no?

—Cómo no iba a saberlo.

—Claro, con un hermano que pertenece a nuestra gran familia. Y tu padre, creo que también, aunque a él ya se lo llevó Dios a su presencia. —Se detuvo—. Bueno, Dios... Dios quizá no.

La sonrisa que añadió a esas palabras me dio, nada más llegar a la casa, la medida de la ruindad de aquella mujer. La tierra sobre los muertos solo se echa cuando van al camposanto.

Pero ella hacía como todos los mineros de la sierra, como mi padre, que se arrogaba títulos de propiedad sobre haciendas y también vidas de quienes de ellos dependían. Los Zapata tenían como propios a los que trabajaban para ellos en las minas, las fundiciones o el puerto. A veces hasta les impedían citarse con otros mineros de distinto patrón. No eran como los Wandosell, que cada año organizaban comidas o meriendas para los suyos y además pagaban en dinero. Los Zapata les daban cobijo en alquiler en sus casas o chamizos y les arreglaban los préstamos y compensaban el trabajo con vales y no con monedas y les dejaban entrar al teatro y les organizaban reuniones. Una vez al año, en los tiempos de don José Maestre, hasta sorteaban una casa para sus empleados. Zapata fue quien pagó el hospital de mineros y durante mucho tiempo contribuyó con su dinero a mantenerlo. Mi hermano Juan se quejaba siempre de las muchas horas de trabajo en la mina pero, sobre todo, de que con los vales no pudiera hacer otra cosa que comprar en los colmados de los propios Zapata, y si quería beber o ir al café cantante, tenía que vender lo conseguido con los vales y siempre a menor precio. Eso era para doña Juana la gran familia.

—Si me lo permite, señora, le diré que la acompaño en el sentimiento.

Y cuánto. Qué poco sabría aquella mujer que se había vuelto a centrar en mí con mucha interrogación y ningún respeto, recorriéndome otra vez de arriba abajo, que

estaba con ella y con toda su familia en el profundo e inconsolable sentimiento de pérdida.

—Al menos tienes buenos modales. Dejémoslo así. Pero no lo olvides: esta es una casa de luto y no quiero que las sirvientas lo rompáis de ninguna manera. De puertas afuera, podéis gritar, cantar y holgar con quien queráis. Aquí, en esta casa, trabajar y callar. ¿Lo entiendes?

—Sí, señora.

Y se metió en la casa dejándonos a Teresa y a mí de pie en el jardín, entre el sonido del cacharreo en la cocina y el de las fundiciones y el puerto que llegaban lejanos como el olor del azufre o el mar, y una estela invisible de áspera frialdad que aquella mujer tosca venida a más dejaba siempre tras de sí cuando con el servicio o la gente del pueblo trataba. Esa mañana, lo recuerdo como si me llegara ahora mismo, percibí por primera vez su olor ocre y algo ácido, como de ropa vieja que se hubiese guardado después de usar. Ahora pienso que quizá no fuera su cuerpo sino su alma lo que estuviera percibiendo. Lobo mostraba a veces algo parecido a la ternura y con los años llegó en alguna ocasión a regalarme afecto, mucho. Pero doña Juana jamás acarició a nadie en nuestra presencia, ni regaló sonrisas ni dispensó alabanzas a no ser que fueran personas principales o futuros enlaces de sus hijos o nietos en las fiestas que en la Casa Grande organizaba por agasajar y también por presumir. No reconocí ni entonces ni nunca jamás de ningún modo carácter o gesto alguno de mi Joaquín en aquella mujer que debió de tener vísceras, porque hacía sus necesidades, pero no corazón, o si lo tenía era solo para que su sangre maldita no dejara de mover los músculos con que amenazaba y la cabeza con la que urdía maldades y decidía daños. Joaquín jamás me habló de ella, pensé en ese momento, como segura estaba de que jamás pasaría por la imaginación o conocimiento de Juana Hernández, señora de Zapata, que la joven hermosa a la que acababa de abrir la puerta de su casa había sido el último amor del heredero de su imperio.

Nunca había estado con un hombre hasta que conocí a Joaquín Zapata. Ni siquiera con la imaginación, ni en sueño alguno. Era pecado solo pensarlo y me parecía sucio tocarse y olerse y besarse, como hacía mi padre algunas noches conmigo. Era cuando llegaba gritando y madre temblaba de miedo por ella y por nosotros.

Nos poseía de voluntad y de obra, y deseaba que a mí también me gritara y me pegara como hacía con madre y con Juan. ¿Cómo es posible desear tal cosa, si no es porque el destino dispone para ti un castigo peor?

Y peor que los gritos y los golpes me parecía la cercanía sucia y maloliente de su boca de carne pútrida, que apestaba a esa mezcla de vino seco y anís que aquí llamamos láguena. O el roce de su mano dura, tosca, como sus palabras que pronunciaba con tono tierno, pero hablaban de mi cuerpo y lo marcaban como se marca a una res, con el hierro candente de una piel áspera y ávida y una lengua que recorría lugares que no le eran propios, que intuía secretos y futuros porque aún no estaban hechos para hombre ni para dios. Aun así, él los buscaba sin culpa alguna porque eran suyos, y mi carne de su carne, y mis rincones ocultos su obra, y el rozarlos, penetrarlos y mancharlos, su derecho. No podía esconderme, no podía huir. Tampoco madre o mi hermano Juan acudían en mi socorro porque ya el tiempo y la experiencia habían moldeado su cobardía a base de golpes y de nada servía, bien sabían, ponerse en el camino del patrón que domina sus tierras y las siembra. Nunca lo hizo conmigo, sembrar, digo, porque aquel colgajo pestilente que acercaba a mis rincones no debía de alcanzar la hombría necesaria adormecido por el alcohol, pero durante años sus manos criminales habían hollado la carne fresca que desde Dios hasta las piedras sabía la Creación, la naturaleza entera, que era sacrilegio desear por ser carne propia y la misma sangre.

Mi corazón no se sometió jamás, ni mi alma se resignó a la diabólica posesión de aquel minero de espíritu miserable. Como casi todos, me parecía a mí entonces, porque la oscuridad de la mina y su calor no son dados a engendrar nada bueno, pues es tanto el sufrimiento de los que viven de luna a luna bajo la tierra, que van violando sus adentros para sacar piedras de metal, que al salir de ella buscan con ansiedad animal toda aquella acción o experiencia que les estimule tanto el placer de los sentidos como el olvido de lo padecido, y así se dejan caer en manos del alcohol y de las putas, y también exigen en casa ser servidos y en la cama propia ser atendidos. Madre repetía a menudo que si dura era la vida del minero, más lo era aún la de su mujer, que lo sufría en vida y al morir quedaba desamparada y a merced de otros hombres. Siempre sometida, siempre infeliz. ¿Será nuestro destino de mujer penar,

padecer, servir y transitar como animales por una vida ingrata? Sí. Aquí en esta sierra, desde luego.

Callada y dolorida, pero nunca sometida ni resignada. No quebró mi voluntad de huir de allí ni mi sed de venganza, que quedó sin saciar, porque no fui yo sino un forastero criminal quien lo abrió en canal una noche de bronca sin pistolas en un café. Así se quedó Juan al frente de la familia, que hubo entonces de vivir del jornal que cobraba primero como picador y después sacando a la superficie las escorias en otro de los pozos que tenía cedido a partidarios el Lobo que, como se ve, está siempre presente en el derecho y el envés de mi vida casi desde mi nacimiento.

La ausencia de mi padre nos suavizó el infierno de sus borracheras, pero no nos redimió del todo, puesto que seguimos pasando penalidades por lo escueto del jornal de mi hermano, mucho más bajo. De nada sirvió suplicar al capataz, solicitar al ingeniero, ni siquiera buscar la intervención del propio Zapata, al que llegó a alcanzar madre en la sierra una mañana después de esperarle dos días y una noche a la intemperie cerca del barranco del Moro. Le contestó amable de formas; dejaba el gesto agrio y la tensión para los mozos que lo acompañaban.

—No puedo cambiar las categorías ni las asignaciones, buena mujer —le había dicho sin bajarse de la montura—, por mucha lealtad que me haya tenido tu pobre esposo y me la vaya a dar tu hijo. Tengo entendido que se le ha dado otra función para rebajar su exposición a la desventura de algún mal accidente, pero no podemos hacer nada más.

Y siguió su paseo unos metros, tras los cuales detuvo la mula y volviéndose hacia mi madre le propuso:

—Lo que sí puedo es prestaros el dinero que necesitéis en buena condición y a plazos razonables para todos.

Nos prestó ciento cincuenta reales con firma de devolverlo en dos años pagaderos con sus intereses a diez reales de más por cada año transcurrido. Ganaba entonces Juanico catorce reales.

Todavía nos faltaba mucho por pagar cuando se me apareció el ángel Joaquín en la sierra y me prometió que se acabarían las deudas con su padre. Nunca supe cómo pensaba hacerlo, porque el destino nos dejó sin tiempo.

Después de aquel día de aparición de Joaquín, regresé agitada a casa. La pobre niña minera, la moza espigada y alta cuyo destino solo podría escribir la tierra de los pozos, o el agua que los inundaba, o el fuego si se quemaba, como alguna vez había pasado la arboleda norte de la peña del Águila, o la voluntad de hombres brutales, había encontrado un ángel. Como el cura decía que se le aparecían los ángeles a Nuestra Señora para anunciarle la Concepción, me había salido al paso en la montaña una suerte de criatura celestial de carne y hueso que me había elegido a mí sin que elevara plegarias o me reconociera mérito alguno. Un ángel que no era del Señor, sino de voluntad propia o, puestos a ir más a la sangre, hijo del diablo por ser Zapata.

—Un Zapata, don Joaquín, el mozo, que es como su padre, créeme, en crueldad y

ambición... ¿De verdad piensas que no persigue solo tu carne? Te va a deshonorar y luego abandonar en el monte con la misma soltura mentirosa con que te engatusó en la sierra, María. ¿Y qué haces tú aquí, en Portmán, sola y sin honra?

Eso me había dicho Teresa en cuanto se lo hice saber. Conocía a Joaquín desde que trabajaba en la Casa Grande, y aunque habría de confesarme que era de natural simpático y amable y jugaba con Visitica, que lo adoraba, también sacaba del alma los tonos ásperos del Lobo y alguna vez le había escuchado maquinarse contra personas y preparar maldades y artificios de los que ocupan a los señores que tienen capitales y han de defenderlos y darles de comer para que crezcan.

—A mí me ha tratado como si fuera un santo ante la Virgen.

—Porque es así como seducen los ricos.

—¿Y tú cómo lo sabes, Teresa?

—Porque escucho sus conversaciones, porque les aprendo y me fijo en sus hechuras y en sus frases.

—Yo creo que es sincero, Teresa.

—Pues guárdate. Y tenme al día de lo que progreses o házmelo saber si te castiga.

No podía pensar en su castigo. Desde el encuentro, cuando bajé a casa despacio, como saboreándolo y escuchando con más atención y gozo el dulce estrépito de los pájaros cuando el sol se iba cayendo, solo sentía la ansiedad que debe de emborrachar a los amantes, supongo yo, por volver a estar con el mío. En realidad, por empezar a estar con el mío. Porque andaba sierra arriba tirando de la burra y rozándome al tiempo la barbilla con los dedos como si fueran los suyos, y como suyos acariciaban mi hombro y mi cuello y ascendían a mis labios. Tanto me abstraí que sin pensarlo me vi detenida al lado del camino rozándome despacio el pecho, con los ojos cerrados y el aliento a canela de Joaquín, y su olor a sal limpia y almidón, y un rubor nervioso, como si fuera un golpe de calor intenso e instantáneo, me llegó desde el vientre hasta los pechos y sentí una extraña necesidad de aliviar un deseo de carne, de tocar, besar, de exigir la fuerza de aquel mozo que hasta hoy no era real ni en mi imaginación, no existía. Deseaba enfebrecida su sudor y sus manos, y mi respiración se acompañó a su aliento imaginado, cercano, denso como se me estaba haciendo el aire de ese momento, solo podía respirar agitada, a golpes cada vez más intensos, me estaba ahogando con la imaginada presión animal de su cuerpo sobre el mío, de sus labios sobre mi piel, de sus dedos ansiosos y firmes hacia su objetivo de placer que tenía que ser compartido. Me arrodillé en el camino y no sentí dolor porque la ansiedad del sueño no me dejaba en la mente ni en poro alguno de mi piel ningún pensamiento o emoción que no fuera la fiebre enfermiza por pecar con toda la fuerza de mi cuerpo entregado al hombre que me acababa de tratar como nadie lo había hecho ni haría jamás.

Súbitamente pensé en padre. No fue difícil en cuanto mis dedos ansiosos, que llevaban el sueño de los de Joaquín por mi cuerpo, apretaron una de las cicatrices que me había dejado. Abrí los ojos y tomé conciencia del lugar y el momento, y también

del pecado. La burra me miraba como sorprendida y paciente. Sentí miedo de mí misma, y una vergüenza solitaria que me ruborizó y me levantó de un salto. Sacudí las rodillas, me miré las manos y noté en la ropa el calor aún vivo del deseo que hasta entonces no había experimentado nunca en mi vida.

Respiré hondo y me sentí culpable. Roto el hechizo de la posesión soñada por la huella de la verdadera, apresuré el paso, como huyendo del edén convertido en paraíso del pecado, y me saqué del corazón y la cabeza esa locura del deseo. Pero no a Joaquín, claro. Cambié sus manos por sus ojos, su aliento por su sonrisa, su cercanía por el brillo limpio de su ropa, y volví a soñar como se supone que lo hacen las mocicas en vez de imaginar cuerpos en celo como ha de ser más menester de señoritas del café.

Al llegar a casa, madre no estaba. Mejor. Descargué el agua y empecé a preparar el fuego y los avíos para la cena de madre y de Juanico cuando volvieran.

La primera vez que vi a Miguel Zapata Sáez en la Casa Grande me sorprendió su aspecto descuidado y el timbre chillón de su voz. No tenía trazas de demonio, ni siquiera de hombre poderoso. Llevaba un tosco gabán sobre un camisón azul y un pañuelo de los de minero anudado al cuello, sombrero y un bastón de madera clara en la mano izquierda. Me miraba con unos ojos oscuros, pequeños y vivos, que me recordaron con repentina intensidad la mirada alegre de mi Joaquín. Sobre el entrecejo, un pico de pelo aplastado parecía querer deslizarse rostro abajo entre dos grandes entradas brillantes. Escondía unos labios delgados tras un poblado bigote y una barba entrecana y poco espesa. Aparentaba más de los cuarenta y pocos años que tenía.

Entró en la cocina antes de amanecer, preguntando por su cochero y hombre de confianza en la casa:

—¿Alguien sabe dónde está Ginesico?

El tono no era apremiante ni áspero. Tampoco dulce, sino más bien neutro: no había urgencia ni nervio en sus palabras. Preguntaba por Ginés como podría hacerlo por un objeto o la hora del desayuno.

—Me pareció verlo con los caballos hace un rato, don Miguel —respondió Teresa.

Era mi segundo día allí y debió llamarle la atención mi presencia, metiendo leña en la cocina justo detrás de ella. Sin atender a la respuesta, se dirigió a mí.

—Tú debes de ser la nueva. La que le dicen en Portmán la guapa María.

—Sí, señor, María soy —y me atreví a añadir—: Guapa, no lo sé, eso dicen; pero que digan no me parece a mí que sea la verdad. Dice la gente muchas cosas y no siempre atinan o llevan buena intención.

Las demás mujeres de la cocina me miraron tan sorprendidas como quedé yo misma de mi osadía. Tras una pausa que tensó el aire como el cable de un castillete, don Miguel sentenció:

—¡Vaya!, además de moza guapa, atrevida.

Se me acercó despacio, con una media sonrisa que se me clavó en las tripas y me heló la sangre porque era la misma de Joaquín cuando quería jugar conmigo.

—Y poco avezada en los tratos de servicio.

Se dirigió a Teresa:

—Dale una manita a la niña, que me gusta la gente con sesera y pensamientos, pero en el servir, y más en esta casa, uno se los guarda y no los dice ni aunque le pregunten. ¿Dónde decías que estaba Ginés?, ¿con los caballos? Más le vale.



Y se volvió, dejándome petrificada de angustia y miedo. Al salir de la cocina, ya en el patio camino de las cuadras, gritó:

—Atrevida... pero guapa, sí, chiquilla, muy guapa.

Durante unos instantes se hizo en la cocina un silencio de sepulcro, pesado como el aire de las fundiciones. Teresa estalló con la furia explosiva de una caldera.

—¡Niña estúpida! ¿Quién te crees para dejarme así? ¡Mamarracha! —siguió gritando mientras me rodeaba furiosa, levantando la mano como para pegarme—. ¿Así me pagas el que te haya traído? Te advertí, te dije lo que es servir y más aquí: silencio, obediencia y trabajo, mucho trabajo. Se vive bien al amparo de Lobo —y bajó la voz no sea que alguien escuchara fuera de la cocina—, pero no son gente como los demás. Ni como tú ni como yo, ni tampoco como otros mineros y otros señores de La Unión o Cartagena, bien lo sabes.

Teresa me había hablado de su pasado, de la historia del ganadero Zapata y de sus hijos, Miguel entre ellos, y me decía que ella creía que habían sido como nosotros, pero la mina los tornó ricos y entonces lejanos, porque cuando uno salía del pueblo y llegaba a señor, lo primero que hacía era quemar las ropas y los recuerdos de pobre y mostrarse al mundo altivo y lustroso, y que cualquier persona, acción o palabra que les recordara su pasado era tenida como insulto o menosprecio. Por eso guardaban distancias con la servidumbre y no les gustaba escucharlos ni saber de sus infortunios o sus alegrías. Por eso pagaban pistoleros, para guardar las distancias también con el pasado.

—Aquí somos servidores y no tenemos razón ni mostramos emociones con los señores. Ni siquiera con Visitica o su hermano, aunque verás que la niña es de otra pasta y te pedirá cariños y palabras. No deberás hacerlo, pero si cayeras en su encanto, procura siempre que sea a espaldas de ellos. Sobre todo, de doña Juana.

Lo mejor, me había advertido, era ocultarse, no ser nadie aunque se haya retozado con el hijo: servir en aquella casa era estar pero sin ser una. Ya tendríamos tiempo y soledades para vivir.

—A ver qué dice ella ahora... porque ándate con ojo. Si el señor te ha visto guapa y lo hace saber, ya puedes irte preparando. No es como Joaquín, María, ni tiene sus artes ni su temperamento. Y espera que ese descarado tuyo no le envenene el deseo, y además de dejarme mal a mí, te hayas expuesto a su atención, y el castigo a tu osadía y al pecado que te sacó de tu casa sea otro infierno aquí, a solas con el diablo.

En ese momento sonó en la lejanía de las caballerizas la voz de don Miguel:

—Vamos, Ginesico, que ya amanece y se nos hace tarde, que hay mucha sierra que recorrer esta mañana y quiero ver el cable. Son días de descubrir y ganar, nunca sabes si la ruina o un tesoro.

«Si la ruina o un tesoro». La frase se me colgó también en algún lugar del alma, y ahí se me quedó como un eco enfermizo, como si hubiera sido pronunciada para mí en aquel instante en que dejé de escuchar las palabras de Teresa y recordé la noche en que Joaquín, poco antes de nuestro último encuentro, me dijo que una mujer como yo

podría ser la ruina de cualquier hombre, pero que allí y ahora era su tesoro.

—Y olvídate —me añadió al oído Teresa separándome del recuerdo— de que esta es la casa y la familia de Joaquín. Como si no hubiera existido nunca. Nunca, María.

Con el tiempo experimenté cómo aquella mirada de ojos pequeños podía a voluntad congelarte el alma. Habría de ser a menudo testigo de ello.

Don Miguel Zapata equivocaba además con su aspecto, porque atendiendo a su vestimenta y alpargatas, a sus formas y gestos, de no conocerle podría pensarse que era todavía un hombre de campo. Hacía gala y manifestaba orgullo de su sencillez aldeana, sobre todo si se ponía a medirse con otros ricos mineros de la sierra. Él era de los pocos que habían decidido quedarse allí en vez de levantar casa en Cartagena, como sí harían después su hijo y su yerno, que por aquella época todavía era un joven médico con deseo de irse a sanar enfermos en la Argentina, o qué sé yo dónde de lejos, y que llegó a la sierra a hacer ensayos con el cólera que entonces secaba a los hombres y se los llevaba.

No era pobre de orígenes el Tío Lobo, como decían Teresa y otras lenguas que inventaban la leyenda del hombre iletrado y feroz que pasó de menesteroso a rey. Su familia tenía ganado en Tarquinales, al pie de la sierra de Carrascoy, y hay quien contaba que lobos eran por ser las lobas el remoquete de las mujeres de su familia desde tiempo atrás. Pero eso era otro cuento de gentes del norte. Ni pobre, ni el hijo de lobas.

En la Sierra Minera y entre los Zapata se recordaba bien el fundamento del apodo con el que todos le conocían, pero que nadie tenía arrestos de pronunciar en su presencia.

—¿Sabes por qué me llaman Lobo, María?

Lo sabía: Joaquín me lo había contado muchas veces. Conocía bien la historia porque él la relataba orgulloso y con detalle, de tanto como se lo había escuchado a su padre. Y aun así le decía:

—Cuéntamelo otra vez, Miguel.

Y volvía a ver a Joaquín en los ojos brillantes y evocadores de aquel hombre ya enfermo y solo, porque hablarnos así, con confianza, llegó mucho tiempo después, según se fueron cumpliendo como Dios tenía previsto todos y cada uno de los misterios del viacrucis en el que la maldición de los Zapata estaba convirtiendo su vida y nos fuimos quedando solos en la Casa Grande con nuestros recuerdos y nuestras emociones, a veces gratas, a veces no tanto. Ya le había asaltado la enfermedad del mercurio que le abría la piel desde dentro, y que llaman los doctores fuego péufigo o salvaje. Igual que el azufre salía de la tierra de minas por grietas en la piedra y envenenaba el aire, a Miguel le brotaban por la piel ampollas que había que pinchar y limpiar y le dolían como puñaladas candentes, envenenando su ánimo y

el de los que estábamos alrededor. Las heridas del péñigo debían ser curadas al menos tres veces al día con paciente disciplina, y solo yo lo hice hasta el final, que casi ni se quejaba, porque no sentía ya de tanto dolor como tenía dentro, más intenso, largo y negro que el de la piel.

Pero no nos desviemos del relato, que si nos dejamos llevar por la memoria frágil e inconstante, no terminamos de contar ninguna historia. Estaba viendo a Joaquín en los ojos del viejo enfermo que sonreía al recordar aquella noche en que se enfrentó al lobo y cambió su idea de la vida para siempre. Los detalles que empezó a rememorar coincidían, como encajan los ladrillos de un horno, con la historia que contaba su hijo, sucedida en la sierra de Carrascoy, unos años antes. Miguel, el mayor de los Zapata, tenía dieciocho recién cumplidos.

Ya ha anochecido cuando terminan de encerrar la última de las ovejas que acaban de comprarle a un tratante en La Ribera.

Cerró Zapata los ojos y yo escuché con atención porque el tiempo no se había llevado ni un instante del recuerdo de Joaquín y me era grato volver a sentirle en aquella historia de sus orígenes que ahora me estaba contando su padre. Era como estar a su lado muchos años después de haber muerto.

Aquella noche del relato, el Tío Lobo ya había cumplido casi toda su condena.

—¡Date prisa, Severiano, que hace frío! —grita Miguel a su hermano, que está metiendo en el cercado a las más rezagadas.

—Este te ha vendido alguna coja, Miguel. No sé yo si habremos hecho mal negocio.

—No tengas cuidado, que está todo visto y revisto. Si se ha hecho daño, ha sido en el viaje, que las miré una por una y conté hasta los dientes que les faltaban.

Miguel se aproxima a Severiano y le ayuda a colocar el pasador del cercado de madera.

—¿Cuándo me ha fallado el ojo *pa'l ganao*?

Están cansados, pero Severiano sonríe. Su hermano mayor es recio en las formas y poco dado a los cariños, pero con él se porta diferente. Le atiende más que a Antonio y a Ramón, y casi tanto como a Rita, y alguna vez hasta le abraza.

—¿Qué tal con la Juana, Miguel?

—Qué moza difícil, vaya si lo es. Tiene arrestos y no se deja llevar. Pero caerá, ya lo verás. Dos finezas más y un par de cancioncillas y palabrería, y ya la tengo.

En la Casa Grande, muda y en penumbras, reinaba desde hacía semanas un luto terminal por la muerte de doña Juana, a cuyo entierro acudieron todos los demonios de la tierra, todos los hombres que mandaban y decidían y enterraban y mataban, todos los ricos y poderosos y también los demonios del infierno, porque Dios les dejó descargar lluvias durante cinco días y cinco noches que embarraron las exequias de Juana Hernández en el día de Nochebuena de 1906, que es cuando la enterraron. Pero no vi en su viudo ningún calor ni nostalgia de aquel tiempo ni dolor en el gesto por la reciente muerte de aquella mujer. El pasado no debía siquiera arañarle, ni el presente

de su ausencia quebrarle el ánimo, porque su mención a doña Juana difunta era fría como los cristales empapados de su gabinete aquella noche.

Me contaba que sin ser de mucho hablar —no lo fue nunca—, en aquella época de joven tenía gracia para la conquista. Llevaba tiempo persiguiendo a Juana, que era entonces una moza de quince años, una alicantina que vivía en San Javier y que lo tenía emborricado.

—Seguro que me parecía buena moza, porque yo subía y bajaba, a veces andando, a veces en mulo, desde Tarquinales para verla y cortejar.

Y no hubo más Juana en su relato, como no hubo más Juana en la vida que conocí y llegué a compartir con él hasta mucho después de que quedara viudo.

Pongámonos de nuevo en el monte y el cercado. En la inquietud que rumiaba Miguel Zapata aquella noche sin saber a ciencia cierta la razón.

—Hemos cerrado bien, ¿verdad?

—Claro —responde Severiano—, los dos cercados, sí. Y con todo el ganado dentro.

La noche es silenciosa y oscura. También fría, muy fría con ese aire afilado que baja de la sierra. Los dos hermanos son leves sombras que se perfilan camino abajo contra el lejano brillo del Mar Menor.

De repente, el silencio se rompe.

Se escucha un primer balido intenso, como agónico, y Miguel Zapata vuelve a girarse, pero esta vez con la certeza de que el instinto animal le está anticipando la inminencia del drama. Echa a correr hacia arriba sabiendo ya a qué se enfrentan, mientras Severiano se queda paralizado.

—¡Lobos, vienen lobos! ¡Corre a por las armas, Seve!

Al llegar a la altura del cercado percibe a cierta distancia el lento movimiento de cinco figuras que la luz de la luna dibuja con precisión. Un intenso calor le sube desde el estómago hasta la garganta y apenas le deja gritar:

—¡Corre!

Y sale tras su hermano colina abajo mientras los lobos, ajenos a los gritos de alarma, siguen su camino sin apresurarse, como midiendo el terreno y fijando el objetivo. Hacía tiempo que desde la sierra se dejaban caer los lobos hambrientos, pero cazaban perros o zorros, o algunos otros animales pequeños. Y nunca tan abajo. Esta vez el hambre los había empujado casi hasta el mar.

El ganado ya se mueve y bufa en un estrépito nítido y nervioso cuando los dos hermanos consiguen llegar a su casa. Enloquecen de terror las ovejas al detenerse los lobos unos instantes a pocos metros del perímetro de la finca.

Miguel y Severiano llegan gritando a la cabaña:

—¡Madre! ¡Madre! ¡La escopeta!

De un golpe abre Miguel el portón de la cocina, pasa junto a doña Rita, su madre, que se había vuelto asustada por la urgencia y los gritos, y se dirige al armero, de donde saca dos escopetas. Le lanza una a Severiano, que acaba de entrar, y sin cruzar

palabra con su madre vuelve a salir.

En la penumbra se presiente la muerte.

Los lobos atacan primero el cercado que los hermanos acaban de cerrar. Con la precisión del instinto mortal y la organización de manada poderosa, comienzan su festín de sangre por la víctima más débil: un cordero al que despachan en segundos mientras el resto de ovejas se aprieta en un rincón en desorden, entre espantosos balidos de pánico. Guiados más por el sonido de la matanza que por la visión certera de las alimañas, los dos hermanos empiezan a disparar un cartucho tras otro. Los primeros chillidos agudos y sostenidos les indican que algunos proyectiles alcanzan su objetivo. Pero los lobos no dan muestras de abandonar. Queda uno malherido en el suelo, mientras el resto de la manada se aplica con determinación en derribar y destrozar a dentelladas una segunda pieza, mucho mayor que la primera y con una capacidad de resistencia tan desesperada que por un segundo logra escapar del asedio mortal. La manada hambrienta recupera de inmediato el botín.

Espantosos balidos, como gritos afilados cargados de desesperación y miedo, atraviesan el silencio de la noche.

—Podía oír, María, como oigo la tormenta sobre nosotros, el chasquido de los dientes contra la carne. Estaban despedazando viva a su presa. Se nos acaba la munición y le pido a Severiano que vuelva a casa a por más. Es entonces cuando sucede.

Cerró los ojos, calló unos instantes y, como quien se enfrenta a algo que trasciende a ese momento y a ese lugar, afirmó solemne:

—Recuerdo como si los tuviera delante aquellos ojos resplandecientes y feroces que hablaban desde el instinto y el poder. Me había acercado demasiado al salvaje banquete, y uno de los lobos, quizá el jefe de la manada, cesa en su acción y me mira fijamente con dos linternas encendidas, brillantes. No siento miedo ni piedad mientras me cruzo con esa mirada suya, esa expresión mortal parecida al odio y cargada de terribles amenazas y presagios.

Ambos permanecen quietos, sosteniendo sus miradas, hipnotizados el hombre y la bestia.

Y así está cuando, inesperada y repentinamente, sin dejar de mirarle, abandona el lobo el grupo, sorteando los espasmos de la víctima moribunda, y se va aproximando muy despacio a él.

Miguel Zapata calcula que cualquier movimiento podría ser mortal y permanece clavado en su sitio. Paso a paso, sin desasir la mirada del hombre, el lobo no deja de avanzar.

No sabe por qué, pero Miguel no siente miedo. Toda su atención, todo su ser y su energía están concentrados en la mirada del lobo.

—De golpe, el universo se detiene, María. El tiempo, los sonidos, mi propio corazón. Estamos solos mirándonos, no hay nada ni nadie alrededor. Ni ataque, ni casa, ni rebaño, ni espacio, ni reloj. Nada.

Un gesto apenas perceptible de su enemigo, el morro levantado buscando el aire, le indica que está tratando de encontrar el olor de su miedo, acaso también su determinación.

Entonces, el lobo se frena.

Los dos mantienen la intensidad de su diálogo sin palabras: uno, el jefe del grupo salvaje, conminándole a que se vaya de allí; el otro, defensor de su territorio, decidido a no permitir el robo de lo que es suyo. Se aguantan la mirada.

Los balidos de terror, las dentelladas sangrientas y la noche oscura.

Y sucede algo completamente fuera de la lógica de las cosas, fuera de la razón humana.

Sucede que se cambian los papeles, que el hombre intuye por un instante que puede vencer a la fiera si es capaz de apropiarse de la crueldad de su instinto.

Quietos los dos, el aire mudo.

Miguel Zapata lanza un grito feroz que corta el silencio helado y se abalanza sobre la bestia con la culata de la escopeta como garrote y voluntad de matar. El primer culatazo desplaza al lobo un par de metros, casi hasta donde sus compañeros acababan de detener el festín tan sorprendidos como el jefe por el ataque. Apenas puede incorporarse cuando le llega el segundo golpe, una patada que le quiebra las costillas y le saca un alarido de dolor animal.

Se levanta y corre veloz hacia el monte empujado por su instinto de supervivencia. Es, sin duda, el líder, porque todos los demás le imitan, dejando aún caliente y sangrando el cuerpo de la segunda víctima de su ataque.

Zapata contempla la huida sorprendido y no es consciente del alivio hasta pasados unos segundos. Nota, pese al frío, el sudor del esfuerzo y la tensión. Los lobos abandonan el corral dejando su huella de sangre y miedo. Las ovejas no han dejado de balar desesperadamente cuando escucha a su espalda la voz de Severiano.

—¡Se van, Miguel, los has echado!

Miguel no responde. Ni mira a su hermano. Él solo, con sus manos y la culata de la escopeta, se ha enfrentado y ha vencido al lobo. Sigue con la vista perdida en la oscuridad que se tragó a las fieras, como si no creyera lo que acaba de suceder, como si esperara que volviese la manada a plantar batalla. Llegan desde la casa Rita y Antonio.

—¿Te has hecho daño? —pregunta la madre.

—No, madre. Estoy bien. Ha *quedao* peor el lobo.

Y la mira a ella y a sus hermanos. Ha peleado y vencido en una lucha que nunca creyó desigual, porque sabía que vencería. Apenas esboza una sonrisa y camina sendero abajo hacia la casa dejando atrás a su madre y sus hermanos.

—Nunca volví a ser el mozo que era, porque aquel día aprendí algo que me hizo lo que soy, la forma en que vencería siempre todas las dificultades y avanzaría en mi camino: poner el instinto y la amenaza, el corazón y la fría crueldad por encima de cualquier misericordia o hasta razón. Siempre fui Lobo, por eso me lo llaman. Temía

al animal, pero actué. El más fuerte no es siempre quien lo parece, sino quien se atreve a serlo. No somos iguales los hombres, y el que traza su destino es el que muerde, no el que acaricia.

Esa noche tuvo un extraño sueño. Una hilera de lobos muertos yacía frente a su casa, sobre el camino que subía al cercado. La niebla difuminaba los perfiles de los animales que estaban perfectamente alineados. Se aproximaba despacio, semioculto en la oscuridad. Al hacerlo, descubría con horror que los cadáveres adoptaban forma humana y rostros precisos que no había visto nunca pero que, por alguna razón, le resultaban familiares. Sentía angustia y un dolor profundo que le despertó sudando agitado. Entonces no entendió lo que significaba. Acaso aquella noche del relato, enterrados ya casi todos, volviera a encontrarse en el sueño con los cuerpos alineados, pero ya sabía muy bien quiénes eran y el sentido que aquello tenía.



El cañonero Toledano se quedó atracado en Portmán como un barco fantasma, apresado por el cólera que acababa de entrar en Cartagena en las heces de una prostituta. Izaba la bandera amarilla de los apestados, pero estaban mejor que en la ciudad, porque a ellos les llevaban comida en chalupas que ni siquiera tocaban el casco. Se acercaban, extendían larguísimos bicheros a cuyo extremo habían colocado bolsas de lona con víveres y los marineros aislados los desataban sin tocar los palos, porque si lo hacían, los contaminaban y tenían que quedarse con ellos también en cuarentena. Los médicos de la Armada le permitieron salir poco antes de que en octubre se abriera Cartagena. Pero el mal siguió matando en la ciudad. Había llegado por el agua de las riadas que ensuciaban aún más los infectados con sus heces constantes que los dejaban secos y transmitían el mal a través de las aguas mayores, que se movían por las cloacas del subsuelo y lo que rodaba sucio y fuera de control por la superficie.

En junio se había decretado el cierre de Cartagena y su puerto, que se aisló con una valla de tablas de madera. Solo quedaron abiertas dos puertas en la muralla por las que entraban las mercancías y se sacaba a los enfermos a los lazaretos, que eran los lugares en que los encerraban para no extender el mal. En cada puerta había soldados vigilando y fumigadores que rociaban con cloro a las pocas personas y enseres que se asomaban a la ciudad. Nadie salía sano o vivo, salvo los sanitarios y los enterradores. Las brigadas de desinfección limpiaban o quemaban las casas de los desdichados cuya vida se llevaba el mal colérico. Cartagena olía a heces y a cloro que arañaba los ojos y quemaba la garganta. En el verano estalló el hambre y se oían desde fuera de la muralla los gritos de quienes no podían salir ni apenas recibir ayuda. Hubo grandes altercados y muchos días sonaban disparos y lamentos de muerte. El cólera morbo asiático mató a decenas de miles de personas.

Dicen que había entrado por Alicante meses antes y tan lejos y tan alto había llegado que fue a acabar con la vida del mismísimo rey de España, Alfonso XII, casi al tiempo en que se me fue Joaquín, más o menos por aquellos días de noviembre de 1885.

Durante aquel verano colérico, y parte de los meses que lo siguieron, se detuvo el movimiento de minerales por el sitio de Cartagena y eso paró también las fundiciones de Portmán. Los que podían, como Zapata, sacaban beneficio de esa quietud, porque tenían fondo para resistir y almacenaban el mineral al que no se daba salida, para venderlo más tarde, y se aprovechaban de los que se arruinaban por no poder sacar el suyo.

—Pero, don Miguel, eso que usted me ofrece es menos de lo que a mí me ha costado sacarlo y traerlo a puerto.

—Pues es lo que hay. O me lo vendes por lo que te pido o lo tiras al mar y te hundes con él.

Y vendían, vaya si vendían, y se quedaban en deuda con Lobo y sin nada para pagarla, y terminaban sirviéndole de por vida, como aquellos esclavos negros como el tizón que intentó traer a la sierra durante la primera gran crisis y casi estuvo a punto de conseguirlo de no ser por los consejos y acaso también la humanidad de José Maestre, que sí era bueno, porque de lo contrario no se hubiera enamorado de él mi Visitica.

Con ella, con la niña a la que le faltaba Joaquín de otra manera, pero tanto como a mí, fui por primera vez a recoger recados a La Unión. Nos llevó Ginesico en el coche de don Miguel, que tenía sitio para cuatro y un toldo para la lluvia y el sol e iba cerrado y con cristalera. Era tan vistoso que hacía volverse a quienes paseaban, holgando o trabajando, por la calle Mayor.

Al contrario que en la Cartagena enferma, y dolorida después, puesto que tardó en recuperarse de las heridas del cólera asiático, en La Unión había vida en la calle y bullicio de comercio y gente ociosa, y tránsito constante de carruajes y caballos.

Visitica, y yo misma, por qué negarlo, mirábamos fascinadas desde el coche todo aquel trajín, saludando inocentes a un lado y a otro, descubriendo y escuchando con los ojos abiertos como las ruedas que traqueteaban sobre la calle de tierra gris plata en la que el humo de plomo depositaba sin tregua sus excrementos de contaminación minera. La Unión se había construido alrededor de una amplia vía principal, antiguo camino entre Cartagena y el Mar Menor, con las poblaciones de El Garbanzal y Herrerías, donde se trabajaba el metal, y casi toda la vida que podía verse se desplegaba durante el día en esa arteria ancha y polvorienta en la que se sucedían en hilera irregular casas bajas y comercios, con algunos soportales que albergaban tiendas y servicios alumbrados al calor de la llamada de aquel El Dorado mediterráneo y seco. Desembocaban allí calles que nacían montaña arriba cerca de las minas y callejones oscuros en los que se vivía y, sobre todo, se moría de noche.

El olor seco y ácido del mineral se mezclaba con el de las caballerías y el humo aceitoso de las cocinas en esa ruidosa calle principal de La Unión que atravesábamos de sur a norte para llegar hasta la oficina de correos y el colmado de don Camilo. Mineros ociosos, mujeres que arrastraban niños, críos delgados que miraban con ojos húmedos, pistoleros a caballo rondando tabernas de interiores intimidantes, como la música o los gritos que de ellas salían a cualquier hora; artesanos, fruteros, herradores, vendedores de especias de ultramar que gritaban su mercancía, cascotes de animales y voces de arrieros; niños corriendo, ancianos sentados a esperar quién sabe qué, mujeres con cestos en el brazo y mirada perdida, y grupos de hombres jóvenes a las puertas de algunas casas en la confianza de agarrar un jornal o una limosna, que no pocas veces venían a ser lo mismo. Algunas miradas a nuestro coche eran

curiosas, otras muchas hostiles, como si en aquel carruaje viajaran pecados o hubiera culpas por el sufrimiento propio.

—Cuánta gente, María.

—Sí, Visitica. Es que esta es la ciudad más importante de la sierra.

Decenas de callejuelas afluían a esta espina dorsal de La Unión, cálida en la hora del mediodía a pesar de estar ya entrando en el invierno. No parecía que apenas a una legua una ciudad entera acabara de salir de la espantosa agonía de la peste colérica.

Dejamos a la izquierda la barbería y el horno de pan, y unos metros más adelante Ginés se detuvo frente a la sastrería.

—Aquí hay que recoger el arreglo de don Miguel, niña.

El cochero daba las indicaciones desde el pescante.

Lobo no se adecentaba la ropa en Cartagena, y mucho menos después de aquel verano. Sus costureras estaban en casa, y cuando el arreglo requería algo más de pericia o precisión, lo traía a Hipólito Arriaga, el sastre más importante de La Unión.

Me bajé del coche con Visita, que se empeñó en acompañarme. Lo miraba todo con alegre curiosidad. Todo lo hacía con ese ánimo. Todo lo emprendía con esa disposición y esa viveza de ojos que eran como los del padre, pero hermosos y con luz; como los de Joaquín, pero sin malicia. Curiosidad y algún codazo seguro que no bienintencionado pude observar cuando atravesé la acera para entrar a la tienda. En La Unión sabían muy bien quién había sido mi padre, sobre todo en las noches de pendencia y borrachera. Y ya unos cuantos señalaban a mi hermano como el heredero de aquella mala fama y escasa fortuna. De mí apenas se conocía entonces el nombre y esa condición que lo acompañaba en forma de apodo. Supongo que sorprendería verme salir de aquel carruaje y llevar de la mano a la hija de Zapata.

—Buenos días, señoritas —saludó amable el sastre, mientras inclinaba levemente la cabeza—. Doña Visita. Y usted, ejem...

—María.

—¡Ah! Señorita María, encantado. Usted debe de ser nueva en el servicio de la Casa Grande.

—Sí, don Hipólito —se apresuró a responder Visitación—, acaba de llegar ahora, la ha traído Teresa y es muy buena y muy amable. Madre dice que es muy guapa y que podría ser artista. —Me miró—. A mí me gusta estar con ella y hablamos de Joaquín porque las dos estamos muy tristes.

Asentí algo ruborosa y bajando la vista.

—Gracias, doña Visitación...

—¡Que te he dicho que no me llames así, que soy una niña, no una señora!

—Bueno, señorita —medió amable el sastre—, dejemos la disputa y vayamos a la tarea, que vendrán ustedes, supongo, a por el arreglo de don Miguel.

—Así es —afirmé.

—Por cierto, doña Visitación —inclinó la cabeza para buscar la mirada de la niña—, dígame a su señor padre que siento muchísimo lo de Joaquín. En esta casa lo

apreciamos en su valor, que no era poco.

—Claro, don Hipólito. Padre dice que usted nos quiere mucho y es, ¿cómo dice?, de fiar, sí.

La tos forzada del hombre, acompañada de una sonrisa amplia y franca, nos mostró al instante el orgullo con que su corazón recibió el halago. Prosiguió, prudente:

—Gracias, señorita. Pero dejemos las palabras y hasta la tristeza, si me permite, que los dolores, aun siendo necesarios y estando presentes, no nos resuelven las tareas. ¿Verdad, señorita? —preguntó buscando mi mirada.

Respondí con un asentimiento de cabeza.

—... de modo que vayamos a la nuestra. Aguárdenme unos segundos, si son tan amables.

El sastre se dirigió a la trastienda por una puerta situada junto al mostrador y yo me detuve en contemplar aquel lugar en el que no había estado jamás. Me sorprendió ver la poca cantidad de ropa expuesta, apenas media docena de trajes colgados en una barra de madera a la izquierda, junto a un gran espejo frente al que se levantaba una mesa alta que debía de ser de trabajo, porque sobre ella habían dejado una cinta métrica, unas tijeras y una especie de piedra blanca pulida, supuse que para marcar las telas. Al otro lado, rollos de paño de varios colores se amontonaban sobre una gran mesa de madera. Junto a la ventana, un pequeño escaparate con dos camisas blancas dobladas, un traje gris y algunas agujas y dedales a modo de adorno.

Cuando el sastre regresó, escuché voces tenues y ruido de maquinaria tras la puerta, que al quedar entreabierta mostró lo que parecía un taller con varias mujeres cosiendo en unas mesas metálicas provistas de una suerte de pedal que movían a gran velocidad.

—Son las más modernas máquinas de coser, señorita María.

No las había visto nunca, aunque alguna vez Teresa me dijo que en el pueblo había varias. Debían de estar todas allí.

Me entregó un paquete grande y pesado envuelto en papel marrón.

—Aquí está. Y dígame por favor a don Miguel que su pedido de seda inglesa está aún por recibirse. Hay muchos problemas para que lleguen los envíos por lo del cólera en Cartagena. A ver si se resuelve ya con el cerco levantado, porque esto nos está matando a todos.

Iba a responder a don Hipólito cuando súbitamente cortó el aire con la intensidad de un rayo poderoso el grito agudo de una mujer en la calle. Parecía hallarse frente a la misma puerta de la tienda.

—¡No puedo, señora! —oí gritar a Ginés—. ¡No puedo! Y apártese antes de que le suelte a usted también el látigo.

Una mujer, que no podía ser mucho mayor que yo y cargaba con un crío chico amarrado a la espalda con una especie de pañuelo enorme y descolorido, se agarraba desesperadamente a una de las ruedas del coche llorando, gritando socorro. Salimos

veloces de la tienda, y Visitación se quedó mirando la escena paralizada, inmóvil, como de piedra, con los ojos fijos y muy abiertos. Yo solté el paquete y acudí junto a la mujer que seguía gritando y colgándose de la enorme rueda de madera.

—¡Llévelo! Por favor... ¡Llévelo donde puedan curarlo!

—¡Que no puedo! —insistía Ginés—. ¡Que no puedo, muchacha! ¡Basta ya!

Y golpeó con fuerza el brazo de la mujer, que, desesperada, había empezado a escalar hacia él. Se soltó dando un grito y maldiciendo, mientras él nos hacía gestos para que subiéramos rápidamente y poder salir de la trampa. La gente había comenzado a rodear el coche y los caballos, que ya se movían inquietos. No sabía qué hacer, si ayudar a la mujer que había caído al suelo o tirar de Visita y entrar con urgencia en el carruaje. La niña reaccionó de repente y deshizo el nudo de incertidumbre.

—¿Por qué le pegas, Ginés? ¿No ves que está llorando y lleva una criatura a la espalda? ¿Te ha hecho algo?

El reproche de Visitación desconcertó al cochero, que me miró como preguntándome —a mí, que acababa de llegar a la casa— qué debía hacer. La disciplina en la Casa Grande era muy estricta: cualquier deseo de los señores o su familia debía siempre interpretarse como una exigencia, como una orden, y un reproche era algo más que una corrección. La distancia se fijaba mediante una jerarquía de obediencia semejante a la milicia, y la desobediencia o la indisciplina se pagaban con igual dureza. Siempre había sido así. Y siempre debió haberlo sido de no aparecer en la casa y en nuestras vidas Visitación. Ella era diferente.

—¡Señorita, señorita! Gracias a Dios que hay alguien entre ustedes que tenga humanidad —dijo la mujer mientras me censuraba con la mirada—. Las de mi clase se acobardan ante la fuerza del látigo.

—No le entiendo, señora —respondió Visita—, pero me gustaría saber por qué llora.

Ya se concentraba un buen número de curiosos alrededor del carruaje. Estábamos en la calle Mayor, el sol otoñal apaciguaba esa mañana la escasa clemencia del tiempo en la sierra, y era creciente el público atento a la escena. Guardaban silencio cuando hablaban los protagonistas, o murmuraban y animaban como si lo que vieran fuera una función de teatro, no la vida misma.

—Mi hombre se está quedando sin sangre porque una explosión en la mina se le ha llevado el brazo. Venimos andando con él desde el Descargador, está lleno el hospital y no le han querido, y para cuando lleguemos a Cartagena, ya se me ha ido, por eso le pido que me lleve en el coche hasta allí, porque...

—Señorita Visi —cortó Ginés—, su padre tiene prohibido subir a nadie, ni siquiera de la familia, en carrujes ni recuas. No puedo. Y además —añadió mientras miraba a la mujer que sollozaba encogida bajo el pescante, rozando las patas de los caballos—, Cartagena está cerrada por el mal colérico.

—¡Ya no! —gritó alguien entre el público.

Ginés lo buscó para fulminarlo con la mirada.

En ese momento escuchamos un grito y el muro de curiosos se abrió y todos pudimos ver lo que me parecieron poco más que los restos de un hombre agonizante sobre una ruda camilla de lona y palos. Visi se llevó las manos a la boca ahogando un gemido y Ginés se quedó atrapado, fijas las pupilas en la imagen del minero herido. Olvidé mi trabajo y mi condición y sin pedir permiso agarré aquel despojo y ayudado por su compañero empecé a subirlo al coche. Ginés me miró. Y suplicó sin ira, con miedo:

—Por favor, María, no lo haga usted.

Iba a responder cuando vi frente a mí el cañón de una pistola.

No había reparado en la figura del jinete que con determinación se acababa de abrir paso entre los curiosos. Desde la montura, mientras me apuntaba, dijo despacio, como masticando las palabras, como queriendo que me llegara con precisión una orden incontestable.

—Déjelo en el suelo y apártese de él.

Le obedecí. La mujer suplicante observaba paralizada. El hombre que lo traía y me ayudaba a subirlo lo depositó suavemente sobre la arena seca que empezó a teñirse de un áspero rojo carmesí. El silencio envolvió el instante como una pesada nube de plomo. Lo rompió la voz viva y decidida de Visitación:

—Súbelo, María, subidle entre los tres.

—Señorita —cortó el jinete que no había dejado de apuntarme con su arma—, le acaba de decir Ginés que las normas de la casa lo prohíben. Y mi obligación tanto es defender la seguridad de ustedes como el deseo de su padre.

—Súbelo, María —insistió la hija de Zapata.

Desconcertado, el pistolero —Samuel le llamaban y era un mozo asturiano joven y de tan buen porte como malas maneras, según los años me permitieron ver, porque pasó muchos al servicio de Lobo— miró a Ginesico, que no le concedió el más mínimo gesto de respuesta o apoyo. Volvió a la carga sin enfundar la pistola.

—No puedo permitirlo, doña Visitación.

Sucedió entonces algo que hoy, al recordarlo, me aprieta el corazón con el filo caliente de la añoranza. Aquella niña de once años, aquella Visita delgada y frágil cuya risa llenaba el aire de la Casa Grande como campanillas que no dejaban nunca de sonar, aquel ser cariñoso y dulce, la niña triste por la muerte del hermano mayor cuya ausencia no iba a tener fin, se plantó firme frente al caballo de Samuel, el sol de cara iluminando su rostro decidido y serio, y mirando fijamente al pistolero volvió a dirigirse a mí.

—Te he dicho que lo subas, María.

En medio del denso silencio que ni la brisa se atrevía a penetrar, el jinete accionó el percutor dispuesto a cumplir su amenaza. En ese instante, como si en su corazón tomara repentina conciencia de la gravedad de lo que estaba sucediendo, la criatura que llevaba la mujer a su espalda rompió a llorar. No era un llanto intenso, sino una

suerte de quejido leve pero continuado. Samuel se distrajo un segundo, pero volvió a concentrarse en mí rápidamente. Seguía apuntándome, ahora sin abrir la boca.

No pude ver los ojos de mi Visitica, pero sí sentí, mientras volvía a subir al minero herido, junto a la mujer y su bebé lloriqueante, y el hombre que lo trajo en la parihuela, que la niña retrocedió un paso hasta pegarse a mi cuerpo y retó al asturiano:

—Dispara, hazlo... pero me llevas a mí también.

—Por favor, señorita —suplicó más que pidió.

—Basta ya, Samuel —respondió la niña, decidida, aunque sin alzar la voz—. ¿Crees que le va a gustar a mi padre que me hayas apuntado delante de todo el mundo en la calle Mayor?

Nunca se recuperó Samuel de aquella humillación, del mismo modo que nunca volvimos ninguno de los presentes a ver a Visitación como una niña frágil. Era de los preferidos de don Miguel, pero no volvió a guardarnos ni a Visita ni a mí. Me negó el saludo y a la niña solo se dirigía con gestos de forzada cortesía.

—Me vi obligado a hacerlo, señor don Miguel.

—Guardar no es siempre sacar el arma, muchacho. A veces la fuerza es más lenta y espesa que la inteligencia. No te pago para que pienses, aunque si quisiera hombres torpes y necios, no me cuidaría tanto al elegiros. Te salvan tu lealtad y tu oficio...

En la misma mañana yo había descubierto que era cierto lo de los hombres armados de los Zapata, que dudaba porque jamás vi ninguno con Joaquín, y lo del carácter de esa niña que pudo reinar de no ser mujer y habérsela llevado Dios tan pronto.

Recordándolo hoy, la añoro y me duele Visitación. Cómo amé y cómo amo a esa muchacha que después fue mi amiga, mi confidente y mi guía pese a los graves y dolorosos acontecimientos que vendrían más tarde. Su dulce forma de moverse y de hablar, su expresión serena, su sincera práctica de vivir la vida haciendo el bien a todos, los suyos primero, desde luego; el brillo permanente de sus ojos de miel en aquel rostro afilado y siempre iluminado por una sonrisa que ni el dolor borraba; su inteligencia, y cómo aprendía. Me enseñó tantas cosas; a vivir, para empezar. A leer, y a aprender, que no es fácil que te enseñen a aprender. A tratar, a querer incluso después de haber querido.

Ay, mi Visitica, cuánto dolor me traen tus ausencias.

Pero volvamos, salgamos de esta tiranía de la memoria que busca siempre su placer más que los rigores de lo sucedido. Regresemos a aquel noviembre en que se nos apareció mujer la Visitica.

Después de la humillación a Samuel, que abandonó el lugar con tanta brusquedad que casi se lleva por delante a alguno de los arremolinados, la niña se dirigió a Ginés.

—Llévalo donde lo curen, si es que pueden. Está medio muerto el pobre.

Conseguimos acomodarlo apoyado en el lado derecho, apretando fuerte contra el asiento la manta que intentaba sin éxito detener la hemorragia. Era la imagen del

dolor puro, un eccehomo despojado de divinidad, un cuerpo roto, enrojecido por la sangre ocre y el polvo que aún fresca había atrapado y ahora salpicaba de costras negruzcas una piel de contornos imprecisos: había tela incrustada en la carne que dejaba abierta el brazo arrancado y decenas de trocitos de madera, piedra y metal abrían en ella surcos sangrientos. También su rostro estaba desfigurado, con una expresión de estúpido desconcierto, con la boca abierta, sin huesos en la mandíbula. Olía a mineral quemado y a sudor.

Visita no quiso subir al pescante con Ginés, a cuyo lado se colocó el capataz Armijo. Nos quedamos las dos frente al herido, que se movía como sin voluntad a cada meneo del coche, que ya lanzaba calle arriba hacia Portmán el mayordomo.

La mujer apretaba lo que de su hombre quedaba. La criatura había dejado de llorar.

—Llévale a casa, Ginesico —gritó decidida Visitación.

—Pero, señorita...

Sierra arriba, camino de la Cruz Chiquita, nos encaminamos hacia Portmán mientras Ginés murmuraba entre dientes lo que me pareció una plegaria para que el Altísimo se apiadara de él, se llevara el alma del hombre y pudiéramos tirar su cuerpo a algún barranco.

Quedó el paquete con los trajes en el mostrador de la sastrería.



La Sierra Minera es un bosque de chimeneas que vierten al aire las bocanadas sucias de los hornos de las fundiciones y el vapor de las máquinas de mina. Se recortan en su estirada dignidad contra un horizonte gris de niebla suave y persistente por el humo que expulsan sin descanso; surge furioso del interior de una tierra que ofrece todos los tonos ocres, del amarillo al rojizo, del mineral que atesora en sus entrañas. Huele a azufre y a plomo seco, más fuerte a medida que se asciende por los pedregosos senderos de la sierra. En muchas de sus laderas serpentean construcciones bajas semicirculares de ladrillo, las galerías de humos que a modo de serpentín sirven para enfriar los de la fundición y depositar los últimos restos de plomo en sus paredes. Niños menudos, delgados, trabajan en su interior rascando esos restos para que no se pierda un solo gramo de su valor. Hay algunas minas abiertas al cielo, pero la mayoría son túneles que se empezaron a excavar hace siglos siguiendo filones o mantos que ya en su día descubrieron los antiguos, y hablo de cartagineses y romanos. El mundo se olvidó de ellas durante siglos hasta que, hace unas décadas, el general Requena, antiguo soldado de las guerras carlistas que llegó aquí de jefe de carabineros, supo aprovechar el tiempo y las leyes, y cuando el rey concedió que la tierra era suya pero las minas para quien las encontrara y trabajara, reabrió explotaciones, estrenó otras y de la tierra sacó riquezas para hacerse rico él. Y muchos detrás. Algunos llegados de lejos, con lo aprendido en Asturias o en las lejanas minas inglesas. Otros muchos, como los Zapata, Dorda o Conesa, nacidos en la región y avisados para oler el negocio.

La humedad de los mares cercanos aumenta la sensación de atmósfera pesada, como de plomo, y en verano el calor hace de la sierra un infierno de tierra seca y polvorienta que se contagia a las carnes y a las almas de quienes la habitan. En primavera, pero sobre todo en otoño, los chaparrones descargan aguaceros que desfiguran la montaña: las torrenteras deshacen caminos cuando la tierra ya no puede tragar más, y vaya si traga, que guarda en pozos recónditos el agua almacenada que un día sale por el agujero de la mina y la convierte en una tumba. Un marinero me dijo una vez que si tienes suerte, tardas un minuto en ahogarte; en la mina quizá sea menos, porque si te pilla la torrentera, te mata a golpes contra las paredes, o más si te sube hasta lo alto de la galería y te deja allí y te mueres sin aire, asfixiado en tu burbuja donde nadie te encontrará. Eso debe de ser como si te enterraran en vida. Dicen que Eulogio Asís vivió dos meses atrapado en lo alto de una galería porque se comió a otro compañero que había muerto ahogado. Dieron con él cuando bajó el agua y se pudo entrar a rescatarlo. Tenía la barba larga, estaba desnudo y se había

vuelto loco.

Hay días en que en la vecindad de la mina la niebla enrojece los ojos y lo vela todo. Otros apenas se nota. Pero está presente siempre, como el calor, como el salitre, como el polvo y como la miseria. Solo hay plantas secas sobre la tierra y las rocas de la sierra, alguna higuera, y cerca ya del mar, pinos aislados y sucios. Poco más sobrevive en esta atmósfera envenenada.

Antes del amanecer, cuando el sol aún no ha dibujado los contornos de las chimeneas y los picos romos, columnas de luminarias ascienden por los caminos en larguísimas procesiones de silencio. Los mineros alumbran la montaña y se abren paso en la negrura con los mismos carburos que usarán para valerse dentro de la mina. La llama huele al sulfuro del infierno. Es la única luz que tienen quienes trabajan de sombra a sombra: entran en la montaña antes del alba y, en los meses fríos, cuando salen, el sol ya se ha ido. No lo ven nunca.

La mina Luna es como todas, oscura, sucia y húmeda. Tienen las minas nombre de mujer o de virtud o de santo o de deseo; a veces de planeta o de estrella, o lo que sea la Luna. Apenas se inicia el descenso se percibe el polvo que brilla y la humedad creciente que dentro envuelve el trabajo de los mineros. La mayoría lo hace con el torso desnudo para amortiguar el peso de una atmósfera asfixiante.

—Padre se había desayunado ya el golpe de anís que le disponía el ánimo y la garganta para empezar a picar las paredes con el martillo —me contó años después Jacintico Villegas al relatarme el accidente que sufrió su padre— y era el primero en atarse el balsón en la cintura y bajar colgado hasta la primera galería cuando no se podía con la jaula. Sujetaba el carburo con la mano izquierda y guardaba el equilibrio afirmado a la cuerda con la derecha.

Todavía no ha salido el sol cuando los mineros inician su diario descenso a los infiernos sin faltar a la cita ni las fiestas de guardar.

—Buen día tengas, compañero —saluda afable el gitano Villegas a su compadre Antonio Gil en la mañana de su muerte.

—En Dios confío, porque esta condenada cueva me va a seguir dando hoy mucha tarea.

—¿Se te resiste un tramo?

—Se me resiste, Villegas. Más que la moza, que ya es resistir.

Villegas ríe mientras termina de despojarse de la ropa. Se queda solo con el casco y un pantalón de tejido áspero que le llega un poco más abajo de la rodilla. Y eso por pudor, que trabajaría desnudo para librarse del agobio.

El amanecer ilumina el bosque de chimeneas. A sus pies, en la bocamina y junto a las ruedas y las casetas, hay movimiento de mulas y muchachos. Adolescentes, apenas niños, se agrupan alrededor del capataz que organiza su trabajo de cribado de la piedra para separar lo valioso de la tierra y las rocas antes de que los arrieros lo lleven a la fundición. Primero se trituran y muelen las piedras para poder lavarlo en las cribas o palanquines y luego se lleva a los rumbos, que trajeron los ingleses para

facilitar el separado de los metales por su grosor o densidad, creo que dicen. Otros esperan turno y orden del capataz con el capazo al hombro para acarrear desde el interior de las galerías más estrechas. Los arrieros aguardan con sus mulas de recua. Los días de calor se protegen bajo los amplios tinglados donde se agrupa, criba y ordena el mineral. Algunos muchachos les piden cigarros antes de entrar a la mina o ponerse a separar las piedras. Desde primera hora, los caballos o las mulas arrastran lo que pican los mineros haciendo palanca en los malacates donde no hay castilletes movidos por máquinas de vapor.

A menudo los arrieros apremian a los muchachos porque su beneficio depende de la cantidad de mineral que sean capaces de cargar. Arrean las mulas los primeros y se oyen algunos cantos arrieros, que son menos feroces que los de los mineros del interior. Hay dos mundos: el de las galerías interiores y el de los lavaderos y los caminos, pero todos son la misma mina y ponen a quienes los habitan ante sus propios límites, los apriete el sol y el polvo de la sierra o los oprima la oscuridad y respiren el mineral que provoca silicosis o te emploma y te vuelve torpe o loco. La condición humana desciende aquí a la categoría de animal. Lo mismo trabaja la bestia que tira del cable en el malacate, que el niño que acarrea piedras en el capazo quintalero desde la cueva hasta el enganche y va abriendo las galerías donde los adultos no caben.

En el mundo exterior hay ruido de agua y máquinas, bufidos de caballerías, de vez en vez cánticos y conversaciones y gritos de arrieros y capataces; algún latigazo ocasional rasga el sonido quedo de la montaña envuelta en aire de plomo. En el interior de la mina, donde huele a azufre, y la humedad y el calor evocan el mismo infierno, hay voces aisladas de órdenes y martilleo constante de los picos y alguna moderna máquina neumática. Se oyen toses cuando en algún momento se detiene el sonido seco del metal contra la roca.

Las galerías están en silencio cuando Antonio Gil, Villegas y cuatro compañeros más inician su marcha tierra adentro. La llama de sus carburos ilumina apenas un par de metros a su alrededor, pero es suficiente para que avancen con decisión. Se dirigen a una zona recién abierta en la que los entibadores comenzaron a afirmar los muros para poder seguir adelante con el manto encontrado hace unos días. Por ahora la galena no es de gran calidad, pero hay que seguir su camino, no vaya a ser que tierra adentro sea más pura. Persiguen hierro y, sobre todo, plomo. Que es también el del aire que respiran. Quizá un día den con una veta rica.

—Y a mí qué más me da, voy a cobrar la misma miseria y se lo quedará el patrón.

—Cuidado, Pedro —sugiere prudente Jacinto Villegas—, que parece que no hay nadie, pero estas paredes lo oyen todo.

—No me da más. Que oigan, así se enterarán. Estoy cansado, Jacinto, estamos muertos.

—No mientras tengamos brazos y nos den para comer.

—Qué nos van a dar, Jacinto, vales. Para darle aún más beneficio al patrón.

Villegas no responde porque sabe que es cierto, que el partidario al que Zapata tiene arrendada la mina no paga el salario con reales de los que se cuentan y suenan, sino con papeles de dinero que solo valen en el colmado de Lobo y para las casas de Lobo. Los dichosos vales.

Siguen descendiendo e iluminando las antorchas de la galería según avanzan, hasta que llegan al punto en el que Villegas y su pegaor Pedro Martín dejaron ayer el ataque a la veta. Antonio Gil se detiene unos metros más adelante en la misma galería con el pedricero que le asignaron hace unos días en el «trabajo de andaluces» de la plaza Mayor, que es donde se selecciona a las cuadrillas que bajan a la mina. Es un chico rubio, tímido pero eficaz porque no pierde el tiempo hablando. Ni se acuerda Antonio de cómo se llama. Recogen los dos el madero que dejaron a medias y empiezan a alisar las aristas. Hay que fortificar el túnel para poder seguir avanzando.

Unos metros más allá, Pedro Martín está limpiando los agujeros para colocar el explosivo que seguirá abriendo camino y sacando galena. Una vez colocado con cuidado el barreno con el cartucho de pólvora, lo tapa con tierra apretada con la vagueta. Después, para la pega, Pedro junta las mechas de todos los barrenos ajustados en la pared. Jacinto ha retrocedido unos pasos, siempre los mismos, en esa rutina que alterna la explosión en la roca con el picado de la pared para ir cortando la piedra y seguir las vetas de mineral. Observa a Pedro, de quien admira su habilidad y su oficio. Sabe dónde colocar el explosivo, qué cantidad poner y en qué dirección orientar la explosión. También llegó hace unos años de Almería, pero no como él de las minas cuando se agotaron la plata y el oro —también había oro— en Gádor, sino del campo. Pedro Martín era jornalero hasta que el padre ultrajado de una moza del pueblo se cobró la vida del señor que le gobernaba y hubo que echarse a la calle. Debió de ser altivo y valiente porque alguna vez le había confesado que participó en la batida que después del crimen dio muerte al asesino. Todos tuvieron que huir, y Pedro acabó escondido en esta sierra.

—Enterrado, más bien —solía decir—, cumpliendo condena de infierno en vida por criminal.

Se manejaba bien con armas y tenía el secreto de una sabiduría valiosísima: el camino de la pólvora. Con precisión de relojero podía marcar con líneas escritas en la tierra por dónde saldría la onda expansiva de la explosión, de forma que siempre ajustaba el cartucho al camino del mineral que había que sacar. En este mundo oscuro habitado por hombres que solo se orientan por una pequeña llama y respiran veneno y no son libres ni para fijar la intensidad de los golpes a la roca, esa sabiduría no solo le facilitaba la supervivencia, sino que lo convertía en pieza esencial para el patrón. «Traedme muertos, que yo os enviaré a los vivos —repetía Zapata—, pero al brujo Martín no me lo toquéis, que sabe abrir la roca mejor que Moisés el mar Rojo».

Con la meticulosidad de siempre terminaba de sacar polvo y piedras pequeñas del agujero y colocaba cuidadosamente el cartucho. Pero esa mañana, nada más comenzar la jornada, Jacinto nota un gesto extraño cuando está ajustando el último.

Durante un instante apenas perceptible frunce el ceño en expresión de extrañeza, como si algo en la dimensión o el grosor del cartucho le llamara la atención. Se gira como para preguntar algo, pero deja el movimiento a medias y vuelve a concentrarse en su trabajo.

—¿Pasa algo? —pregunta Jacinto.

Tarda unos segundos en responder.

—No. No —afirma.

Pero se lo dice a sí mismo, piensa el picador.

Escucha el suave alisar del cepillo de carpintero que Antonio y su ayudante le pasan a las vigas de entibar. Todo lo demás es silencio y semioscuridad. Su candil apenas ilumina la pared que lo rodea y la espalda sudorosa de Pedro Martín, que en ese momento acerca su candil a la mecha del cartucho.

—Atrás, minero. —Su voz es más alta de lo normal, casi grita—. ¡Atrás, Jacinto!

Retrocede unos pasos, y por un segundo la mecha ardiente ilumina el rostro del barrenero. Es de inquietud y sorpresa, un gesto congelado y eterno, como un grabado en piedra.

Un fogonazo intenso, desconocido, ciega a un sorprendido Jacinto. De inmediato el sonido de la explosión golpea sus tímpanos mientras su cuerpo retrocede brutalmente impulsado por una espesa corriente de arena negra y piedras.

Su espalda y su cabeza chocan contra la pared, que no es capaz de detener su trayectoria, a merced de la violenta nube negra. Fuera de control, la tromba arrastra al minero túnel adentro golpeando paredes y maderas, algunas de las cuales se quiebran y se suman al mortal recorrido. Es un viaje eterno durante el cual Jacinto es consciente de que su destino es la muerte, la misma que atrapa escondidos entre el polvo a sus compañeros, cuyos gritos oye lejanos, apenas perceptibles, ocultos por el zumbido que envuelve su cabeza, sus oídos, sus entrañas. El vuelo se prolonga en instantes inacabables en los que siente quebrarse y atravesar sus huesos y su carne por piedras y vigas astilladas que le penetran como agua hirviendo hasta lo más profundo del dolor. Huele a pólvora y el aire viciado le asalta los pulmones hasta dejarle sin respiración. De pronto todo se detiene con tanta intensidad como empezó. Las piedras y la nube dejan de golpear y nota en su rostro la humedad caliente de la sangre y la arena que sellan sus labios, porque no puede abrirlos. No ha perdido el conocimiento, y el constante zumbido que tortura sus oídos no le impide oír el sonido de rocas que caen al suelo, maderas que se desmoronan y algo más lejos gritos de dolor y voces rotas que no articulan palabras: son gemidos.

Silencio.

Intenta gritar, pero sigue sin poder abrir los labios ni mover la mandíbula. De algún lugar cercano, quizá la nariz, quizá un pómulo, continúa brotando sangre que cubre su boca y llega hasta su cuello. Está de espaldas, tendido y medio enterrado. Consigue a duras penas respirar. Intenta moverse, pero un brutal e inesperado latigazo recorre su espalda de abajo arriba y un intenso dolor le atraviesa una pierna, como si

una espada le entrase en la carne y removiese su interior. El zumbido pierde fuerza, y en su lugar se hacen más presentes los gemidos. Es un sonido apagado, como enterrado. Sí, es alguien que intenta decirme algo, pero no puede. No muy lejos, un liso enorme y pesado se desprende de algún punto del túnel y un segundo después escucha un grito desgarrador de animal herido. Un grito de muerte. Estoy vivo, respiro. No sé si alguien más está conmigo. No puede hablar, no puede despegar los labios. Abre los ojos, pero la oscuridad es tal que duda si en realidad los ha abierto o no. Solo el dolor que provoca el polvo que sigue cayendo le confirma que sí, pero es igual. Sigo vivo, lo que no sé es ni cómo ni cuánto. Ya no oigo nada, solo siento dolor y miedo, mucho miedo. No ya por mí. ¿Qué va a ser de Amalia, y de Carmencita? Si salgo de aquí, no creo que pueda volver a trabajar. ¿Qué van a hacer? Ella de puta. Se araña los ojos al cerrarlos con violencia para apartar ese pensamiento. Sabe que el destino de su Amalia, como el de todas las mujeres de los mineros que quedan lisiados o mueren, es vivir de la caridad o irse a vender el cuerpo por los callejones de Murcia o al Molinete en Cartagena, o, si hay suerte, los cafés cantante de La Unión. También pueden volver, podemos regresar a casa y hacer el camino de vuelta. Pero ¿cómo?, ¿de qué vivimos? ¿Quién trabajará? La angustia por el futuro sustituye a los miedos presentes y el dolor de la certeza del desamparo apaga los del cuerpo deshecho y medio enterrado en la galería. Imagina a Amalia en manos de los capataces y los señores, sobándola, poseyéndola, riéndose de su miseria. Y a la niña en la calle, a merced del hambre, como los de Juan Flores, que murieron en la vía del tren cuando regresaban a casa miserables y solos. Murieron de hambre, se lo había contado a Jacinto el mismo Flores llorando como un niño poco antes de pegarse un tiro con la pistola que robó al sargento de la Guardia Civil. Ya estoy temblando, ¿de qué es este frío? El agua no; aquí no puede llegar, estábamos demasiado altos. Si no es el pañí, quizá sea la muerte. Quizá solo esté vivo por un tiempo y me estoy desangrando y muriendo enterrado en este cementerio. Amelia querida, Carmencita, mi chaví, ¿qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de vosotras? Ya me voy, os dejo solas y en desgracia. Me duele más vuestra vida que mi muerte. Ya vienen a por mí, ya escucho las voces de la muerte.

—¿Hay alguien vivo?

—¡Pedro! ¡Jacinto! ¡Antonio! ¿Estáis ahí?

Son sonidos lejanos e imprecisos al principio, más cerca cada vez que gritan los nombres. ¡No es el fin!

Ni tiembla ni desciende el timbre de las voces porque los hombres que se han adentrado en la galería tras la explosión saben que a ese reclamo atenderán tarde o temprano los que hayan podido sobrevivir. Jacinto no puede responder, sus labios siguen envueltos en sangre y polvo. No sabe el tiempo que ha pasado, pero le parecen siglos.

—¡Aquí no hay nadie vivo, joder! ¡No ha quedado ni uno!

Una luz tenue y un levísimo golpe de aire le dicen que se acercan, que quizá

acaban de abrir el último hueco antes de llegar hasta él.

—De aquí ya no se puede pasar, se ha caído la galería, están enterrados. Todos muertos.

Es Tomás, el arriero. ¿Qué hace aquí?

De repente siente un golpe en el hombro. Acaba de tropezar con él.

—¡Aquí hay alguien!

Le acerca la lámpara y Jacinto siente una luz intensa y caliente.

—¡Rápido! ¡Se mueve! ¡Hay uno vivo!

—¿Y quién es?

—¡Qué voy a saber, carajo! ¡Está roto y medio enterrado, y tiene la cara llena de sangre y de arena!

Un calor nítido y dulce se apodera del ánimo de Jacinto. Voy a verla, voy a verlos, me van a salvar, voy a vivir. El arriero empieza a apartar la tierra y los cascotes que cubren su cuerpo, y van llegando más carburos, más voces, más personas. Todos hablan y él no entiende, ya se deja caer porque siente que no queda en manos de la muerte. Al menos de momento. Nada será igual, pero podré con ello.

Eso creía Jacinto, al que sacaron de la mina y llevaron a rastras hasta la Casa de la Caridad, donde les dijeron que lo mejor era tirar de carreta y llegar a Cartagena para que le soldaran el cuerpo roto. Eso si es que se podía, porque uno de sus brazos quedó en la mina. Por el camino mandaron aviso a Amalia, que lo acompañó con Carmencita atada a la espalda, aguantando las lágrimas como una virgen en martirio, porque veía que el hombre recio y fuerte que la abrazaba cuando llegaba por la noche era un muñeco de trapo que no tenía cara y que iba dejando un rastro de sangre sobre la arena seca de la sierra.

En La Unión encontraron el auxilio de la hija de Lobo.

Llegamos ante el portón de caballerías de la Casa Grande cuando todavía el sol iluminaba la sangre de Villegas. Me impresionó ese brillo metálico de la que aún le brotaba del brazo, o de lo que él quedaba, mientras un rojo apagado, como cobre, había teñido los asientos y el suelo del carruaje. Nunca había visto tanta sangre, no sabía que un hombre pudiera derramar algo así.

«Me muero», y su lamento retumbaba en nuestros oídos. Era un quejido cada vez más débil, mientras su mujer le sujetaba la cabeza y trataba en vano de parar aquella fuente de vida que se le iba escapando.

—¡Se me va, Dios mío! ¡Se me muere! ¡Ay, mi Carmencita, qué será de nosotras!

Gritó Visitica ante el portón, que al poco abrieron dos de los mozos de caballería. Alertada por las voces y el estrépito, doña Juana había bajado hasta el patio seguida de Teresa y otra de las sirvientas, apodada la Maña.

—¡Pero Dios santo, Ginés! ¿Qué es esto?

—Señora...

—Madre —interrumpió la niña—, le he dicho que traiga a casa a este señor porque se está muriendo y puede curarle don...

Doña Juana no era mujer de piedades espontáneas, porque, si bien se dejaba ver en actos de beneficencia y donaba dinero a los huérfanos de mineros, su natural talante era egoísta y enredador, y su caritativa condición, puro teatro, pura vestimenta, liberalidad para matar el aburrimiento. Sin dejar que su hija terminase la frase, sin reparar un segundo en la voz y la expresión suplicante de la niña, ordenó tajante:

—Saca a esta gente de aquí inmediatamente, Ginés, si no quieres que te mande a ti tras ellos y cierre esa puerta para siempre. ¡Sácalos de aquí!

—¡Pero, madre! ¿No ve que se va a morir?

—Cállate y a tu cuarto, Visitación, que ahora me ocupo de ti.

Y volvió a ordenar:

—¡Fuera he dicho!

La mujer, que entre lamentos todavía trataba de detener la sangre que brotaba del cuerpo moribundo, levantó la vista y suplicó sin palabras. Juana desafió la súplica con una mirada fiera.

—Tenga piedad, señora —me atreví a decir.

Entonces fue a mí a quien miró y, enfriando aún más su expresión de soberbia superioridad, dijo:

—Y tú, insensata incapaz, valiente prueba de prudencia me brindas recién



llegada. Te envío a un recado y me vuelves con un muerto, o a punto de serlo. Poco me falta para mandarte con ellos y prohibirte para siempre la entrada en esta casa, estúpida descarada. ¡Vete a la cocina antes de que me arrepienta!

Algo se me clavó bajo el esternón, una punzada inesperada, como un pellizco bajo la piel, como un golpe caliente. Quizá miedo. No tuve tiempo de reconocerlo porque en ese instante sonó una voz que atravesó el patio y detuvo el tiempo.

—¿Qué carajo está pasando aquí? ¿Quién es esta gente, Ginés, y por qué los has traído a mi casa?

Me giré y vi a Miguel Zapata, el Tío Lobo, descender de su mulo sin dejar de mirar la escena y cómo a Ginés se le mudaba el rostro a un amarillo pálido como si hubiera tenido un ataque de tisis repentina. Iba yo a responder cuando la niña corrió hacia su padre y lo abrazó sollozando.

—¡Padre! ¡Padre!, salve usted a este hombre, que se está muriendo porque algo le ha *pasao* en la mina... ¡Sálvelo, padre!

—Pero ¿qué dices, niña?

Y avanzó hasta el carruaje donde aún permanecía el cuerpo deshecho y junto a él su mujer, la niña a la espalda de la madre y el compañero que en todo momento había permanecido en silencio. Todos inmóviles, teatrales en su quietud, como figuras de uno de esos belenes napolitanos que se ponían en Navidad en la Casa Grande.

Hasta que se cruzaron sus miradas.

La mujer se estremeció y algo parecido a un gesto de espanto cruzó su rostro un instante, como si en vez de a Zapata hubiera visto al mismo diablo. Él detuvo súbitamente su marcha decidida a pocos metros del belén sangriento en cuanto tomó conciencia de quiénes eran. Su expresión se tornó primero sorprendida y de inmediato grave. Era evidente que ambos se reconocían, pero ni esperaban encontrarse ni disfrutaban de ello. Me pareció que ella ahogaba un grito llevándose a la boca las manos teñidas de la sangre de su hombre. El silencio resultó más atronador que el estrépito en la mina al caer la galería.

El compañero rompió el dramático espesor del aire, que hubiera podido prenderse con la mecha de un barreno. Su voz sonó serena, pausada, y recolocó el escenario y a los actores.

—Señor don Miguel —empezó a decir, hasta que se quebró su voz por un segundo—, patrón... ha habido un derrabe en La Luna, frente al Descargador. Se ha hundido una galería y se ha llevado por delante a tres hombres y dejado malherido al picador Villegas, aquí presente.

Volvió el silencio. Una quietud impostada que no escondía la agitación que a todos nos envolvía, pero que ninguno era capaz de sacar. Juana había quedado muda; los mozos de cuadra, sin saber qué hacer; Visitación, pegada a su padre; el herido, roto contra la pared del coche, y su mujer, incapaz de recuperar el aliento, con las manos ensangrentadas tapando apenas su expresión de terror.

El minero, tras hablar quedo al patrón, volvió a recogerse con la mirada acuosa

detenida en Miguel Zapata, esperando su reacción, confiando en que respondería al drama de los suyos. Que sería sensible al dolor de quienes sabía él que consideraban su propiedad. Como mi padre a mí. Como cualquiera con poder a quienes están a su servicio.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Todos! ¡Tú también, Juana! —gritó de repente—. Visitica, tú y la nueva quedaos conmigo. ¿Dónde cojones está Samuel?

No respondió su mujer, que, visiblemente contrariada, se dirigió veloz a la entrada de la cocina. Las demás sirvientas, que se habían asomado a ver a los recién llegados y asistían al inicio de su expulsión por doña Juana, la siguieron en su ofendido trote. Los mozos se apresuraron a desaparecer los caballos. Samuel no apareció.

—María te llamabas, ¿era así?

Asentí.

—Pues busca ahí dentro una manta gruesa y tiéndela en el suelo junto al coche.

—¿Va usted a salvarle, padre? —preguntó Visitica.

—Es de los nuestros, Visita. Estos hombres trabajan para nosotros, son nuestra familia, y eso los hace distintos a todos. Ginés, ¿por qué lo has traído aquí? ¿Sabías quién era?

—No, señor —respondió—. Me era familiar la mujer, pero a los dos hombres no creo conocerlos.

—El herido se llama Jacinto Villegas y es picador desde hace años. El otro es el capataz Armijo, medio gitano también de Almería, y conozco pocos mineros tan leales. No debiste haberlos subido, pero ya me ocuparé de eso. Ahora está aquí porque Dios lo dispuso, y no seré yo quien ose torcer su voluntad. ¡Apresúrate, María!

Recuerdo mi aturdimiento, cómo el miedo dio paso a una sensación de urgencia en la que puse toda mi alma y mi atención, sabiendo muy bien que quien mandaba allí me estaba reclamando para sí, sin duda con deseos de probarme. Pero intuía que ese mismo reclamo me ponía a tiro de la señora de la casa, porque tal pareció, y así lo debió de digerir doña Juana, que le había arrebatado la autoridad delante de todos y me había usado a mí para reafirmar la suya. Su Visitica y la nueva María, aquella muchachita recién llegada algo descarada y hermosa, lo iban a ayudar a curar a aquel hombre, o a intentarlo. A mí me sirvió para aprender una primera lección: Miguel Zapata podía ser cruel y lejano, como decían en la sierra que era; pero en las dos ocasiones en que lo había visto se había mostrado deseoso de agradar y ahora valiente. Con el tiempo y muchas horas vividas en esa casa aprendí que, siendo cierta su inmisericordia, tenía principios y a veces era capaz de saltarse sus propias reglas si el beneficio de hacerlo era más que el prejuicio de mantenerlas. Si había dinero que ganar o estaba en juego el nombre o la vida de la familia, no dudaba en diluir como azúcar en el café la firmeza de sus leyes propias y, desde luego, de las ajenas. Tuvo siempre la fiereza implacable del lobo, pero también su instinto y su astucia.

Una suerte de ruda nobleza campesina lo acompaña en mi memoria. No tan presente como para ocupar el espacio de su cruel determinación y su forma casi violenta de manejar sus intereses (a veces verdaderamente violenta, pero nunca pude saber si las habladurías de los crímenes cometidos por sus hombres provenían de hechos ciertos o de invenciones populares), pero lo bastante viva como para amortiguar el peso atroz que siempre tiene la memoria de los malos hombres.

Las guerras y los ferrocarriles se hacen con la sangre de las almas muertas que cada amanecer descienden a la entraña de la sierra para sacarle las piedras de los metales. Hay que encontrar los filones o los mantos reconociendo los colores de la piedra o siguiendo el olor del azufre que sale de la tierra. Saben hacerlo los catadores o ensayadores que van por la Sierra Minera con la varilla o la tabla plana para separar las piedras como hacía Zapata cuando llegó aquí y recorría los caminos buscando vetas. Ahora usan máquinas que hacen agujeros de muchos metros y te dicen si hay o no piedra rica. Cuando se localiza se abre el pozo principal y las galerías para ir sacando el mineral. Se va abriendo la tierra cada vez más y se refuerzan las paredes para que no se caiga, de entrada con madera y luego con mampostería y ladrillos.

Los primeros en colarse dentro solían ser los mozos de gavia, niños de cuerpecico prieto y escasa estatura que culebreaban en los agujeros, rascando galerías y sacando a pulso en sus espaldas, dobladas ya desde muy pequeños, rocas que se separaban en la superficie. Según se iba abriendo el pozo hacia abajo y hacia delante, iban entrando los mineros, las máquinas, los raíles, hasta convertir la mina, si el filón tenía consistencia y era largo y rico, en un laberinto de calles y cuevas oscuras en cuyas paredes proyectaba la luz del carburo y las antorchas minúsculos brillos de espejo que se liberaban al aire como motas de polvo y se metían en la nariz y el cuerpo de los mineros. Con los años enfermaban de silicosis o de emplomamiento o del mal del azufre que los deja ciegos.

Hay que tener cuidado con el agua que siempre inunda los pozos y a menudo brota violenta y anega las galerías. ¡Qué sarcasmo del destino! Esa tierra áspera y seca, calentada por el sol y endurecida por el viento entre dos mares, el Menor al norte y al sur el Mediterráneo no siempre calmo, mata con el agua de su interior a quienes osan horadarla para arrancarle sus riquezas.

—Eso, mi niña querida —le dijo una vez a Visitación su padre en uno de los paseos en que los acompañé antes de abandonar la casa por primera vez—, es una mina blanca.

—¿Blanca? Yo la veo roja o con colores grises.

—¿Por qué se llama blanca, don Miguel? —pregunté yo.

—Se llama blanca porque siempre se inunda. Por mucha agua que achiques, siempre regresa. Y de allí nada se puede sacar por más mineral o riqueza que hubiera.

La otra forma de muerte violenta son las explosiones, como la que destrozó al picador Jacinto Villegas, cuya mujer, Amalia Montoya, se topó de frente con el mal el día en que sin saberlo puso su desesperación en manos de la familia Zapata.

Únicamente se habían visto una vez, semanas antes de que se les fuera a morir el padre de su Carmencita en aquel lugar y frente a ese hombre cuyo solo recuerdo la quemaría de por vida. Presente siempre, porque dicen que la criatura que nació meses después de perder a su Jacinto tenía un porte y un carácter que recordaban al del propio Lobo, pues había sido fruto de un encuentro con él. Por precisar: de cuando yacieron en el jergón de la bocamina en que vivían los Villegas, bien sea por convenio de los dos o, como afirmaban las habladorías, porque él abusó de su poder y regaló promesas que a saber si cumpliría después.

Su espanto en el patio de la Casa Grande me hizo siempre pensar que no fue de buen grado lo que hubieran tenido entre ellos. Entendí, cuando tuve noticia de aquello, que su horror era el mismo que yo habría sentido de reencontrarme con el Cuervo después de aquella noche donde la Tuerta, que aún no ha llegado el momento de contar.

Eso dicen, que yo solo lo digo porque me lo contaron. Aunque a decir verdad, el muchacho tenía planta y andares que me recordaban a Joaquín, y cuando se juntaba con Manuel —pues fueron amigos y compartieron revueltas y francachelas—, tal parecía que los dos fuesen hermanos, de lo mucho que sus gestos tenían de común.

Semanas antes de la explosión en La Luna, Zapata recorría en mulo como casi todos los días los caminos de la sierra. Las lenguas que se ocupan de extender los pormenores y consecuencias del encuentro entre Zapata y Amalia dan por cierto que fue a pedir agua a la cueva de los Villegas, bien porque se topó con la mujer y le pesaban la sed o la arena, bien porque la buscó sabiendo que su gitano andaba en la mina. Era madre de una niña y de virtud recia y muy hermosa de rostro y talle, de esas que gustan a los hombres por lo difícil de alcanzar que resultan y por lo agradable de sus formas. Ya en alguna ocasión le había echado el ojo.

—Hola, buena mujer —le debió de hablar como si quisiera disimular que la conocía—. ¿No tendrá usted un poco de agua para aclarar la garganta del polvo que nos mete en el cuerpo este viento del demonio?

—No es que nos sobre, señor caballero, pero me pide algo que no se le negaría ni al mismísimo que usted cita. ¿Su amigo de usted quiere también beber?

—Aguanta mejor porque es más joven. Pregúntele.

Dicen que no iba solo, que esa mañana se había ido a los caminos a recorrer minas y partidas propias con uno de sus pistoleros. Su oficio era guardar distancias y velar por el amo, de modo que no debió de aceptar la oferta, giró la montura hasta darles la espalda y se puso a vigilar en espera de lo que calculó que iba a suceder.

—Usted es andaluza, ¿verdad, señora?

—De Almería vengo, con mi hombre que está en la mina de picador. Trabaja en una mina de Zapata, a quien llaman el Tío Lobo. ¿Lo conoce usted, o es forastero y está aquí de paso?

—Algo sé de él, sí. He oído que es hábil y tiene dineros y una leyenda que explica que le llamen con ese nombre de animal.

—Eso dicen, sí. De cuando era ganadero. Es un mal hombre, que paga poco y no tiene piedad, pero sabe cómo sacar y hacer crecer la plata.

La sonrisa del desconocido pone de pronto en guardia a la gitana. Lloro su hija de meses en el interior de la bocamina. Amalia repara en su imprudencia al caer en la cuenta de que ese hombre que la mira con media sonrisa que le parece más cruel que agradecida podría ser el mismísimo Tío Lobo. «No tendré tan mala suerte», piensa. Y, sí, la tiene, pero en una carta marcada que no es la indiscreción.

—Atiéndalo, no vaya a ser que esté la criatura demandando algo urgente.

—Es la niña, Carmencita, que tendrá hambre.

El hombre baja del macho y Amalia comienza a inquietarse. Mira al otro, que se aleja un poco sin perderlos de vista, y esa fría distancia aumenta su angustia.

—Aguarde aquí, que le saco el agua, si le parece, señor.

—Me gustaría refugiarme del viento y departir un rato con usted.

—Pero estoy sola... y no sería oportuno ni prudente abrirle mi casa así.

—Le insisto. Y puede que hasta saque usted renta de su hospitalidad.

Ella entra en la cueva y Zapata la sigue. Cegado por la luz, solo ve la sombra de Amalia, que coge al bebé, tumbado sobre lo que parece un pequeño capacho de esparto de los de llevar mineral. Zapata nota el olor a humo y algo parecido a orines de animal.

—¿Aquí viven ustedes?

—Sí, señor. Está a refugio del sol y de la lluvia. ¿Por qué entra aquí? ¿Quién es usted y qué quiere?

Zapata no responde. Mira hacia fuera para confirmar que el pistolero está en su lugar, y observa la habitación. Nunca había estado en una de estas entradas de mina abandonada que muchos usan como casa en una sierra llena de soñadores y bandidos en la que apenas hay sitio para nadie, y el poco que queda lo reparten y administran a un precio muy ventajoso para ellos personas como Zapata, que además de minas, hierros y colmados tiene ya por aquel entonces casas que alquila a quien puede pagarlas, que no son muchos. «Más baratas para quien tiene vales —repite a menudo—, que son los míos».

Sus ojos se van acostumbrando a la oscuridad y puede ver al fondo, a unos escasos tres metros de la puerta, la entrada condenada a lo que un día fue una mina. El espacio es alto y el techo está ahumado y sucio. Hay un jergón sobre unas tablas cerca de la entrada cegada, bajo el arco de entibado que visto así parece un cabecero excesivamente alto. Lo cubre una colcha de colores gastados, extendida de forma pulcra sobre el camastro; no tiene una sola arruga. A su lado, el canasto donde lloraba la niña. En el otro extremo, una hornacina toscamente abierta en la pared alberga una palangana y junto a ella lo que parece una pastilla grande de jabón. A su izquierda, un cántaro de barro con tapa de madera. El suelo es de arena rojiza que el uso ha endurecido. Sobre él, algunas alfombras deshilachadas.

—Ahí tiene usted el agua, quienquiera que sea. Tómela y váyase, por favor. He de

amamantar a la niña.

—¿Quiere saber quién soy?

Ella sale fuera con la niña en brazos, se sienta en una silla de enea y, para sorpresa de Zapata, se saca un pecho que la niña toma con la desesperación del hambre primitiva.

—Quiero —le dice con suave firmeza mirándole a la cara mientras amamanta a la criatura— que beba y se vaya. Y hágalo antes de que regrese mi hombre, que si le encuentra aquí, vive Dios que lo mara de un solo golpe de serdañí.

—No sé lo que dice, mujer, pero suena a amenaza. Lo que sí sé es que su hombre, Jacinto, no va a venir porque no lo hará hasta que se oculte el sol, pues trabaja en la mina. Y mal negocio haría, Amalia, si me partiera en dos con la faca, porque estaría matando a quien le procura labor y el jornal que a lo que veo tan mal administra. Yo soy Miguel Zapata, el Tío Lobo.

Muchas veces pregunté a Miguel en nuestras largas pláticas de soledades en la Casa Grande si era verdad o no aquello. Si el Jacintico que estuvo en las revueltas con Manuel, el niño que nació meses después de muerto el padre, según el relato que él mismo me confiaría, era hijo de aquel encuentro. Si lo contado hasta ahora sucedió o era otro de los chismes malintencionados que daban brío a la leyenda de maldad de Lobo.

—Conocí a aquella mujer. Solo la había visto una vez antes de que los trajerais a la Casa Grande aquella mañana. Y, ciertamente, yacimos juntos. Lo recuerdo difuminado, lejanísimo. Me viene a la cabeza sin violencia, eso sí. —Calló unos instantes, como hacía siempre que quería decir algo para él importante—. Pero sí has de tener por cierto algo, María querida... Jamás forcé con violencia a hembra alguna. A ninguna. Ni a ti siquiera, con todas tus resistencias y tus dudas. Nunca, María.

Lo creía. Él de verdad lo creía.

Olvidaba, imagino que no a propósito. Olvidaba que violentar no es solo forzar, obligar, atacar; que la violencia puede estar en una mirada, en una expresión, en el sutil ruego que una no puede dejar de atender si no quiere perder más de lo que pierde resistiéndose. Dominar es también una clase de violencia para la que no hace falta levantar la mano ni el cuchillo. De eso sabemos bien las mujeres en este tiempo, o quizá en todos. De eso sabía yo de niña: jamás padre hubo de aplicarse a empujones o tortazos conmigo y, sin embargo, recuerdo la violencia de sus caricias sucias. Las de Lobo también lo fueron al principio, pero quién sabe si el hábito o la presencia en sus ojos y su expresión del recuerdo de Joaquín terminaron embotando el doloroso filo de su cercanía y acostumbrando el cuerpo y el alma a un trato de carne más amable, menos hiriente, amoroso tal vez, como el que mantuvimos hasta el final de sus días.

Fuese como fuese, algo debió de suceder aquella mañana en la bocamina. Entre ellos se lo dijeron sin hablar en el patio de caballos. Algo que despertó en Zapata culpa o piedad, o ambas al tiempo.

El minero murió.

Había perdido casi toda su sangre cuando el doctor don Julio Páez llegó al atardecer avisado por Ginesico. Jacinto Villegas se fue sin saber que su futuro quedaba en manos del propio Zapata, de una decisión personal del patrón que evitaría a Amalia tener que bajar al infierno de la lujuria ajena, de los borrachos que hacían más amargo el calvario de las viudas de la mina. O al hambre y la soledad del regreso.

A veces el mal se extiende tanto que sus consecuencias terminan evitando a sus víctimas iniquidades aún mayores. Medió Zapata para que desde entonces sirviera en casa de uno de los jefes del puerto, y pudo criar a su Jacintico y a Carmencita en un casetón que le rentó por menos que a sus mineros.

Salió adelante después sola, porque tenía arrestos para defenderse en aquel mundo de cruel hostilidad. Heredó su solidez de carácter Carmencita, que procuró no perder jamás el primer recuerdo que siempre tuvo del tiempo en que era niña: el hombro de su madre y, tras él, una figura oscura, como desdibujada, con unos ojos vivos, pequeños y que le daban miedo, mientras sentía la fuerza del abrazo materno y la oía llorar.



Don Miguel empezó a tratarme de otra manera. Y doña Juana también.

Las confianzas que él me daba, con lo que a mí me parecían insinuaciones que yo no podía siquiera escuchar, tenían el contrapunto de un asedio constante a mi ánimo y mi trabajo por parte de su esposa, que pagó conmigo la puñalada que para su orgullo supuso el incidente con Villegas.

—¿Y esta mancha, María? —Me mostraba una pequeña tizna en el borde de una enagua—. ¿Es que no has aprendido a lavar? Recoge lo que acabas de tender y vuelve a la pila a lavarlo.

—¿Todo, doña Juana, aunque esté limpio?

—Todo. No me voy a molestar en mirar sábana a sábana. Todo es todo. Lo vuelves a lavar y que no quede ni una motica en ningún sitio. Que luzca como la patena.

Dicen que esta mujer, no muy alta, algo cargada de carnes, de mirada severa y que jamás sonreía, tenía predicamento sobre Miguel Zapata, que escuchaba con atención sus consejos y tenía en gran consideración su sabiduría y su prudencia. Pudiera ser así, pero alguna vez tuve yo constancia, por lo escuchado primero y lo visto después, que Lobo asentía y hacía creer a Juana que sus estimaciones eran valiosas, pero en el momento de tomar decisiones y compartirlas con don José Maestre o en la rara ocasión en que lo hacía con Miguelico cuando ya tenía edad, se inclinaba por lo contrario.

—Juana me decía que debíamos haber invertido en el túnel del alemán, pero no veía yo que estuviera de Dios semejante proyecto.

Aquel túnel, me viene ahora a la memoria, era una disparatada idea para solucionar el eterno problema del desagüe de las minas, y consistía en perforar la sierra de norte a sur, abriendo un monstruoso agujero desde el barranco del Francés hasta los Chorrillos, casi en el embarcadero de Portmán. Habían calculado unos cuatro kilómetros de extensión, que recorrerían cerca de cien minas conectadas entre sí por ese túnel que serviría para desaguar y sacar las arenas y las rocas que llaman estériles. No se consiguió. La montaña no permitió que la horadaran. Eso del «alemán» era porque el que mandaba las obras era uno de los muchos ingenieros alemanes que había por allí en aquellos tiempos. Todavía no se había traído de Inglaterra Zapata la idea de los cables que llevaban por el aire el mineral desde la mina hasta el puerto, los mismos que habrían de dejar sin trabajo a los arrieros, cuya rebelión sacó de aquí camino de Orán o Fuerteventura a los que se atrevieron a levantar la voz.

Era doña Juana del Pilar de la Horadada, y hay poca noticia de su origen, aunque se sabía que Miguel la cortejaba desde sus tiempos de ganadero. Grandes amores no debieron de ser los suyos, más allá de la convención y el respeto que se deben los esposos, porque en muy pocas ocasiones me habló de ella don Miguel cuando las soledades, la tristeza y la oscuridad habían hecho caer el trato y era solo Miguel. No me permite la imaginación pensar en que vivieran lo que yo tuve con Joaquín, ni siquiera el sincero cariño tan lleno de admiración y respeto de Visitica y don José Maestre.

No preguntó Juana por el destino de aquella pobre gente que llevamos de La Unión.

—No hay nada que hacer, don Miguel —había dicho compungido el doctor Páez—, ha sido usted muy bueno y muy generoso, pero estaba de Dios que esta vida se le fuera a escapar.

—Sin duda, don Julio, sin duda. Y así me lo pareció al verlo malherido en el patio, pero me lo trajo aquí su voluntad y tenía que intentar salvarle.

—Claro...

No era la primera vez que el doctor Julio Páez, que vivió en Cartagena hasta el cólera y después mudó a Murcia, era llamado a la Casa Grande. Venía a menudo para atender la salud de don Miguel y algunos achaques de doña Juana, cuya robustez empezó a envenenarse, como su alma, a raíz de la muerte de Joaquín cuando apenas estaba recuperada del adiós de la pequeña Trinidad. Viajaba Páez desde Murcia en los coches de Aguilar que salían de la capital a las tres de la tarde, a diez reales en clase cupé y dieciséis en berlina. Le pasaba a Zapata la factura por la más cómoda, como es natural. Tenía mano izquierda y era de porte elegante. Debió de ser vivo en el arte de seducir cuando joven, porque conservó siempre el tacto peculiar, discreto pero eficaz, de los hombres que saben que gustan a las mujeres por sus formas más que por sus actos.

Aunque ello le pudiera contrariar, creo que su servicio a Zapata no siempre se limitó en exclusiva a la salud.

—Así y todo —le escuché decir al Tío Lobo una tarde de té en la Casa Grande a los pocos días de la explosión de una caldera en La Orcelitana, la fundición que tenía en Portmán—, aquí hay algo que está de la mano de los hombres, no solo de Dios. Alguien cometió un error en el horno y la explosión me mató a uno y dejó a otros tres inútiles para la tarea. Y además de ejercer la misericordia, yo saco mineral de la tierra, lo fundo, lo transporto y como de ello. Me cuesta un dinero y es ley de vida y del negocio que cuando no lo gano, lo pierdo. Por tanto, cualquier percance que me destruya material o me cause bajas tiene que ser evitado o castigado para que no vuelva a repetirse en el futuro.

—Por supuesto, don Miguel, por supuesto... —y añadió el médico algo incómodo—: Pero ¿en qué atañe esto a mi responsabilidad?

—En nada, Julio, pero me va a ayudar, y quizá entonces sí afecte.

—¿Para algo que esté relacionado con la fundición y los hornos?

—No, para algo que está relacionado con los hombres. Ya sabe usted que soy generoso —y se le dibujó una media sonrisa entre cómplice y burlona— y quiero que atienda usted personalmente a los tres heridos. Como es natural, yo le abono los viajes, las consultas y todos los gastos extraordinarios que considere usted pertinentes, usted no hace comentario alguno, y entre auscultación y diagnóstico, les saca información sobre el accidente.

—¿Quiere que le haga de espía? —Lo decía despacio, incrédulo—. Pero, don Miguel, ¿no tiene usted ingenieros y capataces, o fundidores que le informan con detalle?

—Claro, y ya me contarán. Lo que sepan y les interese. Déjeme que le diga una cosa, don Julio, en confianza y de hombre a hombre: aquí en esta sierra no ha de fiarse uno de nadie, salvo de quien te da la salud que te vuelve a la vida, o el socorro espiritual para ir a la muerte. Hablo, ya me entiende usted, de los médicos y los curas. Y no siempre, ni todos. Eso lo sé yo, y lo piensa hasta el último arpillero. De sobra tiene usted vivido que a un médico se le larga más que a un capataz o incluso a un compañero, que a usted los accidentados le serán más francos que a quienes les organizan la labor o les administran el jornal. Solo tiene que preguntar a los heridos, en el calor de su casa y en la confianza de quien los atiende para sanarles el cuerpo, cómo fue el accidente, por qué pasó y, si es posible, de quién es la responsabilidad.

El doctor no salía de su estupor, pero tampoco encontró la forma de negarse.

—Pero, don Miguel, ¿cómo voy a hacer eso?

—Es un favor, Julio, que le pagaré con mi afecto y mis posibles, que ya tiene usted de oficio y con merecimiento, y no son pocos, pero pueden siempre acrecentarse o mejorar.

Servía yo el té a los caballeros en unas delicadas tacitas que, según decía Teresa, provenían de la mismísima China, de donde las había traído un barco lleno de misteriosos marineros que apenas salían y solo eran vistos al descargar enormes cajas de madera con productos extraños como tazas, vajillas, algunos muebles, espadas primorosamente grabadas, visillos, telas bordadas en oro y, según algunos decían haber visto, armas modernas y sacos de pólvora.

—Hace tantos años —me contaba en la cocina mientras hervía el agua— que ya no queda nadie en el pueblo que los viera y comprara todo aquello.

—¿Y cómo sabes que es verdad?

—Porque las historias que se cuentan de padres a hijos son siempre verdad. ¿O es que tú mentirías a los tuyos o tu madre te mintió a ti?

Mi madre. Si tú supieras. Mi madre mentía cada mañana para sobrevivir, igual que mi padre, violento, rudo y borracho. Si en su mano hubiera estado pasar de boca en boca la tradición, la noticia que tendríamos del mundo sería muy otra que la que ahora sabemos.

El pueblo no sabe, no suele saber. Es más crédulo con la leyenda que respetuoso

con la verdad.

Como lo que se contaba de Lobo, o las maledicencias que me llegaban de Joaquín.

—Es la nueva sirvienta. De aquí, de la sierra.

Lo decía recorriéndome de arriba abajo mientras levantaba la taza de café.

—Señorita...

Saludó el doctor con una inclinación de cabeza que se me antojó elegantísima, cargada de voluntad seductora aunque se dirigiese a una sirvienta. Miguel Zapata seguía jugando conmigo tan divertido como yo azorada, pareciera que la presencia y la actitud de don Julio le atizaran el ánimo. Sonreía, se movía sobre el sillón de mimbre y los ojos le chispeaban de una forma que me abría la entraña, porque era la misma de Joaquín. La mismita.

—Habla poco, doctor, salvo cuando se calienta, que puede llegar a importunar, pero es lista. Y muy guapa, como puede comprobar.

Me pareció que presumía, como quien exhibe una posesión preciosa, como si fuera la vajilla de porcelana china o una yegua pinta. Como lo hacía su hijo cuando me ponía frente a Esperanza la gitana y le preguntaba si no le parecía hermosa, la mujer más hermosa de la sierra.

—De la sierra y de la tierra, don Joaquín —respondía ella—, que yo sé de geografías y de gentes y nunca he visto moza de semejante hechura ni tan dulce.

Y yo giraba feliz, como la danzarina de una caja de música, prendida la falda en mis manos, aspirando el elogio que sentía llenar la habitación, porque las palabras de Joaquín siempre rozaban mi piel como la humedad invisible que sube del mar y te empapa la ropa.

—Qué suerte tengo de abrazarte, niña.

—Y yo de que me abrases.

Y girábamos los dos, y poníamos a nuestro baile la música imprecisa de nuestros corazones, que también se abrazaban, y abría los ojos y veía los suyos dulces, luminosos, sonrientes, y su sonrisa abierta y sus dientes perfectos y blancos.

La misma sonrisa y los mismos ojos con que me miraba desde su silla don Miguel frente al doctor, que, atento como estaba a mi presencia, alguna indecencia debió de maliciarse, porque nos miraba a uno y a otro con rapidez de pájaro inquieto y pensamiento equivocado.

Esa tarde, sirviendo a los dos hombres, volví a sentir la presencia y la necesidad de Joaquín por lo mucho que me recordó a él su padre, que tenía su misma mirada, reía igual, sus gestos eran los mismos. Pero sin el perfume que nos ataba eran como imágenes en fotografía, como si a mi Joaquín le hubieran puesto años y quitado alma. Cómo dolía tenerle delante sin ser él. Cuánto dolor, intuí allí aquella tarde, me iba a traer esta mentirosa presencia que me hacía imposible el olvido.

—¿Le sucede algo, señorita?

La pregunta del médico me rescató de la nostalgia.

—No, nada, doctor, muchas gracias —respondí azorada, y seguro que me subió el color del rostro al darme cuenta de la imperdonable distracción.

—Lo celebro, señorita... Parecía usted como ida.

—Querido Julio, ya quisiera yo —terció el anfitrión mirando a su invitado con mueca de guasa— que atendiera usted la solicitud que le hago con la misma disposición e interés con que atiende usted los movimientos de la señorita María.

—No me faltará voluntad, don Miguel. Pero, créame, tampoco me sobraré belleza como la que ahora contemplo.

Para sorpresa de los heridos en el accidente de la fundición, fue el mismísimo doctor Páez quien acudió a interesarse por ellos en nombre de la familia Zapata. El más grave era Julio Marquina, un peón de veintipocos años que había quedado con la cara completamente quemada y un corte profundo en el hombro izquierdo. Apenas podía hablar, ni tenía ánimos para encontrarse con nadie. No consideró el médico que pudiera extraerle más que lamentos y amargura, por lo que no se prolongó demasiado su visita a Marquina, que vivía muy cerca del Descargador, en una de las casas cueva de la ladera este, donde crecen las higueras que abonan los excrementos de sus habitantes. Todo era suciedad, humedades de orines y un olor ácido de humo y sudor que hacía irrespirable el interior de esas pocilgas.

Salió a la luz agobiado el doctor, respiró hondo y se alejó lo más rápido que pudo cuidando —era hombre sensible— de no ofender en demasía la dignidad de los habitantes de aquel lugar insano y maloliente. Porque si algo tenían, a falta de salud, justicia y alimento, era un orgullo de clase minera y una dignidad de seres humanos que acaso fuera el instrumento más valioso para seguir viviendo con la cabeza alta una vida de penuria y privaciones de la que sabían no saldrían jamás.

—Pobres pero dignos, doctor. Que nosotros también somos de Dios —le había dicho la madre del muchacho herido cuando Páez le anunció que no le cobraría la visita—. Y prefiero privarme yo de comer que permitir que salga usted de aquí tal y como entró. Acepte, por favor, estos pocos reales, que es lo que tengo.

—Olvídelo, señora. Es gusto y privilegio de don Miguel Zapata en sincera gratitud por su sacrificio.

El siguiente herido vivía en una de las calles de La Unión que bajaban hacia la principal, la calle Mayor. Se trataba de una calleja oscura, estrecha, adornada también con hedores de presencia humana. Olía a heces y a comida podrida, como casi todos los rincones de una ciudad que había pasado de pueblo de huerta y ganado, con algunas casas de herreros, a capital minera en apenas una veintena de años y concentraba cada vez más infelices, con sus restos y sus basuras sin que las tragaderas de la tierra o la capacidad de la junta municipal que gobernaba alcanzaran para deshacerse de ello. Era la cruz, la verdad de este El Dorado junto al mar donde tantas ilusiones se enterraban en miseria y violencia.

—¿De modo que toma usted infusión de café y adormidera para calmar los dolores?

Un cuarto minúsculo, casi ciego salvo por un ventanuco alto por el que apenas entraba la poca luz del callejón, acogía la cama donde intentaba recuperarse el

calderero Sebastián Delicado. Pegada a la cama, una mesilla de esquinas gastadas sobre la que ardía una vela y, junto a ella, una estampa de la Virgen con voluntad de protección y amparo.

—Sí, señor doctor. Casi no me dejan dormir, y la esencia de amapola me atonta y me aleja los dolores, que son muchos.

—Déjeme ver la herida, por favor.

La mujer de Delicado, pequeña y enjuta, vestida de negro con el pelo blanco recogido en un moño y gesto de preocupada atención, asistía muy concentrada al diálogo entre los dos hombres.

El antebrazo del calderero se había quebrado por el golpe de algún fragmento de metal, al intentar protegerse tras la explosión. Tenía también una herida abierta en la pierna izquierda, que, a juicio del médico, empezaba a cicatrizar correctamente. En el brazo, en cambio, varias llagas podrían comenzar a infectarse bajo las gasas que le habían puesto en la Casa de la Caridad.

—Hay que limpiarlo bien con agua hervida y vino, señora. Y le voy a proporcionar bromuro potásico para que le calme los dolores. Limpie a menudo la herida, es la mejor cura.

—¿Me quedará lisiado, doctor? ¿Inútil?

—Está usted vivo, caballero, y eso vale mucho.

—No aquí, si no puedo trabajar.

—El tiempo dirá. Paciencia.

Bien sabía Julio Páez la mucha desgracia que traía a estas familias el que les sobreviniera un accidente como el que mató a Villegas o la explosión en La Orcelitana que Zapata le había enviado a investigar. Algún alivio científico y mucho calor de palabra era lo poco que él podía hacer por esta gente.

—Quedan muy mal parados, don Miguel —oí que le contaba cuando volvió a la Casa Grande a relatar lo que había visto y escuchado—, y produce mucha lástima verlos en esa situación y pensar el futuro que les espera.

—Ya hago lo que puedo para remediar lo que de mal dispone para ellos la Providencia. Como usted sabe bien, mis muchos reales me cuestan los hospitales y orfanatos que pago para que alivien sus sufrimientos.

Le contó el médico, según pude ir reconstruyendo de la conversación mientras servía, que de los dos primeros poco pudo sacar, pero el tercero, el que menos consecuencia había padecido, otro peón llamado Jesús Martínez, le había transmitido su impresión de que quienes esa función tenían a su cargo no vigilaban lo suficiente el estado de alguna de las calderas y que Delicado ya había hecho saber que la que estalló funcionaba mal y parecía deteriorada, sin que se hubieran escuchado sus avisos o se hubiese actuado en consecuencia.

—Bien al contrario, don Miguel, se le indicó por sus superiores, según me dijo Martínez, porque a Delicado no pude sacarle ni media, que atendiera a su labor y dejara a los que sabían llevar esos asuntos como considerasen oportuno.

Lobo sopesó las revelaciones del relato. No iba a hacer partícipe al doctor ni de su conclusión ni de la decisión que tomaría conocida esa versión del accidente, que luego confrontaría con lo que le contaran los que a su cargo tenían la vigilancia de los hornos. Pero no iba a dejar que lo sucedido no tuviera consecuencias más allá de las heridas y la pérdida de material y dinero. Alguien iba a pagar por ello.

—Se lo agradezco mucho, Julio. Contribuye usted no solo a la salud de nuestro cuerpo, sino de nuestro patrimonio y lo que aquí hacemos por la sierra. ¿Le manifestaron alguna queja o alguna necesidad más?

El doctor le miró sin saber muy bien si hablaba o no en serio. Concluyó, ante la duda, que lo mejor era la diplomacia.

—Todas las que usted pueda imaginar, hasta las imposibles de satisfacer.

Lobo se consideraba justo. Un justo bíblico de los que entienden la justicia como un reparto incesante de premios y castigos, una suerte de molino que movía el agua clara de las virtudes o el fango de los pecados. Ante las primeras, generosidad; ante el mal, castigo, que siempre era dolor. En la rueda podía haber agua o fango, porque en su criterio el hombre era capaz de lo mejor y lo peor, y una misma persona podía pecar por la noche o a la mañana y poco después convertirse en justo merecedor de elogios.

—Nunca pagan justos por pecadores, María. Los justos nunca lo son del todo, pues siempre ocultan alguna vergüenza, del mismo modo que los malvados tienen virtudes que no muestran. Porque, ¿sabes?, la virtud es para muchos signo de debilidad.

—¿También la tuya?

—Soy hombre, y lo que tengo o tuve y ya administra el mediquillo —hacía años que no llamaba así a José Maestre, dueño ya de todas las empresas que había levantado Miguel Zapata— no salió sino de los sueños, sin más virtud que la constancia y si ha de considerarse tal, la ambición. En ocasiones también la generosidad o la templanza, pero poco más, porque sin el palo y la determinación, sin el pensamiento de que lo que uno quiere es lo mejor primero para él y los suyos y luego para los demás, sin la firmeza del justo castigo, nada puede elevarse sobre esta tierra áspera a la que hay que abrir con profundas heridas para sacarle la riqueza que tiene. Y eso solo lo hacen los fuertes.

—Con la ayuda de Dios...

—Con la ayuda de Dios y el trabajo de los hombres.

Como mi Manuel, que ya entonces andaba en revueltas contra los abusos de Zapata.

—Pero hay que saber organizar ese trabajo, y no vale cualquiera. Ni siquiera que tenga buena cuna, ya ves lo que pasó con el pobre Miguelico, que era incapaz para llevar lo que su padre creó. Visitica sí. Era lista y muy aprovechada, pero mujer y eso era destino de Dios y no podía cambiarse.

Gozaba del poder sobre las personas. «Impartir justicia», así llamaba a practicar



la suya sobre quienes de él dependían por disciplina o por deudas. Su voluntad y su arbitrario sentido de lo justo o lo injusto era la ley que aplicaba de manera personal, como investido de la gracia de quienes se creen o se saben más cerca de Dios que de los hombres. Sus capataces administraban su criterio con mano de hierro y alma de plomo en el orden de las minas, de las fundiciones y de las fábricas. Y él sobre ellos. Lo vigilaba personalmente en sus diarios recorridos por sus dominios en la sierra, tan extensos que tardaba semanas en terminar de visitarlos todos. O buscaba la información por otros caminos, como había hecho con Julio Páez. Ejercía su justicia con la arbitrariedad con que siempre lo hacen los poderosos, la misma con que disponía negar un miserable leño sobrante del horno a un fundidor —«Si te lo doy a ti, se lo tengo que dar a todos los demás. Y es imposible»— o regalar un traje a quien hubiera observado celoso y cumplidor en su tarea por muy pequeña que fuera. Eterna, invariablemente atento, como el dios que se creía y estaba en todas partes, dotado de toda sabiduría.

No había piedad para los que pecaban contra sus mandamientos ni para quienes tenían deudas con él.

Una vez echó a bastonazos del jardín de la casa a Ramón Fernández, el minero asturiano, primo del guarda Samuel —solo en esa condición se le permitió llegar hasta la verja de la Casa Grande—, que fue a pedirle que le adelantara los vales, porque ese mes se había quedado sin cobrar por culpa del alquiler y no tenía qué darle de comer a su familia.

—Se lo suplico, señor don Miguel, usted que *ye generosu* y sabe de nuestro sufrimiento, solo *toy* pidiendo un poco para que puedan comer mis *fíos*.

—Sus hijos, dice usted. No me confunda con el habla del norte. Pues piense usted en ellos antes de emborracharse con el jornal, que sé yo que usted vende los vales a algún cambista por dinero y con ese dinero se cuece usted de anises y aguardiente. Piense en ello, y no venga a arrastrarse a la puerta de mi casa.

—Por favor, señor don Miguel...

Samuel, que se encontraba tras Lobo, hizo un gesto a su primo para que se fuera, pero el hombre insistió:

—Es que llevamos ya dos días que no podemos comer.

Su respuesta fue ordenar al pistolero que lo echara.

—Sácalo de aquí.

El hombre se arrodilló ante todos nosotros. Y la réplica de Lobo me dejó helada. Apretó con furia el puño del bastón y descargó un golpe con toda su fuerza, que no era poca, en el hombro del minero, que se derrumbó en el suelo.

—Sácalo de aquí, Samuel, si no quieres acompañarle a su agujero.

Se giró hacia la casa en medio del silencio espantado de todos los presentes, servicio y guardas, mientras Samuel obedecía tomando por las axilas a aquel pobre hombre y llevándole hasta la esquina de abajo de la casa, en la calle que desciende hasta el puerto. Allí quedó sentado y dolorido. Supongo que oiría la última frase que

pronunció Zapata:

—Y dile que se vaya a la cocina económica de La Unión, que para eso la pago.

Esa misma mañana, sin haber ofrecido en todo el día a nadie que se le acercara el menor atisbo de arrepentimiento o piedad, sentenció a la ruina a Abelardo Hinojosa, que era un comerciante al que había prestado doscientas pesetas para una compra que finalmente no salió según lo previsto. En el momento en que entré en el gabinete a indicación del propio Zapata, estaba pidiendo a Hinojosa que se pusiera en pie.

—¿Hemos terminado, don Miguel?

—Usted sí, Abelardo. Yo no. Por eso le pido que se ponga en pie. Por respeto a quien va a decidir sobre usted, que es mi persona, que soy yo. Disculpe —añadió dirigiéndose a mí—: ¿Tienes ya preparada la cura? Hoy me duele más la piel de ver y padecer a este tipo de personas sin palabra.

Asentí con un gesto, sin hablar. Reconozco que cohibida por la presencia de su interlocutor, que, de pie, parecía de veras sorprendido por lo que estaba viviendo. Percibí miedo en su mirada. Ante mí, sin recato, quizá con la intención de volver a mostrar su elevada condición de mortal superior, Lobo dictó sentencia.

—No hay más aplazamientos posibles, señor Hinojosa. No me dedico a la caridad, sino a los negocios. De modo que, a la vista de su imposibilidad para devolverme lo prestado, tomaré parte o todo del comercio de su propiedad que, francamente, creo que a la vista de la situación vale bastante menos de lo que me adeuda. En un gesto de generosidad, le propondré trabajar para mí en cuanto haya aclarado las cuentas. Muchas gracias, y que tenga usted un buen día.

—Pero, don Miguel, eso es un abuso.

—Muchas gracias. Le he dicho que ya no tenemos nada más que hablar. Váyase de mi casa, por favor.

En el pasillo de la galería, que comunica la puerta de entrada y el gabinete, dos de los guardas de Zapata se disponían ya a facilitarle la salida acompañándole hasta la verja. Iba a decir algo, pero se calló. Mientras bajaba la escalera, me pareció oírle sollozar.

Aunque mucho peor fue lo de Antonio Rubio a los pocos meses de la matanza en la fundición Dos Hermanos de Wandosell, ya en tiempos de la definitiva decadencia del Lobo. Ese comerciante, Rubio, murió de un tiro en la misma Casa Grande después de que Zapata se negara a darle más tiempo para pagar su deuda. Dicen que se lo pegó él mismo, pero yo tengo mis dudas. En aquel entonces, en plena Gran Guerra, con las minas en medio de una crisis que sembró el hambre en la sierra, Zapata aún conservaba a alguno de sus guardias, y sería extraño que en algún momento hubieran dejado solo en la casa a aquel pobre hombre. Yo ya vivía con él como si estuviéramos casados, pero aquella mañana había salido a La Unión para encargarse de unas misas. Ninguna de las mujeres del servicio supo decirme qué es lo que había sucedido. Solo que se escuchó un disparo y después los gritos de alarma de uno de los guardas, y cómo Ginesico se llevaba apresuradamente a Antonio Rubio al

puesto de la Cruz Roja donde lo único que pudo hacerse por él fue certificar que el disparo en la cabeza lo había matado. No hubo investigación ni más preguntas.

La muerte, siempre presente, reina consorte en el mundo de dioses crueles y lejanos que hubieran dejado aquella tierra al albedrío de la codicia de un puñado de hombres como Zapata.

Muerte en la mina, muerte en los caminos, en las casas, en las calles donde en la noche brillaban las navajas a la luz borrosa del alcohol y la codicia celosa de hembras de alquiler.

Muerte en la Casa Grande, escrita en la maldición que el propio Lobo sacó de los sueños igual que aquellos en los que veía muertos ordenados en línea, como los cuerpos de mineros tras las avenidas o los derrumbes.

La Casa Grande domina el pueblo. Desde ella se ve el mar y a su espalda se eleva la peña del Águila y un poco más al oeste, el Sancti Spiritu y el Cabezo Rajao, que lo llaman así porque es un monte mellado con profundas hendiduras desde los siglos en que los romanos abrieron la tierra para buscar plata y plomo. La fachada principal y el jardín de la casa dan al sur, a la bahía de Portmán. Desde la azotea se ve el Mar Mayor tras la puerta natural, entre el faro y la punta de las Galeras, seguida de la sierra de la Fausilla, que llega hasta el puerto de Escombreras, cerca ya de Cartagena. Al otro lado de la casa, al norte, la galería que comunica el gabinete y las habitaciones de don Miguel, que prefería ver el monte y las caballerizas antes que sentir los colores y ruidos del mar. Desde allí, el horizonte era como el del resto de la sierra: líneas de cuevas y caminos que entrecruzan montes ya pelados de las muchas encinas o pinos o cipreses que un día asentaron sus raíces pero murieron por el empuje de la mina; laderas en las que crece la espartera y el acebuche, y en algunos sitios alejados de las chimeneas alguna enredadera, lavanda y matas de romero. Lo demás son pozos, torres de ladrillo que lanzan veneno al aire, polvo rojo y gris, y en el ambiente el traqueteo constante de malacates, las voces de los arrieros, y de abajo llegan los sonidos del puerto donde cargan los barcos mineral y descargan el carbón para las fundiciones en las que la piedra y la escoria sueltan el tesoro de la plata y el plomo.

Ahora las casas del pueblo rodean la Casa Grande, pero en aquel tiempo permanecía sola, casi aislada en mitad de la ladera, sin edificación alguna que osara llegar a su altura, como si el crecer de los años de ambición y dolor tuviera frontera en la vecindad de aquella casa de poder. Alguna vez, antes de mis amoríos con Joaquín, había cedido a la curiosidad de saber cómo era la casa del patrón. Un muro alto de ladrillo rojo rodeaba el jardín que olía dulce por la flor de los naranjos y las higueras. Se oía el correr del agua, pero solo vi la fuente de mármol blanco y rojo el día que entré en la casa.

Seis balcones en la planta alta y otras tantas ventanas en la inferior abrían la casa al jardín y al mar. En medio, una galería acristalada marcaba desde la altura el territorio de doña Juana. Alrededor de las balconadas superiores, adornos y esculturas de piedra: una enorme corona rodeada de laureles con cenefa bordeando el perímetro del ventanal y a los lados dos figuras como de divinidades antiguas —vestales, creo recordar que me dijo en alguna ocasión Miguel— que parecían sujetar ese ropaje de piedra con el que se vestían los balcones.

Hasta que murió Joaquín, nunca había entrado allí, y no podía imaginar la riqueza

de colores y luces que aquel lugar que imaginábamos oscuro y frío tenía dentro de sí. Suelos de mosaicos geométricos de tonos vivísimos, blancos con pequeñas estrellas azules en las cocinas o verdes y amarillos con flores en cruz en el recibidor de la planta baja. Una barandilla del luminoso verde de la hierba al sol se ajustaba a una escalera de caracol de piedra lisa y con bordes curvos en la parte inferior que subía hasta las habitaciones superiores y el gabinete. Una cenefa de líneas verdes y blancas que coronaba un mosaico de formas simétricas del mismo color acompañaba en su ascenso a la escalera.

La Casa Grande imponía, te hacía sentir pequeña pese a su interior radiante. Quizá fuese su silencio, o acaso la altura de aquellas paredes inmensas, como pensadas para albergar gigantescos dioses lejanos. Sí, parecía haberse construido para investir a quienes moraban en ellas de un áurea inalcanzable de dioses olímpicos. Nadie vulgar podía vivir allí, nadie que fuera como cualquiera de nosotros que habitara en el exterior. Con el tiempo concluí que casas como aquella o las que se construían los mineros ricos en Cartagena o Murcia se pensaban y levantaban más para la gloria que para la comodidad de sus habitantes. O, por mejor precisar, de sus propietarios, que los sirvientes también las habitábamos, pero para padecerlas y limpiarlas.

La niña asustada y triste que yo era cuando Teresa me llevó a la casa sintió aquel peso de los muros inmensos y las enormes estancias, pero al caer en gracia a don Miguel se aligeró la carga del alma y me fue más fácil aprender y prosperar.

Como cualquiera puede imaginar, la presencia de mi ausente era constante en aquel lugar. Tanto como mi ansiedad por respirar el aire de su habitación, tocar sus muebles, oler y sentir las sábanas que lo habían envuelto. Deseaba con toda mi alma encontrarme con lo mucho que allí quedaba aún de Joaquín.

Teresa me había advertido de lo peligroso de husmear por aquel territorio sagrado.

—Tanto lo es para ellos como para mí, y bien lo sabes.

—Pero ellos no... Y bueno será para ti, María, que sigan sin saberlo. Ni sospecharlo deben.

Difícil me parecía que llegara a doña Juana sospecha alguna, porque nadie en el pueblo la tenía y por tanto no había lengua que pudiera extenderla. Ni Esperanza ni Teresa iban a airear nada. ¿Y mi madre? En algún momento lo temí. Que ella por despecho o para explicar mi ausencia, o Juan en una noche de lenguaraz borrachera pudieran dejar caer algo que luego llegara a arder como pólvora fresca y hasta estallar en la Casa Grande.

—No hay peligro, niña —me dijo Teresa—. Más es la deshonra y la vergüenza que pueden venir de la habladuría que la querencia a explicar el porqué de tu marcha de casa. Siempre podrán decir que te fuiste a buscar el pan, como así ha sido.

El incidente del minero Villegas y el afecto de Visitica fueron muy importantes en aquellos días para caer en gracia a don Miguel, lo que era de más peso que los recelos

de doña Juana, a quien de todas formas terminé no por agradar —cosa imposible— pero sí por no irritar dada la estricta observancia a sus ojos de la disciplina de la casa y la eficacia de mi labor allí. Eso me pareció al menos, eso creí.

Era disciplinada y limpia, y las dos virtudes fueron creciendo con mis quehaceres. Aprendía rápido y rápido me encomendaban trabajos más elevados. Salí pronto de la cocina para encargarme de cuidar a Visitica y al pequeño Miguel, y de mi trato con ellos fue brotando un afecto que se mantuvo siempre por encima de las tormentas y naufragios que allí vivimos, que nos unió mientras Dios quiso tenernos juntos.

La curiosidad por conocer dónde me pensaba y soñaba mi Joaquín no pudo más que la prudencia a la que me llamaba Teresa, y durante un tiempo contuve mi ansiedad de amante, evitando traspasar una frontera que pudiera siquiera lejanamente delatarme. Pasaron por mi mano ropas planchadas de Joaquín, su ajuar de muerte y sus recuerdos, ignorantes todos los que me rodeaban, salvo Teresa, de que eran la prenda tangible de mi dolor y la explicación a mi tristeza. Tanta, cierto es, que en alguna ocasión llegué a dudar si haber entrado en la Casa Grande no habría sido una equivocación, porque allí era imposible olvidar a mi hombre. O un castigo de Dios, decidido a hacerme penar mi pecado con el imposible olvido.

Pero acaso no fuera voluntad de Dios o del destino, sino mía propia.

—Háblame de Joaquín, Visitica.

—Es que me pongo triste, María, porque me da mucha pena que ya no esté aquí.

—Pero cuando piensas en él, está otra vez contigo.

—No, no está.

—Sí, ya verás. Cierra los ojos muy fuerte y no pienses en otra cosa que en él. Cógeme de la mano, y lo hacemos las dos.

Y yo recordaba el primer encuentro, y la primera noche en la fonda de Esperanza, y sus labios calientes, y su olor dulzón y pesado, y sus palabras de amor, y sus gemidos.

—Síiii, María. ¡Me acuerdo de sus abrazos, y del beso que me daba por las noches, y de cuando subía conmigo al castillo para ayudarme a divisar los barcos enemigos! Y me ensillaba el caballo. Él me enseñó a montar, ¿sabes? Y a padre no le gustaba demasiado, pero si él lo decía, se hacía. Porque Joaquín era muy fuerte.

Tanto como suaves sus manos, querida Visitica.

Y lo que es la vida y la memoria. Ahora sois los dos quienes me arañáis la entraña y os añoro, y os vivo en el recuerdo. Hasta me hacéis sonreír, Visitica del alma, como si estuvierais vivos. Fuiste tú, amada niña, quien aquel día me llevó donde tanto deseaba ir. Tú me señalaste el lugar y el momento en el que, junto al claroscuro de una evocación que era dulce por lo vivido y amarga por lo perdido, se me manifestó la primera herida de la maldición que os persiguió y me persigue si Dios no se apiada de nosotros.

—¿Quieres ver el cuarto de Joaquín?



Años después, algún tiempo antes del febrero que nos heló la sangre y llevó a lo más intenso el dolor de la maldición, Visitica me preguntó cómo había sido capaz de aguantarme y no correr a por los recuerdos de Joaquín nada más entrar en la Casa Grande. Estábamos en el jardín. El olor de la higuera y los naranjos embriagaba los sentidos hasta enterrar el traqueteo de los castilletes y el sordo rumor de la estiba en el puerto. Había luz, colores y el perfume del aire de primavera.

—Era una niña herida y asustada. Apenas tenía unos años más que tú y no sabía muy bien lo que me estaba pasando.

Volví a mirar la verja por la que había entrado de la mano de Teresa, que ya no estaba entre nosotros, y recordé, como si los años solo hubieran sido horas, los miedos y el dolor que me creía incapaz de ocultar.

—Teresa me había dicho que me contuviera, que si era discreta, lo teníamos todo ganado y me quedaría en la casa.

—Razón tenía.

Sonrió con la dulce franqueza con que se enfrentaba siempre a sus emociones.

—Yo estaba aquí, María, y os vi llegar.

Lo recordé perfectamente. Volví a ver a aquella niña de luto con enormes ojos negros que nos miraba con descaro tratando de adivinar quién era la muchacha que venía de la mano de Teresa.

—Estabas ahí, frente a la fuente —le dije—, y no me quitabas ojo.

Dejó de mover el cochecito de la pequeña Visitación, la tercera de los hijos que ya tenía, y se vino conmigo a aquel día.

—¿Qué te decía Teresa?, porque parecía como querer convencerte de que entraras y tú no traías mucha decisión.

—Pensaba en tu hermano, en mi Joaquín. Esta era su casa. Tere, mocica, le decía, que es la casa de mi hombre, que se me ha muerto de... Y me interrumpió, Visitica, y me calló porque aquello no se podía decir, y a lo que parece tampoco pensar.

Y casi oí a Teresa en aquel primer día...

—Ni mentarlo, niña... —me coge la cara con fuerza—, quítatelo de la cabeza o no vas a poder quedarte aquí.

—Será que mi destino no es entrar en esta casa. ¿Has pensado lo que me va a atormentar estar al lado de donde dormía, donde me pensaba, donde me escribía las cartas que aún guardo, donde imaginaba lo que iba a decirme y medía la distancia entre nuestros deseos y nuestros posibles?

—¿Tú quieres trabajar, María? ¿O quieres quedarte en la calle y terminar en la



casa del Cojo Palma de carne para goce de marineros?

No, no quiero. Pero me da miedo esa gente de la que solo conocía lo mejor y lo peor, el daño que habían hecho o el amor que podían dar, o el que me había dado a mí uno de ellos.

—Joaquín habría deseado verte aquí —sentencia Teresa—; si hay un cielo y él te ve, se sentirá de verdad en el paraíso al saber que la mujer que amó ocupa lugares que un día fueron suyos, o que lo serían si estuviera vivo.

Razón tenía, desde luego, pero las dos sabíamos que jamás hubiera pisado aquella casa de haber seguido él vivo, jamás hubiéramos recorrido los dos esos mismos caminos de no ser uno después de otro.

Lo había decidido la Providencia, estaba claro. Lo que nunca averiguaré es si como prenda por haberme arrebatado el amor tan temprano o como castigo por haberme lanzado tan temprano a sus brazos.

—Y no le busques, María, que llegará.

Acababa de hacerlo.

Sí, querida Visitica, ahora que no estás tengo que recordar aquella mañana ya adultas ambas en la Casa Grande y evocar junto a tu ausencia esa otra en que eras niña, en que las dos lo éramos e ignorábamos el secreto que se me iba a empezar a revelar. Me invitaste a entrar a un espacio al margen del tiempo, pues por expreso deseo de su padre había quedado tal y como la dejó su hijo; él jamás se había atrevido a entrar.

—¿Quieres ver el cuarto de Joaquín?

—Claro que quiero verlo, ¿me llevas tú?

—Está igual que cuando él estaba. Reía mucho conmigo, y era muy guapo y muy atento, y siempre me gastaba bromas y jugábamos. Te hubiera gustado conocerle.

Se me detuvo un instante el corazón.

—¿Crees que si subimos y nos acordamos muy fuerte de él se nos quitará algo de la pena?

—No lo sé, niña. Pero probemos.

Y entre divertida y solemne, con su imparable virtud de iluminar sus acciones y el ánimo de los demás, me condujo decidida a través de la escalera de piedra por la que yo casi nunca subía salvo para acudir a la habitación de la pequeña, a la planta alta de la Casa Grande. Al coronar la escalera de caracol, una puerta de caoba a la derecha aislaba el gabinete y los habitaciones del matrimonio. A la izquierda un largo pasillo con habitaciones a derecha e izquierda terminaba en un recinto circular en el que había un cuarto de baño y aseo como yo nunca había visto: el agua llegaba hasta allí de forma que surgía como un milagro en torrente desde la grifería hasta un lavabo por donde se perdía tubo abajo, y eso permitía también hacer las necesidades y arrastrarlo todo a un pozo por debajo del suelo de la casa. Conté tres puertas a un lado y dos al otro. Solo en una de ellas, la primera a la derecha, había una llave puesta. Hasta allí me llevó Visitación.

—Abre tú.

Sentí a la vez ansiedad y miedo, como si dos fuerzas poderosas estuvieran batallando, enfrentándose ante una acción que podía ser amorosa o sacrílega. O ambas a un tiempo.

—Puede que no le guste a tu madre...

—Puede —se encogió de hombros—, pero a mí nunca me ha dicho que no entre. Abre —insistió, ya con tono imperativo—, abre y no tengas miedo...

La cerradura cedió sin esfuerzo pese a que mi mano derecha era una hoja trémula a merced del viento. Al abrir la puerta solo vi perfiles de muebles cubiertos por grandes telas blancas en medio de una oscuridad suavizada por la luz que se colaba a través de las contraventanas. Olía a cerrado y se palpaba la humedad.

Me disponía a entrar mientras en mi corazón el recuerdo empezaba a hacerse sólido, afilado, cuando me sorprendió la nitidez con que, abriéndose paso entre otras sensaciones, me llegó el olor de la piel de Joaquín. Como si estuviera allí, como si al abrir aquella estancia él hubiera resucitado no solo en mi recuerdo. Sentí su aroma, su piel. Por un instante esperé oír su voz y deseé que me envolviera la fuerza de su abrazo, que me acunara y me escondiera su cuerpo amoroso y recio. Creí, loca de mí, por un segundo, que el dolor era el sueño, que nada de lo vivido era real, y en este final de pesadilla comenzaba a despertarme y me encontraría con él para celebrar juntos el final de este sueño espantoso en el que él había muerto, yo trabajaba en su casa y había conocido a la dulce Visi, de la que tanto me hablaba. La luz que se abrió paso violentamente en la habitación me golpeó la cara y arrasó la ilusión con la intensa voracidad con que se inundan las torrenteras en la tormenta. Visitación había entrado y abierto las contraventanas.

No me dio tiempo a ver ni a sentir nada más, porque en aquel preciso instante en que la luz me volvió a poner ante la realidad de mi soledad de amante destrozada por la muerte del amado, fue voluntad de Dios que otro fogonazo, un dolor intenso, interno, íntimo y preciso, me apretara por dentro, entre el ombligo y las caderas, con tanta fuerza como para encogerme, subir a mi garganta y hacerme gritar.

Supe en el acto lo que estaba pasando y recordé las palabras de Esperanza, que algo intuyó al pronunciarlas semanas antes: «Pide a Dios no estar engendrando uno en tus entrañas».

Y me estremecí, y supe que ya era tarde para pedirle nada a Dios ni a nadie, porque el dolor que me había derribado cuando mis sentidos volvieron a encontrarse con Joaquín era el del primer aviso de su inmortalidad.

Aquella mañana, junto a Visitación, cuando comenzaba a hacerme un sitio en la Casa Grande, Dios me avisó de que la sangre de mi hombre se iba a perpetuar en la mía, que su muerte no me había dejado completamente sola, que de aquella casa no solo me llevaría su recuerdo.

Y viví un instante feliz hasta que volví a recordar las palabras de Esperanza y me atrapó la angustia y los miedos a lo desconocido, y recordé sus ojos y sus labios y que

de ellos había salido el aviso de la maldición de los Zapata. Llevaba uno en mis entrañas, ¿qué iba a ser de él?

—¿Qué va a ser de nosotros, Esperanza?

—¿Cómo puedo yo saberlo, niña María? ¿Cómo sabes que tienes un Zapata en ese vientre, tú que estás aún por hacer?

—Pero fértil. Y enamorada. Y este hijo que llevo dentro es de Joaquín y aquí en tu casa ha sido concebido, ¿o tampoco eso lo sabes?

No era justo que me encarara con ella, pero no había sido capaz de sacarme de dentro la angustia desde que el dolor me dobló por el talle en la habitación de mi hombre ante la presencia de la niña. Visitación, asustada, había llamado a voces a Teresa, asomándose al pasamanos y gritando al hueco de la escalera que a María le había dado un mal de cuerpo. El temor al escándalo consiguió sobreponerme, y temiendo que hasta los caballos se alarmaran, me acerqué a ella a pesar de los dolores y le pedí con un gesto que se callara.

—¿Ya estás bien?

—Casi, pero no hace falta que lo pregones...

—Buscaba ayuda —se defendió algo contrariada por mi reproche, pero también contenta por verme mejor. Sonrió—. ¡Ya está bien! —volvió a gritar.

Y se me iluminó el alma, y por un momento quizá también sonreí conquistada por su inocente alegría, por su capacidad para el contagio de las emociones de bien. Qué niña, qué joya...

—¿Pasa algo?

Teresa se asomaba a la escalera mientras bajábamos, apoyada yo entre la niña y el pasamanos.

—No —respondió Visi—, ya no le duele.

Me miró alarmada, pero no encontró respuesta. Yo recuperaba mi miedo por la advertencia de Esperanza, pero también por lo que podría pasarme allí en cuanto conocieran la nueva de mi preñez, si es que era eso lo que me había ocurrido. Perdería mi trabajo, y sin casa ni familia tendría que ir a la calle o a algún café cantante a exponerme a las babas de la lujuria de señoritos y capataces.

No volví a sentir el mismo pinchazo en los siguientes días, pero sí algún mareo que alguna mañana casi me hace perder el sentido.

—¿Te pasa algo, niña?

Doña Leonor, el ama de llaves, me hacía preguntas con más recelo que preocupación, como oliéndose alguna agitación inconveniente.

—No estarás enferma, ¿verdad?

—No, doña Leonor. Es que me acaloro y no estoy acostumbrada a tanto trajín.

Me observó de cerca, y cuando tuvo por cierto que no tenía ni fiebre del tifus ni mal colérico, sino que podría ser alguno de los males que nos hacen a las mujeres seres enfermos por desarreglos de la cabeza, dejó de perder el tiempo en vigilarme y retomó su vida en la linde de la intimidad de los Zapata.

Seguí inquieta, entre temerosa por lo que podía pasarnos a mí y a la criatura si se confirmaba su existencia, y felizmente irresponsable, porque de existir se trataría de una herencia de carne y espíritu de mi Joaquín.

Pobre adolescente aquella María. Llegué en algún momento a desear estar preñada. Quizá alguna noche de soledad y recuerdo.

Dos semanas después del pinchazo y con los mareos sin dejar de abandonarme, la sequedad de mi interior de adolescente me indicó que algo podría estar pasando ahí dentro. La sangre de la menstruación era la limpieza que la naturaleza había dispuesto para dejar la entraña lista para la vida, y si una mujer joven y abierta a parir, fértil digo, detenía el ciclo de la sangre sanadora, era porque el cuerpo había recibido semilla de hombre o algún mal superior había eliminado su ciclo natural.

¿Y qué otra cosa podía ser en mi caso que el imaginado embarazo de Joaquín?

Esperé a la sangre que nunca bajó, y una mañana, con la certeza de que el ciclo de una vida estaba a punto de llevar la mía a un viaje a ningún lugar, decidí ir a ver a Esperanza la gitana.

—Bajo un momento al pueblo, Teresa.

—¿Te acompaño?

—No hace falta.

—Voy yo contigo —pidió Visitación, que escuchaba desde la fuente del jardín.

—No, niña, déjala, y quédate un ratito conmigo y te enseño a preparar los buñuelos de esta noche —terció Teresa.

—¿De veras lo vas a hacer? —respondió, perdido todo interés por acompañarme.

Qué buena era Teresa. Nos conocíamos desde niñas, desde que nos encontrábamos de recados en el puerto, donde la lonja. Era un poco mayor que yo, tres años apenas, y su padre trabajaba también para Zapata en la bocamina. Era un capataz de confianza de los que organizaba las gavias de muchachos. Tenía buena mano, porque a los niños que trabajan en la mina no conviene malearlos ni darles miedo, que es lo que hace todo el mundo, sino aleccionarlos y tener más la paciencia del maestro que la disciplina del patrono. Había entonces muchos niños en las minas y hubo disputa entre políticos por la prohibición, pero aquí nunca terminó de desaparecer del todo hasta que ha llegado la muerte de la mina.

Al paso que me daban las piernas también doloridas bajé donde Esperanza. No sé si buscaba consuelo o refugio, pero algún tipo de fajadura o emplasto medicinal que me aliviara el ánimo quería poder encontrar en el único lugar en que mi estado no sería una sorpresa.

Pero no hubo cura, ni alivio, ni Esperanza honró su nombre.

—¿Cuál es esa maldición de la que me previniste, Esperanza? Dímelo si he de

cargar con ella.

—No lo sé, María, es lo que se habla, lo que rumorean en el pueblo y murmuran por lo bajo los que se tratan con adivinos. Lo llevan con sigilo por tratarse de quien se trata, y no voy a venirte a ti con habladurías que te asusten más de lo que yo ya hice.

—Pues estoy asustada.

No me iba a decir más, porque no le gustaba que la gente la viera como gitana de embustes o artificios, aunque yo sabía bien que algo de bruja tenía y que con una buena bolsa hablaría de cualquier cosa. Sin embargo, conmigo no consideró que fuera ese camino a darle réditos y me dejó con su silencio más temerosa del futuro que del presente.

—Pero tú me dijiste que rezara para no llevar un Zapata en mis entrañas, ¿o no lo recuerdas?

Me miró sin responder.

—¿Por qué tenía que rezar? No era por estar sola y preñada con la semilla de un hombre con el que solo la muerte me ha igualado. No era por eso, sé que no. Ni por la vergüenza o la deshonra del pecado que ahora todos conocerían. No era por eso, Esperanza —y grité—: ¡Por Dios, te suplico que me lo digas!

—No son claros nuestros miedos, niña, no son los mismos en todos. Hay quien se apoca más ante el daño por venir que ante el sufrimiento presente, ¿cómo podría yo saber qué te conviene o qué te alivia?

—La respuesta, la verdad...

—¿La verdad? La única aquí es tu dolor y tu miedo. Lo demás son fantasías, cosas del hablar y el maldecir de la gente. Y además, ¿de qué serviría rezar si ya tuvieras el mal dentro? Hazme caso, María, teme más la ira de tu patrón que los augurios de una providencia que puede errar o las habladurías de mineros y viejas ignorantes.

«El mal dentro», eso había dicho.

Me sentí perdida, ahogándome en una tempestad que dejaba mi espíritu a merced de las olas, de un miedo frío como el agua, que iba y venía dentro de mí y me paralizaba el cuerpo. Permanecí quieta una eternidad, como si temiera que al dar un paso esa marea que se me revolvía dentro terminara por derribarme y la angustia me sangró por dentro con un estallido caliente como el aire de las minas y ácido como su olor que me sacó las tripas del cuerpo. Vomité. Me vacié por completo, pero solo se fue la náusea y se quedó el miedo.

Tenía que regresar a la Casa Grande y hacer frente a la vergüenza y el repudio. Debía de ser inmenso mi pecado a los ojos de un Dios que desde la muerte de Joaquín apenas me había concedido tregua. Ahora tendría que enfrentarme además al juicio del otro dios, del que reinaba en esta tierra que para mí estaba siendo ya de agonía. Someterme a otro padre que me haría, como el mío, sujeto de su arbitrio, que robaría otra vez mi voluntad. Volvía a estar en las manos de un hombre cruel.

Recordé las de Joaquín, tan distintas, tan amorosas y fuertes, tan objeto de mi

voluntad. Busqué la memoria feliz de aquellos que fueron los mejores días de mi vida.

Y volví a encontrarla.

Después de nuestra primera conversación pasaron días sin noticias de él. No recuerdo cuántos fueron, quizá cuatro o cinco. Quizá seis o una semana, o dos. Había estado ocupada durante el día en recados y en la casa, en acarrear agua con la burra, que cada vez sufría más penalidades cuando tocaba subir cargadas monte arriba, o en lavar y adecentar la ropa del minero, que es escasa dentro de los pozos porque trabajan semidesnudos, pero la otra ropa, la del viaje, se mancha en el ir y venir de cada madrugada y cada noche por los caminos polvorientos de la sierra.

Faena de mucha dedicación que no me dejaba sitio para pensamientos y parecía que se me iba aliviando el fuego provocado por Zapata.

Hasta que llegaba la noche y me encontraba con su recuerdo. Lo buscaba, la verdad, porque la oscuridad es propicia a la imaginación y el recuerdo de lo vivido o el pensamiento de lo deseado. La oscuridad nos deja en soledad con nosotros mismos. Tanto la de la noche como la del alma. Tumbada en el lecho, le recordaba con todos los sentidos. Sabe Dios, y el demonio que no consiguió tentarme, que me cuidé de evitar las calenturas que me hacían sentir vulgar y en pecado, pero no rehuía, ni quería hacerlo, el recordarle como el dulce caballero que se me había aparecido. Para no caer en tentaciones, en vez de soltar a su albedrío a la imaginación, abría espacio para la memoria, para el recuerdo, y me dejaba llevar por el gozo de revivir cada instante de aquel acercamiento, cada detalle, cada color, cada rayo de luz o cada sonido que nos rodeó entonces. Nadie crea que era fácil, no. Pero yo era moza fuerte y de criterio, tanto como para que los sucios afanes de mi padre sobre mi cuerpo y mi alma no hubieran dejado huella o temor reconocible. Para entendernos, estaba claro que su repugnante posesión no había cerrado mi corazón al deseo de la verdadera, o las verdaderas, que nunca se ha de saber si las cosas buenas se repiten también en la vida como lo hacen las malas.

Una mañana oí la voz de Joaquín Zapata en el puerto.

Había ido yo a la lonja, como el día de su muerte, que ya ha de tener el destino ganas de jugar conmigo y atormentarme poniéndome en la misma faena el primero y el último de nuestros días.

Vi mucho movimiento en el muelle del carbón y me acerqué, la verdad es que con algo de disimulado descarro.

—¡Más a estribor, más a estribor, que hay que equilibrar esa carga!

Era la hora del almuerzo, y el sonido de su metal acostumbrado a mandar a través como una golondrina veloz que se abriera paso entre las nubes, el bullicio de aquel muelle de mineral. Gritos de mercancía, órdenes de amarre, la lejana voz de la



subasta en el puerto pesquero, y hasta el rítmico traqueteo de las bocaminas y el chirrido de las fundiciones del puerto quedaron en susurro ante aquella voz de poder intensamente masculina.

—¿Es que no veis que se escora, marinos de feria? ¡Tal parece que nunca cargasteis mineral!

Pasó la voz de mis oídos al corazón y aceleró su latido hasta casi arrebatarme el aire de la garganta, antes de girarme hacia el pantalán desde el que creí sentirlo llegar. No di con él al primer vistazo y sabe Dios que por un segundo creí haber sufrido una alucinación de la mente de esas que dicen algunos licenciados que son propias de mujer, cuando de pronto, tras la proa de una goleta de casco negro, en la zona donde se acumulaban montañas de mineral, surgió Joaquín Zapata iluminado por un haz de sol que pareciera destinado a señalar al hijo de Dios entre los hombres. Miraba hacia arriba, indicando con gestos a los que estaban una inmensa saca de piedras oscuras que la movieran hacia la proa.

—¡Ahí! Bien. Perfecto. ¡Ya está!

Y en ese instante se giró y la luz del sol que iluminaba su camisa blanca, su pantalón ancho de paño azul y su gorra a juego calada hasta la mitad de la frente, me alcanzó desde lo profundo de sus ojos. De un latido a otro me asaltó un cálido rubor que en un suspiro se volvió brusca quemazón de cuerpo y espíritu. Se me paró la sangre en el calor de su descarada mirada, y supe lo que era la felicidad del amante ante el encuentro inesperado.

La moza no podía hacer otra cosa que aguardar, puesto que no era de ley ni de Dios que yo le hablase primero al hombre, más aún siendo quien era, delante de gente como estábamos.

—Señorita María, ¿cómo está usted?

Me nombró y creí ver verdad en la sonrisa de su rostro, en los pasos que dio dejando su faena hacia el lugar en el que yo estaba, en las palabras que siguieron:

—Qué alegría verla por aquí, señorita...

Su trato fue de usted, no con la cercanía que había utilizado en la sierra. Lo exigían las circunstancias.

—¿Puedo serle útil en algún menester?

Negué sin hablar con la cabeza, y a punto estaba de cometer la torpeza de acercarme a él al impulso de los miles de campanillas luminosas, que como mariposas felices me comían por dentro y parecía como que me levantasen del suelo, cuando empezó a darse la vuelta sin dejar de mirarme. Llevándose la mano a la visera mientras volvía ya al barco, dejó caer:

—Lástima no poder hacer nada por usted, señorita María. Para otra ocasión. Sabe que me tiene a su disposición si tuviera a bien visitar alguno de estos barcos, o si el destino me regalara la fortuna de volver a encontrarla alguna vez en cualquier otro lugar.

Sus palabras hubieran quedado en una simple exhibición de público galanteo nada

extraordinaria en un hombre con sus trazas de conquistador, de no ser por una frase que en voz baja y cuidadosamente pronunciada destinó en exclusiva a quien sabía estaba atendiendo con toda su concentración y energía y acaso ignorase que se deshacía por dentro como un hielo se funde al calor del sol.

—Quién sabe si esta tarde, en algún camino de esta sierra.

Entendí que me estaba citando allí donde nos habíamos conocido. A una hora imprecisa, pero cercana a la de nuestro encuentro.

—Buen día tenga usted, caballero.

Más que una respuesta fue un balbuceo nervioso y entrecortado, que cualquiera un poco avisado y con cualidad de observador habría definido sin dudar como de descarado enamorado. No se giró al oírlo Joaquín y, caminando ya hacia el pantalán, levantó la mano izquierda en ademán de saludo y se perdió entre los barcos y las piedras, mientras otros sonidos de la vida que se había detenido mientras estuvimos juntos volvieron a aparecérseme y me sumergí en la rutina que había roto el dulce asalto de su voz.

Retomé mi camino segura de alguna mirada recelosa de comadre, de unos cuantos comentarios de taberna y pescador sobre mi estampa y de que aquel hombre me estaba quemando por dentro, abriéndome como a una res de matadero y se había metido en el alma hasta sorbémela y dejarme sin voluntad. Era suya completamente, como se adueña el sol del cielo y, si no me equivocaba, estaba a punto de volver a cruzarme con él, pero esta vez con el concurso de la voluntad de ambos, no como un juego particular del hombre cazador que busca su presa. Esta vez deseaba verle, hablarle y tocarle tanto o más de lo que él podría querer.

De regreso a la peña me recreé en el espejo.

Era hermosa. Sí, lo era, decididamente hermosa. Aquella tarde, además, brillaba. El viejo tocador de madre devolvía una imagen borrosa, con perfiles a medio dibujar, no como los espejos de la Casa Grande o los que hay ahora, que te muestran más de lo que la vista misma es capaz de alcanzar, pero yo me veía guapa. ¿Por qué no voy a reconocerlo? ¿A quién le debo humildad y modestia en este tiempo?

Tengo ya años suficientes para andar con la cabeza bien alta y el corazón orgulloso, que lo mío he vivido y nadie me da lecciones.

De niña me miraban por la altura y la delgadez, y cuando fui abandonando la niñez y entrando en las edades de casamiento, lo que abría las bocas y los murmullos de las gentes era la extraña claridad de mis ojos verdes, como de agua de mar más transparente aún que el Menor, y la delgadez de mi cintura, como si el corsé la apretara constantemente mientras sujetaba unos pechos demasiado crecidos para mi edad. Cadera ancha, talle fino, el pecho de natural elevado y amplio, y unos ojos de inquietante transparencia —«felinos», me dijo alguna vez Joaquín—. En la desdicha se oscurecían, cuando alegres se hacían notar como estrellas en el cielo raso, y de ambos modos rompían la rutina en la sierra y me procuraron esa notoriedad a menudo incómoda que despertaba envidias y a mí me hacía sentir al mismo tiempo aislada y

poderosa.

Entre las brumas del espejo aquel, medía mis proporciones de rostro juvenil, sin arrugas ni roces a pesar de la vida nada fácil y los rigores de la Sierra Minera, con pómulos apenas sugeridos, pero colocados cada uno a la misma distancia de una nariz fina en la medida justa, limpia y un poco levantada; la barbilla leve, ni adelantada ni ausente, bajo unos labios que no necesitaban carmines ni pinturas para hacerse notar, y ensayaba cuidando el gesto, buscando cierta frialdad que no fuera incorrecta:

—Buenas tardes, caballero. Veo que usted sí tiene interés en que nos encontremos, y he de confesarle que no me resulta ingrato...

Y pensaba en cuidar las palabras que le diría, en escoger las más galantes de entre las que sabía.

—Espero que no me tenga en mala consideración el que acepte su galantería de tan buen grado, porque se supone que una moza no ha de dejarse seducir tan fácilmente...

Pero no tuve opción, no me dio tiempo.

No habría explicaciones ni preámbulos.

Después de mirarme y admirarme ante el espejo, me asee, me cepillé el cabello que cogí en una coleta con un lazo blanco, y nerviosa como supongo que irán las novias a la iglesia o los niños a la primera escuela, o quizá los ajusticiados al garrote, porque el anhelo casaba en mí con el miedo a lo que pudiera suceder, emprendí sin burra ni carga alguna el camino al lugar donde días atrás se me había aparecido mi ángel.

El sol de primavera templaba la tierra y el mar al ocultarse y a aquella hora de la tarde se notaba tibia su fuerza sobre la piedra. Anduve entre los pinos —el poco bosque que quedaba en pie entonces, hoy ya completamente barrido por la codicia—, atajando por senderos pequeños y algo más incómodos que el principal, el ancho camino que recorrían recuas, correos y a veces algún minero metido a bandido. Se disputaban corazón y razón el dirigir mis pasos, apresurándome el primero y tratando la segunda de detener la locura que estaba haciendo. Pasa a veces que la cabeza quiere una cosa y el alma otra y hace más caso el cuerpo a los impulsos de ese corazón que a la razón misma.

Así iba yo, buscando acortar el tiempo para el encuentro y a la vez atenta, cuando el vigor del latir del corazón me lo permitía, al sonido de cascos o carruajes por si me anticiparan la presencia de Joaquín Zapata.

Salí al camino justo en el lugar del primer galanteo, y la ventura urdió un acuerdo entre nuestros tiempos porque en ese preciso instante llegaba él. No iba a caballo, sino en uno de esos carros pequeños llamados tílburí o cabriolé.

Me acerqué despacio.

—¿Tiene usted miedo ahora, señorita? —Sonrió de esa forma que apagaría al mismísimo sol, y cambiando el tono, soltó con lo que me pareció ingenua franqueza —: Estaba loco por verte, María.

Me rompí, me deshice, volví a abrirme y me dejó sin palabra, sin voz y casi sin respiración. Me acerqué a él, que tendió la mano desde su lado del coche para que subiera por el otro. Sin dejar de mirarle lo hice. Ni sé cuánto tardé, ni la forma en que subí porque no estaba en la tierra, sino ascendiendo al paraíso. Apenas me senté a su vera, tomo posesión de mí, que ya estaba a su merced. Apretó mi nuca con su mano derecha, y bajo la capota del carruaje, desplegada para protegerle del sol y a lo que parece también de ojos curiosos, puso sus labios en los míos, los movió con lentitud, como saboreando, y su lengua se abrió camino a través de mis dientes, en un movimiento que me hizo separarme un segundo porque desconocía esa práctica, ese beso profundo que me pareció en su comienzo incómodo y hasta sucio, pero vino tan cargado de almíbar, tan cálido y dulce, tan suave y arrebatador, que a no pasar el tiempo que dura el piar de un pájaro lo tomé como alimento de amor, estímulo de carne que empezaba a encenderse, prenda de los sabores del placer de siglos, y lo hice mío y atrapé aquella lengua curiosa y viajera entre mis labios y deseé que no me abandonara nunca, y lo tuve en mi interior un mundo entero y una vida quisiera tenerlo en aquel instante, entrando como un hombre sin medida por todos los rincones, que de mí dispusiera; sentí de él necesidad entre mis piernas hasta el momento justo en que sus dedos comenzaron a descender por mi cintura. Entonces desperté, abrí los ojos y me ahogó el miedo de moza desarmada y la verdad de mi condición de mujer digna de respeto y de principios, pobre pero entera, y con estas razones frené su mano pese a que mi corazón y mi cuerpo deseaban el suyo como el calor del fuego en invierno.

—Don Joaquín, por favor..., es suficiente.

Se detuvo inmediatamente, se separó y me miró con fijeza. Su gesto se fue suavizando desde la sorpresa a la sonrisa a medida que me hablaba.

—¿Suficiente? ¿Cómo se mide el deseo, María? Más aún cuando es a los dos a quienes consume. Me lo dices ahora con tu proceder, como con los ojos cuando aquí te encontré y con la forma de hablarme esta mañana en el puerto.

Separó sus manos, que dejó en alto con las palmas frente a mí, y se movió un poco en el asiento del carruaje, alejándose de mi lado medio palmo.

—Pero sea como gustes, guapa María. Como tú quieras —y añadió volviendo a sonreír—: Al menos te he besado, y no me pareció que tu respuesta fuera de gran rechazo. ¿A que no?

Bajó las manos y aproximó su rostro al mío.

—¿A que te ha gustado?

—Sí —dije bajando la cabeza y buscando sin pensar su cercanía—, ha sido extraño, don Joaquín. Nunca me habían besado. Espero que no piense de mí que quiero aprovecharme o soy moza fácil.

Soltó una sonora carcajada, que llegó a asustarme, y sin más añadiduras me plantó un beso en los labios. Exageró el chasquido de los suyos de forma que hasta me hizo gracia a mí. Jugaba conmigo, pero a un juego de dos y se me antojó que sin

abusos ni maldades.

—Eres hermosa, María, y te quisiera como mi prometida. Me atraes, me haces sentir lo que ninguna mujer, y ahora que te hablo y te he robado un beso, más quiero tenerte para mí.

Ni entonces ni hoy me ha dado el conocimiento ni el propio Joaquín respuesta a la pregunta que cualquiera puede estar ya haciéndose: ¿dónde se hallaban los orígenes de semejante enamoramiento en alguien tan lejano y que solo podía saber de mí por seguirme o por las noticias de terceros?

—Pero ¿quién soy yo, don Joaquín? Una moza de la sierra, sin fortuna ni conocimientos, una chica pobre, minera y...

Me silenció poniéndome el dedo en los labios.

—Calla, María, no me importa tu fortuna, que yo ya tengo la mía, ni tu familia, ni tu historia, ni tu presente. El amor no entiende de esas cosas porque no se anda en razones. ¿Crees que no pienso en los peligros que este sentimiento encierra para mí ahora? Mi padre no aprobaría que yo anduviera en otros amores que no fueran los del formal casamiento o los que se compran en los cafés cantante o se venden en los mercados de la carne. Así sí, así sí vengan amores, los que sean. Pero amar con la delicia de lo que a los dos amantes agrada no es algo que tenga entre sus planes para sus hijos, ni siquiera entre sus ideales de lo que ha de ser la vida, porque el matrimonio se hace como inversión a conveniencia sin que el amor juegue mano alguna en la partida. Pero yo no pienso así, y menos aún desde el día en que empecé a pensarte a todas horas.

—¿Desde cuándo me piensa, don Joaquín?

Se encogió de hombros y no respondió. Busqué despejar otra duda:

—¿Y va usted a contrariar el deseo de su padre?

—Mucho preguntas, María. Me gusta que además de guapa seas inquieta. No hay razón que pueda detener mi sentimiento. Y cavilaré el modo de hacérselo saber a mi padre si decides atender a mi ruego.

Estaba atontada, ida, tal que sin sesera, en las nubes.

No me era ajeno agrandar a los hombres, que ya me habían dado muestra de codiciar mi cuerpo desde mucho antes de que la naturaleza se abriera paso en mí para curvarme y agrandar mis dones, pero me venía grande esta inesperada adulación que hasta me acababa de hacer perder el decoro de muchacha decente. Era un sueño, seguro. Ahora me despertaría mi hermano para arreglarle el almuerzo y preparar la burra para el agua.

—¡Ahhh!

Grité. Grité súbitamente con toda la fuerza de mis pulmones. Tanto, que el caballo se movió asustado y hubiera salido corriendo de no andar rápido Joaquín en retenerlo. Me miró como si tuviera frente a sí a un infeliz en un ataque de locura.

—¿Te pasa algo, chiquilla?

Esperé unos segundos a contestar mientras miraba a mi alrededor y concluía que,

ciertamente, no estaba soñando.

—Sé cómo escapar de los sueños.

—¿De dónde? —preguntó sin abandonar la expresión de asombro.

—De los sueños, de las pesadillas, de lo que imaginamos cuando dormimos.

Fue Joaquín el primero en saber que desde muy pequeña era capaz de discernir cuando lo vivido era real o fruto de los calores de la cabeza durante el sueño. Soñaba siempre, recordaba los sueños, y me parecía que sus figuras y los colores y las personas y hasta las hablas en el sueño eran tan distintas a lo que nos pasa durante la vigilia, que creía saber sin esforzarme mucho cuándo estaba soñando y cuándo viviendo o padeciendo en este mundo, cuándo era mi cabeza la que imaginaba y cuándo era Dios el dueño de mi voluntad, como la de todos nosotros.

—¿De verdad? A ver si vas a ser bruja...

—Y usted un demonio.

Volvimos a reír. Le expliqué que el grito era la forma de abandonar la pesadilla o salir del sueño, porque al gritar me despertaba.

—Mi padre dice —arrancó él— que los sueños son el lenguaje del destino. Que si sabemos lo que nos quieren decir, nos conocemos a nosotros mismos y podemos decidir mejor. Que no hay tanta frontera como creemos entre el sueño y la realidad. La Biblia, me dice a menudo, está llena de anuncios que se hacen en sueños. Dios habla a través de ellos.

—Pues cierto ha de ser, o algo de verdad tendrá, porque don Miguel tiene fama de hombre sabio.

—Y no solo de eso —añadió sin dejar de sonreír.

—Pero yo sé cuándo estoy soñando y cuándo estoy viviendo. Los sueños son de Dios y en las vigilias podemos ser nosotros.

—¿Y quién era ahora esa loca gritona? —rio—. Me estabas tomando como una pesadilla de la que querías escapar.

—¡No, señor! ¡Líbreme el cielo de tal cosa! Solo quería saber si esto que aquí está pasando es mío o es de Dios.

Era mío. De él, mejor sea dicho. Yo era suya absolutamente, entregada a su merced y voluntad, sin otra vida y otro propósito en ese instante que escuchar su voz y oler su piel. Nunca volví a vivir tiempo tan feliz como el que entonces estaba empezando, sin saber que lo que en realidad se preparaba era la siembra para esa maldición que había salido del sueño dispuesta a convertir en pesadilla la vida de un hombre poderoso y amenazar en revolver hacia el mal la mía en los últimos años de mi existencia.

Siempre que recuerdo las conversaciones de años con Lobo se me figura que nos rodea la noche oscura que reinaba perenne en la Casa Grande desde el febrero maldito en que se me fue la niña sin esperarlo y contra el destino.

La memoria, que es de natural traidor y dibuja torcido según dictan los corazones, esconde los hechos pero no las presencias. Estas nunca desaparecen, ni siquiera duermen. La mía de Lobo en nuestras largas soledades compartidas tiene siempre un marco de oscuridad en el que solo se percibe el rostro sin emoción y a veces un cuerpo desdibujado, con un telón de fondo gris tirando a negro como si se tratara de una lúgubre representación teatral. No hay escenario, no hay despacho, ni dormitorio, ni salón, ni gabinete, ni jardín, ni olores, ni sonidos de la mina ni del puerto, ni risas que nos abandonaron tiempo atrás, ni llantos, ni siquiera quejas; solo palabras que salen como de un cuerpo sin alma, como de un pozo ya muerto e inundado. De Joaquín nunca se me fue la luz, de Miguel nunca me abandona la sombra.

He dicho Miguel, sí. Y bien dicho está, no solo porque su señorío se ha ido borrando en mí como su memoria en la gente, y ya es Miguel, aunque cuando aquí le cite en lo que me queda por contar lo adorne de vez en vez con el don puesto, sino porque con el correr de los años llegamos a tener trato tan cercano como el de dos esposos cansados y viejos. En realidad, llegué a ser más esposa que la propia Juana tiempo después de su muerte.

El día del Señor en que se me confirmó que dentro vivía ya el fruto de mis amoríos con Joaquín sí que lo recuerdo bien. Como el gesto de su padre cuando muerta de miedo, pero determinada a recibir el castigo que considerara imponerme, me decidí a confesarle mi estado sin consultar previamente a Teresa, y hoy día, después de los años, creo que tampoco con la hondura suficiente a mi conciencia.

Cerré la puerta de la fonda de Esperanza maldiciendo a la gitana por no quitarme del ánimo el veneno que ella misma me había metido, y al instante me invadió una sensación de inmensa soledad, porque el vacío de mi pobre existencia era aún más acerado allí donde tanta alegría acababa de vivir. Era como si el ruido de la puerta fuera el anuncio del fin, el aviso de entrada en el infierno tras abandonar violentamente el más luminoso de los paraísos. Yo me quedaba con Joaquín dentro de aquella casa a la que entonces pensé que no volvería nunca, y fuera era como si empezase a nacer una María muerta de corazón con un cuerpo que a no mucho tardar se pararía para dejar el alma libre al encuentro de Joaquín. No pensé en la otra vida que llevaba dentro. No podía. Volví a desear la muerte como la mañana en que Juan y madre me echaron de casa. En poco tiempo había ya desaparecido el rastro de mi

ingenua felicidad adolescente: el embarazo era una tragedia espantosa que condenaba a dos seres al infierno.

Salvé despacio, como no queriendo llegar a mi destino, el trecho en cuesta que, atravesando el pueblo, va del puerto a la Casa Grande.

*Destino*, qué curiosa palabra. Como *sueño*, que todos entendemos pero que pueden querer decir cosas distintas. Mi destino aquel día estaba por escribirse en ese lugar al que me dirigía a paso lento, mi destino inmediato, dos destinos en una sola dirección. Como el sueño: se me había quebrado con la muerte de Joaquín el sueño de una vida imposible, y ahora volvía a romperse lo ansiado, el deseo imaginado, el sueño que tenía el mismo nombre que lo que por las noches vivía desde mi imaginación incontrolada. Sueño y sueño: lo que ambicionas y lo que no sujetas; lo que quieres vivir y lo que en realidad vives. Porque el sueño de la noche es también lo que vivimos. Pero no adelantemos, no sea que se anticipe demasiado y se me desordene el relato. Solo dejaré aquí dicho que la levedad de la frontera entre lo que soñamos y lo que vivimos despiertos se relaciona con esta maldición que me marcó la vida. De nada me sirvió aprender de niña a saber cuándo soñaba y cuándo no.

Digo que regresé despacio a la casa. Pero a fuer de ser sincera, mi memoria me dice que se me paró el tiempo. Recuerdo nubes grises que anticipaban tormenta en el cielo y en mi alma. Estaba tan muerta que ni una daga que me abriera la garganta podría hacerme daño, como no me lo hizo la mirada de la gente, y cómo algunas comadres me señalaban y cuchicheaban Dios sabe qué maldad de la niña que había empezado a servir donde Lobo y que ya no se hablaba con los de su sangre, pobrecita, tan sola, con aquel padre alcohólico y el hermano que llevaba la misma traza y esa pobre madre abandonada a un destino que habría sido mejor si se quedara sola. Hablaban, miraban, maldecían o bendecían, que no sé si existe esa palabra pero se me antoja útil para dar forma a la idea de que quizá no anduvieran mal encaminadas con sus habladurías, puede que no tan ignorantes. A veces me pasa que se me viaja lo que tengo que contar más allá de las palabras que conozco y no sé cómo expresarlo, con lo fácil que me salen las voces y los dichos para otros menesteres. Será que va más allá mi entendimiento que mis culturas, como me decía Visitica, tan larga ella, tan avispada.

—Es que somos más de lo que nos hacen y me acaloro cuando padre me dice que las mujeres no tenemos entendederas como los hombres por mucha voluntad que le pongamos y muchas velas a Dios o al demonio: «La mujer, hija mía, está para servir al hombre, y su preparación es para el matrimonio y educar a los hijos. Hasta tú, que tienes más luces que las otras mozas que conozco, quién sabe si por ser de mi sangre, estás destinada a servir y a criar, y a lo sumo a dar consejos a tu esposo, si es pertinente y lo tiene por bueno».

Así me lo contaba Visi. Hoy tan lejos y tan dentro. Como la voz de Lobo, como su expresión de sorpresa.

—¿Qué me estás diciendo?



Llegué a la entrada del jardín y antes de empujar la puerta me atusé el pelo y estiré la ropa con las palmas de las manos, como si le fuera a hacer frente a una prueba, como si tuviese que presentarme ante un tribunal que fuera a juzgarme por mi comportamiento impropio y hubiera de guardar la solemne compostura del vestir y del arreglo que exigen los juicios de los hombres. Arsenio el portugués, que guardaba la puerta esa mañana, me saludó con un gesto frío sin dejar de mirarme. Sentí sus ojos siguiéndome cuando ya le había dado la espalda. Escuché la risa de Visitica en la cocina mientras subía hacia el gabinete de su padre.

Lobo estaba en el despacho, escondido tras una severa columna de papeles amarillos y carpetas azules y granates. Había decidido decírselo sin demorarme un solo minuto y, como digo, sin consultar a nadie. Carraspeé y levantó la vista.

—¿Qué quieres, María, no ves que estoy ocupado?

—Quiero decirle algo importante.

—Mucho ha de ser para interrumpirme en el gabinete sin que yo te llame. ¿No has aprendido aún las reglas de esta casa?

Lo dijo sin irritación, como si recitara el artículo de un código no escrito que yo habría de conocer, pero no fuera una falta grave. Pocas veces me hablaba a mí en otro tono.

—Sí, señor. Pero es que no quiero que pase ni un suspiro sin que usted sepa algo que no me dispondrá menos ni me apartará de mis obligaciones, pero que tiene que ver con... —Me detuve, sentí miedo, creo recordar que en ese instante me arrepentí de lo que estaba haciendo, pero hoy no estoy segura de si fue así. Continué—:... con un pecado del pasado y su consecuencia en el presente, y quién sabe si su pena en el futuro.

Le miré fijamente a los ojos y vi a mi Joaquín.

—No soy hombre de rodeos, María, de modo que no me hagas círculos y dime ya lo que tanto me interesa, que si es de tu pasado y no me atañe, tan importante te aseguro que no será.

—No le atañe a usted, pero sí a quien acaba de entrar a su servicio.

—¿No te das tú demasiada importancia, mocica? —Sonrió con cierta malicia, pero al momento regresó a su severidad de trato y a mirar a sus papeles—. Tu pasado o tus deudas poco o nada me importan, y si tu acreedora es la Justicia, por esa puerta entrarán a prenderte en cuanto me lo confieses.

Un silencio de alcoba vacía, como cuando la calma enmudece hasta el roce de las olas contra la arena, invadió la instancia y apartó a Miguel Zapata de la atención sobre lo que tenía en la mesa.

—Señorita María Adra —varió el trato—, ¿se permite subir aquí sin que se la llame y juega ahora a hacerse la enigmática en mi propio despacho?

Mantuve los labios cerrados unos segundos. Ahora sí se cruzaban nuestras miradas. La suya empezaba a ser incómoda.

—Que estoy preñada, don Miguel. Que tengo un hijo dentro y creo de ley de

usted lo sepa primero que nadie.

El rostro le cambió. Desde mi llegada a la Casa Grande ya había mostrado hacia mí cierta disposición y algún gesto o acción obsequiosa que no prodigaba en otras mozas de servicio. Sin duda le gustaba, o al menos sentía ya algún tipo de atracción como la que tiempo después estalló y con los años llegó a llenar nuestras soledades de palabras sinceras y caricias casi siempre de oscuridad, pero a veces de alivio. Habrá que concluir que ya en aquel entonces empezaba la sangre a hablar entre nosotros.

—¿Qué me estás diciendo?

Se levantó y con la mano derecha apoyada en la mesa del gabinete comenzó a rodearla sin dejar de mirarme.

Para mi sorpresa, acercó su rostro al mío y me tomó de la barbilla en un insólito gesto de cercanía, feroz e irritada, sí, pero cercanía al fin, y lo hizo de un modo muy parecido al de Joaquín el día que me persiguió en la sierra. Pero su mirada no era amorosa, sino fiera. Excesivamente fiera, me pareció. Ni mi miedo ni su ira eran fruto de la razón, que invitaría a no tomarlo más allá de lo que era: a él a echarme de allí y a mí a irme sin esperar otra cosa que un portazo. Pero algo sucedía. Algo insólito e inexplicable que reflejaba más afección por su parte de lo que fuera menester y más inquietud y apego por la mía de lo que cupiera esperar de una sirvienta recién llegada. Intuí que no solo éramos el amo y la nueva sirvienta. Por un instante sentí en mi interior esa fuerza de la sangre, de la cercanía de raza que acaso él, sin saber por qué y puede que disfrazada de atracción animal, instintiva, también experimentaba en esa hora.

—¿Lo sabías cuando entraste a servir aquí? ¿Lo sabía Teresa? Maldita sea, María, respóndeme y deja de lloriquear, que esto es un asunto de mucha seriedad, que no estoy para melindres y jamás doy por buena mentira alguna... Dime —me gritó en la cara—, ¿me habéis ocultado tu estado?

Estallé en sollozos.

—¡Responde de una vez, maldita sea!

Tronó. Su voz no amenazaba, más parecía dolorida. Pero la espada estaba en alto, podía sentirla. Nunca rodeó Lobo en la caza, en ninguna suerte de juego depredador.

Me sobrepuse a la angustia que me provocaba toda la situación y me defendí sabiendo que batallaba por mí misma y por mi amiga.

—Se lo estoy diciendo en este momento, don Miguel, porque es cuando lo he sabido. —Me costaba hablar, pero tenía que hacerlo—. Teresa no sabe nada de nada, ni siquiera que estoy ahora con usted.

Me soltó y se giró hasta darme la espalda, con el rostro vuelto hacia el ventanal del sur, el que miraba al puerto. Continué.

—Tampoco yo hasta hace unos días en que me pinchó la vida aquí dentro, y hoy, después de advertir el retraso en la marca de sangre de mi condición de mujer. Y lo primero que he hecho es venir a decírselo a usted para que tome usted conmigo la

medida que considere oportuna.

Sin volverse, dio dos pasos hacia la cristalera, ya por detrás de su mesa de caoba, y dijo despacio:

—Es sencillo. Como podrás imaginar, tienes que irte de esta casa, María. Aquí no aceptamos ni preñadas ni sinvergüenzas.

Enfilé la galería que vuela sobre las caballerizas y el patio trasero de la casa envuelta en una bruma de pesadumbre como la que algunas mañanas invadía el puerto desde las Galeras, y cuando estaba a punto de bajar la escalera de piedra, oí su voz menuda pero hiriente:

—Cuando llegues abajo le dices a Teresa que haga también su hatillo y os vais las dos. No os quiero en la Casa Grande.

Se cerró con violencia la puerta del gabinete. A punto estuve de volver a suplicar por mi amiga, pero de cierto sabía que sería un lamento estéril. Escuché mi respiración alterada y de nuevo el silencio a mis espaldas.

Sí, el recuerdo de aquellos días son puertas que se cierran, soledades que asfixian y una amarga incertidumbre de futuro. Los miedos siempre pesan más que las certezas: cuando tememos el dolor, empezamos ya a padecerlo. También el ajeno. Pobre Teresa.

—¡María! ¡María! ¡Ven! Teresa me ha enseñado a hacer buñuelos, ¿quieres probarlos?

La escuché cuando subía y vuelve a hacerse presente ahora.

El calor alegre de la voz de Visitación me llegaba desde abajo mientras la bruma de mi alma me angustiaba cada vez más y las gotas de lluvia que empezaban a caer me iban pinchando el ánimo según crecía su golpeteo sobre la cristalera de la galería.

Llueve poco en Portmán, pero cuando lo hace la descarga es violenta e incesante, como el alivio del sediento, y abre surcos en las laderas y deja en los caminos y las veredas heridas abiertas como de espada gigante. Azota la montaña el agua que se va filtrando a sus adentros hasta llenar bolsas que ahogan a los mineros.

Como una señal del cielo o del infierno, que aquí nunca se sabe quién te habla, había empezado a llover cuando Lobo firmó la sentencia que me volvía a dejar sin casa ni refugio, a la intemperie más incierta y peligrosa.

Bajé despacio mientras la niña me apresuraba desde la puerta de la cocina.

—¡Los he hecho yo! ¡Estos los he hecho yo!

Salía a esperarme con una bandeja de plata y en un plato cuatro toscas bolas de harina que todavía echaban humo. No sé dónde encontré la fuerza para sonreír, pero lo hice. Me brotaban las lágrimas cuando la abracé durante un largo instante para que no las viera.

—¡Cuidado, María, que me tiras la bandeja!

Visitica, pobre. En ella era fácil depositar el corazón como yo había hecho entonces. No era mucho menor que yo, pero sí muy niña. Seis años le sacaba, y a medida que fue pasando el tiempo se nos hicieron menos porque nos acercamos más, y antes de aquel febrero en que se la llevó Dios cuando estaba dando vida, llegamos a ser no uña y carne, sino carne misma y mismo latido, más cuando supo cuál era el origen de Manuel.

Pero volvamos al relato, a la historia, que, como ya he dejado dicho, mi cabeza se desordena y si dejo que las acordanzas se agolpen sin disciplina, caigo en la desdicha de los recuerdos imprecisos, que siempre son dañinos porque nos hacen sentir que la vida pasó sin dejar nada. Lo que no se recuerda no se ha vivido, y el atropello en los recuerdos no hace justicia a una vida porque la modifica y la camufla.

En aquella hora, como aquel que dice, yo estaba fuera de la Casa Grande. Y sé, porque lo siento como si ahora mismo fuera, que a mi angustia se sumaba, qué digo, multiplicaba, el dolor por la culpa de arrastrar en mi desdicha a Teresa, que tan buena había sido siempre conmigo.

Salió de la cocina tras la niña y me miró extrañada al ver que bajaba de las habitaciones de los Zapata. No hizo falta que hablara, porque vi en sus ojos la pregunta. Cerré los míos mientras soltaba a la niña y afirmé con la cabeza. Volví a sentir la presión de los dedos del Tío Lobo en el mentón. Volvió a atravesarme un filo candente las costillas y me ahogó la culpa.

Sin echar cuentas a la niña ni medir la violencia de mis palabras, lo solté:

—Me acaba de echar don Miguel de la Casa Grande. Tenemos que irnos.

Iba Teresa a responder a lo primero cuando le paralizó lo segundo. Lo vi en su expresión.

—¿Irnos? ¿De qué hablas?

—¿Irnos? —terció Visitación—. ¿Dónde nos vamos? ¿Te ha mandado padre algún recado que tengamos que hacer? ¿Nos vamos a La Unión?

—No, Visitica —le dije—. Déjanos un momento.

—¿Y qué hago con los buñuelos?

—¡A la cocina! —ordenó exageradamente severa Teresa, más preocupada ya por lo que acababa de escuchar que por guardar las formas ante Visitación—. Y luego sube a tu cuarto a hacer los encajes que te enseñó tu madre.

—Pero yo quiero salir —protestó.

—Cuando toque, Visitica. Y lleva ya los buñuelos.

Me agarró el brazo con fuerza y a pesar de la lluvia me sacó al jardín por la puerta principal, la del dintel con la cabeza de lobo que perpetuaba la memoria de la gesta de don Miguel. En la misma escalera, frente al camino de grava que llevaba al rosal y a la fuente en el que se empezaban ya a formar los primeros charcos, me gritó a la cara:

—¡Qué has hecho, maldita loca! ¿En qué le has faltado o qué le has dicho a don Miguel para que nos tire al arroyo? ¿Y qué tengo yo que ver?

No estaba yo para furias ni más reproches. Tan viva era la congoja del momento que la inquisición de sus gritos y el zarandeo con que me estaba preguntando fueron la pólvora a presión que incendia la mecha y estallé soltando la bala de plomo que acaso fuera a acabar con nuestro cariño de años.

—¡Que nos echa de aquí Zapata! Que estoy preñada, Teresa, y se lo he dicho al amo y me ha puesto en la calle, y como cree que tú me trajiste a sabiendas de mi estado, castiga como mi pecado tu mentira. Y así las dos nos vemos con el hatillo allá fuera sin trabajo, sin honra y yo sin familia.

Me soltó, imagino que para digerir lo mucho que le estaba diciendo en esas pocas palabras, y calló durante una eternidad en la que se dejó caer sobre la escalinata como si fuera un minero, sin atender a su condición de señorita, rota y sin fuerza para sostenerse. La falda empezaba a empapársele.

Pasado un rato sin hablar, rumiando sus pensamientos con la mirada fija en el suelo de cantos golpeado por la lluvia, se levantó y sin abrir la boca ni mirarme entró en casa y subió al piso de las habitaciones. Desde el umbral escuché sus pasos en la galería y cómo llamaba a la puerta del gabinete de don Miguel.



—No se entiende el mundo, María, si solo miramos las cosas que suceden sin preguntarnos por qué y con qué consecuencia.

—Pero eso es el destino y está de Dios. Solo Él decide y tiene las respuestas.

—Él nos pone en la tierra y nos marca un camino, pero nos deja libres para andar como consideremos.

—Sí, señora.

Me sentía incómoda en esas conversaciones que requerían de mi cabeza algo más que atención, pero a Visitación Zapata le gustaba filosofar, y más se aficionaba según iba creciendo en edad, hermosura e instrucción. No me daba tregua:

—No me des la razón como a los locos —volvía a la carga sonriendo—, somos libres de escoger el bien o el mal, el amor o el odio, la música o los gritos.

—Yo no entiendo que podamos alterar los designios de Dios. Si Él quiere que esté aquí, estaré; si no, pues el destino me llevará por otro lugar. Así ha sido mi vida. Yo regresé a la casa por su voluntad.

—¿La de quién? Mi padre quiso que volvieras, y yo sé por qué, y tú también.

—Si no hubiera estado de Dios, no habría regresado.

—¿Y Dios escribió y preparó todo lo que pasó después?

No respondí. Tampoco quise recordar lo sucedido a mi regreso que más adelante contaré. Entonces y hoy se tropiezan los sentimientos como dos olas en la orilla y llego a perder la noción de mis emociones, que eran a un tiempo de odio y ternura, de miedo y nostalgia. ¿Puede el recuerdo de un hombre ponerte en brazos de otro de su sangre para consolar su ausencia? ¿Tan mentiroso puede ser el amor?

El día en que Miguel Zapata me echó de la Casa Grande volví a intuir que me miraba con algo más que la codicia del poderoso. Y que su desafuero —que acaso no lo fuera tanto— escondía algún resquemor del corazón que ni él mismo habría entonces de reconocer.

Habíamos dejado a Teresa ascendiendo a enfurecidas zancadas la pulida escalera de caracol de la casa.

—¿Dónde vas, Teresa? ¿Qué vas a hacer? —le había gritado antes de oír cómo sus nudillos golpeaban la puerta del gabinete de don Miguel.

Estaba empapada, insensible a la lluvia que traía a la bahía el viento del noreste y que había empezado a caer con insistencia, como lo ha hecho siempre en las grandes ocasiones, en los acontecimientos que variaban el rumbo de la historia de la Casa Grande. Como el día del entierro de doña Juana, o el funeral de Miguel, o el aniversario de Visitación. La lluvia no es de presencia común o cotidiana en esta

tierra agostada, eso ya lo he dicho, pero forma parte de su naturaleza, porque sin ella no habría agua en el interior para estallar e inundar los pozos, los túneles, las galerías y las cuevas y ahogar esperanzas y mineros. Los grandes males, las maldiciones y los dolores salen siempre desde los adentros para rompernos la misma entraña o la superficie, como hacía el fuego salvaje sembrando de dolorosas ampollas el cuerpo de Zapata.

Llovía aquel día sobre nosotros, pero mi desgracia era mayor que el desarreglo de mis ropas chorreantes y la incomodidad de mi piel, que parecía querer hacerme volver a tiritar como la noche en que madre y Juanico me echaron de nuestra casa.

—Te estás mojando, María, ¿por qué lloras? —La carita de Visitación se asomó por la puerta de la cocina con sus ojos abiertos, curiosos y preocupados—. Pasa, no seas tonta... ¿Te ha hecho algo Teresa? ¿Te has enfadado con ella o habéis regañado? Ha subido corriendo y tú lloras aquí...

Escuché desde abajo la voz de Miguel Zapata.

—¿Qué pasa ahora?

—Soy Teresa, don Miguel.

La lluvia cobraba fuerza, y su sonido se extendía repicando en la grava, las hojas del jardín, los tejados, el canalón principal, la fuente, mis hombros. Avancé hasta ponerme a cubierto bajo el dintel de la cabeza de lobo, y escuché el silencio que siguió a las palabras de Teresa. Largo silencio, pesado, atronador.

—¿Qué pijo pasa hoy aquí? ¿Las sirvientas habéis decidido rebelaros? ¿Tenemos un motín, una revolución como en las Américas?... Ya tiene mandamiento tu mocica la guapa y a lo que se ve también ligera. ¡Si quieres que te lo diga yo, así sea: vete de esta casa! Y no me importunéis más, por Dios.

Entré en ese momento en el zaguán, cruzándome con Visitica una mirada que hoy recuerdo como si la tuviera delante, ella preguntaba, yo suplicaba sin necesidad de despegar los labios. Nos llegó entonces desde arriba la respuesta de Teresa al exabrupto de Lobo. Fue como un cañonazo artillero que lanzó consciente y con aparente seguridad a la muralla que acababa de poner ante nosotras don Miguel.

—Quiero hablarle de su hijo. De don Joaquín.

Mi ropa empezaba a gotear sobre el piso seco formando un círculo de agua que había despertado la atención de la niña hasta distraerla de mi disputa con Teresa.

—Estás empapada y mojando el suelo, deberías quitarte la ropa...

Volvió a sonar un trueno, o la voz de Zapata. La puerta del gabinete se abrió y escuché sobre la madera del piso superior los pasos decididos de Teresa hacia la mesa del escritorio de don Miguel.

Lobo no sale de su asombro. Exige que Teresa se explique inmediatamente.

—¿De mi hijo? ¿Qué tienes tú que decirme de mi hijo? ¿Acaso desconoces el respeto al luto? Muy grave e importante ha de ser para que una sirvienta ocupe mi atención y mi tiempo, más aún cuando ya no va a seguir en esta casa.



Teresa duda porque sabe que tras el primer disparo que derriba la fortaleza tiene que desplegar sus tropas para conseguir el objetivo de detener su salida. Pero no está para estrategias, y vuelve a cargar con toda contundencia. Zapata abre con ira contenida la puerta de su gabinete y entonces ella escupe:

—Lo que lleva en sus entrañas María es fruto de sus amoríos con Joaquín. Es un Zapata, don Miguel, uno de los suyos.

Guarda silencio el patrón mientras Teresa intenta tragar saliva para aliviar su boca seca, pero no la encuentra. Sus labios tienen la aspereza de la roca y en su garganta hay arena que sabe amarga como el hollín de plomo que envenena el aire de la sierra. Siente miedo, pero se lo aguanta, como las ganas de llorar y salir corriendo. El silencio le oprime el pecho y vuelve a hablar para liberarse. Casi no le salen las palabras.

—Que la guapa María está preñada del hijo de usted y...

Se detiene súbitamente cuando Zapata alza la mano izquierda con un ademán que puede interpretarse como amenaza o como súplica. Se aparta para que entre Teresa en el gabinete mientras cierra los ojos y responde a la andanada.

—Cállate, por Dios, Teresa, no sigas con tu habladuría, que te vas a hacer más daño del que pareces querer evitar. Estás mintiendo porque crees que así vas a salvar tu propio pellejo.

—Por Dios se lo juro. Nada tengo que perder si usted ya me ha puesto en la calle.

No era fácil sorprender a Miguel Zapata. Tuvo siempre entre sus cualidades la del buen ojo para medir la hechura y las intenciones de quien tenía enfrente y eso le permitía jugar con la ventaja de las cartas marcadas: podía intuir cómo se sentía su interlocutor con solo atender a su gesto y su mirada, y era tal el empuje de su carácter y su seguridad que entre sus armas estaba hacer que los demás se sintieran disminuidos con apenas fijar en ellos la mirada y dejar asomar la crueldad animal que se intuía en su media sonrisa.

—Mientes, Teresa, y eso multiplica tu delito.

Se gira entonces hacia el ventanal, como hacía siempre que cargaba su lengua para ejecutar.

—Y aunque fuera cierto, aunque hubiera yacido con esa pordiosera y la hubiera preñado, mal recurso aplicas...

Vuelve a mirarla, firme, hiriente.

—Delatando y traicionando a uno de los tuyos. Y a un muerto que no puede defenderse. Sal de aquí ahora mismo y cierra la puerta, por favor.

La lluvia seguía martilleando sobre los cristales, sobre las piedras y las baldosas del patio de caballos, sobre mi ansiedad y mi miedo. Perdida y asustada, me sacó del ensimismamiento Visitación cuando empezó a subir las escaleras con toda la celeridad que le permitían sus piernas de niña. Había decidido, con la misma determinación con que se había puesto frente a la pistola del asturiano Samuel, mediar entre el dolor de Teresa y la ira de su padre, silencioso en ese momento tras la

puerta de pino labrado.

—Padre —gritó desde el pasillo de cristal que daba a las caballerizas y terminaba en el gabinete de Zapata—, ¿por qué hace usted llorar a Teresa? ¿Qué han hecho ella y María que merezca que derramen lágrimas?

Hasta la tormenta guardó en ese instante silencio. Podía escuchar cómo Teresa le suplicaba que se callara y cómo la niña se acercaba a la puerta para volver a comprometer a Lobo. Mi corazón quería abandonarme con el estrépito de mil caballos en estampida.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Écheme usted cuentas!, que no puede ser justo que ellas se pongan tristes siendo como son buenas personas y amorosas con nosotros como si de la familia fueran.

Silencio. Extraño, oscuro, prolongado. Silencio de la lluvia que definitivamente se detuvo expectante, curiosa. Silencio de la Casa Grande, que esperaba e interrogaba con la ansiedad con que la amada suplica al correo que le trae nuevas lejanas de su amado. Al cabo de una eternidad se abrió la puerta del gabinete y la voz serena de Zapata transmitió una orden:

—Decidle a Ginés que venga y dejad ya la disputa. Ven, niña. Querida Visitica —ya estaba yo arriba, detenida en los últimos peldaños de la escalera, mientras Teresa, sin mirarme, llorosa y acaso avergonzada, obedecía su última orden—, no sabes nada de la vida y ya haces por encararla de frente. Me enorgullece, pero has de aprender a no malgastar munición en batallas perdidas.

Respondió Visitica sin bajar la voz:

—¿Esto es una batalla? ¿Por eso lloran? Yo no quiero que estén tristes, padre.

—No están tristes, mi niña. Penan por sus pecados.

—¿Qué pecados?

—La mentira, la lujuria, la deslealtad... Ellas han ejercido su libre albedrío y han caído en la tentación.

—Pero ¿no ha de ser Dios quien castigue los pecados y quien los perdone?

—En la otra vida. En esta son sus faltas de mi gobierno.

—Pero usted puede perdonar también, ¿verdad?

—Dios es más generoso que yo, Visitica, porque es bueno y misericordioso y no se ve en la situación de cuadrar balances, ni de negociar producto, ni se acompaña de la incertidumbre con la que vivimos todos en este mundo. Ni tiene que lidiar con legiones de diablos hambrientos. Como yo, como nosotros, hija mía. Hambrientos, y desleales. Dios está arriba, lejos, viéndolo todo y rigiendo el universo. Desde tan alto, que es todopoderoso y su magnanimidad no tiene límites. El poder es el que te permite el lujo de la generosidad. Cuanto más tienes, más dispuesto a la dádiva o la liberalidad.

Visitación escuchaba atenta a su padre, que trataba de organizar sus ideas entre la presión de la niña y el impacto de la noticia que acababa de darle Teresa, que no sabía si creer o no.

—Pero usted es poderoso, muy poderoso...

—No tanto como para perdonarlo todo.

En los años oscuros, décadas después, Lobo recordaba. En la nebulosa en que se alojaban, a menudo sin frontera, sus ideas y sus sueños, cobraba forma el rostro tenso y expectante de su hija Visitación.

—Que habría reinado, María, de no ser mujer. Sé yo de la observación y las muchas conversaciones con Maestre que daba fuste o que borraba las ideas del doctorcico, y que fue ella, sobre todo al principio, quien llevaba las cuentas del negocio y las decisiones, más que el propio médico.

Me miraba con los ojos sin brillo del guerrero derrotado. Había pasado el tiempo y ya me había empezado a hablar de sus sueños, de la enfermedad del entendimiento que le emborronaba la distinción entre lo imaginado y lo vivido.

—Tuve miedo de que aquello me desplazara en el corazón de mi hija. Sí, María, el Lobo que reinaba y cazaba a placer, que tenía su energía en lo más alto, que se sabía señor de la tierra y de sus hombres, se sintió inseguro frente a una niña, frente a su Visitación. Veía lágrimas en sus ojos.

Volvió a cerrarlos, volvió a recordar hablando quedo, despacio.

—Lágrimas que no resbalaban, que se agolpaban como negándose a salir. Creo que me estaba diciendo que tampoco ella quería mostrarse débil.

—Recuerdo que me miraste, Miguel, y sostuviste unos segundos la mirada, hasta que yo, en la galería, a un metro de la puerta del gabinete, bajé la cabeza para que no pensaras que te estaba retando.

No fue una mirada hostil. No se detuvo en mí con ira. Miguel Zapata tenía ante sí a las dos mujeres que habrían de ser las más importantes de su vida, unidas inesperadamente por la voz de la sangre. Inesperadamente, y para siempre. En aquel instante ninguno era consciente de ello, pero los tres intuíamos que lo que se libraba era entre nosotros y solo entre nosotros. El honor, la traición, la mentira o el desamparo eran cartas que se jugaban en la partida, pero esta tenía límites precisos en lo que aún no sabíamos que nos unía. Lobo fue transformando su expresión vacía en una mirada que parecía contener primero un sereno desprecio y poco a poco algo parecido a una forzada comprensión. Me pareció, no estoy segura y mucho menos después de que haya pasado tanto tiempo.

—Sal, Visitación —le dijo con suavidad a la niña.

—Pero, padre...

—Sal, no te lo pido —elevó el tono—, te lo ordeno.

Miró Visita a su padre con decisión, interrogándole, pero no halló respuesta. Al girarse se encontró de cara conmigo. Lloraba, y sus ojos acuosos, con las lágrimas inmóviles, suspendidas, temblorosas, no me dejaron hasta que salió del gabinete.

—¿Han ido a avisar a Ginés? Le necesito ahora —gritó Lobo.

—Sí, don Miguel, ha bajado Teresa —abandoné un instante a la niña.

—Ven aquí, María.

Volví a mirar a Visitación y un destello de fugaz complicidad nos debió de estremecer a las dos, porque años después el recuerdo sobrevivía con la dibujada precisión de una fotografía.

Me dirigí asustada a la cercanía de Miguel Zapata. Permanecí unos segundos bajo el arco de madera que franqueaba la entrada al despacho. No me invitó a entrar.

—¿Tú sabes quién soy?

Me sorprendió la pregunta.

No había cumplido entonces los cuarenta y cinco, pero era el minero más importante de la sierra. Más que los Dorda o Aguirre, más que los Pedreño. O Wandosell, que como él había empezado con un ventorrillo desde el que aprendió a escuchar y conocer a los mineros.

Claro que sabía muy bien esa niña empedregada y triste quién era el hombre para quien trabajaba, el dueño de la Casa Grande, el dios de esta tierra en cuyas propiedades triscaban seguros los conejos cuando las hambres asolaban estos mundos, porque nadie osaba entrar en ninguno de los terrenos del diablo.

—Claro, don Miguel.

No me atrevía a mirarle.

La madera oscura estaba recién encerada y brillaba realzando el tejido gastado de mis alpargatas. La derecha empezando a descoserse por uno de los lados. Hilos blancos se alineaban desordenadamente justo por encima de la suela, donde terminaba la tosca tela negra. Estaban mojadas.

—No me mientas, niña. Y mírame a los ojos, porque si tienes valor y desvergüenza suficiente como para abrirte de piernas con cualquiera, no ha de faltarte ni lo uno ni la otra para mirar de cara a un hombre.

Levanté la cabeza despacio, porque una piedra fría y afilada parecía tirar de ella desde el profundo interior de mi vientre, como si el ser que había dentro no quisiera enfrentarse a su destino.

—¿Es hijo de Joaquín?

El gabinete olía a madera limpia y perfume de hombre. Motas de polvo en el aire me parecían cargadas de amenaza. Me ahogaba. No pude responder, no quería hacerlo.

—Si sabes quién soy, no osarás mentirme, porque puede eso traerte más desgracia que avío engañarme. Dice Teresa que fue mi hijo quien te preñó.

No me hablaba como un patrón a una sirvienta, sino como se dirigen estos hombres a las mujeres que desprecian o aman. No deduje de su forma de mirarme que sintiera precisamente eso, pero tampoco ninguna otra emoción o disposición de ánimo mostraban esos ojos pequeños tan inexpresivos como su rostro inmóvil. En realidad, esto es ahora más recuerdo que sensación entonces, porque ante él, aquella mañana, solo sentía frío y un intenso deseo de salir corriendo. Al menos hasta aquel momento. Por el enorme ventanal del gabinete, abierto a otra estancia algo menor donde una mesa de caoba grande acogía los encuentros de don Miguel con sus visitas

o sus ingenieros, entraba grisácea pero potente la luz del mediodía. Las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal exterior. No se escuchaba ni el traqueteo del puerto ni sus voces. Solo mi corazón, que no conseguía detener en modo alguno.

Sin pensarlo, como el perro que ladra a quien le asusta o el animal que huye enloquecido sin otra guía que el instinto de supervivencia, respondí alzando la voz más de lo razonable.

—No.

—No, ¿qué?

—No es hijo de Joaquín. Ella sabrá por qué ha mentido.

Sentí un portazo en el alma. Se me paró el pecho como si alguien me hubiera tomado el corazón de repente y con firmeza, deteniendo su latido. Algo acababa de terminar, no sabía muy bien qué. Y algo también comenzaba. Me sentí sola, pero también fuerte. Fue entonces cuando, al girar el rostro para soltarme del escrutinio de aquel hombre poderoso cuya sangre llevaba ya en la mía, vi a la derecha un retrato grande, como de tres pies de altura, rodeado de un marco ovalado de madera negra. Era Joaquín, mi Joaquín. Sonreía y un escalofrío me atravesó como una espada helada desde la nuca hasta el vientre.

# EL SECRETO

—Hubo un tiempo en que yo no era minero. Llegué aquí cuando todavía vivía Requena, el general del huerto, que quería más a su perro que a sus hombres y le dio cinco pesetas a cada uno de los que fueron a llorarle a su muerte... la del perro. Estaba ya viejo, pero no para la usura como yo mismo sufrí por la mediación de su sobrina doña María Teresa, que en el infierno ha de estar y que le mandaba en los negocios como ahora hace en los míos Maestre. Que digo yo que mejor le hubiera ido de no ser mujer la poderosa, como le pasó a Brígida Sanjosé, que enviudó y se sentó en la mesa de su esposo y terminó vendiendo a los franceses. Las mujeres no estáis hechas para la mina ni para el negocio, María, como los débiles no tienen el cuajo de aguantar el poder, ni los pusilánimes los imperios. Yo todo eso lo veía cuando llegué aquí y puse el ventorro con Antonio.

No todos éramos iguales.

—Dios —repetía— nos ha hecho a todos a su imagen y semejanza, pero luego nos ha dejado el libre albedrío para que lleguemos hasta donde podamos, que no es el mismo lugar ni destino. Por eso es una mentira y será siempre una mentira sangrienta la igualdad de clases que proclaman esos piojosos bolcheviques; por eso es un sueño sacrílego lo de que las mujeres voten, como si su criterio fuera a la par que el de los hombres, más inteligentes y formados que ellas, y no me lo tomes a mal, María.

Se disculpaba en alguna ocasión el mismo hombre que no se detenía cuando la carne le llamaba y se fijaba en el cuerpo de una mujer, fuera quien fuera. Cualquier suerte de debilidad era para él provocadora, porque estimulaba sus ansias de conquista, ya fuera persona, propiedad o privilegio. La fragilidad natural de la mujer necesitaba en su universo la fuerza del hombre para protegerla y poseerla como si de una mina o una bestia se tratase. No entró en él refinamiento alguno cuando su posición se elevó a lo más alto, como sí sucedió, al menos en apariencia, con doña Juana. Sus hijos, vividos al abrigo de la brutalidad de la mina y del campo, sí crecieron sensibles, sobre todo Visitación y Joaquín, porque Miguelico y Obdulia se diría que heredaron, uno, la tosquedad para con los demás del padre, y otra, la habilidad de la madre para la ocultación, el chismorreó y la maniobra.

Lobo no se barnizó de las formas de los de su clase. Leyó mucho por placer y se instruyó en las materias y asuntos que afectaban a su propiedad y sus ambiciones, pero gozaba de mostrarse como un rudo campesino también en el vestir, y mantenía sus formas toscas, lo cual hacía gracia a la estirada sociedad cartagenera de mineros y militares y a él le procuraba una fama muy particular que contribuía a sus inagotables deseos de poder.

Hay quien sostiene que los más poderosos son los que menos se dejan ver, pero a Miguel Zapata le gustaba que se supiese quién era y que era distinto.

Tenía pasado y nunca renunciaba a él, como sí hacían casi todos los demás que habían llegado a esta sierra con las manos vacías y ahora prendían habanos con billetes de mil o se construían palacios para distinguirse. Ni uno solo —quizá salvo Pío Wandosell, que expresaba también orgullo de origen humilde porque había llegado en carreta desde Almería— hablaba de su pasado y casi todos procuraban borrarlo de su memoria y sus documentos.

La distinción de Lobo era él mismo, y su ostentación, su propia persona y sus orígenes. No en vano llevaba el apodo de un episodio de su vida de ganadero.

Luego se echó a la mar, lo que le permitió los conocimientos que harían de él, además de minero y fundidor, y casero y arriero, el poderoso armador de barcos que llegó a hacer suyo el tráfico de mineral entre Portmán y el norte de Europa.

—Era joven, pero nada flojo de ánimos, María. Ya el lobo me había enseñado cuál habría de ser mi camino en el trato de los hombres, y me aplicaba, vaya si lo hacía, en ceder poco y ganar mucho. Fueron años de muchas revoluciones y aprovechando que Madoz había puesto en venta los bienes de la Iglesia y los de público dominio, yo compré con un socio que también me salió flojo.

—Como todos, Miguel, que nadie te aguanta el ánimo y la ambición, si me permites...

—¿Si te permito, descarada? —Sonrió y me clavó los ojos con nostálgica viveza—. ¿Hay algo que yo no te permita y tú olvides? Desde el primer día en esta casa me gustó tu manera osada de hablarnos y mirar —se detuvo un momento y me pareció que disfrutaba recordando—, pero déjame seguir con esta historia, que me alivia el alma porque saca del corazón de mi memoria lo vivido y casi olvidado, y eso es bueno porque trae paz a mi espíritu cansado. La paz del que hace balance porque ya queda poco por añadir a las cuentas de la vida.

Nada decía yo, pese a que él lo esperaba, puesto que daba también por cierto que su corazón y su cabeza estaban ya más allá que acá, más a punto del juicio final que del otro juicio de los hombres que, por demás, tampoco le había importado nunca. Del mismo modo que jamás cultivó afectos o amistades más allá de la Casa Grande o los intereses de sus metales, nunca Lobo temió juez o autoridad terrena alguna. No consideró por encima de él a nadie que no fuera Dios mismo, y no siempre.

—Esa manga que separa el mar grande y el mar chico, ahí al norte de la sierra, donde hizo la casa Maestre y se lleva a Obdulia y a su legión de niños a hacer ruido, fue hace muchos años un lugar de pasto que yo ambicioné y conseguí medio siglo atrás, antes de que todo empezara. Se lo compré a La Ribera por sesenta mil reales sin un pensamiento claro sobre qué destino darle. Tuve idea en principio de llevar allí ganado, pero aquel socio de compra que me dio parte del precio para hacer sociedad me sirvió engañosos argumentos para buscarle otro uso que estuviera más acorde con el lugar y lo que él llamaba posibles negocios. Yo todavía era inocente.



—Tú no has sido inocente nunca.

—Tú qué sabes, María. Pero te concedo que más que cortico era inexperto. Decidido, pero poco experimentado, como casi todos los jóvenes. Los de hoy más. La pesca, me decía el malhadado socio, y me hablaba de salazones y productos para embarcar o para servir a las casas de alcurnia en Cartagena, que a su entender era un negocio que nos traería seguro beneficio. «Armamos un puerto en esa manga estéril y sazonomos pescado para marineros y nos hacemos con una lonja que le quite poderes a la de Portmán o a la misma Cartagena». Eso decía. No éramos pobres los Zapata, aunque sí he de reconocer que un mal viento que trajo enfermedades nuevas nos mató gran parte del ganado, y lo que el lobo no pudo terminó llevándose el mal desconocido que nadie logró parar.

Había que salir de allí y lo más cercano era el mar.

—Miguel, ¿tú estás seguro? No eres pescador, ¿qué sabemos nosotros, gente de tierra, del quehacer de la pesca?

Juana, moza aún, pero prudente, y todavía no del todo gastada por el mal que endemonia y vuelve más egoístas a los ricos de baja cuna, tiene sus miedos y los manifiesta de aquella forma.

—El mar, Miguel, dicen que es traicionero, que hay que conocerlo y que aun así te cambia en un segundo y juega contigo y te arrebata la vida sin miramientos.

—También lo temo, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? El ganado ya no renta, y aquí solo hay mar y ese murmullo de la Sierra Minera que no me llama, porque hacer fortuna allí es cosa de mucho conocimiento y hay muchos señores y mucha miseria y ni puedo con lo uno ni quiero de lo otro.

—Podías al menos asomarte.

—No me hace falta, Juana, no creo en esa tierra prometida que a tanta gente está llevando a la muerte. Es un infierno que no tiene ley. La gente se mata por un agujero. O se ahoga dentro de la montaña. No es para mí, no veo negocio en trabajar de sombra a sombra y gastarte la vida respirando polvo y bebiéndote el jornal. Tampoco hacerme partidario, de esos que trabajan para otros que son los que se benefician de la mina. Lo que yo haga será mío, y lo que gane, para nosotros, Juana.

No erraba en esto último, aunque lo hubiera hecho en lo demás. Hice memoria en la densa oscuridad gris de aquella noche de confesión, y se me hizo que era la única vez en su vida en que estaba reconociendo haber fallado en sus cálculos.

Repartieron los hermanos las resultas de vender el ganado y con lo obtenido compró Miguel Zapata junto a su socio José Cortés parte de la franja entre dos mares y empezó a construir la pesquería. La llamó La Buena Suerte. Pero no le acompañó demasiado.

Cortés se fue con los primeros reales conseguidos.

—Mucho abogar por la pesca y a la primera que le puse las monedas sobre la mesa pegó un manotazo y se fue con lo puesto. Ahí tampoco anduve listo, María.

—Eso sí que te lo concedo. Tu prisa era un libro abierto, Miguel.

Ahora allí se levantan casas de los Maestre y algunos de sus amigos de Madrid y Murcia, y hay refugio a barcos en un pequeño puerto dentro del Mar Menor. Entonces, en los tiempos de aquel Lobo joven de hace tantos años, solo había entre los dos mares tierra baldía sin posibles y matorral seco, con algunos árboles como tamarindos o higueras silvestres, algarrobos, buenos para las bestias de recua, y alguno de esos pinos que dicen sabina mora o ciprés de Cartagena.

En el principio le ayudó su hermano Antonio, que era mañoso en la construcción y sabía algo de navegar. Compraron un falucho que hubieron de arreglar con la ayuda de un primo de su madre que era pescador, y cuando estuvo listo contrataron un patrón que se trajo de Palos dos marineros finos y callados que en tierra no hacían más que fumar y toser y embarcados, hablarle al mar y escuchar de su murmullo y las olas la noticia de dónde habría que poner las redes ese día para sacar la cosecha más rica.

Aun así, algo sordos debían de ser, además de mudos, porque —en el tiempo en que empezaban a salir al comercio además de los pescados de lonja los salazones que había aprendido Miguel a trabajar con la instrucción del tío Arsenio—, no escucharon un temporal furioso que dio con el casco del barco en las rocas de un monte de la tierra que llaman Calblanque. Ellos salvaron la vida, pero arruinaron las de los Zapata, que se quedaron sin herramienta con qué pagar las deudas y servir lo prometido. Y cuando les reclamaron la lonja y los que habían pagado las conservas, no pudieron responder porque no había pescado fresco ni carne que sazonar. Malvendieron lo que habían construido y regresaron a casa a cavilar sobre qué harían ahora para sobrevivir y además pagar las deudas contraídas.

Allí también encontró Lobo temporal. Con doña Juana.

—Te lo había dicho, Miguel —gruñe incontinida la entonces moza de Miguel, aún no esposa, pero dispuesta ya a mostrar carácter—. No es el mar lo nuestro y te has arruinado y vuelves mano sobre mano por tu imprudencia, que terminará arrastrando a todos los tuyos.

No es entonces iracundo Lobo, no como el que yo conocí en sus días de gloria, aunque verdad es que aún no le ha saltado el mal de piel ni la maldición se ha hecho presente, por eso deja hablar y quejarse a Juana sin contestar ni dar batalla. En sus adentros anida la idea de volver a intentarlo, porque en las semanas, quizá meses, en que estaban abriéndose camino mirando al mar, ejercitó ya esa virtud suya de inquirir, de investigar sobre las materias que se traía entre manos y aprendió conocimientos del pescado y supo dónde vivía el jurel o la boga, o cómo encontrar el mero o el dentón. Se ilustró en el arte de conocer el mar y trabajarlo. Por eso cuando tuvo barcos y compró el Malabar no había marinero que le quitara razón en cuestiones de cabotaje.

La segunda vez navegó solo. Y si traigo aquí esa palabra de *navegar* no es como si fuera una explicación, una alegoría que se dice, porque lo hizo como si fuera un marinero. Miguel Zapata se embarcó en un jabeque durante un año para pescar y

conocer la costa.

—Era dura la mar, María. Muchas horas de silencio y millas de soledades, con tiempo para cavilar que me fue bueno porque me aprestó el cerebro a ejercitar el pensamiento y el corazón a no sucumbir a los miedos, que son muchos en la oscuridad y la tormenta, y me endureció y alimentó mi confianza. Si eres capaz de dirigir un barco en un temporal, no te temblará ni una miajica el alma a la hora de afirmarte en los negocios de tierra adentro.

Recorrió hasta conocer cada roca de la costa entre Palos y Mazarrón, a veces con alguna compañía pero las más solo. A menudo miraba la sierra, al principio con desdén, aunque según pasaban los meses y se cruzaba con barcos cargados de carbón y plomos y piritas, y veía el movimiento de personas y las chimeneas que se clavaban en el cielo deformando la natural cadencia de las lomas y los senderos, iba acercando sus pensamientos a la idea de prosperar entre tanto mineral.

—Hasta que lo vi, hasta que me crucé con los barcos cargados de galena vendida a los ingleses o a Francia, de rocas de plomo y plata, no me di cuenta de que el beneficio no estaba solo en meterse en la entraña de la tierra, sino que se podía sacar, llevar, vender o comprar, y hasta recomprar. Y empecé a tomar la idea de volver a tierra y, como me había dicho Juana, asomarme a ver qué crecía, o, mejor, qué se podía hacer crecer. Comencé a soñar, María, y a imaginar lo que aquí podría hacer antes aún de que supiera cómo.

Pareció entonces recordar algo porque paró el relato, se llevó la mano a la escasa barba, pensativo. Prosiguió algo más sombrío.

—Quizá también lo soñara. Quizá fuera el comienzo de esta agonía a la que he sido condenado por algo que ni suscribí ni recuerdo. En mi memoria se entrelazan lo soñado y lo vivido, mucho más cercanos siempre de lo que creemos.

De las noches de mar, en los cortos periodos que la soledad y el riesgo te dejan para dormir, recordaba haber soñado con tormentas que se convertían al despertar en accidentes ciertos. Y que la primera vez que entró en una mina, el olor y el ambiente le resultaron conocidos, como si hubiera estado antes.

Era una explotación pequeña, cerca de La Unión. Estaba entibada con madera, y él y su hermano Antonio tuvieron que entrar agachados detrás del partidario que les hacía de guía. El suelo estaba húmedo, con charcos rojizos que iban avivando sus colores según bajaban mina adentro.

—No me viene de nuevas esto —confiesa sorprendido a su hermano—, me resulta conocida esta oscuridad y estos olores.

—Es el azufre —apunta el guía—. Es posible que lo hayan notado fuera, cuando a veces sale por algunas grietas y envenena las plantas y mata a los animales pequeños.

—No —afirma seguro Lobo mientras descenden iluminando las paredes con los carburos de llama—, es esta atmósfera fusca y tan extraña.

—Habrá estado usted en el infierno —bromea el partidario.

—No lo sé. Pero en un pozo sí, desde luego.

Más tarde recordó cómo en un sueño de noche de mar serena se había visto cayendo tierra adentro envuelto en una extraña neblina de pequeñísimos espejos multicolor, por un agujero gris, ancho y brillante, donde olía a azufre. Tuvo entonces la seguridad de que, antes de empezar a hacerse rico con lo que la tierra tenía en su interior, esta ya le había mostrado lo que de incierto, oscuro, vacío y mortal había también allí dentro.

Teresa siguió un tiempo más en la Casa Grande, pero a los pocos meses dejó de servir allí. Zapata consideró impropio de una persona decente que hubiera lanzado sobre mí lo que creía un infundio para salvar su cabeza. Tenía que haber salido cuando lo hice yo, pero doña Juana enfrió el ánimo de su esposo convenciéndole de que iba a ser peor el remedio que el mal que pudiera haber hecho. Aquella mujer sentía por ella afecto sincero y una predilección que manifestaba sin recato frente a cualquier otra persona del servicio.

Lo pasó mal Teresa cuando se fue, decía Visitación que dolorida por mi ausencia. Y puede que arrepentida de haber buscado su salvación tratando de revelar una verdad que entonces y aún hoy resulta casi inconcebible. No sé lo que en aquel tiempo fue de ella. Sí que hoy sirve en Cartagena, en la Casa Maestre, según tengo entendido. He de suponer que gracias a los oficios de Obdulia, que entonces aún no había nacido, y que luego se crio callada y tímida, a las faldas de doña Juana, a quien iguala en carácter y disposición al enredo. Eran iguales, igualitas, Obdulia Zapata, la única por la que la maldición debió de pasar de largo, y doña Juana, que escuché que sufrió tanto la marcha de Teresa como hubo de alegrarse con la mía aquel día de lluvia y negros presagios en que volví a sentirme como cuando mi hermano Juan me echó a empujones de mi casa y mordí la arena de la Peraleja y deseé morir.

La vuelvo a ver ante mí, severa y seria.

Y recuerdo la implacable malquerencia de su despedida.

—Así que preñada, mira tú —dijo burlona y cruel—. Otra buscona que abre las piernas para ganarse el futuro. Y querías tú servir aquí, en esta casa... Te falta mucha dignidad y te sobra impudicia. Aquí el recato no es virtud, sino exigencia. ¿Qué querías, un salvoconducto a la buena vida por debajo de la enagua? ¿Crees que por tener aires de señora que no eres puedes andar por ahí buscando marido rico? ¿O es eso que llevas dentro la siembra de uno de esos amigos tuyos del puerto, que venía acalorado de la mar y encontró muelle en el que descargar lo suyo?

Revivo con la intensidad de la herida aún por cerrar el escalofrío de aquella nueva partida. Una vez más me veía a la intemperie. No podía regresar con mi madre y mi hermano, y preñada, con una vida dentro, difícil se me ponía cualquier sendero que no me llevara hacia lo hondo, al mundo de la perdición del alma y la carne, que es lo que les queda a las mujeres de este tiempo y este lugar, más aún si ni son viudas ni tuvieron hombre cuya memoria fuera a suavizar o a impedir el sambenito de ligeras o putas. Volvía a verme en ese límite de lo que la voluntad está dispuesta a soportar antes de desear la muerte. En un suspiro de tiempo había penetrado en el cielo del

hombre que amé y había sido expulsada por el ángel exterminador del lugar en que se me abrió aquel paraíso. Como Eva, repudiada por pecar, tras haber mordido la manzana del pecado original. El mío había sido de amor, y en él llevaba mi penitencia, que era también mi tesoro. Mi ruina y mi tesoro, como él decía, como oí a su padre una vez. Como Eva, sí, pero sin Adán.

Volví a llamar a la puerta de Esperanza.

—Por el Dios de los cielos te pido que nos socorras a mí y a esta criatura que ya me curva el vientre. Nadie como tú sabe cuánto vale lo que llevo dentro, cuánto es el amor que lo engendró y la pena que desde su muerte arrastro por ello.

Me miró despacio, con afecto. Noté en sus ojos un cierto brillo de agua. Como si se emocionara, no sé si por el cariño o por la lástima. Hablábamos las dos sentadas en el pequeño patio interior de la posada, un espacio no muy grande, encalado y adornado con macetas de geranios, siempreverdes, algunas rosas, madreselva y una enorme enredadera que trepaba por la escalera que desde el patio llevaba hasta las habitaciones altas, donde estaba la que había sido mi paraíso con Joaquín. Olía a cal y a rosa amarga, y pese a estar en el puerto mismo, había un silencio que en este instante de nuestro encuentro pesaba como el plomo del sol en los días de verano.

—Nunca sabemos dónde está la pena y cómo hacernos con ella. Pero en tu soledad, María, cavila si es o no bueno para ti que vea la luz la criatura que tienes dentro.

Me tomó con fuerza de las manos, como no queriendo dejarme escapar, y sentenció:

—Todos vamos a morir, María, pero los Zapata se extinguen y su estirpe no conocerá una generación después de la presente. Desaparecerán.

—No te entiendo —le dije mientras algo parecido a una llama de inquietud se abría paso entre mis tripas.

—La maldición de la que habla la gente.

Recordé al instante aquella primera mañana en que Marcial el arriero me dejó en la fonda sin más abrigo que su chaqueta basta.

—¿Por eso me dijiste que ojalá no llevara uno dentro?

Asintió sin hablar ni dejar de mirarme.

—Es la maldición de su estirpe, el precio de su poder, la consecuencia de su ambición, el daño hecho a los hombres y a la tierra.

Y otra vez el miedo. Me pareció no sentir mis huesos ni mi carne, que mi ser se hacía líquido, mi interior se diluía en un pozo de angustia tan profundo como los que meten y sacan a los hombres de la mina. Acaso como el del sueño de Lobo.

—La muerte de Joaquín es la señal. Ya van dos hijos, María, que se mueren en esa casa que está maldita. Se habla de sueños, de pactos con el más allá, de deudas con el diablo y de sangre humillada que clama venganza. El mal llama al mal y los oprimidos buscan en lo oculto el poder que no tienen en la tierra.

—¿Y qué tengo yo que ver? ¿Qué tiene mi hijo de culpa en esto?

—Es un Zapata, uno de ellos. Sangre de su sangre.

Decían que la gitana era zahorí, que adivinaba lo que había bajo la tierra, y nigromante, que sabía lo que escondían las almas. Una especie de bruja que conocía a los hombres e interpretaba los sueños y que podía curar los males de la razón o de su pérdida. Y me hablaba de venganzas, de justicia, de pactos con el más allá y de sueños.

Joaquín me había contado cómo su padre creía en el poder de los sueños, que era lo que utilizaba Dios para anunciar a los profetas y a los hombres las nuevas sobre su voluntad.

—¿Y qué me va a pasar, Esperanza? ¿Qué nos va a pasar?

—Estás muy agitada y temerosa, debes serenarte.

Aguardó unos instantes inacabables y respondió:

—No veo sangre, pero sí una gran conmoción en la Casa Grande en la que tú estás presente, que quizá tú provoques.

—Ya ha sido, me han echado para no volver.

—Solo la muerte se asienta para siempre.

Una sombra cruzó su mirada, que pareció perderse detrás de mí dejándole una expresión de severa concentración que me asustó. Me pareció de verdad una bruja y el miedo me agitó aún más la tormenta de emociones que hoy recuerdo con vivísima intensidad, como si las estuviera sintiendo ahora mismo.

Quise alejarme de ella, pero no pude levantarme de la silla. De nuevo el dolor se aferraba a mi garganta entre aquellas mismas paredes en que el placer y la dicha habían cubierto de luz mi vida de mujer, me habían ilusionado más allá de lo que ampara la razón. El corazón me pesaba y quemaba como plomo fundido. El destino o alguna suerte de maléfica voluntad ajena a todo lo conocido se seguía cobrando la deuda de mi amor prohibido. Otra vez el fuego interior que subía desde las tripas hacia el pecho y la boca. No vomité, pero sentí una arcada espantosa y el aire olió a muerte y se llenó del espesor de la arena ardiente.

Estaba en nuestro paraíso tomando conciencia de mi auténtico infierno.

—Tienes que elegir, María, entre impedir que nazca o tenerlo y que te lo arrebaten quién sabe cuándo.

Qué caprichoso resulta lo del enamoramiento, cómo nos hace perder el abrigo de la prudencia. Ni la razón —que no encontraba sentido a que muchacho tan principal se prendara de una pobre como yo, si no fuera para mancharla y tirarla como la comida que sobra—, ni la costumbre —que no suele juntar corazones de tan dispar altura—, ni el decoro —que no llama a los jóvenes de alcurnia a unirse con los que no son de posibles— eran capaces de silenciar el mucho bullir de deseos pecaminosos y al tiempo ilusiones infantiles que todo esto de Joaquín y sus pretensiones me había metido dentro.

Podría tener razón Teresa, claro que podría. Ser yo un juguete en manos de un niño caprichoso, como esos ratones moribundos con los que juegan los gatos saciados antes de asestarles el golpe definitivo. Pero podría también ser cierto que el muchacho se hubiera prendado de mí. Era hombre, ¿no?, y yo les gustaba a los hombres, ¿por qué iba él a ser diferente? Tampoco en esta sierra había mucho más donde escoger, aunque en Cartagena o en Madrid, donde viajaba a menudo con su padre, pudiera Joaquín hallar mozas más nobles y de su altura y posición, si bien no hubieran de ser necesariamente más decorosas que yo misma ni dotadas de natural belleza.

En estos pensamientos me iba entreteniendo camino de casa después de nuestro tercer encuentro, o segundo de galanteo, o primero de enamorados, que la cuenta admite varias lecturas. ¿Y si me va a hacer daño? ¿Y qué será de mí si me somete a pública deshonra?

Al despedirnos había vuelto a citarme, pero esta vez en lugar discreto, como él mismo había dicho. No lo juzgaba yo así, pero me insistió y accedí, no porque creyera en la discreción del sitio ni de su ama, nada menos que la gitana Esperanza, sino por la mucha ansia que tenía por estar a solas con él al abrigo de miradas y con la licencia de libertad terrenal que ofrece actuar con Dios como único testigo. Un Dios que, bien sabía yo, me juzgaría por semejante pecado de carne y de corazón. Aun así hacía tiempo que, pese a mi miedo a condenarme para siempre a las penas del infierno, no mantenía yo con el Altísimo muy buen diálogo. Ni con rezos podía quitarme de la cabeza que nunca este Dios que juzga nuestros pecados detuvo o ni siquiera alivió los de mi padre conmigo, que no se apiadó de la niña vejada por su carne y su sangre original y ni un solo día detuvo la mano que tanto me torturó. Ahora ante él iba a dejarme acariciar, y hacerlo yo si la vergüenza no me lo impedía. Es blasfemo, sí, pero también tuve mi castigo, y en aquel tiempo y ante aquella tormenta de gozo ilusionado casi me sentía libre para pecar.



A pesar de los buenos oficios de mi amada Visitación, que me enseñó a leer y me metió el gusto por la conversación y el discernimiento, me resulta muy trabajoso explicar con las palabras que conozco y sé usar —que son más que las que por lo general maneja una mujer de mi tiempo y de mi posición, pero no siempre alcanzan a dar forma a mis pensamientos— lo que aquella muchacha sentía entre el corazón y las tripas. Si hago el esfuerzo es por compromiso con lo que aquí he venido a hacer: referir la memoria del hombre que reinó en este infierno en sus tiempos más oscuros. Y quizá también, no voy a negarlo, porque aquellos días me procuraron emociones felices que nunca he vuelto a conocer con esa intensa viveza y es hermoso recordarlas, y volver a ver y abrazar con sus calores y su olor a mi amado Joaquín, como será cuando el turno le alcance, que no ha de pasar mucho en este relato, a Visitación Zapata Hernández, la niña Visi, que fue mi amiga y a quien amé y me amó como se aman las mujeres que abren su corazón a otras justo hasta la frontera de la carne.

Ardía la mía, mi piel y mis adentros, cuando me separé de Joaquín Zapata después de fijar la siguiente cita secreta.

Volví a casa con más ansia aún que la del primer encuentro, cuando me bullía la sangre y me acaricié la carne anhelante como un animal lascivo hasta que surgió la memoria infame de mi padre. Anochecía también y el murmullo de la sierra, constante, presente hasta que en la noche se silenciaban los malacates y el rumor de voces de hombre en la bocamina, me llegaba lejano porque en mi interior había otro más intenso. Era el dulcísimo pensar en que la pobre María había recibido el divino regalo del amor en el momento menos esperado y del hombre en quien nunca hubiera osado poner, no ya su corazón, sino apenas su mirada.

—Me busca y me pide amoríos a mí Joaquín Zapata.

Me lo repetí en voz alta, como el grito que me sacaba de los sueños a voluntad.

—A mí —seguí hablando sola—, que nada hice para merecer nada, que nunca supe nada de la vida, más que el dolor que he visto en el minero y el que a mí me procuró el más bruto de todos ellos. ¿Quién eres tú, María? ¿Cuánto habrás de pagar por el pecado que ya estás cometiendo de pensamiento con ese hombre poderoso?

»¿Y qué? ¿Qué puedo hacer sino dejarme llevar, que es lo que quiero? ¿Va el miedo a fijar mi destino y la honra a privarme de ilusiones? ¿No es el mundo un infierno ya bastante grande como para temer más castigos después de haber gozado de alegrías inesperadas? Que venga el que quiera, que me castigue si así desea el Dios que se olvidó de mí cuando padre me sometía. Solo los besos y las caricias que acabo de recibir merecen una vida, aunque lo que venga después sean padecimientos.

Monte arriba, hacia nuestra casa, ya de noche, caminando a la luz de una luna tímida entre nubes de otoño, reviví nuestra despedida con sus dudas, sus miedos y la certeza de que estaba a punto de perder honra y quizá futuro en los brazos del único hombre en cuyo trato había sentido algo más que respeto.

—Te aguardo mañana en la fonda de la gitana Esperanza, en el puerto. ¿Sabes

dónde está?

—Sí, don Joaquín..., pero mañana no voy al puerto. Pasado.

—Pues pasado mañana a la misma hora en que nos vimos hoy allí, pero dentro de la fonda.

Sentí miedo y placer al mismo tiempo.

—Don Joaquín, por favor —supliqué.

—María, por favor —repitió sonriendo.

—Sabe usted que no puedo.

—Ni yo debo, pero los dos estamos deseando estar juntos. Te espero, mi niña María.

Su niña María. El todopoderoso hijo del mismo diablo que asentaba su reino en esta tierra doliente y hostil me había señalado y yo estaba cayendo, había caído. Arreó su caballo y giró hacia Portmán perdiéndose entre el polvo que levantaba el carruaje, polvo en el aire rojizo y ocre por las últimas luces de ese día.

Teresa abrió los ojos como si fueran platos.

—¿Te vas a citar con él? ¿Vas a verlo a solas y en secreto?

Se lo confesé a Teresa a la mañana siguiente en la mismísima puerta de la Casa Grande, igual que había hecho tras el primer encuentro. «Tenme al día de lo que progreses», me había dicho ella entonces, y eso hacía, porque necesitaba hacerlo. El instinto me lo pedía para liberar la angustia y el pesado revoloteo de bichos alocados que se habían apoderado de mi vientre. No recuerdo la excusa, pero me planté ante la verja de los Zapata y pedí por ella a Ginés, que andaba entre las flores.

—Aguarda aquí, mocica, que ahora le doy noticia a Teresa de que la buscas.

—Gracias, don Ginés; espero.

Me moría de impaciencia por contárselo, aunque no solo el deseo de referirle mi buena nueva me tenía temblorosa y frotándome sin cesar las manos con el mandil: estaba en la casa de mi amado, que podría presentarse en cualquier momento, asomarse por una de esas ventanas enormes, salir al jardín, vocear alguna orden, cualquiera sabe. Pero no apareció. Antes escuché acercarse a Teresa, que venía presurosa y haciendo ruido sobre el camino de piedra.

—¿Pasa algo, María? Porque tú no vienes aquí para decirme buenos días.

Negué con la cabeza, y mi sonrisa fue toda una declaración.

—No me digas que ya te ha enredado.

Afirmé sin hablar.

—Pues como te descuides, se te monta aquí mismo.

—¡Teresa!

—Que a eso va, niña María, que no seas ilusa. Acaba de salir por aquella puerta —señaló hacia el portón trasero de la Casa Grande— camino del monte con su señor padre y tres de sus guardias. Y te digo yo que ese Zapata —bajó la voz tanto que apenas la escuchaba yo misma—, tan bandido como el otro, no va a querer para ti nada bueno.

—Pues yo le creo, y me gusta.

—¿Cómo no te ha de gustar, infeliz? Y a cualquiera. Pero ni es de tu... ¿clase, se dice?, ni sus antojos son los tuyos, ni has de creer de la misa la mitad de lo que diga. Su refino es solo de porte, no de corazón, que su herencia es la maldad y el dinero, que casi siempre van juntos.

No la escuchaba, no quería yo entender ni razonar. Cuando dejó de hablarme de Joaquín y de cómo por él me estaba condenando, le conté que habíamos quedado al día siguiente hacia el mediodía en la fonda de la gitana Esperanza.

—¿Os vais a ver allí? ¿Vas a perder allí tu honra y tu virtud de mujer a manos de un señorito como Joaquín? Pobre niña mía. Y además, donde esa bruja que todo lo ve y se inventa la mitad de lo que no.

—Seguro que mantendrá la boca cerrada. Algo hará para callarla.

—Parné.

—¿Cómo dices?

—Que le pagaré bien a esa cotilla. ¿Y tú estás segura?

Claro que no, pero ¿qué más daba eso? ¿Qué miedo podría más que el amor o el instinto?

Rabiaba Teresa, ahora lo veo. Cómo negar que mi amiga se inquietaba por mí y mi futuro, que veía más dolor que placer en esta aventura insensata, pero siendo humana, mujer y haciéndole mi Joaquín más que gracia, sujetaba mal su envidia por tener yo lo que ella ni soñaba, la atención del heredero Zapata. Aunque solo fuera para poseerla y tirarla, creía ella, y debía de pensar que tampoco eso era mala cosa si el lance valiera la pena.

—Cuídate de las lenguas, las buenas y las malas, y sé prudente y callada. —Se detuvo un suspiro y añadió—: ¿A qué hora dices que te citaste?

—Poco después del mediodía.

—Pues te acompaño.

—Ni lo sueñes, Teresa.

—Solo hasta la fonda, mujer.

Sonaban las campanas del mediodía siguiente en la iglesia de Santiago cuando bajábamos las dos juntando curiosidades, que no emociones. Se había nublado el día y el mar andaba bravo fuera de la bahía, ¿debía interpretarlo como un presagio de tormenta? Sin duda, pero ¿sería una tormenta oscura y mortal, o una de esas de rayos poderosos que arrojan luz y embellecen por un instante el mar y la sierra? En mi interior las olas iban y venían, las tripas se me empequeñecían y apretaban tanto que temía que el vientre se me fuera a soltar en cualquier momento.

La fonda estaba, y aún sigue, en la primera línea de casas que se asoma al puerto. Nadie pareció extrañarse de la presencia allí de la hija de Adra el de la Peraleja, y Teresa, la sirvienta de Zapata. Dos calles antes de salir a la intemperie de la playa de pescadores que llevaba al puerto, me detuve, me santigué y le pedí que me dejara seguir sola.

—Ten cuidado, María.

—¿De qué?

Pensó un segundo su respuesta.

—No sufras ni te deshonres.

Nunca le había contado lo de mi padre. A punto estuve de decirle que otras manos me habían ya recorrido sin yo tener voluntad de ello y me habían dejado señales de asco y rencor, y ahora quería saber si las de otro hombre de quien yo quisiese caricias podrían taparme aquella mancha en el alma.

—No voy a sufrir, y todo lo demás será un secreto. Confío en él, Teresa querida.

Le di un beso de amiga que me pareció le ruborizaba y caminé decidida y sola, sin reparar en miradas desconocidas o ignorantes, hasta la puerta de la fonda. Me temblaba la mano cuando levanté la pesada aldaba de bronce que colgaba del portón principal. Dos veces llamé. Cada segundo que pasó sin que nada sucediera, sin que la puerta se moviera o escuchara voces o pasos en el interior de la casa, fue un siglo de intensa agitación, de esa que no se ve por fuera pero te aprieta los adentros y te pone el corazón veloz y ruidoso como un caballo desbocado. Miré a Teresa, que seguía donde la dejé, inmóvil, sin expresión. Recuerdo que a punto estaba de darme la vuelta y regresar con ella, de puro miedo, cuando se abrió la puerta. Nadie parecía haber detrás, solo una tibia oscuridad y un cierto olor a cerrada humedad. No me atreví a empujar cuando la puerta se detuvo. Esperé. ¿Por qué no se abría más? ¿Quién estaba tras ella?

—Eres tú, ¿verdad, mocica?

Era él. Su voz, su timbre, hasta su olor me llegó en ese instante, sobreponiéndose a la poca luz, el miedo y el mismísimo tiempo detenido. El portón se abrió, sin despejar la negrura del fondo, lo justo para que pasara mi cuerpo. Su petición sonó firme y alegre. Su aroma y el deseo ya me empezaban a envolver.

—Pasa, María, mi niña.

Antes de que pudiera la vista acostumbrármeme a la oscuridad, Joaquín Zapata ya había cerrado la puerta, me había tomado por la cintura y me besaba y apretaba contra la madera caliente. Escuchaba su respiración alterada y mi ansiedad, y tuve miedo de que alguien más estuviera observándonos.

—Joaquín, por favor...

Le quité sin pensarlo el trato de don para pedirle un recato que yo misma no deseaba, porque ante el contacto de su cuerpo, que sentía con todo su calor y las presiones en las partes del mío que él buscaba alcanzar, mi espíritu ya enamorado hervía de deseo y placer y urgencia por tocar su cabeza, su espalda, todo lo que él me dejaba expuesto mientras me besaba sin cesar de moverse. Mis manos respondieron a las órdenes del corazón y se perdieron en su pelo hasta la nuca mientras me inundaba el calor de su lengua ansiosa; luego recorrieron su espalda y terminaron apretándole contra mi bajo vientre para sentir más cerca, más fuerte, hasta dentro de mí en cuanto fuera posible lo que en aquel momento era una forma poderosa y durísima que

parecía disponer de voluntad para abrirse camino a través de nuestras ropas con todo su aliento de vida y promesa de placer. Deseaba a ese hombre, deseaba que me deshonrara allí mismo, que me abriera, que me partiera en dos la entraña hasta dejarme sin aliento en el paraíso, o en el infierno, o donde su voluntad tuviera a bien poseerme, vejarme, ensuciarme toda y para siempre ante el dios que me dejó sola frente al mal o ante los hombres que por mil años me juzgasen puta o me tirasen piedras. Nada importaba entonces, nada más que su cuerpo, las vísceras abiertas del mío, mis humedades y las suyas, los corazones latiendo deprisa y juntos, las respiraciones cada vez más rápidas y desesperadas...

—Joaquín...

No era un ruego, ni una súplica, ya no. El miedo se había disipado, el mundo más allá de nuestros cuerpos había desaparecido, enmudecido, muerto. No quise abrir los ojos no fuera a ser que al hacerlo surgiera el grito en los sueños, y de ninguna de las formas quería abandonar este.

—María, mi niña. —Dejó de besarme pero mis manos no permitieron que se despegara—. Qué ganas tenía, cuánto te deseaba... ¿Y tú a mí?

Asentí, lo hice varias veces. Entonces le miré y vi sus ojos, y la sonrisa que me regaló me hizo sentir bien, como relajada, algo más segura ya en tierra. No me llamó al ánimo el temor con que abrí la puerta hasta pasada esta tormenta que tan bien recuerdo, que tantas veces he evocado, que aun siendo pecaminosa y obscena, viví y pienso como uno de los momentos más intensamente felices de toda mi vida.

La franca sonrisa de Joaquín tras esta primera embestida me despojó de casi toda la culpa y los temores que una joven pobre de aquel tiempo pudiera tener ante un mozo poderoso como él. Hasta suavizó el arredro y el cargo que en mi conciencia apuntaba el pecado que estaba cometiendo, que no era pequeño ni para Dios ni para los hombres. Pero sí para Joaquín, o, por mejor decir, inexistente para él, a juzgar por cómo me estaba hablando, por cómo me miraba, por la dulzura con que me acarició el pelo apoyados aún contra la puerta.

—No temas, María, solo quiero amarte, nunca te haré daño.

—No temo, Joaquín, pero habrás de entender que por distancia y recato tenga el interior revuelto y la culpa y los miedos asomen a mi rostro, aunque lo que vea sea el tuyo tan hermoso y tan dulce.

No hubo rastro de mi padre ni entonces ni nunca en los encuentros que tuvimos. Ni siquiera en los dolores que en alguna ocasión, sobre todo aquella vez primera en la fonda de Esperanza, me procuró Joaquín pese a su delicadeza. Como tampoco del joven heredero del Tío Lobo, en lo que Teresa dibujaba de maldad y egoísmo. Nunca vi en él más que afecto, jamás aspereza alguna del alma o brusquedad en las formas, y si hubo reproches, fue a mis temores o miramientos.

—Era noble, María, mucho. Y lo que tenía de avezado y capaz para el negocio como padre, lo tenía de bueno, créeme.

Visitica lo veneró hasta que ella también se fue. Hablamos mucho, le confesé mis

amores y le señalé su fruto, y siempre celebró que sus dos seres más queridos se hubieran encontrado en vida y fuesen capaces de dar otra. Para mí había sido el amado padre de mi hijo, y para ella, el guía de infancia, el hermano mayor que le abrió los ojos a la vida y le enseñó a disfrutarla; su compañero de juegos, de ilusiones, de estudios. Y nuestra memoria común nos lo mantuvo siempre vivo. También lo estuvo en la de su padre, no tengo duda. Pero Lobo se recató casi siempre de hablar de su hijo Joaquín, no sé si por dolor o por cansancio. O quizá fuera por no ponernos a los dos, en la solitaria oscuridad de la Casa Grande, en la circunstancia de recordar el tiempo de amores que siempre consideró en su recto entender como un imperdonable pecado de clase, porque aquellas luces mías fueron sombras para él una vez que supo quién había sido el padre de Manuel.

Un día me contó Visitación cómo en uno de sus viajes a Madrid a negociar venta de mineral con los ingleses, Joaquín se encaró con Lobo porque este se mostró descortés con un mendigo. Le había pedido que se hiciese a un lado a su paso cuando el pobre se acercó a pedirle limosna y, como no se apartó, lo hizo él de un manotazo.

—Padre —se detiene Joaquín frente a Lobo—, no tiene usted razón ni derecho para tratar así a este pobre hombre.

—Me estaba importunando.

—Pedía limosna, padre.

—Se me plantó delante. Y basta ya, Joaquín, que no he de andar justificándote lo que hago. Valdría yo nada si te tuviera que dar explicaciones.

—No a mí, padre, a su conciencia. No actuó bien, y creo que usted lo sabe.

Lobo le mira con atención y no sin cierta sorpresa durante unos instantes. Joaquín aguanta la mirada.

—Lo que yo sepa o no, te lo iré diciendo cuando me plazca, que no en vano soy tu padre. Pero no te me enfrentes por minucias y mucho menos relativas a personas o cosas que no son de tu... de nuestra incumbencia.

—Todas las personas lo son, padre. Trabajamos con hombres, les damos vida y sustento, y aunque nos sean desconocidos o, como este pobre mendigo, nada tengan que ver con nuestras vidas, son seres humanos, son hijos de Dios. Usted me lo enseñó.

—Pero no iguales, y así ha de ser el trato. Y tendré que pasar por donde sea mi voluntad...

—Pero con amabilidad, que bastante tiene el pobre. Dios repartió la suerte y el talento de forma desigual, padre, y el libre albedrío también nos diferencia, pero hijos somos todos, y dignidad todos tenemos.

—Hijo, conoces el mundo y sus reglas. Si te da por filosofar, allá tú. Pero prefiero que la energía en la discusión te la guardes para con los ingleses, que no serán fáciles. Eso sí, ante la gente no me contradigas, porque no seré tan paciente.

Concluía Visitación que no hubo más disputa ni deterioro entre ambos porque Lobo, como aprendí desde el día en que entré en la Casa Grande, solo mostraba

afecto por quienes admiraba, y únicamente sentía admiración por quien fuera capaz de ser o parecer valiente en su presencia.

Ante Joaquín aquella mañana me mostré entregada y tan dócil como él amable y afectuoso. ¿Valor? No sé si fui valiente o pequé de osada. Pero viví. Empecé a vivir una historia de semanas, de meses, en que aprendimos a amarnos primero y conocernos después.

Nos citábamos en la fonda a las horas en que ambos podíamos sin que los nuestros abrigaran demasiadas sospechas. Hubo muchas noches que pude pasar arropada en excusas con Teresa. Alguna vez nos vimos en la sierra para decirnos piropos o frases livianas de amantes.

Aquel primer día, cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, seguí su sombra de la mano escaleras arriba por el lugar que tantas veces recorrí cuando muerto él trabajé para Esperanza, hasta llegar a una habitación que iba a ser siempre la nuestra. Contaba con que nos topáramos con la gitana en cualquier momento.

—¿Dónde me llevas, Joaquín? ¿Y Espe...?

Me volvió a poner, como en el camino, el dedo en los labios y obedecí. No más cuestiones. Solo amar. Entramos en la habitación. Me invitó a hacerlo a mí primero. Era una cámara grande y limpia inundada de luz de mediodía pese a tener cerradas las contraventanas que daban al puerto. Notaba tras de mí su presencia y su ansiedad. Me dejó tomar posesión del lugar que habría de ser solo nuestro durante aquel tiempo. Así lo había exigido y pagado, como el silencio de la gitana. Me observaba sonriente mientras yo daba vueltas alrededor del lecho, como haciéndome con el lugar, pero en realidad conjuraba mis miedos y mis angustias, la inseguridad que a oleadas me apretaba desde la garganta al mismo estómago. Tan hermoso y saludable me resulta hoy recordar, como difícil encontrar las palabras para ser fiel a lo que sentía, y debo serlo porque ahí empezó todo. El singular privilegio de la belleza, del que Dios y la naturaleza me habían dotado, me regalaba la obsequiosa atención y parecía que el amor de un hombre de mucho poder presente y futuro, pero eso me exponía a la cruz de los míos, al desprecio del pueblo si aquello se supiera, porque nadie creería la verdad: yo sería una desvergonzada que se aprovechó de su belleza para meterse en pasiones con el ricachón, y él, el diablo de siempre que usaba su poder para someter a la mujer hermosa. Pudiera a Joaquín no importarle aquello. Pero a mí sí. Y ese miedo que me iba y me venía, como las olas del Mar Mayor cuando una y otra vez se estrellan contra las rocas de El Gorguel, era por lo que pudiera esta locura manchar mi fama y mi honor. No solo ante la gente. Estaba también, y de alta ley era, como la plata de Lobo, el respeto que dicen amor propio, la estima en que se tuviera una mujer, determinada por su criterio para poner en valor su honra, para no ceder a los impulsos pecaminosos de la carne por mucho que la llamara, como hacían las sirenas con el marinero Ulises en la aventura que me leyó y explicó un verano Visitación.

Qué curioso me parece ponerle aire de mar a lo vivido, explicar mis emociones con ejemplos que nos da el mar con sus tormentas, con sus arrebatos, sus calmas y

sus constancias. Porque en el mar, donde están los caminos y nuestro alimento, donde Lobo comenzó a medir el valor del negocio minero, donde las mayores tragedias y los más grandes logros del hombre tienen lugar, encontramos también la respuesta, que no la explicación, a nuestra naturaleza. No depende del mar su compostura, no es él, pese a su fuerza, quien domina. Es la luna y son los vientos, es la corriente que lo mantiene vivo.

La calma de aquel momento no dependía de mí, porque mi honra de moza pobre estaba a merced de la luz de los ojos de Joaquín y el viento de su perfume y su voluntad. Puede que si hubiera tenido fuerza suficiente o mis miedos se hallasen por encima del amor, habría salido aquel mediodía, en aquel instante, de la habitación para reunirme con mi amiga Teresa, que seguro aguardaba aún calle arriba, y olvidarme para siempre de esa locura. Pero no quería, no podía. Además, ¿no tenía él poder y constancia para perseguirme al fin del mundo? Tanto fuera su capricho como su amor verdadero —solo el tiempo habría de llevar la balanza hacia lo segundo—, no pararía hasta conseguirlo, y nadie le iba a parar a él. Únicamente podía entregarme y olvidar, como acababa de hacer contra el portón de la fonda. Como en realidad deseaba desde el instante en que me entregó su primera sonrisa en la sierra.

Suavemente, como quien coloca con mimo una camisa recién planchada sobre la mesa, Joaquín Zapata me acostó boca arriba en el lecho. Tumbado a mi lado comenzó a acariciarme el rostro, los hombros, a apretarme el talle sin dejar de mirarme con lo que me pareció un delicioso embobamiento. Se le diría de verdad enamorado y feliz. Volvieron a desaparecer los miedos. Y ya fue para siempre. Hasta hoy.

Nunca volví a preguntarme, ni siquiera aquella primera vez, qué podría pasar, cómo podría sufrir, quién me podría rechazar. Comencé a vivirlo con todas mis fuerzas. Qué lejos de imaginar que el mayor dolor de aquello que estaba naciendo iba a ser precisamente la muerte de mi ser amado. Ni soñé en el gozo por la vida que nos trajo, que creamos desde el amor, y que hoy intento defender con este relato.

La fuerza animal del primer encuentro en la puerta cedió el paso en el lecho a una suave ceremonia de pieles que se rozan, perfumes entremezclados y sudores y olores confundidos entre las sábanas. Me dejé hacer, y sus caricias me descubrían placeres nuevos donde las manos de mi padre habían provocado aversión y miedo. Toqué el cielo con los dedos, cuando después de las caricias nuestros cuerpos se exigieron el alimento que ya había saciado al espíritu, y tras regresar a la ferocidad de los abrazos, se metió en mi entraña abierta con el hambre universal del deseo, con el instinto primario de la especie, y comenzó a moverse despacio, acompasado, y sentí la necesidad de acompañarle, de moverme yo también libre de temores y de juicios, teniendo solo al amor y a nosotros por testigos. Ni pensé en el pecado o la honra, ni me arrepiento; cómo hacerlo de aquellos minutos eternos que nos llevaron donde yo jamás supe hasta entonces que podrían elevarse al tiempo el alma y el cuerpo de un ser humano, de dos seres amantes y entregados. Estalló en mí con empujones feroces y empecé a ascender hasta Dios mismo y grité loca de placer, y el cuerpo se me



quebró hasta levantar el de Joaquín que aún permanecía moviente sobre mí, y un dardo caliente y dulce, de una intensidad inolvidable, nos atravesó a los dos. Pude sentirlo, no puedo olvidarlo. Nos abrazamos y rompí a llorar. Se incorporó sobre mí.

—¿Qué tienes, niña? ¿Te hice daño?

Lo apreté más contra mí, abracé con toda mi fuerza sus espaldas de hombre y le dije por primera vez:

—Te amo.

Tenía carácter para enfrentarse a todo y a todos. Un carácter que se mostraba también a la hora de amar. Porque son los hombres de carácter, los valientes que aman la vida y viven las pasiones, los que navegan con maestría en los océanos agitados o los caminos tortuosos en que el amor de una mujer se sustancia. No nos está dado, o mejor dicho, permitido, a las mujeres mostrar carácter en el trato dispensado a los hombres, ciegos como están, enfrentándose como hacen a nosotras con la equivocada razón de considerarnos menores o incapaces. Pero cuando alguno de ellos, como mi Joaquín, mira a los ojos sin ignorancia ni temor, cuando entiende que podemos ser distintos, que lo somos, pero no desiguales, se obra el milagro de la relación serena que trae el amor provechoso, ese amor feliz por el que todos batallamos. Nunca fue débil Joaquín, nunca temeroso de nada que pudiera lastimarle, por eso hubiera heredado el imperio de su padre, por eso me hubiera tenido para siempre, por eso su memoria sigue viva en mí y en la sangre de su hijo. Por eso me alivió en tantas noches de soledad con Lobo, del arbitrio del anciano enfermo. Aquellas noches que hubieran sido de recuerdos de lo más espantoso de mi niñez solitaria, de no haber visto en los ojos de Lobo, en las manos de Lobo, en su rostro y sus ademanes de viejo a un tiempo cruel y afectuoso, la presencia de mi amado Joaquín Zapata.

El fruto de aquel amor estaba en mi vientre, el mismo que me abrió la puerta de la Casa Grande y me sacó de ella, y Esperanza me anticipaba su muerte segura.

—Mejor quítatelo ahora de encima, niña, que de nacer con bien te dará muy mala vida, como todas las de las madres sin hombre que las proteja o las cuide, y te lamentarás de lo mucho padecido cuando se cumpla la maldición y se lo lleven los demonios. Si no es para ti o para que pueda ganarse la vida por sí mismo, ¿para qué lo quieres traer al mundo?

—Ya he pecado bastante contra Dios, como para cometer el sacrilegio de matar la vida que engendro por su voluntad. Y si ha de morir por la misma razón, que lo haga de acuerdo a la naturaleza.

—O a la maldición, niña, que proviene de la naturaleza, aunque sea de su desorden.

Otra vez la maldición. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba?

—¿Por qué hablas de muertes y maldiciones ajenas con tanta firmeza, como si fueran cosa cierta y probada?

—Mejor prepararse para lo que ha de llegar, y más aún si es malo.

—Es mi hijo, es de Joaquín. Si fuera contigo a la partera a que me siegue la vida que acarreo metiéndome un hierro entre las piernas, no solo pecaría gravemente contra Dios, sino, aún peor, lo haría contra la memoria del hombre que amé y que me amó.

—Llorarás su muerte, puede que en cuanto empiece a andar y tengas que ponerle a sacar piedra en una mina. Hasta algún día puede que tú misma la desees, como muchas madres que mandan a sus hijos al pozo por no tener alimento que darles ni querer ser testigos de su mortal agonía.

Zapata, supe después, pensaba lo mismo.

Gran parte del trabajo que se hacía en la sierra se cargaba sobre las espaldas de criaturas que no pasaban de doce años y cuatro pies de altura. Escuché que en los tiempos de la prohibición, cuando se puso el límite de dieciséis para trabajar en la mina, aquí todavía no alcanzaba esa edad uno de cada tres mineros. No había poder mayor ni intereses más intocables, por mucha ley que se aprobara en Madrid, que los de los Zapata, Dorda o Cervantes, que sabían que el niño era dócil, disciplinado y muy eficaz.

Como Francisco Lucas Alcaraz, que no existía y que murió en un molino triturador de esos que rompían las piedras para empezar a separar el mineral. Lo aplastó hasta dejarlo convertido en una masa de carne y sangre que hubo de llevarse

en un saco de arriero como había pasado con el cuerpo de Baltasar Arqués o con Cristóbal Ocaña y Juan Gil, a los que explotó una caja de dinamita en Virgen de la Claridad.

Paquito Lucas no era, o, por mejor decir, no figuraba como tal en la relación del listero. Como arrojar a la mina a zagales en edad de jugar estaba prohibido por la ley y castigado si la policía minera lo descubría, cosa harto difícil en esta sierra, donde se les compraba por un puñado de reales para que ni vieran ni escucharan ni abrieran la boca, lo que hacían era desaparecerlos de cualquier papel.

Instruido por el encargado o el administrador, que tenían la misión de cruel embajada del patrón, cuyo criterio interpretaban siempre de la manera menos ventajosa para los mineros, el capataz les daba una partida de bautismo falsa en la que figuraba un nombre distinto al suyo. Con ese nombre falso entraban en la mina. Al cumplir los dieciséis se inscribían con el verdadero. Pero si antes tenían algún accidente o morían en la mina, como Lucas, sus familias no recibían más que sus restos sin compensación alguna. Se habría metido allí a jugar.

Todos sabían del engaño, pero nadie, por mucha lástima que se sintiera ante semejante desamparo, osaba poner denuncia, porque los muchachos eran indispensables en aquella forma de sacar el mineral tan primitiva y ruinosa. Y para sus familias, a menudo el único sustento.

Había muchos niños mineros en la sierra, porque trabajaban en abrir los pozos y eran nobles y no protestaban aunque cobraban menos. Vivían poco esos niños, y sufrían mucho. Se sabía que un niño era minero o que un minero lo era desde niño porque andaban encorvados y apenas crecían.

Yo no quería ese futuro para mi hijo, ni tenía forma de impedir que sucediera, pero no iba a cometer semejante pecado contra Dios por ese temor a lo que la vida deparara. ¿Quién sabe lo que va a ser de su vida? ¿Qué sería del mundo si nos dejáramos aconsejar por el miedo o la congoja? Una madre siempre se siente fuerte para criar y proteger a su hijo. Ya entonces me lo parecía. Ahora lo sé.

Manuel nunca fue niño minero. No tuvo que alinearse en una de esas cuadrillas de gavia conocidas por sus silencios y su mucho trabajar. A decir verdad, su niñez se me escapó un día en un barco de Zapata.

Los niños tristes son siempre más callados que los hombres desventurados. Se agrupaban en las gavias a las órdenes del capataz de látigo, que con ese nombre no es difícil imaginar cuál era su atribución y su forma de hablarle a las criaturas. No todos habían sido como el padre de Teresa, temeroso de Dios y caritativo con esos chiquillos que no crecían o se tullían o morían en la oscuridad de los pozos. Manuel llegó a la mina ya crecido porque no necesitó sostener a ninguna madre viuda, que la suya le pudo alcanzar el sustento y cuando no, apareció Alfred, el inglés de quien todavía no he dado noticia, porque aún no ha llegado su momento. A su tiempo, como diría mi Joaquín.

Recuerdo que un día, antes de que el velo de la desgracia empezase a nublar mi

existencia, acompañé a mi hermano Juan a la entrada de la mina después de mucho hablarles a él y a madre, con la pertinaz insistencia de la niña curiosa y de poco conformar, de mi gana de saber cómo era ese trabajo de hombres en el que algunas mujeres ayudaban y no pocos zagales se metían como si de mozos crecidos se tratase.

—Déjela, madre —a padre se lo había llevado el demonio ya por entonces—, que tampoco es mala cosa que la niña vea cómo es este infierno en el que nos saca la entraña el patrón.

—No es lugar para mujeres, y menos aún tan pequeñas.

—Puede que lo sea algún día, madre. Y está bien que se vaya haciendo a ello.

Cerca de la entrada de la mina, un amplio tinglado protegido de la intemperie por un tejado a dos aguas albergaba puestos de criba y limpieza de materiales recién salidos del pozo. Allí trabajaban hombres y también niños y mujeres, limpiando y separando. Me llevó mi hermano hasta el punto en que descargaba una vagoneta.

—Esto es lo que acaban de sacar de la tierra.

—¿Es plata? No brilla...

—No, es mineral. Hay roca y tierras y algo de plata y plomo, que van siempre juntos. En aquel molino se tritura, y en esa mesa que se mueve se separa el metal.

Unos metros más allá me llamó la atención cómo un par de muchachos giraba una manivela que movía unas lonas en un gran círculo donde se lavaba el mineral.

—Se llaman rumbos, y los trajeron los ingleses. Lo lavan para separarlo.

Uno de los muchachos entraba y salía del agua para sacar el mineral con capazos después de su lavado. Tenía las piernas blancas y parecían más delgadas que el resto de su cuerpo. Observó Juan mi sorpresa.

—Es el sulfuro que le aclara la carne y se la va comiendo. El aire, las piedras, las paredes, todo está lleno de azufre del que nos consume y nos deja lisiados o ciegos. Por unos pocos reales, María, por unos pocos reales.

Había madres que entregaban a sus hijos a la voracidad de la mina cuando ya no podían alimentarlos. Eso sostenía Lobo, que decía que los niños mineros serían hombres curtidos para la vida. Los que vivían, claro.

—A la muerte los mandan —decía Lobo— porque ya no tienen qué darles. ¿Puedo acaso negarme a esa voluntad sabiendo lo doloroso de la renuncia?

—Se podría ayudar a esas mujeres —le respondía.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿A qué precio? A veces me sorprende tu estúpida ingenuidad. Pero, claro, siendo mujer. No está en mi mano resolver el sufrimiento de la humanidad; me dedico a la industria, y hago más por los hombres que los clérigos bondadosos o esos bolcheviques que andan pasando a cuchillo a los patronos. Mi industria da pan y esperanza. Yo exijo trabajo. Porque, María querida, no hay nada que en este mundo no tenga su compensación, nada que se dé a cambio de nada. Yo pago por lo que hacen, y ellos reciben salario y dignidad. No lo olvides, el trabajo dignifica al hombre. Y más aún a los niños, que desde pequeños empiezan a entender cuál es su mundo y qué les va a tocar hacer. Y si espabilan, pueden hasta progresar.

Hacían los zagales huecos en la tierra roja con los zapapicos, penetraban cada vez más profundamente en la montaña llenando los capazos de esparto y sacándolos a la superficie para volver a picar una y otra vez, arrastrándose como serpientes, respirando el polvo del mineral, acarreando piedras arriba y abajo, arriba y abajo sin detenerse. Se quemaban en las fundiciones, se embadurnaban del amarillento e indeleble barro del sulfuro, ablandaban sus carnes en las aguas contaminadas por el azufre y muchos terminaban ciegos por ese polvo ácido que olía como a salazón de muerto.

—Son buenos y fieles, María, no protestan y aceptan la disciplina. Son quienes abren los pozos que luego nos dan grandes frutos. Sin ellos no podríamos crecer.

—Pero no les dejamos hacerlo, Miguel.

—No son como nosotros... Quizá sí como los tuyos, tu padre, tu madre, ese hermano tuyo holgazán y pedigüeño. Pero no como tú, o como yo, o los Zapata, o los Maestre. No nacen mineros, pero su destino está escrito en la sangre de los suyos. Ya deberías saber que somos del tiempo y el lugar donde nacemos, y al disponer Dios de nuestras vidas, deja sentados los caminos por donde discurrirán poniéndonos en un lado o en otro. No digo yo que no se pueda cambiar. Yo, que nací ganadero, fui pescador, arriero y ensayador antes que minero y rico, pero eso sucede en pocas ocasiones y siempre en personas capaces de mirar más allá de su horizonte. Hombres extraordinarios, los que cambian el mundo, los elegidos. Todos los demás son la legión resignada de seres humanos que sigue el camino trazado por Dios o por quienes les ganan en poder e inteligencia. Hay quien los entierra en la montaña para que haya en casa una boca menos que alimentar. En esa maldad también se diferencian de nosotros. Y créeme, María, tú lo ves aquí, en esta sierra, ves lo que pasa y sabes lo que viven las mujeres cuyos hombres han quedado lisiados o muertos. Y mejor un niño en la mina que una madre puta.

No respondí, solo evoqué en aquel instante la desgracia de aquel niño que pocos días antes había visto salir de su casa sobre la estación del Descargador. Una de esas cuevas blanqueadas que el propio Zapata alquilaba a sus mineros, como al joven peón Marquina al que Páez había ido a visitar tras el accidente de La Orcelitana.

El niño que yo había visto allí era menudo y delgado, con unos ojos tristes que hablaban de una infancia que nunca debió vivir. Su mano derecha, paralizada, inmóvil, tenía los dos dedos centrales encogidos señalando a la tierra con obligado gesto obscuro, y andaba con dificultad, adelantando una pierna de forma extraña, con el pie suelto como si fuera un caballo. No sonreía, y por un momento fijó sus ojos en mí y se enlazaron las miradas. Vi su alma nublada, su infelicidad y su dolor. Con ademán cansado se llevó la otra mano a la visera en un chocante amago de saludo.

No pasaría de doce o trece años y ya estaba condenado a vivir para siempre con la dolorosa enfermedad del emplomamiento, que te va matando poco a poco mientras te deforma y enloqueces.



¿Quién podía pensar en algo malvado o diabólico en aquella casa que acababa de abandonar, con la certeza de que allí habían nacido y se criaban Joaquín o Visitación y enredaba un Miguelico rubio y juguetón? ¿Quién podía imaginarlo, en un jardín de bellísimos olores, coloreado en primavera y donde los sonidos del puerto y de la mina se amortiguaban con el de la suave corriente de una fuente de mármol? Ciertamente que Miguel Zapata abría minas y administraba vidas ejerciendo un poder poco dado a la emoción o a resquebrajarse con blandura alguna, y que doña Juana desempeñaba la hipocresía social con el saber maestro de la práctica de años, pero eso era el pan de cada día entre todas las familias que habían hecho dinero en la sierra.

«No conocerá una generación después de la presente», me había dicho Esperanza. ¿Por qué?

Temía el vaticinio en tanto se ocupaba también de mi destino. Y aunque no creía en adivinos ni en curanderos, de los muchos que había en la Sierra Minera donde no llegaban los médicos con estudios y conocimientos, no podía evitar la incertidumbre y el miedo, más a lo que sería de la criatura que llevaba dentro que a mí misma.

Los hombres nunca entenderán este instinto que nos mantiene vivas porque es animal, de supervivencia, mucho más fuerte que el suyo que les tira a la carne. Su placer vale más que la consecuencia. Para nosotras es la consecuencia lo que nos cambia y nos hace más instintivas, más feroces, más generosas, y pensamos primero en los hijos presentes o por venir que en nosotras mismas. No sé si es la ley de Dios, pero sí que algo debe tener esa entrega que ver con que todos sigamos en este mundo.

Visitación sí creía en estas cosas de curanderos, o al menos no se negaba a aceptar por buenas sus sabidurías y adivinanzas.

Un día me contó la historia de la Tía Cañara, a la que vio, como todos los niños del pueblo, muchos años después de muerta.

—La llamaban la santa, porque su cuerpo no se descompuso y su piel conservaba muchos años después de enterrada los rasgos de cuando vivía. Yo la vi, María, yo la vi pocos días después de que una riada desenterrara los muertos del cementerio y se llevara su ataúd.

La Tía Cañara era la abuela de José Espejo, que trabajaba con Zapata en la Casa Grande cuando en el piso inferior, el que daba a la calle que hoy es de García Alix, en el lado oeste, estaban las oficinas de La Maquinista.

La mujer era uno de los muchos curanderos que había en la sierra en los comienzos del siglo pasado, cuando los pastores y los primeros mineros que venían de Almería buscaban el remedio a sus dolencias en los consejos de estos

administradores de lo oculto, que la mayoría de las veces habían aprendido de sus antepasados el valor de las plantas medicinales y el significado profundo de los conjuros. Cañara, según recordaba Espejo a Visitica cuando le hablaba de ella, era una especie de bruja que podía con los males del cuerpo y también los del alma. Delgada y de expresión y andares envueltos en una dignidad como de reina, vivía en una casa a la entrada de Portmán rodeada de gatos que la gente creía ángeles del demonio transfigurados en animal. Eso le otorgaba poder y garantizaba a su alrededor soledad y silencio.

Conocía las propiedades de las hierbas, y para adivinar el futuro y conocer el pasado utilizaba los poderes mágicos de las de anodina, que eran la amapola y una flor fría y mágica que se llamaba opio y usaban en Oriente para alcanzar estados que decían de éxtasis.

Fabricaba y vendía pomadas hechas con manteca de cerdo que tenían propiedades curativas, y algunas mujeres le compraban polvos de alumbre y de plomo para aclararse el rostro.

Sanaba las heridas con parches y emplastos de plantas de la sierra, sabía sacar muelas y coser heridas provocadas por los lisos, que son las piedras desprendidas del techo o la pared de una galería en la mina. Curaba el mal de orina con manzanilla y las diarreas por el mal comer con infusiones de la semilla negra de ruda. Sabía también identificar y quitar maldiciones y algunas mujeres le atribuían capacidad de recuperar la fertilidad.

—Si te echaba mal de ojo, ten por seguro que algo malo te iba a suceder.

Se murió de puro vieja rodeada de gatos que avisaron de lo sucedido maullando sin cesar durante dos noches y un día, hasta que los carabineros entraron en la casa y hallaron el cadáver de la bruja tumbado en su cama en posición de difunta con una cruz en el pecho. Olía a humedad y muerte, y a orín de gato y hierbas podridas. Una olla sobre las cenizas apagadas en la chimenea indicaba, según los guardias, que andaba cocinando mejunjes de bruja.

Estuvieron a punto de lanzar su cadáver al mar, pero el cura de Portmán se apiadó de ella y le dio cristiana sepultura.

Sin embargo, no estaba de Dios que descansara en paz y, muchos años después, la riada la sacó de su tumba y abrió el ataúd.

El cuerpo de la Tía Cañara se conservaba suficientemente bien como para poder ver sus rasgos, su cara en expresión de muerta. Pero lo más sorprendente fue que el pelo y las uñas le habían seguido creciendo. Quedó durante un tiempo expuesto en el cementerio y alguien le puso un delantal para taparle las vergüenzas que habían quedado al descubierto.

—Yo lo vi, María. Se estaba riendo y nos miraba aunque no tenía ojos. Fue una vez y pasé tanto miedo que no quise volver a verla.

Al cabo de un tiempo, alguien se llevó el cuerpo y nunca más se supo. Quizá lo tiraron al mar, quizá lo enterraron con algún conjuro.



Pensé en ella, recordé su historia y, en mi desconcierto, imaginé que quizá hubiera podido decirme cuál era esa maldición que ahora había hecho mía, esa enfermedad de sangre que había contraído al recibir en mi interior la herencia de amor de Joaquín Zapata.

¿De qué me hablaban? ¿Qué y por qué me iba a suceder? ¿Por qué temía más la incertidumbre de un conjuro que la certeza del mal que entre sí se procuran los hombres?

El hombre pelirrojo aprieta contra su regazo una bolsa de cuero gastado. Sentado sobre un maletón de colores oscuros, trata de mantener el equilibrio en la galera que lo lleva desde Cartagena a Portmán, en medio de un traqueteo mareante. Va pensando que si el camino tuviera más agujeros, sería imposible avanzar por él; debía de estar al límite de sus posibilidades de estabilidad. Al menos en esos montes no había bandoleros, como en Andalucía. O de haberlos, él no ha sido informado de su existencia.

Mira hacia el exterior y observa a su derecha, hacia el sur, un perfil de sierra suave que asciende desde el camino sin elevarse demasiado. Sus laderas casi peladas están repletas de construcciones de piedra alrededor de las torres metálicas de extracción que atestiguan la presencia de las minas. Junto a ellas, dibujando un horizonte insólito e inquietante, se levantan inmensas, poderosas y desafiantes, las chimeneas de ladrillo que esparcen en el aire de la sierra el sulfuro que nos envenena la sangre. Huele a azufre, como si todo el aire fuera el de la mina. La tierra alcanza tonos rojizos, amarillos, ocre y pardo en desigual combinación. Sabe el viajero que es el mineral y el estéril de su limpieza lo que crea ese cromatismo tan poco habitual en cualquier otro sitio. Pero le sorprende la pesadez de la atmósfera y el penetrante olor en el aire que llega a arañar su garganta, como lo hace con sus ojos el polvo grisáceo que levanta el vehículo. Saca de un bolsillo un pañuelo y se limpia las lágrimas de los ojos irritados.

—Peor es dentro, en la mina, caballero.

Una mujer de piel oscura y ojos vivos —más joven, juzga el viajero pelirrojo, que lo que aparenta su cuerpo amplio y de escasa estatura— le señala una instalación al norte, a su izquierda.

—Ahí tenía yo a mi hombre hasta que su cuerpo se cansó de respirar plomo y me le reventó la cabeza de puro dolor. Vomitaba sin parar, ¿sabe usted? Y como si le brotara de más dentro que la misma boca. Era su tripa y su alma lo que de allí salían, porque alimento poco le quedaba ya de lo poco que podía comer.

El viajero asiente forzando una sonrisa porque no ha entendido casi nada. Ni siquiera el tono de fría resignación con que habla la mujer le permite tener una pista de la tragedia que está compartiendo con él.

—¡Ah! Es usted francés, ¿verdad?, porque no me ha entendido.

—Inglés —responde él volviendo a sonreír con afectación mientras intenta que no se le caiga la bolsa en otro de los saltos imposibles de la galera.

—Inglés —repite la mujer—. ¿Viene a vender carbón?

—No. No vendo nada —dice despacio en un español con un peculiar acento que dobla las vocales y cambia consonantes, y que a ella le parece divertido—. Estoy aquí para aprender. Soy ingeniero, vengo de Huelva y sé que aquí hacen un ¿mineraje? diferente. Quiero aprender.

En realidad, Alfred Sullivan, ingeniero de la Compañía Matt Watson, quiere saber quién ha sido capaz de inundar desde allí el mercado mundial del plomo hasta convertir el que se saca en esta sierra en el primero del mundo. Cómo es esta tierra que vende plomo, cobre, zinc y hierro con los que se armó la revolución industrial, sin que esta se haya tomado la molestia de asomarse por aquí. En este lugar se fraguó la modernidad, pero ahora se le cierra el paso.

Recala tras el viaje en la fonda de Esperanza y, después de un ligero aseo con una esponja enjabonada y agua tibia, anota en su cuaderno una impresión apenas intuida, pero vigorosa: «Huele a infierno, y en el aire flota una sensación de tierra desolada y gente triste».

Desde la ventana de su habitación se ve el puerto y entra con claridad el sonido de las cargas y las descargas. De aquí salen piedras por desplatar para los hornos de las fundiciones de Cartagena o el norte de Almería, y por estas aguas entra el carbón que venden sus compatriotas a los fundidores como Miguel Zapata, de quien tenía ya noticia y a quien espera ver en breve. Al otro lado de la bahía dos barcos de bandera británica descargan carbón en un pequeño muelle de tablero, justo a la puerta de un edificio de una planta, tras el cual gira una rueda sobre una enorme torre metálica conectada por un cable a otra instalación situada más arriba. El cable asciende monte arriba hasta una mina casi en la cumbre del cerro.

Ya en la calle, se interesa y recibe respuesta.

—Sí, esa es la fundición de Miguel Zapata, que baja el material de una de sus minas, muy cerca de donde está su casa...

—¿Vive aquí? —se sorprende el inglés.

—En la Casa Grande —asiente su interlocutor—, un poco más arriba, junto al camino que sube a la peña del Águila, donde la montaña empieza a levantarse.

El ingeniero agradece con saludo casi militar, llevándose los dedos al ala del sombrero.

—*Thank you, very much.*

No entiende el otro las palabras, pero por el gesto deduce que ha sido amable y se lo devuelve.

—Con Dios, míster...

Pasea despacio bordeando la bahía entre la orilla y las primeras casas de pescadores. El Mar Menor está sereno, protegido por los caprichos del viento y la furia del Mar Mayor —como aquí llamamos al Mediterráneo— por dos montes invencibles: las Galeras y las Cenizas. Hay cerca de los límites de la fundición de Zapata varios pantalanes, que acogen pequeñas chalupas que llevarán víveres a los barcos fondeados en la bahía.

El inglés va tomando notas sobre lo que ve y las medidas y condiciones que observa en los alrededores de la gran fundición. El ruido de las máquinas, constante, preciso, con la insistencia del propio mar que una y otra vez regresa a la orilla espumándola y dejando en el aire un leve olor salino y arenoso, no le impide gozar de la insólita armonía de colores y luz que el reflejo del agua salada y detenida imprime en la retina del observador atento. Si en la sierra se le encogió el ánimo por el aire azufrado y la intuición flotante de la muerte, aquí en el mar se ensanchan sus pulmones y parece como si pudiera conjurarse la impresión del infierno tan cercano.

La gente de mar sabe lo que vale su amistad, tanto como el peligro mortal que entraña, del mismo modo que el minero aprende a medir la generosidad de la tierra y conoce la brutalidad de su ira.

Callejea unos minutos rambla arriba, de espaldas a la bahía, y no tarda en situarse frente a la Casa Grande. Le conmueve la sobriedad de su estructura, solo rota por las esculturas de ventanas y balcones rodeados por columnas, cuyos capiteles representan ninfas sujetando el peso de un vistosísimo borde superior también esculpido en piedra. Confluyen los sonidos de la mina y del puerto, pero sus matices son suaves, tolerables. Empieza a disfrutar de la belleza líquida del sonido que hasta él llega de la fuente del jardín, cuando escucha unos pasos rápidos de carrera femenina. Un andar corto y apresurado que le saca del ensimismamiento del agua.

Se gira, y es entonces cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

—Hola, señorita —me dijo con ese acento tan propio y forzado, mientras inclinaba levemente la cabeza—. ¿Es esta la casa de Miguel Zapata?

—Sí lo es, señor. Usted no es de aquí, ¿verdad?

—No, no soy de Portmán. —Amplió su sonrisa hasta mostrar unos dientes desiguales y algo amarillentos.

—Ni de cerca. —Le devolví la sonrisa aun a sabiendas de que estaba rayando lo incorrecto al aceptar la charla con un extraño, más todavía cuando llevaba la prisa del recado urgente.

—Inglaterra, ¿sabe dónde es?

—Yo no, pero mi patrón viaja allí a menudo.

—¿Su patrón? ¿Trabaja usted, bella dama?

—Aquí mismo. —Señalé el patio de la casa.

—*I see...* *your* patrón es don Miguel Zapata, ¿es?

Llevaba poco tiempo en la Casa Grande y, naturalmente, ignoraba aún mi estado y tampoco podía imaginar lo que algún tiempo después, entrado el invierno en la sierra, habría de sucedernos a mí y a mi hijo. Añoraba a Joaquín, soñaba con su voz y sus besos, y las pocas veces que la labor me llevaba a la cercanía de su cuarto, sentía flotar no sé si en el aire de la casa o en algún espacio recóndito de mi alma, la presencia de su olor y de su carne. No me atreví a entrar hasta que me invitó Visita y todo estalló con el pinchazo de aquella sangre aún maldita.

Sola y melancólica, aprendiendo a vivir en la disciplina y al abrigo de la Casa

Grande, ignorante aún de la maldición, me había propuesto que no enterraría mi vida en nostalgias de un querer que ya no volvería, y estaba dispuesta a recuperar el ánimo vivo y alegre que había enamorado a Joaquín y a mí me hacía sentir bien.

Aquella mañana del encuentro, lo primero que me sorprendió del mozo guapo y sonriente que me miraba con descaro fue la claridad lechosa de su piel y el naranja de su pelo revuelto por la brisa, pero, sobre todo, su sonrisa amable y su ademán de saludo que me pareció elegantísimo, como de un duque.

A él, según lo que escribió en su cuaderno, le conmovían mis ojos.

«Grandes, verdes, que hablaban por sí solos. Y tenía un andar que más parecía baile sutil de seducción y encanto. Me pareció hermosísima y dulce, con un descaro tan poco común para este país y en un pueblo así, que sentí la necesidad de explorar sus posibilidades y las mías».

—El mismo. Y ahora, señor extranjero...

—Sullivan, Alfred Sullivan, para servirle a usted.

—De servir me malicio yo que entiendo más de lo que usted pueda ofrecerme, pero así y todo, le aceptaría encantada sus servicios si no tuviera que prestar yo los míos a la casa en este instante.

—¿Podría acompañarla?

Sorprendida, aunque halagada, no sentí de repente rechazo por su oferta, pero de ninguna manera podía yo entonces, ni hubiera podido ahora, aceptar proposición semejante de un desconocido por muy galante o apuesto que me pareciese.

—Es usted de fuera, sí. Y de muy lejos si en su país puede una moza dejarse acompañar por un extraño y más aún en la calle, a la vista de todos y expuesta a las lenguas más venenosas.

Evidentemente no comprendió, porque sin abandonar la sonrisa y acercándose un poco más a mí, preguntó:

—¿Qué me dice entonces?

—Que no, caballero rubio. Y que tenga usted un buen día.

Me despedí sonriendo y con un pellizco en el alma por el inesperado y nada ingrato encuentro.

Mientras bajaba hacia el puerto me giré sin pudor un par de veces. La primera me miraba fijamente y ya sin sonrisa, puede que con franca curiosidad. La segunda me estaba esperando. Calle arriba, el caballero se quitaba el sombrero y se inclinaba de forma exagerada, como hacen los actores en el teatro después de la función.

«No empezaba mal mi visita a este rincón del mundo. En una España atrasada y clerical, que vienen a ser en realidad manifestación del mismo carácter, puede uno toparse inesperadamente con el fulgor de un ser inteligente y abierto que además es mujer, y guapa. Muy guapa. No me falla la intuición con esta *moza*, como ellos llaman a las mujeres jóvenes. Ha sabido reaccionar, me ha mantenido la conversación y su mirada, y hasta creo haber comprendido que sus razones para rechazarme eran más de social inquietud que de íntima oposición. Trabaja al servicio de Zapata. Ya

tengo otro interés para acercarme a esta casa».

No quedé yo tan prendada como él a juzgar por todo lo que aquel mismo día escribió en su cuaderno. Pero recuerdo que me agradó su aspecto y me alegraron el ánimo sus formas. No digo que me gustara, mas deseé volver a encontrarle en algún momento. Lejos estaba de pensar qué importante iba a ser él en mi vida y qué inmenso, verdadero y firme el sentimiento que comenzaba a despertar en él, un joven inglés de veintipocos años, algo mayor que mi pobre Joaquín.

Ignoraba entonces que cuando volviese a verle ya habría empezado mi viaje fuera de la Casa Grande.

Huele a tabaco rancio y el mostrador y las mesas de madera —sobre las que los parroquianos depositan la hilera de pequeños vasos en los que irán bebiendo de un solo trago sus láguenas y sus reparos— se adornan con una humedad leve y pegajosa. Ruido de cristales contra la madera, de vidrios toscos que chocan entre sí, de risas y voces de mujeres recias y hombres voraces, mientras alguien entona uno de esos cantos de andaluces rasgando con insólita belleza una guitarra.

El ingeniero Alfred Sullivan siente nada más entrar el golpe de aire cargado y penetrante de la taberna en la que Esperanza obsequia a precios módicos con su hospitalidad a los clientes de la fonda y a todo aquel que tiene a bien buscar ocio y felicidad temporal. A los primeros, con algún descuento, no en vano están ya en casa. Al rebasar el umbral de la cantina del puerto le sorprende el bullicio desordenado del interior del local, más ruidoso aún que las tabernas marineras que él conoce en Inglaterra.

Hay una luminosidad amarillenta de velas y algún quinqué cuyo aceite despide olores ásperos y antiguos. En la barra, que está al fondo frente a la puerta de entrada, una mujer morena reclama con gesto seguro a un par de mineros tibios de alcohol el importe de lo que acaban de consumir. A la izquierda, de espaldas, otra mujer, alta, espigada y con el pelo recogido en un moño sobre la cabeza parece limpiar un extremo del mostrador de madera. Se dirige a ella el inglés al llegar a la barra.

—¡Moza! ¡Moza!

—¡Vaaa!

Cuando se gira para dirigirse a él, Sullivan observa con estupor que o está embarazada o algo le ha deformado a la altura del vientre.

«No podía creer lo que veía, no podía pensar que una dama en su estado anduviese por ese ambiente a esas horas. Eran más de las diez de la noche».

—Dígame, caballero —le dije mientras echaba al hombro el paño con el que limpiaba el mostrador.

Entonces nos reconocimos.

Llevábamos sin vernos desde aquel encuentro frente a la Casa Grande. Y aunque había pasado algún tiempo, ambos habíamos retenido con precisión el aspecto y en mi caso hasta la voz y el acento peculiar del otro. Y esa sonrisa tan elegante, tan aristocrática.

—Vaya, señorita, veo que o ya no está en la Casa Grande o trabaja usted de más para poder subsistir... —Se detuvo un instante, como dudando, y añadió—: Con su criatura... Porque está embarazada, ¿sí?

—De seis meses que llevo ya de faltas, ¿sabe usted algo de eso?

—Pues desgraciadamente no —volvió a sonreír—, en lo que a su caso se refiere, por supuesto. De lo otro sí, claro.

—¿Tiene usted hijos?

—No me case aún, señorita, que quizá no lo aparente, pero me queda soltería para gozar. Espero que de años. Pero experiencia en ver a los demás, sí. Soy observador, ¿sabe?

—Pues observe lo que tenemos y pídamle, que tengo que seguir atendiendo.

Señaló los vasicos pequeños en los que vertíamos el anís o los reparos.

—Uno de esos.

—Están fuertes, ¿lo sabe?

—No. Pero lo compruebo.

Puse ante él un vaso y lo llené de anís y unas gotas de agua.

—De un trago.

—Voy.

Al tercero, y mientras me movía por la barra de un lado a otro, me preguntó qué hacía allí a esas horas y en mi estado.

—Ganarme la vida, caballero, ¿acaso no lo ve?

—¿No trabaja su esposo?

—No tengo.

—¿Y el niño?

—Su padre no podrá hacerse cargo de él.

—¿Y está usted sola con esa carga?

—Amigos tengo que me socorran, y un trabajo honrado que me da para vivir.

—Pero duro, muy duro. Y peligroso. Más aún para una mujer hermosa. Y que está esperando una criatura.

—No se queja aún —me palpé el vientre mientras hablaba—, más que para pegarme de vez en cuando como si quisiera salir.

—Pero este ambiente no es sano.

—Tampoco lo es el olor a mina que trae el levante. Aquí al menos no me importunan ni molestan los hombres. Esta barra me guarda. Y no es usted el único al que hoy he de servir, así que si me excusa, don Inglés.

—Alfred, que es como Alfredo, pero en mi idioma.

—Alfredo, sí. Dispéñeme, que tengo tarea.

«Se desenvuelve en este ambiente hostil para una dama, salvo que sea de la calle, con una gracia de cuerpo y una energía en el habla y el carácter ciertamente admirables. Ignoraba que trabajara aquí, a pocos metros de donde afirmo mi posición de observador de este lugar extraño y difícil, donde las personas se animalizan y resignan ante el dolor y el dominio ajeno como en ningún otro lugar de España. Ni en Huelva ni en Asturias he visto tanta miseria alrededor de la mina, que aquí no es industria, sino oficio esclavo de una mayoría y beneficio de unos pocos que más



piensan en asentar sus posiciones haciéndose grandes que en crear algo que beneficie a toda esta comunidad. Hay muchos niños en las minas, muchos hombres cansados y alcohólicos y muchas mujeres rendidas y sumisas. Esta dama de ojos verdes de una claridad marina rompe sin embargo mi pesimismo y mi tristeza sobre esta sierra perdida».

No me quitaba ojo el inglés, y me halagaba. La muerte de Joaquín y la orfandad en que me dejó pesaban como áspera roca bajo mi pecho, más aún con su herencia de carne en mi vientre, pero seguía siendo mujer y gustando de halagos pese a mi edad todavía temprana y a mi condena a ser madre desamparada.

Esperanza había vuelto a abrirme refugio en su casa como meses atrás. Igual que entonces, traté de pagar su generosidad con lo único que podía ofrecer, que era mi trabajo; evitar ser una carga para quien me recibía como a una hija.

No era de suyo que yo estuviera en la taberna, y menos en aquellas horas, pero aquel día me pidió socorro porque le faltaba el mozo de la barra, que había tenido una riña de la que salió malherido la noche anterior.

—¿Puedo saber su nombre, señorita?

—¿Y yo sus intenciones?

—Siempre decentes, no lo dude usted.

Solo en la barra, observado con curiosidad y algún recelo por los parroquianos, la mayoría marineros y gente de la mina, me contemplaba el ingeniero con indisimulado interés, más firme a medida que iba echándose al cuerpo anises y reparos.

—¿Se va usted sola a su casa por la noche con tanto mal como hay por ahí?

—No vivo lejos, no se apure.

—No me apuro, me ofrezco.

—Pues no se ofrezca y vaya pensando usted en recogerse, que si sigue un rato más así, tendrán que llevarle hasta su cama.

—Está cerca —empezaba ya a arrastrar las palabras—, *upstairs*...

—Pues donde sea, que le queda a usted entre poco y nada para caer redondo como un saco.

Iba a despedirle ya cuando recordé lo que me había dicho el día que nos encontramos frente a la Casa Grande, cuando me habló de su interés en conocer a Zapata. Tuve curiosidad por saber si lo había conseguido.

—Mañana voy, me espera al mediodía, según parece... ¿Luego la veré a usted, señorita?

—Quién sabe. Aunque yo no quisiera, esto es tan pequeño que no hay más que proponérselo para dar con quien se busca. Hasta con Zapata.

Quizá satisfecho con la posibilidad que le abría la respuesta, el inglés levantó el vaso con ademán de brindis, me obsequió con una sonrisa pastosa, como su mirada, y al momento se le cerraron los ojos y se precipitó contra la barra de madera golpeándola con la cabeza, y el sonido seco y espeso me recordó el de una sandía cayendo al suelo.



—Señor ingeniero, de aquí sale el mejor plomo del mundo y el mayor número de quintales. Ha sido así estos años porque nos hemos esmerado en extraerlo y fundirlo. Yo mismo, en transportarlo y ponerlo en el mercado. En su país, por cierto, como primer cliente, ¿cree usted que los norteamericanos colocando sus excedentes van a conseguir arruinarme? ¿Alguien por Londres pensó que Zapata y los mineros de Portmán y Cartagena, o los de Bilbao, si usted quiere, se iban a dejar arrebatarse el mercado? De eso nada, caballero, de eso nada.

Alfred Sullivan observa con atención al hombre que tiene frente a sí. Todavía soportan sus ojos la plomiza carga que la resaca de anoche le dejó como recuerdo de nuestro reencuentro, pero se esfuerza en no perder la concentración del diálogo con este minero tosco y hábil, cuya fama recorre ya los despachos del mercado inglés de minerales, donde se fijan sus precios. Zapata es uno de los más ricos de Europa gracias a su habilidad para colocar su plomo y su plata, y su capacidad de controlar todo el proceso de extracción, tratamiento y venta desde el principio: posee las tierras, abre las minas, funde el metal —que lleva impreso su propio sello: la cabeza de un lobo—, fleta los barcos en los que carga también el carbón inglés para sus fundiciones, y controla los bancos en los que coloca el dinero de su negocio.

Están sentados en la Casa Grande, alrededor de una amplia mesa de madera fina —«pino catalán de primera», le ha dicho orgulloso Miguel Zapata—, sobre la que hay un teléfono, ese ingenio de reciente invención que permite a las personas hablar desde la distancia gracias a los impulsos eléctricos. Al fondo, un espléndido mirador desde el que se contempla la bahía de un azul intenso, brillante, con destellos de plata de un mar que entra sereno y dócil, como sabe él muy bien porque lo observa cada mañana desde su cuarto en la fonda de la gitana. Si ya el apodo de Tío Lobo le despierta enorme curiosidad, el aspecto de su anfitrión no puede resultarle más llamativo, porque no responde a lo que podría esperarse de un hombre de su posición.

Miguel Zapata, que ha recibido al ingeniero en el salón que hay junto a su gabinete, va vestido con una camisa amplia de color azul, de las que usan los domingos los mineros, y unos pantalones grises que más parecen de campesino que de poderoso prohombre. Sus ademanes no son refinados, su voz parece demasiado aguda y de vez en cuando se pierde su mirada como si se detuvieran su concentración y su interés. Pero no es así: concluye Sullivan que el cerebro y el entendimiento de este hombre van más rápido que su capacidad de hablar, que lo que dice ya lo ha pensado hace tiempo, y su mente navega ya por delante de sus palabras.

—¿Y cómo lo hacen ustedes?

Zapata le obsequia con esa mirada tan peculiar, como de forzada resignación y divertida al mismo tiempo, que reserva para cuando decide mostrarse superior.

—Con talento y trabajo, míster Sullivan. Talento y trabajo. Este último lo ponen, justo es reconocerlo, los cualificados mineros e ingenieros de esta sierra. Trabajo duro. El talento es encontrar una solución que a todos beneficie para los que quieren reventar el mercado para quedarse con los restos. Mire, si los yanquis nos inundan con plomo que les sobra, yo respondo colocando el mío al mejor precio posible. ¿Cómo lo consigo? Produciendo más mientras afinó los costes.

«Con ese insólito descaro me contó Zapata que su respuesta a los manejos del plomo americano era obtener el suyo más barato, lo que habría de implicar pagar aún menos a sus mineros, para así vender a mejor precio y seguir colocando el plomo de aquí en todo el mundo».

—A costa de los mineros... Eso no es talento, sino explotación. Si me lo permite: abuso.

—No simplifique, señor Sullivan, que usted conoce este negocio. Se pueden hacer muchas más cosas, además de bajar los costes de extracción. Está el transporte, el almacenamiento, los quintales que se llevan a fundición, el control del quintal que te roban los arrieros... Aunque a mí no me sisan jamás.

—¿El quintal?

—Una forma de robo como otra cualquiera.

«Y me contó que de los veinte o treinta sacos de un quintal cada uno, que son algo más de cien libras, que llevan los arrieros a la fundición con sus recuas de burros o mulos, algunos apartan uno o medio para comerciar con él y sacarse un dinero aparte. Hay mediadores por toda la sierra que hacen negocio con este sistema».

—A usted no se lo hacen...

—Nadie se atreve a robarme, señor Sullivan. Por quién soy y porque conozco el negocio. Ya le digo que fui arriero antes que minero. Y volviendo al asunto... No me acuse de explotar a nadie, amigo. El talento está en rebajar costes y no sembrar injusticia para que no te monten una revuelta. Yo pago con arreglo a la ley, y mis trabajadores, que son mi familia, reciben el trato más considerado que puede dárseles. Siempre, claro, que no se desvíen de lo correcto.

—¿Que es..., señor Zapata?

—La ley de Dios y el orden de los hombres, señor Sullivan, ¿no es cierto?

Zapata sonrío y cierra el asunto. Le habla entonces de lo hermoso que es Inglaterra, de la comodidad de sus trenes y la atractiva luminosidad de sus colinas verdes y suaves, que si no fuera por los cielos grises serían tan bellas como las montañas asturianas.

—De donde se saca un carbón casi tan bueno como el de ustedes.

Está Sullivan ante un sujeto poderoso, astuto, y llega a la conclusión de que muy feroz.

«Me cuesta entender todo lo que dice, porque su acento es en ocasiones más

difícil aún de captar que el de los andaluces de Huelva, pero habla con seguridad y no presenta fisura alguna en su discurso, que me parece paternalista y cargado de suficiencia y conciencia de poder. No tiene el estilo refinado de otros empresarios, por lo que imagino que su origen no está en la posición que ahora ocupa, pero sabe muy bien cómo tratar con las personas. Está dotado de una singular capacidad de comunicación, diría que hasta de seducción, que le hacen convincente. Se me antoja que es tan duro como austero, y que su ambición probablemente sea más de poder que de riqueza».

—¿Quiere usted un cigarro? —ofrece Zapata—. Es de espléndida factura. Me lo traen de lo que aún queda de nuestro imperio, ese donde sus corsarios nos robaban el oro mientras su reina los nombraba caballeros.

—¿Se refiere al que ustedes robaban a los indígenas?

—Por favor, señor Sullivan, es usted un hombre inteligente, ¿me acepta un cigarro de Cuba antes de que nos la arrebaten definitivamente, como están haciendo ustedes con las tierras de los suyos?

Responde el ingeniero con un gesto afirmativo y acepta la oferta considerando que acaso no fuera inteligente ser descortés.

—Gracias, don Miguel. Pero, permítame otra pregunta —le apunta el ingeniero mientras coge el cigarro que le ha ofrecido Lobo—. ¿Cómo ha conseguido usted hasta ahora detener aquí en la sierra lo que en otros lugares mineros ya ha entrado y está creciendo? Me refiero a las agrupaciones de sindicatos de trabajadores mineros que exigen cada vez con más fuerza mejores condiciones y salarios.

—Ya le he dicho que son nuestra familia, y la familia se trata con cariño y disciplina. Así educo a mis hijos, como me entrego a mis mineros. Hay que conocer a las personas, eso ayuda mucho. Concederles valor, saber cuál es su virtud y dónde pecan. Los generales diseñan sus estrategias en planos y dibujos, pero solo conocen a sus soldados si están con ellos en el campo de batalla. Yo estoy con ellos, piso la tierra, me sacrifico y arriesgo. Y exijo de ellos, a quienes además procuro sustento, el mismo respeto que nosotros les dispensamos.

—Muchos viven en condiciones miserables y están enfermos. Y tienen ustedes legiones de niños en las minas.

Zapata, que se ha encendido el cigarro, aspira profundamente sin dejar de mirar al ingeniero.

—¿Es usted uno de esos que llaman a la revuelta? Porque aquí pincha en hueso, como dicen los que gustan de las lidias de los toros. Yerra, amigo, se equivoca, por si no me entiende. La mayoría de los que ocupo en las minas han salido de su miseria andaluza del campo o de otras minas que se cerraron y aquí han encontrado refugio y alimento, y así es salvo en tiempos de escasez que a todos afecta en alguna medida. No olvide que los primeros que llegaron aquí fueron sus mineros, los ingleses, y que nosotros, los de aquí, mejoramos las condiciones en que ustedes los tenían semiesclavos. Ganan más que en el campo y tienen más amparo porque no dependen

de los elementos ni de la providencia. Muchos, además, se agrupan en partidas y se sacan y trabajan su propio beneficio. ¿Cree usted que yo empecé rico? No. Trabajé como todos pueden hacerlo aquí en esta tierra de oportunidades. Les ofrezco casa, comida y enseres por menor precio del que lo encontrarían fuera, y los que usted ve en las cuevas del Descargador o tirados en la plaza de La Unión son los que han elegido el alcohol por encima de la familia; la fe en la carne y la vida depravada de los cafés cantante, a la fe en Dios y en el trabajo.

Lobo se ha situado ya en el mirador acristalado y observa el movimiento en la bahía sobre ese mar que hace un rato había vuelto a fascinar al inglés, más habituado a los mares grises de Lincoln o al azul oscuro de las escarpadas costas escocesas. Como si le leyera el pensamiento, Zapata, que ha permanecido unos instantes en silencio, le hace una invitación.

—¿Quiere usted venir conmigo a la sierra? Así conoce usted lo que estamos haciendo y cómo. Y habla con la gente. Va a ser más fácil entonces su trabajo, señor ingeniero Sullivan.

Se da la vuelta despacio Zapata, busca la mirada del inglés y la atrapa hasta desatar en él una incómoda sensación de sometimiento. Sin dejar de mirarle, dibuja una sonrisa amplia y seductora y añade:

—Porque a eso ha venido usted: a ver quién demonios es ese tipo que desde un pueblo perdido en un rincón oscuro de una España primitiva está tocándole los cojones a sus señoritos. Pura curiosidad, ¿me equivoco?

Como toda respuesta, Alfred Sullivan mantiene la mirada y ensaya una, apenas perceptible, sonrisa de aprobación.

No, no se equivoca.

La llama del carburo arranca de las paredes de la galería brillos de metal y sinfonías de colores amarillos, rojos, blancos y grises. En el aire flota una nube de minúsculos espejos que centellean al abrazo de la luz. Su belleza es engañosa, porque cargan el aire que se respira con el mortal veneno del azufre. Son millones de motas luminosas tan pequeñas que solo son luz, rodean a quien allí se adentra y se meten en la nariz y los pulmones sin permiso y a conciencia, dejando en el interior sensación de ácida aspereza y algo de ahogo.

Huele a inframundo, y la humedad pasa de perceptible a tolerable, para llegar a agobiar cuando se ha recorrido un cierto trecho entre los túneles. Se oyen ruidos de voces y golpes metálicos. Según van descendiendo mina adentro, el ingeniero Alfred Sullivan experimenta la sensación de ir penetrando en una especie de ciudad en tinieblas. El túnel principal se va haciendo cada vez más grande, hasta que los techos terminan perdiéndose en la oscuridad y las paredes laterales se alejan, huyendo de la vista y aun de la luz de las antorchas.

Es una negrura artificial y cultivada, que está viva.

A los pies de los visitantes, las vías metálicas por las que circulan las vagonetas de hierro, presentes solo en estas grandes explotaciones. Un peligro para los no avezados.

—No se distraiga —indica Zapata al inglés—, porque puede tropezar y hacerse daño. Aunque si fue capaz de pasar por aquí la reina Isabel y su cohorte de chupatintas con zapatos de baile, cualquiera puede sobrevivir a los hierros escondidos y hasta al barro y este polvo que llena el aire todo.

—¿La reina Isabel? —pregunta sorprendido Sullivan.

—Sí, caballero inglés, la mismísima reina Isabel entró por la galería donde acaba de hacerlo usted. No hace aún veinticinco años. Eso sí, no puso un pie en tierra. Le acolcharon una vagoneta, limpia como el cáliz de la catedral, con cojines y mantas bordados, se acomodó con toda su majestad y se dio un garbeo, como diría uno de Madrid, por la mina, llena de solemnidad y polvo de pirita. Luego su hijo, el que ha muerto de cólera, Alfonso, estuvo por aquí muchos años después, siendo rey, pero no bajó a la mina. Bien al contrario: Figueroa, que siempre ha sido muy excesivo, le pavimentó con lingotes de plata de Santa Lucía una alfombra entre la Puerta de Murcia y el palacio de Pedreño para que sus delicados pies no pisaran la ruda piedra de la calle, sino el trabajado y brillante metal de su fábrica de desplatación.

«Todo aquí es exceso —anotó Alfred en su libreta—. Particularmente, el sufrimiento y la ostentación. Hasta la insólita presencia de un tipo como Zapata, el

rico minero, como le llaman los periódicos afines, que son aquí todos. Nunca había visto a ninguno de su clase y, por supuesto, su posición social en este lugar donde es como un dios terrenal, descender a los infiernos con esta determinación. Se me antoja que no es su primera vez, por lo bien que se mueve por las galerías».

Zapata ha llevado a Sullivan a uno de los pozos más grandes de la sierra. Se llama La Belleza y el pozo maestro, que caía y aún lo hace desde una de las más altas laderas de la montaña, debe de tener cerca de cuatrocientos metros, que son más de mil trescientos pies, como añadía siempre el inglés. Hay pisos de galerías amplísimas y ruido de metales y, cuando estaba viva, las voces corrían por los corredores cruzándose, lejanas algunas, próximas otras, llenando los vacíos de la oscuridad.

Dentro se oyen también los motores de los castilletes que bajan por el pozo principal las jaulas en las que los mineros descienden a sus galerías. Las mismas que cargan el mineral que llega hasta allí por las vías de hierro trazadas en el suelo por las que intentan no tropezar Lobo, Alfred y sus acompañantes.

Atraviesan cruces vastos donde se organiza el tráfico del mineral. En uno de ellos se detienen ante un pasillo ancho y muy bien iluminado en el que hay una oficina, y algunos metros más allá, guardado por hombres armados, un depósito de explosivos.

—Aquí es donde el listero anota faltas y organiza destinos. Más allá, detrás de aquella pared de madera que usted ve, señor ingeniero, están almacenadas las cajas de explosivos. A veces tenemos problemas con ellos por la humedad, pero es más económico tenerlos aquí dentro.

Los mineros que se cruzan no parecen sorprendidos al encontrarse extraños andando por las galerías. Tan solo cuando advierten a un nervioso director de la mina esforzándose por agradar a quienes llevan traza de ser visitantes ilustres, centran su atención en el grupo. Alguno reconoce a Miguel Zapata.

—Vaya, don Miguel, qué alegría verle por aquí.

—Hola, Julio, ¿cómo va todo?, ¿qué tal el zagal?

—Malico aún, don Miguel, anda con las fiebres, que no se le van, pero nos ha dicho el médico que no es del cólera ni el tifus. Habrá que esperar.

—Saldrá bien, no te preocupes.

—Dios le oiga, don Miguel.

Escoltan a Julio Garcés, que ese era su nombre, dos compañeros que guardan silencio en todo momento. También al despedirse. Antes de que la oscuridad del túnel se trague al grupo, Sullivan se detiene a observarlos y puede ver cómo uno de sus compañeros echa el brazo por encima del hombro al tal Julio, que se lleva al rostro las manos teñidas de polvo rojo. Parece querer consolarle. El minero mueve la cabeza a un lado y otro, como negando, y a Sullivan le da la impresión de que llora. El otro se desanuda el pañuelo y se lo entrega a Julio para que se seque las lágrimas. Es entonces cuando ese compañero se vuelve hacia ellos y el inglés puede ver en el instante de luz de una antorcha cercana una expresión de ira que no hubiera gustado a Zapata de haberla visto y a él le provoca desasosiego. Después, desaparecen en la



galería, que queda de nuevo en silencio y vacía.

«Continuamos avanzando por túneles en los que la entibación se realiza en piedra o con columnas que mantienen bóvedas enteras —escribió Sullivan—. Curiosa forma de sujetar los muros: un error de cálculo que afecte a una de estas columnas matrices puede sepultar a centenares de personas bajo toneladas de piedra de mineral. Al aproximarnos a otro de los cruces que parecen calles por su amplitud, Zapata nos invitó a asomarnos al pozo de extracción».

—Sigan conmigo la vía, con cuidado de no tropezarse. Allí al fondo están los enganchadores, que sujetan la jaula a la vía para cargar mineral y descargar mineros.

Al llegar hasta el pozo Alfred no puede evitar asomarse. Hacia abajo, no menos de cincuenta metros, unos ciento sesenta pies de profundidad, y el reflejo oscuro del agua. Sobre su cabeza, unos mil ciento cincuenta pies, aproximadamente, y una jaula que en ese momento sube con mineral.

—Una buena caída, ¿eh, ingeniero? —le señala Zapata con sonrisa felina.

—¿Cuántas plantas hay en esta mina?

—Seis, creo recordar.

—¿Y es suya?

—Y de Romanones. ¿Sabe usted quién es?

Asiente el ingeniero. ¿Cómo no saberlo? Es una aristocrática familia española que cambió la distribución en Marsella por la extracción y la venta en esta Sierra Minera de Cartagena.

—Yo empecé como su agente, y hoy es mi socio. Y hasta me debe algún que otro favor el Cojo.

«Aquí se trabaja en la mina todos los días del año, salvo en Carnaval, y las fiestas cristianas de Semana Santa y Navidad. De sombra a sombra, como dicen ellos: los días de invierno se entra y se sale de noche. No hay ocio entre los mineros salvo el alcohol y, sobre todo entre los andaluces, los cantes gitanos que se escuchan y se bailan en los cafés cantante con mujeres que luego yacen con los clientes a precios similares a los que cobran las del barrio del Molinete en Cartagena. Dicen los capataces que la vida desordenada de estos hombres y su miseria es solo culpa de ellos mismos. Pero ¿qué puede hacer quien sabe que su futuro es morir despacio dentro de la tierra o que se lo lleve una aguada o un derrabe?».

—Yo les pago con vales, señor ingeniero —le cuenta Zapata—, para que no se me perviertan más aún de lo que les pide su instinto. No les vendo en mis colmados alcohol, salvo en pequeñas cantidades para la comida y su casa.

—Pero se las arreglan —añade solícito el director de la mina, que no ha sido capaz de serenarse durante todo el recorrido, nervioso hasta lo servil por agradar al patrón—. Venden los vales y con ese dinero compran otras cosas.

—Se pervierten. Pero eso yo no puedo evitarlo. Es el camino que eligen, que suele ser reacio a contravenir el destino que les ha tocado. No son ambiciosos, señor Sullivan. Podrían estar mejor si lo fueran.

—No les dejan ustedes.

—A mí tampoco me fueron fáciles las cosas al principio. Es el alma que tengas y la fuerza que seas capaz de llevar a tu vida. De la miseria no es fácil salir, pero es imposible si no quieres, si te regodeas en ella sin querer cambiar las cosas.

—Los sindicalistas quieren cambiarlas —insiste el inglés.

—No funcionan las revoluciones universales, amigo mío. Todo lo que se hace para todos está condenado al fracaso. Los seres humanos somos distintos. Aquellos mineros de allí, uno es barrenero y el otro pegaor; lo son, aunque trabajen con los explosivos y se necesiten. Su origen, su carácter, su valor... los hacen diferentes.

—La ley tendrá que equilibrar esas diferencias, porque Dios nos ha hecho a todos iguales y es de justicia que todos podamos tener los mismos derechos.

—No me venga con doctrinas, señor ingeniero, que estamos en el tajo y aquí la vida se vive, no se piensa. Los hombres nos inventamos leyes para organizarnos mejor y mantener ciertos privilegios y proteger a los más débiles. Pero la naturaleza es mucho más sabia y son sus caminos, los que ella sabe marcar, los verdaderos.

Sullivan ya ha vivido la sensación del polvo brillante en el aire, pero anota en su cuaderno que «en pocas he visto tal densidad, perceptible como lo es también la ausencia absoluta de medidas para paliar las dañinas consecuencias de respirarlo. Todo lo más, los picadores y barreneros, como los pegaores, que conviven con el polvo de las explosiones, se resguardan con los pañuelos que llevan al cuello».

Después de un corto recorrido por las amplias galerías de lo que parecía la red principal, los visitantes comienzan a descender por una estrecha galería a su izquierda.

—Tengan cuidado con la cabeza, señores —advierte el gerente de la mina, hasta entonces desaparecido tras el director.

El techo del túnel de descenso es mucho más bajo que el que acaban de abandonar. La pendiente no es muy pronunciada, pero hay que tener cuidado y prestar mucha atención para mantener el equilibrio.

En ese nuevo recorrido cambia el espectáculo de color en las galerías. Las paredes empiezan a devolver rugosos destellos de oro y sangre, como el brillo del albero en las plazas después de la corrida. Son colores de ambición y de fuego, entreverados con tonos níveos y el gris de la piedra firme.

La humedad se va haciendo más ostensible. Grupos de cristales de cuarzo dispuestos en compacta formación de delgadísimos filamentos de un vivo color blanco indican posibles formaciones de mineral dignas de atención. Todos bajan en silencio, como fieles atendiendo a la solemnidad de una ceremonia religiosa, o como si el viaje lo fuera al interior de uno mismo, a la profundidad de su alma y a la condición de seres vivos imperfectos y mortales con sus claroscuros, sus rincones escondidos, sus focos de luz y esperanza, su aire venenoso vestido de brillante tentación. Sus miedos, nuestros miedos.

Cuánto nos dice la mina de nosotros mismos.

Esta tierra horadada es el alma de los habitantes de la sierra. No es solo una metáfora de nuestra condición, sino la razón de nuestra existencia. De la de todos, los que mueren dentro y los que matan fuera: vivimos de lo que aquí se ofrece, de la obra de siglos que atesora y conforma el tiempo en esta entraña que, como el mar, te da y te quita la vida al capricho de su arbitraria voluntad.

A poca distancia de una galería mayor, más ancha y alta, unos metros más allá, Zapata tropieza con algo metálico. Es una especie de cazoleta gastada de las que utilizan los mineros para cocinarse allí dentro su alimento del día. Aunque quizá llamarlo alimento sea una licencia demasiado generosa, porque lo que los mineros y sus familias comen a diario poco más hace que engañar su hambre constante.

—Vaya, uno que no tiene necesidad de comer, porque anda perdiendo la vajilla por los túneles —comenta Zapata con una suerte de ironía que no encuentra respuesta en ninguno de los que le acompañan.

«Estos pobres infelices —anotó Sullivan— apenas consiguen reponer las muchas fuerzas que aquí gastan. Los he visto comer sopas teñidas de un amarillo diluido que apenas engañan el paladar y solo llenan el estómago de agua. Completan esa especie de sopa sin sustancia con un pequeño puchero de patatas, algo de alubias y garbanzos, y una vez al día, también dentro de la mina, una tajada de tocino casi siempre rancio y duro. “A veces el tocino es tan pequeño y descolorido que te lo comes creyendo que es un garbanzo o una alubia”, me dijo días atrás un viejo minero frente a un vaso de anís en el café del Alpargatero. “Pero lo peor es la sensación de hambre que no te quitas hasta que llenas el cuerpo de estas sustancias mágicas”, y levantaba el minúsculo vaso, “y entonces te olvidas de tu miseria y tus hambres. Aunque a veces esta misma compañera te levante otras”, añadió mirando codicioso a una mujer que bailaba cerca de nosotros».

Salen a otra galería algo más pequeña que la principal y más húmeda aún. Hay en los lados charcos de agua y barro sulfurosos, de un marrón oscuro, trufado de amarillo. Es hermoso, pero tremendamente dañino. Huele a azufre y se aferra a la garganta. Hay que tener cuidado de no pisar porque ese barro tiñe la piel y la ropa de un carmesí ponzoñoso e indeleble.

—Tenga cuidado, señor ingeniero, que si se mancha su ropa o sus zapatos, le va a quedar para siempre la huella de la Sierra Minera —apunta Lobo.

Se oyen en algún lugar lejano toses apagadas, y un poco más tarde se va acercando el sonido entonado y adolescente de un canto minero de esos que trajeron los andaluces.

*la entrada de la mina  
: el rico mineral  
que tengan berlina  
hijos de don Pascual.*

No tiene mala voz el chico, piensa el inglés: es ronca y desgarrada, como las letras que entona y que se diría dedicadas a ellos.

*un niño todavía  
ando su primer jornal  
nadie lo creía  
lo serio y lo formal  
en la mina iba y venía.*

—Mozo —lo detiene Zapata con brusquedad—, ¿de dónde vienes?

El muchacho, que no aparenta más de trece o catorce años, se para sorprendido. Antes de responder, observa a la comitiva y luego vuelve a quien le ha preguntado.

—¿Quiénes son ustedes?

Sonríe abiertamente Lobo ante lo inesperado de su reacción.

—Mineros, zagal —le responde.

—Pero de fuera, ¿verdad, caballero? —Lo mira con curiosidad y algo de expectación, como esperando algo más.

—Mírame bien, porque esto no lo vas a olvidar nunca.

«Le soltó entonces un bastonazo en el hombro que me llenó de congoja y lástima por el muchacho. Los demás no parecieron sorprenderse. El minerito aguantó el golpe, se encogió sin expresar más dolor y miró de nuevo a Zapata, esta vez con el miedo que daba la certeza de encontrarse ante alguien importante en la mina».

—Esto del Tío Lobo, que es el dueño de esta mina, para que aprendas a no cantar esas coplas mentirosas que os enseñan los andaluces. ¿Cuántos años tienes?

Tarda en responder, como temiendo otra represalia por el solo hecho de decir su edad.

—Quince pa dieciséis, señor.

—¿Y tienes partida de bautismo?

—La que me dio el capataz.

—¿Tu nombre?

—¿El bueno?

—El de la mina.

—Cipriano Quintas.

—¿Y de dónde viene Cipriano?

El joven se va recuperando, su expresión se relaja. No es que encuentre acomodo en esa situación extraña, rodeado de caballeros que supondría principales mirándolo con atención, pero al suceder al golpe un intento de conversación, ha debido de entender que ya ha tenido castigo suficiente.

—De la segunda galería, de llevar material al pegaor.

—¿Explosivos? —pregunta uno de los capataces que los acompañan.

El joven lo reconoce y se dirige entonces a él con algo que pudiera interpretarse

como alivio.

—Unos pocos, pero poca cantidad, señor.

—No debían arriesgar a un crío como tú a ese transporte —tercia Zapata—. Es peligroso para ti y para el negocio.

Se vuelve al director, que hace la interpretación correcta de la voluntad del patrón.

—¿Quién te lo ha pedido? —le pregunta al chico.

—El capataz de látigo que lleva la gavia.

—¿El vasco Jáuregui?

Asiente temeroso, pensando acaso en cuál será la represalia del hombre que organiza su trabajo.

—Hablaré con él —dice el capataz, con más ganas de cerrar el episodio ante Miguel Zapata que de corregir a su compañero, un vasco que llevaba poco tiempo y era muy eficaz con su gavia.

—No —alza la voz Lobo—. Lo hará el director Solano, ¿verdad? —Y el hombre asiente cohibido—. No. Mejor dicho, hablaré yo. No quiero que se maneje mi material ni mis hombres o mis mozos de forma temeraria. Son recursos —y se dirige a Sullivan—: ¿Verdad, señor ingeniero? Y no conviene malgastarlos ni arriesgarse a perderlos. Y a ti, muchacho, ten cuidado con lo que cantas, que quién sabe si los hijos de don Pascual, o él mismo, son los que te dan de comer, y como lo dan, lo quitan... ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga, señor... don Pascual.

«Aun ahora no puedo zafarme del desasosiego que todo aquello me provocó. E ignoro cuál fuera el objetivo de Zapata al invitarme a penetrar en su infierno particular, pero no obtendría cercanía o comprensión por mi parte. Creo, más bien, que fue una exposición de poder y singularidad, de cómo un hombre como él, que mueve montañas en sentido literal, conoce y dirige todo el proceso del negocio minero, y desciende a la oscuridad y el barro si es necesario para no dejar grieta alguna por la que el agua pueda colársele y malograr el negocio. Lo controla todo, todo lo sabe, se trabaja el título de dueño y señor, de dios de esta tierra abandonada por Dios y alejada de los hombres».

Hasta el último día de su vida, Miguel Zapata, el Tío Lobo, anduvo enredando en saberes nuevos y en ideas que hicieran más grande el mineraje de la sierra y sus beneficios propios. No es que inventase, pero maquinaba en su cabeza formas novedosas de explotar la tierra y cómo transitar por caminos sin trillar para sacarle reales a todo cuanto podía.

Fue así desde el principio, en que empezó a extenderse la voz de que el ventero que venía de La Ribera era espabilado y de pocos escrúpulos.

Poco más de veinticinco años tenía cuando se asentó en la sierra, hundido el segundo intento de pesquería que había tenido la delicadeza de no volver a llamar La Buena Suerte, no fuera que de nuevo le jugase el destino con el nombre. Lo llamó La Empalizada.

Aquí también le acompañó con más compromiso que en el mar su hermano Antonio, que si antes había preferido quedarse en tierra, ahora decidió que se ahogaba con él o salían juntos.

No me contó de dónde sacaron los reales para levantar la caseta y comprar los primeros licores, pero no debió ser mucho lo que necesitaron porque lo primero que abrieron fue poco más que un chamizo en el Llano del Beal, un lugar de paso a mitad de camino entre Portmán y el Mar Menor, cerca de lo que en unos años sería La Unión, fruto del matrimonio mal avenido entre El Garbanzal, Herrerías, Roche y Portmán.

Allí en el Llano se levantaba un puñado de pequeñas casas y barracones de mina donde apenas había vida a la luz del sol. De madrugada se oían gritos de taberna, voces de disputa, a veces de navaja, otras sonaban disparos, y algún lamento en voz alta que mentaba al patrón o a su familia y se perdía en el vacío de la noche que tardaba allí en ser silenciosa.

Aún es el lugar difícil y violento. No hace mucho, dos hermanos andaluces recién llegados terminaron con las tripas abiertas sobre la arena porque un guarda minero de nombre el Colorao disputó con ellos la compañía de la Encomienda, una bailarina con la que habían empezado los muchachos a conversar a la puerta de un ventorrillo cerca de los barracones, ya en el camino al monte. No se sabe si la chica trabajaba allí o había llegado con ellos, el caso es que discutieron y el matón los abrió en canal y dicen que huyó a Alicante, que es donde tiene a su familia y al parecer le siguen buscando. En los barracones no viven mujeres, pero a menudo suben de La Unión para cantar o bailar a los mineros o buscarse alguna moneda acostándose con ellos. Casi todos se consuelan antes de dormir, o intentarlo, frente a los licores o el sudor

fino y dulce de mujeres que se ofrecen por unos reales.

Del Llano arrancan algunos de los senderos de carga más importantes de la sierra, por donde suben de vacío y bajan los arrieros los quintales de mineral a las fundiciones de La Unión, Portmán y Alumbres. Antes del amanecer y tras la anochecida, transitan por ellos las filas de luminarias que van abriendo paso en la oscuridad a los mineros. El ánimo marchito cuando ascienden sierra arriba a los pozos, el ánimo cansado al volver de más de doce horas de trabajo respirando metal y acumulando rencor y plomo.

Al subir cogen fuerzas con los golpes de láguena o anís de las ventas que hay más allá del Llano, y a la vuelta, con los ojos llenos de arenilla y la cara seca del polvo y la sed, se aclaran la garganta regándola con los reparos.

Es así desde hace tiempo. Desde antes de los años en que llegaron a esta Sierra Minera hombres como Miguel Zapata o Pío Wandosell, que lo primero que hicieron fue ponerse a observar desde uno de estos lugares de paso, porque el negocio no está en sacarle al minero los pocos reales que cobra, sino aprender de él la forma de tratar la tierra para extraerle lo mejor que puede dar.

—Y que luego se queda el patrón —se queja amargamente un minero que acaba de echarse al gznate un vasico largo de agua con anís para calentar una mañana que viene ventosa y con lluvia—, que no se moja, no, que está en su casita de Cartagena caliente mientras aquí nos jodemos y nos matamos.

Mira el quejumbroso al hombre que le observa inexpresivo tras el mostrador. Es joven, con barba algo descuidada y arreglado bigote que peina en dos puntas finales. El minero está a punto de decir algo sobre el engominado aliño, pero se limita a ponerse un dedo bajo la nariz.

—Aquí solo llueve para destrozar, para matar.

Ante él, el ventero ha extendido una hilera de pequeños vasos de cristal en los que mezcla tinto y aguardiente a partes iguales.

—Dame uno, Miguel.

—Cuando pagues.

—Hoy no puedo.

—Pues no bebes.

—¿Y salgo así en frío para la mina?

—Ya vas bastante caliente, que muy generosos estamos siendo hoy Antonio y yo contigo. Y ahora aparta —lo que hace él de un manotazo separándole de la barra—, que vienen más clientes y estás en el medio.

Un grupo de mineros, niños algunos de ellos, entra en la tasca sacudiendo los pies contra el suelo de madera.

—¡Cuidado, miserables! —grita el hombre con aspavientos—. ¡A sacudirse fuera, que me vais a desgraciar las tablas y acabo de ponerlas! ¡Fuera, pijo!

Algunos esbozan una sonrisa y los niños de gavia lo miran asustado. Obedecen. Cuando regresan, se acercan a la barra y toman su vaso de la primera de las dos

hileras que hay sobre el tosco mostrador de madera.

—Buenos días, Lobo. —Se acerca uno cordial al ventero.

—Hola, Braulio. ¿Es rica la veta?

Braulio sonrío, pero la mueca es forzada; los ojos no brillan.

—Todavía no. Si encuentro lo que quiero, tú no me verás.

—O sí, puede que te compre.

—Quién sabe.

Manos recias y ásperas van cogiendo los vasos hasta limpiar el mostrador. Los devuelven al instante vacíos, golpeando la madera y soltando el medio real. Zapata vuelve a colocar otra línea que rápidamente desaparece. Suenan los vasos y las monedas sobre la tabla.

Hay un silencioso ir y venir de hombres sombríos que entran, beben y salen del ventorro de los Zapata, Miguel y Antonio, camino de algunos de los pozos sierra arriba. Son mineros que abandonan un minuto la fantasmagórica procesión que recorre antes del alba los senderos con esas lámparas de carburo que huelen a azufre, como el infierno, entre enormes chimeneas que se recortan contra el cielo, cruces del calvario en una sierra que bajo la lluvia es aún más oscura.

—Salgo, Antonio.

—¿Pasa algo?

—No. Pero pasará.

Miguel Zapata atraviesa en dos zancadas la taberna, empuja con fuerza la puerta hacia fuera, donde ha dejado de llover, y se dirige a un hombre pequeño y delgado que al verle acelera el paso hasta casi apagar el carburo que lleva en su mano izquierda. Lobo le alcanza y sin mediar palabra lo derriba sobre el barro y empieza a golpearle. Algunos mineros se detienen y los separan. De pie, frente a él, cazador ante su presa.

—Esto por la deuda. Lo del zagal me lo cobraré otro día.

—No he sacado nada, Miguel.

—Ese no es mi asunto. Tú cumple tu palabra. Y si tu hijo me roba y no le castigas, y que yo lo sepa, lo hago yo.

La sierra se perfila con los contraluces de la primera claridad del día cuando Miguel vuelve a entrar en el ventorro. Sobre el dintel de la puerta, una cabeza de lobo de madera muestra sus fauces amenazantes.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Antonio a su hermano.

—Lo de siempre. Pero terminará pagando o subiendo a la mina por el monte, porque cada día que pase por aquí se lo voy a recordar igual.

Ya habían comenzado con los préstamos. Primero cobrando interés por las deudas de barra de sus clientes de diario. Luego, cuando el negocio de la venta empezó a ir bien y además de calor interior procuraban algo de vestido y algarrobas que le compraban a los muleros, y alguna lata de carne traída de América que vendían más barata que los demás, se arrancaron con los reales a los que más urgencia tenían. No



eran pocos, y eso también creció. Pero había que tener mano firme para cobrar, virtud que adornaba a Zapata tanto como le faltaba a su hermano Antonio, más bueno de corazón y más dado a entender razones ajenas.

—Dale algo más de tiempo, Miguel, que el pobre tiene a la mujer enferma y a las criaturas descuidadas creciendo en la calle.

—Y robádonos, Antonio. Aquí no estamos para ayudar sino para el negocio, no se te olvide. No vamos a hacer el mal, pero para el socorro de los pobres está la Iglesia.

Dos hombres con capa y amplios sombreros entran en ese momento en la venta.

—Salud, señor carabinero —se dirige a ellos Antonio, cumplidor.

Miguel detiene la vista en los recién llegados: dos guardias civiles con sus uniformes color pardo y la capa de monte con que se protegen de la lluvia.

—Guardia civil, Antonio, no me jodas. Guardia civil.

—Es una broma, Rogelio, no seas picajoso.

Tiene el guardia la voz áspera y un fusil colgado sobre el hombro derecho. Le sigue otro compañero más pequeño que mira sin hablar. Ambos están empapados.

—¿Podemos secarnos aquí? —pregunta mientras deja su sombrero sobre una mesa y cuelga en la silla el fusil.

—No hay fuego —responde Miguel.

—Pero tienes aguardiente —recuerda el guardia—. ¿Sabéis lo de Paco el de Alhama?

Ninguno de los hermanos responde.

—Ni tendréis nada que ver, claro... Ponme un reparo, Miguel.

Lobo está ya tras la barra, junto a su hermano. Mezcla en un vaso un licor oscuro y vino. El guardia se lo bebe de un trago.

—Lo mataron anoche junto a la boca del pozo que todavía no tiene nombre.

—No somos de querellas ni de pistolas, Rogelio. Yo le conocía —añade Antonio—, pero nunca tuvimos trato con él.

—Un bastonazo y un buen hachazo en la cabeza y se desangró. No había pistolas.

—En el registro de Herrerías encontrarás al culpable.

—Puede. Pero puede también que ahora venga otro y encuentre la veta que no estaba registrada.

El guardia civil escruta a los hermanos. Sabe que no son gente violenta ni tiene de ellos otra noticia que no sea la de su origen ganadero en La Ribera, pero ha aprendido con los años a no fiarse ni de su santa madre, que Dios tenga en su gloria. Todos los hombres de esta tierra conviven con la miseria o la padecen en extremo, y eso los pone más cerca de violentar la ley con el robo, el chantaje o la muerte. No hay nada limpio aquí, ni siquiera el aire. Lo saben los carabineros que vigilan el mar y ellos que patrullan la tierra, como los bandidos, aunque cada vez hay menos desde que se creó esta Guardia Civil de los campos, y los ensayadores, que son como zahoríes, pero buscando mineral. Saben que Miguel Zapata se dedica, además de a avivar el

alma moribunda de los mineros, a buscar vetas y filones. Por eso acuden a él cuando pasa algo en la sierra. Por si sabe, ha visto o quizá haya tenido algo que ver.

El guardia más joven mira alrededor. Se diría que está en una de sus primeras patrullas en la sierra por la curiosidad con que observa todo lo que sucede en la venta. Alguno de los mineros que siguen entrando mira a la pareja de guardias con desconfianza y algo de temor.

—Me espantáis la clientela —dice Miguel Zapata.

—Estos van a entrar haya o no guardias, amigo. Aquí encuentran el único consuelo que van a tener en todo el día —responde socarrón el uniformado.

No le falta razón. El trago prepara al minero el cuerpo y el alma para la faena y se lo recoloca todo después.

Poco a poco se va vaciando el local. Cuando la sierra empieza a verse parda y roja con la luz del sol, los mineros ya han penetrado en ella y comenzado a sacudir su entraña. Los guardias se levantan. Antes de salir, Rogelio se detiene un instante en la puerta, bajo la cabeza del lobo.

—Si sabéis algo, me lo contáis... y si pasa algo, también.

—Descuida, Rogelio.

—Aquí no se puede descuidar uno nunca, Miguelico. Perdón, Tío Lobo.

Queda barro en los caminos, alguna piedra fuera de sitio, y ramas y arbustos arrancados en las torrenteras. Arrea Miguel el macho que sube más ligero de lo habitual porque el aire ha quedado fresco tras la tormenta de la noche. Es todavía temprano para que el sol caliente el barro y vuelva a ser áspera y dura la montaña. Desde lo alto del Sancti Spiritu, el antiguo ganadero y pescador observa el horizonte azul de un mar infinito y hermoso que entra manso en la bahía de Portmán. Nunca la había visto desde arriba, siempre tras las Galeras y la Chapa, entrando desde el Mar Mayor a las aguas acogedoras y pausadas de la enorme bahía donde se apaciguan y cargan los barcos mineros.

Algún día vivirá ahí, cuando consiga de esta tierra lo que sabe que puede darle, y se haga un sitio en esta selva feroz en la que mandan unos cuantos patronos, que si pisan por aquí es para llevarse los cuartos y sin mancharse los zapatos. Salvo Requena, el general de carabineros. Ese, que vive ahí abajo en Portmán, sí conoce estos caminos y trata con la gente y sabe quién y cómo trabaja y dónde se esconden los tesoros que hay o que puede haber. Es el que empezó a abrir agujeros otra vez y disputa a los ingleses y los franceses la riqueza bajo esta capa de tierra infértil. Ahora es rico, y ya se castiga menos.

Llega hasta Zapata el sonido de los estibadores del puerto de donde parte el plomo más valioso del mundo, la roca de la que se extraerá la plata más fina y preciada. Ambiciona tener sus barcos, fundir su mineral, poner a su plata el sello del lobo, ser alguien en esta sierra que él ha venido a conquistar.

Con la luz y las pistas que le dan los mineros, cuya lengua aligeran los espíritus del anís, Zapata recorre a diario los caminos y se asoma a las grietas buscando filones.

—Aprendí a escuchar, a hurgar en las almas con atención y afecto, que es como consigues que se abran para ti. Y me hablaban de sus sospechas, de dónde creían que podía haber mineral; me enseñaban la forma de mirar y entender las piedras y sus colores. Yo no empecé, María querida, abriendo pozos, sino las almas de los hombres que conocían la sierra para ganarme su confianza.

—Y si no se ganaba, se conquistaba.

—La piedad es para los débiles. ¿Acaso no moriría de hambre el lobo si la tuviera?

Y volvía a mirarme con esos ojos de Joaquín, que tenían vida propia y sabían expresarse por sí mismos y provocar a voluntad afecto o temor. O los dos a la vez, como me pasaba ya en aquellos años en que su mirada me poseía porque nuestras

almas se habían rendido a las emociones y los instintos, que es lo que haces cuando ya has perdido los sueños y apenas te quedan miedos.

Aquel Lobo joven y ambicioso, de los años en que nació Joaquín, se aplicó y conoció pronto la forma de hablar con la tierra, a entender lo que dicen los colores y la disposición de las rocas. Es una conversación silenciosa, en la que la naturaleza se limita a sugerirse y el hombre aprende a descubrir lo que insinúa. Su herramienta era la vista, y una vez esta creía haber entendido el habla de los colores y los brillos, bajaba del mulo, tomaba del suelo rocas y piedras que colocaba sobre la tabla de ensayador —esa que le sacó a uno de Vera como pago por una noche de gloria— y repetía el juego de mover, separar, tocar, oler, mirar y escuchar las rocas para encontrar sentidos y caminos. No es fácil dar con un filón, pero a Zapata le sobró siempre paciencia. Y memoria, porque recordaba muy bien los lugares y a las personas, y qué y en qué momento se ofrecían o se cerraban.

También lo soñaba.

—El sueño es la forma en que nos contamos a nosotros las verdades, María. Y por eso Dios nos habla desde los sueños. Los libros del Antiguo Testamento están llenos de conversaciones de Dios con los profetas o los reyes durante los sueños. Y San Mateo cuenta en el evangelio que un ángel del Señor se apareció a José en sueños para advertirle de lo que iba a suceder con su esposa, que el niño que iba a engendrar era hijo de Dios.

En sus tiempos de adiós, deteriorado y sin esperanza, mostraba una fe inquebrantable en que los sueños que a él le habían sugerido en aquellos primeros años los caminos por recorrer para encontrar los mejores filones le habían llevado también a la ruina y lo enterrarían en el olvido. Confirmaban la maldición, cuando no la explicaban.

—Veía los caminos que debía seguir, se me indicaban por alguna voluntad desconocida, que yo creía la de Dios por sentirme su elegido, pero también los muertos alineados, los cuerpos que con los años se me fueron haciendo reconocibles, en esa premonición de muerte que nos ha dejado solos, en manos de un destino maldito.

—O de la justicia divina, Miguel, por el mucho mal que hemos hecho.

La maldición siempre presente, marcándonos por el mismo fuego a él, a los suyos y a mí desde que en mi cuerpo empezó a crecer un Zapata y escuchaba los avisos de Esperanza.

—¿Qué mal hemos hecho? ¿Hacer crecer este lugar olvidado? ¿Qué mal, María? ¿Dar de comer a quienes buscaron una vida mejor? Quizá mi único mal fue crearme por encima del mismísimo Dios. Pero ¿mal? Justicia, María, justicia. La de los hombres, la que permitió que no se adueñaran el desorden ni la lujuria de este mundo que ahora sí camina hacia su propia muerte. Quizá sea mejor quedar en el olvido.

Tenía ambición de cambiar las cosas, y lo logró, y el deseo secreto de que se reconociera lo mucho que hizo.

—Claro que quiere prosperar y conseguir lo mejor para su familia. Como tú, como todos —vuelvo a escuchar a Joaquín—. Pero también lo mejor para la sierra, para esta comarca, para todos los que aquí estamos esforzándonos en salir adelante. Yo era pequeño cuando llegamos aquí, dos añicos apenas. Todavía ni existía La Unión y no había pasado la revuelta de los cantonales que pilló a mi padre metido en políticas con los liberales.

No había contado aún —cómo se me va la memoria y qué difícil es tejer un hilo en el relato— que me gustaba escuchar a Joaquín, tumbados tras la gozosa batalla que librábamos en el lecho de la fonda, pegados piel con piel, sintiendo su calor y su perfume vibrante, contarme cosas de su familia y de su casa. Lo hacía con el orgullo de quien ha visto crecer a su gente, lo que me concedía el privilegio de conocer los secretos que tanto trabajaba en ocultar su madre doña Juana.

—Me llevaba de niño por el monte, y me señalaba los colores de la tierra y de las piedras, y me decía que la plata que nos hace ricos y el plomo, la pólvora y los metales que nos hacen fuertes estaban en esta tierra, y que podían ser nuestros, serían nuestros. Y había que trabajar y no ser débil para poder conseguirlo.

Ya se contaban entonces historias de su forma de tratar a sus hombres, de su desprecio por el sufrimiento ajeno, de su constante presencia en sus minas y sus fundiciones, en el puerto y con los ingenieros, en Madrid y en Inglaterra. Estaba en todas partes, como rey de su inmenso reino bajo el cielo y la tierra.

Salía él a caballo, o en berlina, andando a veces, bajando hacia el sur por el huerto del cura hasta llegar a la playa, donde contemplaba los barcos que descargaban en el muelle del carbón, al centro de la bahía, y cargaban en sus pantalanes mineral y piezas de metal para desplatar o vender ya en lingotes. Subía hasta la fundición que tenía a la entrada de Portmán desde Atamaría, que se llamó primero La Orcelitana y luego La Concepción, y allí permanecía en la Puerta del Carbón, junto a la cochera, junto al taller mecánico y la fragua abierta. Atento a todo, vigilándolo todo. Escuchaba, veía, controlaba.

—¡Habéis quitado ese viento del horno demasiado pronto! ¿Qué hace allí ese carro? ¿Esperando que lo astillen? ¡Si quiere cargar, que se coloque junto al depósito!

Voceaba como si de un capataz se tratase, y sus obreros procuraban no arrugar el ánimo ni desatender sus órdenes.

—Ese fundidor, apártelo de ahí, Sebastián. No sabe calcular el tiempo y vierte antes de lo que debe. Y eso me cuesta dinero.

Salía a los caminos de recuas a ver cómo iban las suyas y se asomaba a la bocamina de las que tenía en partida o las que eran propias. Hablaba con los arrieros, muchos de ellos viejos conocidos. Vigilaba a sus mineros y sus partidarios, que eran los que explotaban los filones y le pagaban porcentaje sobre lo que sacaban, atento a sus labores y presto a mantener la disciplina y su orden propio. Como cuando azotó y mandó a Orán al capataz que tuvo la caridad de subir en un mulo a un muchacho de gavia que se había herido en un pie. Tenía prohibido subir a nadie en sus mulas o

carretas, porque otro kilo de peso que no fuera mineral le hacía perder dinero, según calculaba y decía. Por eso en otra ocasión regaló un traje a un arriero que se había negado a que subiera al carro él mismo. Parece que aquel hombre no sabía con quién hablaba, porque según me contó el mismo Miguel, cuando le pidió que lo llevara hasta Portmán se negó diciendo que estaba prohibido y que su patrón don Miguel Zapata le castigaría si se enterara.

—¿Cómo se va a enterar? —le tentaba.

—No lo sé, buen hombre, pero se entera, téngalo por cierto. Está en todas partes: es el dios de esta tierra y de lo que esconde, y hasta del aire que mueve sus barcos y el mar en que navegan. Ni las matas se mueven sin su permiso, así que pídaselo usted a él y a ver qué resulta.

—¿Y si le pago?

—Mal haría, que ni por dineros tomo yo el riesgo de encararme con él y quebrar sus leyes. De todo tiene noticia.

Le gustaba ese juego de ocultar su identidad a quienes no lo conocían. Como hizo con Amalia, como tantas veces con tantos viajeros o gente de la mina que encontraba en sus paseos. Todos sabían de su existencia, pero no eran muchos los que conocían el aspecto de Tío Lobo. Y menos aún los que podían imaginar, al toparse con él, que ese hombre de no mucha estatura, voz menuda y aspecto de campesino era en realidad el minero más poderoso de la sierra de Cartagena. Así podía tener noticia cierta de lo que se pensaba o se contaba de él, y medida de la lealtad de quienes vivían de su jornal y de sus vales.

—Pues lo tiene usted delante.

El arriero miró de arriba abajo a Zapata: recio y tosco, blusón azul, boina oscura, pantalón de lona y alpargatas, paseando solo por la sierra apoyándose en un bastón de madera clara. No, aquello no se ajustaba a la idea de hombre poderoso.

—No le creo, paisano. Ande a *enrear* a otros, que tengo mucha faena.

—Anselmo es quien le ayuda con la carga en La Concepción, ¿verdad?

Volvía al camino cuando se detuvo al escuchar el nombre. Miró receloso a Zapata.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo le pago, señor arriero. Y hasta le podría decir cuántos reales le va a dar Jorquera o don Julio cuando le paguen esta carga, que a ojo veo serán unos veinticinco quintales...

Iba a responderle el atónito arriero cuando Zapata se le adelantó y cerró el diálogo mientras seguía su paseo camino abajo hacia Portmán.

—Y no se hable más. Mañana va usted a la Casa Grande y le dice al señor Jorquera que yo, Miguel Zapata, le he mandado compensar. Dígaselo así.

Hasta la muerte de Joaquín solía llevarle a su lado y le había ido enseñando las minas y los caminos y los lugares por los que debería andar y las gentes con las que habría de tener cuidado. Alguna vez los acompañó Visitación.

—No es mi padre como la gente dice, María —me susurra Joaquín vivísimo en el recuerdo hasta de sus olores—. Claro que tiene ambición, como todos, y que es duro, también. Pero es su sentido de la justicia, del deber, del trabajo como sacrificio. No pide lo que él no daría. Y a veces es tierno y a Visitica y a mí y al pequeño Miguel nos da afecto, y a madre alguna vez la acaricia ante nosotros.

Yo le creía, porque todo lo que de su boca salía era para mí dogma de fe, palabra de Dios. Pero me costaba ver así al hombre que dominaba la sierra con mano cruel, con ese puño que se hacía temer. Con esa maldad que solo podía caberle al diablo mismo o alguien a quien Lucifer hubiera armado para luchar en su bando, en el lado del mal.

Ya he dicho que con los años me fue abriendo su corazón.

—Creemos que la vida es vigilia, ignorando que en nosotros conviven dos existencias tan verdaderas una como otra: la vigilia y el sueño, la vida de fuera en la que transitamos con este cuerpo, y la de dentro, que vivimos solo con el alma. La razón de la vigilia y la locura de las pesadillas no siempre son distintas.

Elegí tener a Manuel pese a la advertencia de Esperanza.

Lo parí allí mismo, donde fue concebido, donde fue reconocido y se manifestó la maldición. Vio la luz en la oscuridad de un cuarto de la fonda con la ayuda de la comadre Ana, a la que llamaban Anica la Tuerta, afamada entre los arrieros porque tenía una posta en la que refrescaban sus caballerías y alimentaban el espíritu con bebidas y cháchara. Era una mujer ruda, algo nerviosa, que gastaba un parche de cuero gris sobre la cuenca deformada de un ojo que le reventó un pollino de una coz. Pese al aire fiero que el remiendo le daba, sus modos eran medidos, no diré que delicados porque era hombruna, pero se mostró conmigo sensible y dispuesta. Tenía negocios con la gitana —creo que mediaban en la venta de quintales robados— y era conocida en la sierra por ser altanera con los hombres y de difícil engañar. Cuando bajaba al puerto a sus negocios con Esperanza, siempre me dedicaba atenciones y palabras amables.

La mañana del parto me hablaba al oído, y era como si empujara a la criatura ella misma, desde mi propio corazón y mi ánimo. Yo creo que Manuel le debe a ella la vida, porque por las caras que gastaban ella y Esperanza, y los dolores que yo tenía, algo debió de ponerse más difícil de lo que por natural era eso de parir. Pero anduvieron rápidas y sólidas, sin conceder ni una pizca de sitio al mal que pudiera querer hacerse valer.

—No dejes de apretar, señorita guapa —me susurraba al oído la Tuerta mientras estrujaba mi vientre con suavidad.

Lo hacía, pero nada parecía moverse dentro.

—Se atasca —creí escuchar en un siseo preocupado que Esperanza le decía a Ana—. Hay que darle.

Se colocó entonces Anica a un lado y comenzó a estrujar mi vientre con las dos manos y todas sus fuerzas. Lo hacía con tanto ímpetu que sentía la presión más que mis propios dolores.

—¡Me haces daño, Tuerta!

—Tú quieres tener a esta criatura perezosa, ¿a que sí? Pues aguanta, que es cosa de Dios que las mujeres tengamos que sufrir siempre dolores.

Y presionaba, y apretaba con ahínco, pero nada se movía.

—¡Levántate, guapa!

—Pero cómo me voy a levantar... no puedo.

—Pues te levanto yo.

Sin violencia, pero con una fuerza que tomé por descomunal, masculina, como de



arriera que en tiempos ella había sido, tiró de mis brazos, me incorporó en la cama en la que luchaba por dar la vida a mi Manuel y, arrastrando entre mis muslos las toallas empapadas de algo viscoso y negruzco, me puso en pie y ordenó:

—Ahora agáchate y caga. Sí... Aprieta como si lo que te fuera a salir fueran tus sobras, no tu criatura.

No podía creer lo que estaba oyendo, pero el miedo empezaba a apoderarse de mi ánimo y a devorar mis fuerzas cada vez más escasas, y no había otra que dejarme completamente en manos de estas dos mujeres. Esperanza aguardaba con una batea de metal y agua caliente en las manos. Sujeta a la mano de la Tuerta, hice lo que me pedía. El líquido viscoso que había comenzado a abandonar mi entraña manchaba ya el suelo y a cada nueva acometida salía como si algo vomitara desde dentro.

Así estuvimos un buen rato, hasta que poco a poco empezó a moverse la carga detenida, mi hijo hasta entonces perezoso, y fui notando que se me abrían las carnes entre las piernas, que mi bajo vientre respiraba por sí mismo, se resquebrajaba como si las manos del misterio de la vida hubieran decidido aplicarse a la tarea prometida de dar forma a lo que Joaquín y yo habíamos encontrado meses antes en aquellas estancias felices.

—¡Ya viene! —gritó la Tuerta, y con la misma presteza con que me había sacado de la cama volvió a tumbarme, encogió y abrió mis piernas, y vuelta al empeño en la tarea de apretar, como si nada hubiera sucedido. Pero sucedía.

Sentí un intenso dolor, obstinado y metálico, justo en el punto en que a los pocos segundos comenzó a asomar algo sanguinolento, sin forma, moviéndose despacio.

—¡Aprieta! —gritaron las dos mujeres, mientras Esperanza mojaba una esponja de mar en el agua tibia que luego pondría sobre mi sexo herido—. ¡Aprieta, condenada! —añadía la Tuerta con un timbre de voz que me pareció alegre.

Súbitamente, como cuando se aprieta algo viscoso y sale despedido, aquella criatura deliciosa, envuelta aún en el abrigo espeso de mis líquidos interiores, abandonó mi vientre para ocupar su espacio entre los vivos. Se escuchó mi último grito y después noté su presencia y las aguas que lo seguían. Pero también silencio, inesperado e incómodo silencio. ¿No lloran las criaturas al nacer? Vi cómo las dos mujeres se miraban y rápidamente Anica se colocaba ante mis rodillas.

—Viene amarrado al cuello.

Y deslizó su mano diligente desanudando el cordón que había rodeado la garganta de mi hijo. Lo siguiente fue sentir el peso cálido de ese ser nuevo y frágil sobre mi cuerpo, donde la Tuerta lo colocó con suavidad y oficio. Fue el peso más dulce de mi vida. Oía a entraña de animal y a carne fresca. Limpié su cabecica sucia de humores de mi propio cuerpo y un calor feliz, inexplicable, me inundó completamente. El mundo entero éramos él y yo. No había nada más, ni más nadie. Cuando entre mis pechos empapados rompió a llorar, lo hice yo con él borracha de una dicha que me resulta imposible de describir más allá de la simple mención a algo que jamás había sentido ni sentiré.

En ese momento dichoso, solitario e intenso, me llegó de repente el soplo de un recuerdo, como un viento del pasado que se hubiera mantenido en aquel lugar durante meses, y vi frente a nosotros la sonrisa luminosa de Joaquín. Y los tres celebramos aquel instante de luz irreplicable.

Manuel empezó a criarse hermoso, como un niño de buena cuna, al amor y la sustancia de unos pechos que, si para muchos hombres eran fantasía de placeres obscenos, para él fueron alimento de muchos meses de crianza. Hasta los dos años mamó la criatura.

El mar cercano y los vientos del sur, que se notaban cuando soplaba el lebeche a pesar del parapeto de la Fausilla, ayudaron a que en sus primeras semanas los aires que respiró fueran más limpios que en el resto de la sierra. Mis dolores se fueron apaciguando, como lo hizo también la generosidad de Esperanza, que no sentía demasiado desahogo con la presencia de un infante así en la posada.

—Calma al zagal, muchacha, que me incomoda a la clientela, y los hay ya que hacen planes de no volver.

—Hago lo que está en mi mano, Esperanza. Pero sus hambres no saben de horarios, como tampoco los desvelos de muchas noches por las disputas en la fonda.

Me regaló la gitana ropitas blancas y azules, picos para mantener al niño limpio, y una cunita trenzada con esparto de capazo minero donde dormía a mi vera en la misma habitación en que había nacido.

Lo sacaba por Portmán los días de luz y clima suave atado a mi talle a la manera de las gitanas, con un paño rojo que me envolvía por completo la cintura.

Debió de llegarle algo a la Casa Grande, porque un día se me presentó en la fonda la mismísima Visitación Zapata, junto a Francisca la cocinera, que no hacía más que mirar a su alrededor como si temiese haber sido seguida y descubierta.

—Doña Visitación —repetía temerosa—, esto está mal, no deberíamos hacerlo. No le gustaría a su señora madre.

Mi Visitica, que me alegró el ánimo presentándoseme por sorpresa como si de la visión del mismísimo Señor Jesucristo se hubiera tratado, no echaba cuentas a la temerosa criada, y solo tenía ojos para Manolico y manos para acariciarme a mí y al niño. Le había dicho a doña Juana que iba a visitar a los pobres.

—¿Qué le iba a decir si no? —me decía Visitación, a punto de entrar en el siglo, después de que Maestre pasara los apuros de la revuelta que acabó con los vales, sentadas las dos en el mirador que años más tarde ampliaría y embellecería su segunda hija, Visita, igualita que ella en todo. Y añadía pícara—: Era parte de lo que una niña de mi rango y condición debía aprender.

Entre las virtudes para hacerla casadera estaban, además de las labores de la casa y la costura y las formas elegantes de desenvolverse en sociedad, su conocimiento del sufrimiento de los pobres, no tanto para tener experiencia de una realidad lejana a la

suya y así saber de la vida, como para desarrollar la amorosa ternura y la piedad hacia los demás que exigía esa formación para el futuro de una muchacha bien casada.

—Al hospicio le gustaba menos, sí —recordaba—. No le hacía gracia que la niña se manchara jugando y alternando con los huérfanos de los mineros.

Ni eso era mi Manuel, que para ser huérfano de padre antes se ha de tenerlo, y en la fonda de Esperanza solo estábamos él y yo. Y esa tarde de hace tanto, mi Visitica.

—Qué hermoso es, María, y qué gordico —celebraba con sus ojos brillando radiantes.

—¿Verdad que sí? Me hace tan feliz tenerle conmigo.

—Volverás entonces a casa, claro, María.

Y me miraba esperando un sí que no podía regalarle. Qué más quisiera yo.

—Todavía no, mi niña. Todavía no. Tiene que criarse bien mi hijo para poder trabajar. Ahora solo pienso en él.

—Pues se lo diré a padre, que vuelvas a casa y alguien te ayude a criarlo.

—A su momento, mi amor. A su momento.

Aún niña, a Visitación ya le brillaba en los ojos la luz de las personas que tienen vida dentro. Tuvo la crianza de niña rica, sujeta a normas y disciplina, pero su natural alegre y su saber entender a las gentes, porque se ponía en su lugar a poco que le explicaran, abrió su espíritu y sus entendederas a horizontes más extensos, como ese mar en el que siempre soñó aventuras y batallas. Nació casi un año después de la afamada refriega que perdió el almirante Miguel Lobo y Malagamba —Lobo este por apellido de cuna, y no por enfrentarse a una manada— contra los barcos cantonales, y que se libró frente a la bahía de Portmán, que de haberla conocido, siquiera como niña que jugaba sobre la azotea de la Casa Grande, por cierto tengo que la hubiera seguido con la atención estratega de los grandes navegantes o generales. Estaba tan dotada de inteligencia como de prudencia al mostrarla, porque sabía que es privilegio de los fuertes ejercer su vigor solo cuando se requiere y disimularlo en el resto de ocasiones. Y era mujer, y como tal había que ser discreta.

Leía mucho, sabía y aprendía más que cualquier niña de su posición y clase, que eran las únicas que allí recibían instrucción, y se empeñó en conseguir que yo aprendiera a leer siendo ella aún niña, cuando acababa de llegar a la Casa Grande. No hubo entonces tiempo por las circunstancias que he empezado a relatar sobre mi embarazo y los cambios tan notables que vendrían después. Pero más adelante, cuando la vida se serenó y volvimos a encontrarnos, dispuso para mí de tanto afecto y paciencia que logró no solo que entendiera las letras y me fuera posible escribirlas, sino que encontrara placer en leer lo que otros escribían, aunque a veces me costara hacerme idea de lo que las palabras querían decir. Si hoy soy capaz de anotar recuerdos y dejarlos aquí puestos sobre el papel, es gracias al esforzado amor de Visitación Zapata.

Tanto afán por aprender en su hija incomodaba a doña Juana, pues no era virtud de niña la lectura ni de mujer, la ciencia. Como hacían todas las familias de

importancia, los Zapata preparaban a su hija para dirigir las labores de casa y despertar el interés de un mozo de relumbrón, a ser posible noble —un conde o un marqués— con el que matrimoniar para así dar nombre y alcurnia a la familia. Lobo me dijo años después que eso era bastante común entre gentes de alta posición presente, y pasado no tan elevado, como era su caso, y que la lección la había extraído de sus conversaciones con Romanones.

Yo recuerdo al Cojo —así le llamaba Zapata— afable e ingenioso, y ahora que ya no preside el Consejo, añadiré también que bastante rijoso en el trato con las mujeres. Incluso conmigo, aún a sabiendas de que era playa prohibida, propiedad del Tío Lobo.

Pero al Tío Lobo no le desagradaba la capacidad de su hija mayor. Sabía que su condición de mujer la descartaba como heredera, y pensó en ello hasta que llegó el mediquillo para despejar dudas, pero disfrutaba de su ingenio, porque Visitación era, como él, gran conversadora. Mejor aún que Joaquín, cuyo carácter más reservado y menos curioso no facilitaba su disposición a la tertulia.

—Se te quemarán los ojos de tanto leer —solía decirle su hermano.

—Me gusta. Como a ti ir por el monte. Y deberías leer y estudiar para ser como padre.

—Ya estudio. Junto a él.

La admiraba. Me contaba de vez en cuando cómo siendo niña le leía poemas y hasta se aventuraba a escribir alguno en el que describía con sorprendente tino emociones que él era incapaz de contar.

—Si escribiera y hablara como ella, podría decirte de verdad cómo te quiero, con palabras que ahora no me salen de la cabeza tanto como me aprietan el corazón.

—No me lo digas con palabras, simplemente enséñame.

Si todos naciósemos o creciésemos con las virtudes de Visitación Zapata, el mundo sería mucho mejor. Pero tuvo, en medio de su vida dichosa, que creo que lo fue, la desgracia de ser mujer. De haber tenido más voz y poder en este infierno que fue la Sierra Minera, no albergo duda de que la miseria y el dolor aquí cotidianos e interminables hubieran tenido menos asiento.

—¿Por qué hay que ser amable con las personas y usted siempre es tan serio, padre?

—Soy severo, pues conviene mostrar severidad para guardar las distancias. Pero también amabilidad cuando corresponde. Ambas son virtudes que han de adornarnos en nuestro trato con las personas, sobre todo las que trabajan para nosotros. Los que son de nuestra familia, como dice madre.

—¿Todos los de aquí son nuestra familia?

—Todo lo que se mueve aquí se mueve para nosotros. Es nuestra tierra, y de ella sacamos su riqueza para beneficio de todos.

La niña mira alrededor. Padre e hija pasean no lejos de Portmán, por el llano de Atamaría, desde donde la sierra se desliza en suave pendiente hasta el Mar Menor.

Contemplan a lo lejos el espejeo de sus aguas serenas. A su alrededor, suaves colinas de arena y roca rojiza y parda, algunas jaras, arbustos como acebuche, mirto, carrizos o matorrales de romero, que diluyen levemente los olores ácidos que envuelven la sierra, y algunas sabinas moras donde no ha sido hollada la tierra por la fiebre minera. Poca vegetación alumbra este campo estéril, castigado con brutal constancia por la codicia insensata y criminal de ambiciosos que, como Lobo, no se paran ni ante las leyes de la naturaleza ni las de la moral de los hombres. Acaso porque saben que son ellos quienes las dictan y rigen.

—No... Esas son de Dios. Aunque a menudo hay que apartarlas para extraer lo que sí es de los hombres, que es la riqueza que hay bajo la tierra.

—¿En el infierno?

—Es una manera de verlo... Sí, el infierno.

—Entonces, ¿usted manda en el infierno?

—Yo saco del infierno lo que nadie es capaz de sacar. Y para eso necesito personas que trabajen y yo les pago.

—Entonces, ¿usted es el diablo?

Miguel Zapata, ojos chispeantes, ánimo alegre esa mañana, trata de responder de forma que la niña le entienda.

—En cierto modo, sí. Hay gente que lo piensa de verdad.

—Pero usted no es malo.

—No; soy justo y aprovecho lo que tengo. Pero en estos tiempos la justicia no es moneda y la inteligencia se desprecia.

Una brisa suave y cálida sube desde el poblado de Los Belones, a poca distancia del mar tranquilo, y el hombre poderoso respira como queriendo atraparla para sí, para que envuelva el placer del paseo sereno con esa niña ávida y despierta. Solo ella le hace olvidar los ásperos afanes de poder y riqueza que le trajeron aquí, que lo mantienen y lo alimentan, que endurecen su corazón porque nadie maneja los imperios ni somete las voluntades y menos aún en este lugar, si no es siguiendo el ejemplo que regala el mineral: brillo en la superficie y dureza de metal en las entrañas.

—Y si lo sacan ellos, ¿por qué no es suyo?

—Porque el mineral es de quien lo encuentra y además de hallarlo tiene medios para sacarlo y venderlo. Los hombres que trabajan en la mina solo lo arrancan de la tierra, y eso es lo que tienen que hacer. Yo lo he encontrado, les digo dónde y cómo hay que separarlo de las rocas que no valen nada y lo vendo. Ellos trabajan para mí, yo les pago por eso y gracias a mí, a nosotros, viven.

—¿Y por qué son tan pequeñas sus casas y van tan mal vestidos y tan sucios? ¿Por qué no viven en casas como la nuestra?

—¿Dónde viven los reyes, Visitica? En palacios, ¿no?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque son reyes.

—Claro. Son los que mandan, ¿verdad?

—Sí, los que mandan.

—Nosotros somos los que mandamos aquí. Como si fuéramos los reyes, porque las minas son nuestras y las tierras donde están las minas también. Y los barcos que llevan el mineral, y las máquinas que lo sacan. Hasta los asnos y los mulos de las recuas son nuestros. Todos esos hombres y sus familias pueden comer y vestir gracias a que yo les doy un jornal por trabajar en nuestro reino. ¿Lo entiendes?

—¿Qué es un jornal?

—Mucho preguntas tú, Visitica. Un jornal es un dinero que yo les doy por el trabajo que ellos han hecho en las minas.

—¿Y de dónde saca usted el dinero?

—Yo vendo el mineral y a mí me pagan por ello. Separo la tierra estéril, que no vale nada, y las rocas del metal valioso, y ese metal que ha salido de la tierra y las rocas lo llevo a sitios donde hay personas que lo quieren y están dispuestos a dar mucho dinero por él.

—¿Usted mismo hace eso?

—No. Hay otras personas que separan el mineral, allí mismo, a la puerta de la mina. Y luego lo traen los arrieros con sus burros a la fundición que hay cerca de la casa...

—¿La Orcelitana?

—A esa... Hay muchas otras donde se funden las rocas en unos hornos grandísimos y se separa la plata, el plomo o el zinc, que son los minerales.

—¿Y de ahí salen esas barras que llevan su sello con la cara del lobo?

—Así es. Luego se cargan en el puerto y se transportan a los sitios en que hay quien quiere comprarlas.

—¿Y no se queja la tierra, padre?

Lobo se detiene y mira a la niña. Van de la mano, pero él se suelta para colocarse frente a ella. Nunca deja de sorprenderle esta mocica despierta y tan deseosa de aprender. La observa curioso y admirado. No llega a los diez años y contempla el mundo con una disposición e inquietudes que superan los límites de lo que él conoce no solo de la mina, sino también de la propia vida.

—Lástima que Dios hubiera querido que naciera mujer. ¿De dónde, siéndolo, sacaría tanto ingenio y curiosidad? A veces —me dijo una noche de serena evocación en la tibia y cotidiana oscuridad de la Casa Grande, cuando ya solo quedábamos nosotros como melancólicos testigos del tiempo en que estuvo viva— recelaba de esa niña tan sagaz para su edad y su condición. Me la imaginaba como una de esas sufragistas que quieren romper la frontera de lo tolerable para diluir su condición femenina en la mentira de una igualdad con los hombres. Mi hija no, nunca. Pero al mismo tiempo sentía, aún sin quererlo, un incontenible orgullo de padre. No podía satisfacerme que Visitación Zapata mostrara condiciones que no le correspondían, y

así y todo gozaba de contemplarlas, de escucharla, de despertar y alimentar su curiosidad de ser superior, porque lo era, María. Muy superior a nosotros. En bondad, en inteligencia, en serenidad. Era una criatura de Dios en este mundo atroz.

Zapata amó a su hija Visitación más que a nada en esta tierra. El hombre que creía de verdad en seres superiores destinados a dirigir el mundo sobre otros inferiores que habrían de someterse a ellos solo había sentido amor verdadero, y admirado respeto, por su propia hija, de condición mujer y, por ello, con plaza en ese segundo orden de los seres menos dotados sobre los que los capaces debían imponerse.

—La tierra es nuestra —responde a la curiosidad de la niña—. No somos nosotros parte de ella, sino sus rectores. La propia tierra nos enseña el camino con los ciclos de la naturaleza, en los que las cosas nacen, crecen y luego mueren. Lo que hay bajo nuestros pies está muerto, es el poso de siglos de otra vida en otra época. Todo eso reposa y permanece durante muchísimo tiempo...

—¿Años?

—Siglos, milenios, millones de años, según dicen los ingenieros geólogos, que son los que saben leer las huellas de la tierra. Bueno, no solo ellos. Algunos tenemos también esa virtud que la da el buen ojo y la experiencia.

—Pero ¿no se queja la tierra? —insiste la niña en la misma pregunta.

—¿Por qué se iba a quejar, si le damos una nueva vida? Es lo que trato de decirte, Visitica, que de lo muerto de tiempos lejanísimos sacamos riqueza y vida para los hombres de hoy y del futuro. El progreso está aquí debajo, solo hay que saber dónde y darle forma.

Reanudan el paseo, toma Lobo la mano de la niña y mirando al lejano Mar Menor, que muda a un gris azulado a medida que el sol desciende a sus espaldas, inexorable más allá de la sierra, añade:

—La tierra es generosa con quien sabe sacar lo mejor de ella, y feroz y despiadada con los que la destrozan o mortifican sin criterio. Como el mar, que da riqueza pero quita vidas si eres imprudente, débil o se te tuerce la fortuna.

Imagina la niña abismos insondables en el océano y el corazón de la tierra. Túneles y valles sumidos en la oscuridad en los que se acumulan seres vivos, animales, plantas, hasta civilizaciones antiquísimas que el tiempo convirtió en cenizas sobre las que se levantaron otros seres, otros mundos que luego volvieron a caer, y se fueron formando las montañas y en su seno el tesoro brillante de las piedras que esconden la plata, el oro, el plomo, las riquezas que aguardan ser descubiertas por hombres decididos y valientes, aventureros sin miedo como el que con firme suavidad le guía por el sendero de la sierra y de la vida.

—Yo quiero descubrir tesoros en la montaña. Lléveme a la mina, padre.

—No, Visitica, no es cosa la mina de mujeres. Y menos aún de niñas.

—¿Por qué?

—Es peligrosa. Y sucia. Y hace mucho calor, y hay hombres medio desnudos.

—¿No hay mujeres en la mina?



—Algunas, pero son las que la mina dejó sin hombre y sin sustento. Pobres infelices sin instrucción ni esperanza. No son como tú, como nosotros.

Eso decía Zapata. Eso repetía, para replicarlo siempre, Visitica. En todo caso, en aquel entonces no entraba yo en ese «nosotros», y después de aquel primer regalo de su presencia, recién nacido Manuel, Visitación no volvió a verme a la fonda de Esperanza.

—Irritó a mi padre que fuera —me contó años después en otro momento de confidencias de tantos como tendríamos a mi regreso a la casa—. Y a Juana, desde luego. A la pobre Francisca le cayó un rapapolvo de los de época, y a mí me prohibieron salir un tiempo para no caer en la tentación de ir a tu encuentro. Yo creo que padre en el fondo te echaba de menos.

—Muy en el fondo, Visitica. Mucho.

—Has vuelto, y eso no habría sido sin su consentimiento.

—Ha pasado el tiempo.

—Y pesado tu ausencia. No te quites valor, querida María. Él está ahora en tus manos y son esas manos las que alivian su dolor y mitigan la amargura con que vive.

Sospecho que aquella ira primera no fue del todo ajena a mi marcha de Portmán.

Cierto es que Esperanza andaba ya con fatiga por mi presencia, pero algo más debió de poner de su parte Miguel Zapata porque no habría de pasar mucho tiempo sin que la gitana me dijera que ya iba siendo día de que me fuera.

El exilio era un arma que Zapata utilizaba con cierta constancia. A alguno de sus hombres más pendencieros o difíciles los había metido en un barco a Orán, donde iban los desesperados a buscar acogida o alimento en tiempos críticos. Si mal no recuerdo, ese fue el destino de los caldereros de La Orcelitana cuando la explosión convirtió al doctor Páez en espía de Lobo. Les condenaron las palabras de Jesús Martínez. Y en una ocasión envió aún más lejos al mismísimo práctico del puerto, porque el hombre osó disciplinar a uno de sus capitanes sobre horarios y cantidades de descarga. Si no se podía, no podía ninguno, por muy urgente que fuera el viaje o poderoso su patrón. El día después del impedimento, Miguel Zapata le llamó a su despacho. En aquel tiempo, y ante aquellos hombres, negarse a sus peticiones era una provocación. Acudió el buen hombre a la Casa Grande.

—¿No puede usted tener en consideración la urgencia en la carga de un metal que tenía que salir cuanto antes hacia Francia?

—Ni la urgencia ni su conocida y valoradísima probidad, don Miguel. La ley tiene que ser la misma para todos.

Pero no lo era, sobre todo en esta sierra. Y el pobre no tardó en comprobarlo.

—¿Cuál es el lugar más distante de aquí en que tenemos un puerto que gobernar? —le preguntó Lobo al práctico.

—No sé por qué me hace usted esa pregunta. Pero supongo que el de la isla de Fuerteventura, en las Canarias. O La Habana.

A Cuba consiguió que lo enviaran, que no sé si volvió después de la guerra. Se

tuvo que ir sin su familia, a un exilio cruel de final desconocido. Y esperaba no verme yo en la misma coyuntura.

—No puedes seguir aquí con el niño, entiéndelo, María. Yo he hecho lo que de Dios y de mi mano estaba para aplicarme en ayudar a tu ventura, pero ya no es posible prolongar la caridad.

—¿Y dónde me voy a ir, Esperanza?

—Regresa a la peña del Águila, con tu madre y con tu hermano Juan.

Sabía que no podía. Que si me habían tirado al barro por sospechar de mis amores con Zapata, qué no harían si allí me presentaba con una criatura que llevara en su interior las dos sangres.

—Te arreglarás, mocica. Tienes arrestos y aprenderás a sobrevivir —me decía, consciente de que ponerme en la calle era como hacerlo a la puerta de un café cantante, pero yo quería creer que su confianza en mí no era fingida o bastarda. Y si ella confiaba, yo podría.

Esperanza tenía razón. Podría valerme. Pero estaba muy asustada, porque de nuevo volvía a la calle. Sola.

El valor no es la ausencia del miedo, sino la riqueza de saber cómo mantenerlo a raya: que muerda pero sin herir hasta nublarlo, que es lo que hace con mucha gente.

Cuando entré por primera vez en la Casa Grande, la muerte de Joaquín la había llenado de sombra apenas siete años después de que el tifus hubiese matado a la pequeña Trini, dos añitos tenía. Joaquín, su hermano mayor, que ya apuntaba cualidades de minero y maneras de hombre de bien, era entonces un adolescente de trece, y la pequeña Visitación acababa de cumplir los cuatro.

La muerte es tan inevitable como inoportuna, puesto que nos llega a todos pero nunca cuando conviene, salvo que el sufrimiento de la vida sea tan insoportable que confiemos en ella para librarnos del mal. Pero eso va contra Dios y las leyes de la naturaleza. Ningún minero desea la muerte para sí y los suyos, aunque Zapata creyera que algunas madres enviaban a los pozos a sus hijos para que se fueran despacio y no hubiera que alimentarles, y saben el cielo y la tierra que su padecer es tanto que solo quienes descienden al infierno de los pozos tienen preciso conocimiento de su dimensión. Ningún animal, por fiero o bruto que sea, se deja matar sin pelear hasta rendirse.

Del mismo modo, el ciclo de lo que es juicioso y se ajusta a la naturaleza se rompe cuando llega el fin de tus días a tus hijos antes que a ti mismo. Me oprime el corazón el doloroso ensueño de que muere mi Manuel y esa sola imaginación me lastima como si de una verdad incuestionable se tratase, como si fuera la muerte de Joaquín en aquella mañana del puerto en que comenzó mi ascensión al monte Calvario.

Miguel Zapata enredaba ya en política con los liberales, mientras seguía buscando los filones y sembrando interesados afectos para cultivar las amistades que habrían de hacerle rico, cuando murió su pequeña Trinidad. Para Juana fue un momento de locura del que creo que no se había recuperado al llegarle el final de su hijo mayor, mi hombre.

Dos veces la naturaleza había quebrado sus propios principios en una casa ya maldita a la que pronto llegaría el fuego salvaje que iba a torturar de por vida al amo. Y después, las demás despedidas, hasta la soledad de oscuras sombras que compartimos él y yo. Aquella soledad que prolongaba los dolores de las horas y en la que no había respuestas de la razón a tanto dolor.

Y la maldición, siempre presente.

Como una noche, cuando Miguel Zapata ya había enterrado a sus hijos y a Juana, que paseábamos por el puerto cerca del muelle del carbón y la playa de pescadores. Algunos de ellos recogían las redes mientras un par de mozos cargaba una espuerta con pescado para la lonja. Me traspasó fugaz y sin herirme un vivo recuerdo de la

niña que acudía allí años atrás buscando pescado a buen precio. Un pescador nos miró sorprendido, había reconocido a Lobo y saludó con una inclinación de cabeza. Pero él no estaba allí, seguía perdido en algún recuerdo o algún miedo. Hasta que se detuvo, se giró hacia mí y me dijo:

—El sueño que creí feliz marca de la providencia había sido en realidad un pacto con el mal que solo alguien ciego de ambición pudo estar dispuesto a sellar. ¿Sabes qué será lo próximo?

—Solo Dios conoce el futuro, no tientes más a la suerte.

—¿Qué suerte, mujer?, ¿qué cartas me quedan para jugarla?, ¿qué puedo hacer sino lamentar la mía?

Permaneció un rato en silencio y lanzó un lamento:

—El olvido. La tenebrosa injusticia del olvido.

Detrás de nosotros se escuchaban ruidos de holgorio, música tabernaria y una lejana carcajada de mujer.

La Casa Grande, más inmensa que nunca, estaba en penumbras, muerta.

Volvimos a subir penosamente la escalera principal para sentarnos en el voladizo que había arreglado Visi, la hija de mi Visitación. Se sentó en su butaca y perdió de nuevo la mirada.

Hoy le recuerdo así, doliente, resignado, cansado y anciano. Fuerte solo en el vigor de sus convicciones, y envuelto de un halo gris apenas perceptible en medio de una negrura plena como la de su ánimo y su mirada.

Ya era el final. Los últimos tiempos en los que me había prohibido poner en marcha el gramófono, el mismo que sonó el febrero espantoso del que aún no he dado cuenta porque es como si temiera hablar de ello.

Antes, sonaba Caruso y su voz recorría las estancias sin vida como si estuvieran repletas de público sediento de sus escalas y sus armonías, del milagro de lo que aquel hombre atesoraba en la garganta. Todo se llenaba de música que rompía el silencio de sepulcro, que podía iluminar sus noches. Adoraba aquella sensación cuando aún resultaba grata al viejo Miguel. Pero cierto es también que a menudo la belleza de la música llegaba a nuestro corazón como espada de melancolía que nos lo abría y depositaba en él el amargo licor de la añoranza. Curioso alimento la música, que te hace crecer dentro la aflicción o la alegría, según te encuentre el ánimo cuando la escuchas.

Porque otras veces nos traía el recuerdo de las veladas en la Casa Grande, como la presentación en sociedad de Visitica, que brillaba con el fulgor de una princesa de cuento, o las jornadas de beneficencia que convocaba doña Juana.

Viajábamos en el tiempo. Al menos yo lo hacía cerrando los ojos, y me dejaba llevar por los sonidos armoniosos de la música y el crujido constante de la aguja sobre la pizarra, y recorría los pasillos y era como si el pasado regresara. Sentía vivísimo el eco de voces lejanas y sobre la música volaba hacia ellas en la oscuridad de la casa hasta sentirme allí, en otro tiempo y otro lugar, donde había vida y luces y

gente bailando y charlando. Empujaba entonces la puerta del salón principal y todo regresaba a los tiempos felices. Velas y lámparas, música, risas repartidas por el aire: conversaciones en cientos de tonos, el grato rumor de una fiesta con orquesta, hombres y mujeres vestidos de gala, como si estuviéramos en el mismísimo Palacio de Oriente de Madrid. La vida volvía en mi evocación, en nuestros sueños. Desordenaba el tiempo.

Allí estábamos todos, más jóvenes, menos gastados. Vivos. Doña Juana charlaba jovial y aparentemente alegre con algunos invitados sin detenerse en exceso en las conversaciones, mientras vigilaba a veces con discreción y otras no tanto cómo se afanaban las camareras del servicio, las de casa, o las llamadas para la ocasión o prestadas por algún hotel o el balneario. Veía a Visitica riendo de niña, correteando con Miguelico entre los invitados, tensa la madre ante el riesgo de estropicio, y lejano el padre, que solía aprovechar estos acontecimientos festivos para amarrar lealtades o abrir caminos de negocio, que siempre son más fáciles si se riegan con algún licor de los que agradan al paladar y dan calor y procuran cercanía a los ánimos. O la recordaba con algún mozo de Murcia o aquel apuesto marino de Cartagena con quien andaba medio ennoviada cuando llegó Pepico Maestre.

—¿Te acuerdas del capitán Agustín, María? ¿Aquel marino tan bien plantado, morenote él, que tanto te miraba en los conciertos y las fiestas del salón?

—Cómo no acordarme. No me quitaba ojo. ¿No era el que había ido a la escuela con Joaquín?

—El mismo. Pues has de saber que hubiera sido capaz de venir a por ti y llevarte en su barco hasta el fin del mundo. Tú siempre fuiste más elegante y más hermosa que nosotros. Minera sí, pero de una hechura y una elegancia que ya quisieran casi todas las lechuginas de por aquí y de por allá; las de Murcia y hasta los Madriles.

—Exageras.

—No lo hago, querida. —Volvía a mirarme con el brillo chispeante de sus ojos parlanchines y aquella sonrisa abierta que iluminaba cualquier oscuridad—. Habría que estar ciego para negar tu hermosura. ¿Quién te puso el apodo?

No lo recordaba. Quizá algún arriero, quizá algún pescador, o alguno de esos ruidosos vendedores de la lonja de Portmán, quién sabe. En las bulliciosas mañanas del puerto cosechaba los mayores triunfos. A veces notaba los codazos que se daban los marineros desde los buques cuando pasaba, y la misma reacción intuía cuando Visitica se empeñaba en que abandonase mis desvelos por Manuel y me asomase con ella a alguna de las fiestas de la casa. Pues las había.

Portmán está a unas dos leguas de Cartagena y apenas una de La Unión, y no son cómodos los caminos para el viaje: senderos de recuas llenos de grietas y rampas de subida y de bajada que ponen difícil su trabajo a las caballerías. Pero casi nadie rechazaba una invitación a algún acontecimiento festivo o celebración en la Casa Grande. Menos aún, los pocos que se celebraron tras la muerte de Joaquín, pues si bien con ella el luto casi había cerrado la puerta a las fiestas y encuentros, la Casa

Grande no podía vivir aislada en aquel universo extraño en el que se entrecruzaban sin mezclarse jamás dos mundos tan próximos y tan distintos.

Se bailaba, se hablaba y se vestía como en los salones de cualquier ciudad del mundo. Políticos, mineros, comerciantes, marinos y muchos extranjeros de empresas mineras o del puerto eran los habituales de estos acontecimientos que congregaban en los alrededores de la casa tanta gente casi como en el interior. Caravanas de carruajes, algunos elegantísimos, rodeaban el muro del jardín y la estrecha calle que daba al norte. Y el público se agolpaba en las puertas, en las bocacalles de alrededor para observar el espectáculo de brillo y almidón, de vanidad de aristocracia local y de fortuna.

La música y el sonido apagado de voces y risas llegaban al exterior sobre todo en las calurosas veladas de julio, el mes del cumpleaños de Visitación y también de Trini. La noche jugaba, entonces, a entreverar el áspero silencio de la sierra cuando calla el mineraje con las voces tabernarias que ascendían desde el puerto y esa luminosa presencia de la música y el murmullo de las gargantas alegres.

A veces, en días de fiesta en la casa, corríamos Visita y yo por la escalera de caracol hacia la azotea agarradas a la forja de hierro con las iniciales de Zapata, y allí jugábamos a identificar las voces que llegaban desde abajo, y los sonidos del viento, el mar y el puerto. Algunas hogueras y luces de guardia nocturna señalaban minas o fundiciones detrás y a los lados de la casa.

—¿Has visto cómo viene hoy Gertrudis, la esposa del almirante?

—¡¡¡Síiii!!! —reíamos las dos—. Le aprieta el corsé hasta no dejarla respirar. Creo que ni agua ha probado, no fuera a estallarle el vestido.

Abundaban los tules y galones, los lazos y muselinas, y aunque fueron decayendo, algún que otro miriñaque de esos que hacían imposible dar un paso. Visitación prefería la moda antigua del vestido Imperio en lugar del más decoroso pero incómodo traje de sociedad.

Aquellos bailes con orquesta, que a partir de la primavera ampliaban la atmósfera festiva al jardín —donde la música encontraba el apoyo sostenido y líquido de la fuente de mármol rojo y blanco a cuyo alrededor se percibía también el olor de los limoneros y las higueras—, eran un auténtico desfile de modas y copias de figurines de revistas de damas, como aquel antiguo *Correo*, y de personajes de mucha relevancia y alto copete.

Hombres y mujeres de vida confortable y despreocupada, que habían hecho de la mina o la mar su forma de vida y negocio. Y a tiro de piedra, los profundos laberintos superpuestos que hombres de metálica consistencia construían en el interior de la montaña, respirando veneno mortal, condenados al suplicio permanente de la oscuridad y el miedo, enterrándose en vida para el enriquecimiento de aquellos que bailaban y daban fama a aquella Cartagena de entresiglos de ciudad abierta, vitalista, tolerante y hasta frívola. Qué tiempo de contrastes, de roce de emociones y mundos tan distantes: el arte admirable y la miseria insufrible.

Los Zapata vivían en la casa y en lo alto de una sociedad en la que sus miembros, cada vez más ricos y más ambiciosos, solo se relacionaban entre sí en un mundo alejado de privaciones y repleto de luces, frivolidad y progresos. A pocos metros, en las calles de Portmán, en la avenida principal de La Unión, en el alto de Herrerías o en las casas de mineros de Los Llanos, se malvivía con jornales de ocho reales, se comía tocino, garbanzos y las algarrobas que le sobraban a las mulas; a veces, con suerte, pescado o esa carne mustia que traían de la Argentina, y ante la desgracia de un derrumbe o una inundación, se vendían cuerpos de mujer y niño y almas de ser humano desesperado a quien estuviera dispuesto a pagar por ello. Siempre había alguien que por dinero estaba dispuesto a contravenir las leyes de Dios y de la propia naturaleza.

Esas que se estaban rompiendo ya en la Casa Grande, donde morían los hijos antes que los padres, y lo seguirían haciendo, aunque entonces, acaso oculta por la alegría de Visitación, el encanto de Miguelico, el poder de Lobo y el brillo colorista y educado de las fiestas, nadie pudiera pensar en la dimensión de la desgracia que solo una maldición explicaría. Eran sus primeras llamaradas, el aviso de los dolores que nunca abandonarían a Miguel Zapata, porque el sufrimiento cuando llega no se detiene en clase o condición.

Por eso pienso hoy que aquellos viajes al pasado —cuando nos sumergíamos en el eco extraño de la música en la casa vacía, cuando los sonidos del gramófono recorrían los suelos de madera, las paredes estucadas, los muebles cubiertos de sábanas para protegerlos del polvo— no eran igual para Lobo que para mí. No evocaban los suyos con tanta precisión un ayer irrepetible y feliz, sino que le devolvían los más dolorosos perfiles de su soledad y de sus pérdidas, le colocaban ante la verdadera dimensión trágica, sangrienta, infernal, del edicto maldito en cuya fe se consumía y lo iba matando poco a poco.

Me presenté ante Anica la Tuerta en su fonda de arrieros de la Cruz Chiquita en una vieja carreta a la que Esperanza tuvo la delicadeza de subirme. Ya había entrado el verano y aquella media legua desde Portmán con el niño amarrado fue un padecimiento de sol quemante y polvo áspero de azufre. Lloraba la criatura por el calor y me apretaba a mí la sed con una sequedad de la garganta y roer de ojos que no hubiera soportado mucho más, cuando llegué a la oscuridad fresca de la Tuerta.

—Ya sabía yo que la gitana se arredraría con el Lobo, aunque ella diga que no.

Siempre pensé que la tosquedad de macho de la Tuerta ocultaba, o mejor escondía, a una mujer sensible a la que la vida había puesto donde no debiera. Manejaba la prudencia con la misma habilidad que la intemperancia y el mal gesto con los hombres rudos de los caminos, a veces más bestias que las suyas propias. Había aprendido a leer, pero no lo suficiente como para asomarse a los libros. Yo algo sabía, mas como ya he dicho no sería hasta mi regreso algún tiempo después a la Casa Grande cuando Visi me enseñó de verdad y me puso delante aquellas novelas de aventuras que tanto le habían fascinado a ella de pequeña cuando las devoraba —así llamaba ella a leer mucho y con muchas ganas— a la luz del ventanal o con las lámparas que encendía en su cuarto por la noche.

La Tuerta no tenía más instrucción que lo poco que fue a la escuela de pequeña y el monte y los caminos, que eran lo que de verdad le había dado el fondo de sabiduría de la vida. Era quizá la más despierta y la más fuerte, pero no la única mujer en el monte en aquellos tiempos. Antonia, la madre de un arriero llamado el Jura, tenía la exclusiva de la diligencia entre Portmán y Cartagena, y sabía defenderla muy bien. Tanto que cuando pusieron en 1874 el vapor entre Cartagena y Herrerías, le colocaba piedras de mineral a la vía para que pareciera que se habían desprendido lisos y fuera imposible mantenerla abierta. No era su línea, pero le ensombrecía el negocio. No la conocí a ella, al Jura sí, aunque no reparé mucho en él porque era un arriero delgado y doliente que siempre se quejaba —sobre todo de su madre— y no me miraba a los ojos cuando le hablaba. Al pecho sí, y mucho; como casi todos, dicho sea de paso.

Lo hacía también la Tuerta, cosa que atribuí a esa cualidad de admiración de atributos entre mujeres que nos permite atenciones que de despertarse entre hombres conducirían a equívocos.

Hablábamos mucho, me contó su historia, y que había conocido bien a Lobo.

—Cuando llegó a la sierra —me dijo una tarde—. Era duro. Y muy listo. Pero sobre todo era ambicioso y tenía muy mal trato con los demás. Pasaba por encima de quien fuera. Como había sido ganadero, sabía llevar a los animales, pero de tanto



tratar con ellos debió de olvidársele que las personas no tenemos patas ni montamos por detrás... siempre —sonreía con sus ocurrencias de mulera—, ¡qué coño!

—¿No era rico entonces?

—Tenía posibles y se gastó el dinero en una recua, y luego otra. Como antes había hecho con un ventorrillo en el Llano del Beal. Pero no, no era como ahora. Malo sí, mucho. No bebía, nunca lo hizo, pero no le hacía falta para ponerse delante de otros hombres y hacerles frente hasta a puñetazos llegado el caso. A mí me pretendió en una ocasión, porque era mujeriego, o al menos así lo recuerdo.

—¿Y qué pasó?

—Lo que tenía que pasar. Nada.

—¿No te gustaba?

—No. A mí los hombres para gustarme tienen que ser muy señores, y todavía no me he topado con ninguno. Y visto dónde estamos, señorita guapa, parece difícil. No me imagino a un caballero de rango y hermosura parando por este lugar. Que es mi casa, sí, y ahora la tuya, pero alguien que no fuera arriero y buscara solo albergue y descanso no pararía ni a mear.

Me acordé entonces de Sullivan, a quien no había vuelto a ver desde el encuentro en la fonda de Esperanza.

—Sé yo de uno que sí. Un inglés muy apuesto y rumboso que es fino y se mueve entre mineros.

—Le tengo calado, niña —me sorprendió—. ¿Es uno con pelo rojo y el pellejo más blanco que la cal de mi casa? —Asentí—. Pues ese pasó por aquí hace algunas semanas y ha vuelto estos días haciendo preguntas a los muleros y tomando con algún capataz. Es fino, sí. Pero no creas, también es hombre y actúa como uno de ellos.

Tras un rato de silencio, en el que solo se oía el ávido chupeteo de mi hijo, al que amamantaba mientras hablábamos, la Tuerta se rindió:

—Tampoco me sedujo el mozo. Mu rubio, mu blanco... mu blando. Soy de pocos hombres, me gustan más otras bellezas que se ven aún menos por aquí. Como la tuya, niña.

Así que era eso. Su hombruno porte y el forzado metal de su voz, casi masculina, eran sello de su antinatural desviación. Esa misma que decían llevaban en su pecado las sufragistas que querían ser como los hombres porque lo eran en el fondo, según aquí hablaban los conservadores y los liberales, que en Madrid se cambiaban unos por otros para gobernar y en este lugar venían a ser la misma cosa. Tanto que Lobo y Maestre empezaron siendo liberales y terminaron con los conservadores de De la Cierva. Más Maestre, porque Lobo ya había pasado en aquellos tiempos por la política, que dejó en cuanto ya no pudo sacarle más partido ni beneficio.

Me dijo, ya confesado su secreto, que en El Molinete de Cartagena, en lo más alto de la ciudad, donde estaban y continúan los tugurios en los que los chulos comercian con los cuerpos de las mujeres que no tienen donde caer muertas, encontraba la

satisfacción a su necesidad de amores, porque allí nadie la conocía y había unas cuantas que le daban igual a la carne que al pescado siempre que hubiese reales; y me relató qué había pasado el día que el animal le rompió el ojo, o cómo de niña se vino al monte con su padre cuando la madre murió de tifus con muchos dolores y fiebre. Aquí levantaron la posta y ella, que creció entre mulas y hombres, siguió con el negocio al morir el padre.

Yo guardé silencio sobre el mío, no por falta de confianza o estímulo para compartirlo con ella, sino porque, al contrario de lo que sucede con la memoria de Miguel Zapata, quiero enterrarlo en el olvido, como si no hubiera pasado, como se conjuran los malos recuerdos y se esconden por arte de magia y desaparecen, y una no piensa jamás en ello y es como si no hubiera ocurrido nunca. Lo que no recordamos no lo sabemos, lo que olvidamos jamás existió, solo lo que se cuenta y se recuerda nos hace conocedores de nosotros mismos y de nuestra historia, la pequeña de nuestra vida y la grande de nuestro mundo. Como este infame en el que sobreviví y debo hoy recordar.

—¿Cómo sabes que Esperanza me ha soltado por culpa de Zapata?

—Porque de todo se habla en Portmán, porque aquí se cuenta todo y si es de los Zapata, además se exagera. Hay quien dice que estás preñada del propio Lobo y que por eso te echaron de la Casa Grande.

—Qué barbaridad, ¿cómo pueden decir eso?

—Dicen tanto, María. Tanto. Has oído lo de la maldición, claro.

Otra vez la maldita historia. No era, por tanto, materia de superstición de gitanos o brujos. En la fonda de los arrieros también se había detenido la superchería. Miré alrededor. No había nadie en ese momento, en esa sala de madera oscura y mesas con bancos corridos en las que en breve estaría ya oficiándose la liturgia de alcohol y lamentos que los muleros celebraban al detener su camino. Dos sacos de mineral descansaban en una esquina como testigos del comercio ilícito pero muy provechoso que la Tuerta hacía con el quintal que sisaban los arrieros entre la mina y la fundición.

Me hice de nuevas.

—No. ¿Qué maldición?

—Pues la que gobierna la vida de los Zapata. Que dicen que la muerte de sus dos hijos es la venganza de la tierra o el pago al diablo por sus riquezas, y que los que le quedan, la niña y el pequeño rubico, aún morirán antes que él.

—Nada de eso. Están sanos y bien cuidaos. Habladurías.

—Quizá, pero las dicen.

La Tuerta se me confesó desviada, pero nunca pretendió nada conmigo, puede que por respeto a mi calvario de madre repudiada o por contemplarme ella con mirada más maternal que de carne. Me dio cama y cobijo sin nunca exigir pago de trabajo alguno o dedicación a lo mucho que allí había que hacer. Yo me entregaba a mi criatura y a ayudar en la limpieza y en ocasiones el cuidado de los animales, que

aprendí a tratar y aparejar.

Sabe Dios que aquella Anica ruda y de carácter hacía todo lo que en su mano y de su conocimiento disponía para que estuviéramos atendidos, presente como tenía que en los últimos tiempos, desde la desgracia de Joaquín, no había hecho otra cosa que penar y rodar expulsada de todas partes como una leprosa a la que nadie quisiera ni rozar. Pero ya desde el principio estábamos las dos en la idea de que aquel no era lugar para nosotros. De que nos exponía a una intemperie insana de hombres y animales cuyo ímpetu podía estallar en algún momento como un accidente con las bestias o una maldad con los hombres.

Hasta que sucedió.

Sin pasar mucho tiempo, la vileza de un hombre que yo conocía y ya me tenía mal mirada vino a presentarse con la brutal impiedad que solo las almas depravadas gastan para con los que son de su condición.

El calor hacía más pesada aún la atmósfera de azufre que ni la cercanía del mar despejaba los días y las noches en que no soplaban el maestral o el levante. Hasta el lebeche, el viento que venía del sur y traía las arenas del desierto en verano, daba más alivio a los cuerpos que esas noches de la sierra en que no se mueve una brizna, y entonces pesa el aire y parece como si fueran también de plomo las estrellas y la luna. Aunque el ocaso liberaba el ambiente de la insoportable presión del sol que mordía hasta las piedras, era tanto lo que calentaba la tierra durante el día, que hasta bien entrada la madrugada parecía que el mismísimo Belcebú hubiera encendido sus calderas para mantenerla ardiente.

Esta sierra inclemente, que esconde tesoros que el reposo de siglos ha ido forjando, tiene tanta agua dentro como fuera tierra estéril, y por ella no pasan ni la templanza ni el sabio y paulatino discurrir de las estaciones. Aquí te aplasta el calor, o te ciega la lluvia, o el invierno seca el aire que aunque no llega a congelarse corta las pieles y hasta las piedras. En noches como aquella, solo los mineros que salían del infierno húmedo en que enterraban sus vidas recibían con alivio lo que para los demás era un calor que hacía imposible el descanso.

Yo no podía dormir. Manolico reposaba sereno y manso en su capazo, tal que un niño Jesús de esos de las estampitas de iglesia que tan hermosos pintaban siempre. Sonaban chicharras y alguna voz hombruna bajo la parra de la venta.

—No puedo dormir, Anica.

—Tampoco yo. Hoy el calor es de asfixiar. Hasta la lana del colchón se me hace que quema.

—Me voy a respirar fuera un rato. ¿Me acompañas?

—Sal tú, mocica, yo echo un ojo a tu criatura. Pero ponte algo encima, demonio, que no puedes salir así de desnuda al mundo. Y menos a este.

Llevaba los pololos de dormir y una camisa blanca sin mangas. Me puso sobre los hombros algo parecido a una ligera capa como de algodón que se me antojó una sábana o un chal ligero.

—Gracias, Ana.

La luz de la luna emplomaba todo lo que podía verse. No había nadie en la entrada principal ni en el camino. En la cuadra solo se escuchaba algún bufido animal, pero ni rastro de alguna otra presencia. Al pasar junto a la puerta desnuda, sin hojas ni metales que la cerrasen, pude sentir el aire ácido y espeso de las bestias que aumentó mi sensación de agobio.

Una leve brizna de viento algo más fresco que venía del norte, del lejano Mar

Menor, me acarició el rostro. Enfilé el camino que baja a Alumbres sin reserva ni reparar en lo que pudiera estar alejándome de la venta, tan necesitada me hallaba de algo de frescor y creo que también de una pizca de la soledad que te roba un hijo. Miré atrás en algún momento, pero no llevé mucha medida o conciencia de que estuviera distanciándome de manera imprudente. Las chicharras seguían cantando el calor de la sierra, y algunos sonidos de animal nocturno hacían más intenso el silencio de la noche. Sentía el calor del suelo y la pesadez del aire, pero al menos me liberaba del encierro entre cuatro paredes y disfrutaba de algún puntual pellizco de viento.

Se me debió de escapar también la medida del tiempo, porque fue en un instante en que todo había quedado en silencio, en que solo escuchaba mi corazón y mis pasos, con un mágico sosiego de todos los seres o máquinas que allí podían hacerse presentes, demasiado alejada de la casa, cuando ante mí se plantó una sombra que me sobresaltó por lo repentino de su presencia. Había bajado bastantes metros hasta el primer recodo del camino. Casi ni sentía el calor, tan embobada como quedé con aquel cielo brillante de estrellas y planetas lejanos, como diría Visitación, hasta que me arrancó de la serena distracción ese movimiento cercano, que pensé fuera algún animal de esos nocturnos, y que me devolvió al momento y el lugar en el que estaba, monte abajo, cerca de la mina Santa Isabel. Pero no era un animal; o sí, según la consideración que uno quiera darle al hombre delgado y menudo que se había colocado a pocos metros de mí. Antonio el arriero, apodado el Cuervo, que algunos meses antes me había puesto en su paisaje de codicia cuando me encontró junto a Marcial la noche en que mi madre y mi hermano me echaron de la casa de la Peraleja.

No reconocí su sombra de primeras tras el susto que me hizo ahogar un grito y llevar la mano izquierda al pecho, como si quisiera sujetar el corazón.

—Hola, niña. Qué sorpresa.

Ahí sí supe quién era.

Inconfundible su voz recia, y su forma de arrastrar las palabras por culpa del mucho anís que debía de llevar bebido para entonces. La mezcla caliente de sudor seco y el alcohol de su aliento que me llegaron con nitidez se convirtieron en presagio. Una punzada de terror me paralizó el corazón. Miré instintivamente hacia la venta de Anica, visible a lo lejos entre las sombras, para calcular la distancia de la carrera que tendría que emprender, pero no me moví. Ni fui capaz, y solo Dios sabe la razón, de gritar ni sacar de mi garganta apenas voz alguna.

Estaba ante mí, un par de metros más abajo, en la soledad de una noche de calor y ahora de miedos, uno de los hombres más sucios que podía encontrarse por aquí. Desaseado, rijoso, mentiroso, violento y casi siempre solo, con Antonio el Cuervo no querían trato ni sus mulas. Había estado en el penal de Cartagena, dicen que por querer forzar a una sobrina suya retrasada que vivía en El Algar, y era de esos hombres que más que echarte el ojo te medían el cuerpo. Nunca se le conoció matrimonio o amorío, ni otro estado que la embriaguez a partir de la caída del sol.

—Es peligroso andar por aquí a estas horas. Hay alimañas.

Su media sonrisa lasciva dejaba ver la boca oscura, desdentada. Quise correr, pero las piernas tampoco me respondieron, y cuando por fin pude quitarme de encima el repente que me había paralizado, me detuvo la delgada presión de la punta y el filo de una navaja un poco más abajo de mi ombligo. Comencé a temblar sin control, presa de los nervios y un terror de esos que debe acompañar los instantes previos a la muerte. Temí al dolor y a la sangre más que a mi propio final. Lo notó, y aumentó la presión de la navaja.

—No tiembles, María. Esta navaja no abrirá tu carne si esta noche puedo olerla... tocarla. —Noté cómo cerraba los ojos y se iba pegando a mí y una náusea intensa me recorrió desde el bajo vientre hasta casi hacerme vomitar.

—Déjame, por favor —pude al fin suplicar.

Mi ruego salió de la garganta sin apenas fuerza, como sin convicción, tal era el pozo de angustia en que estaba empezando a caer mientras algo en mi interior lamentaba la frágil debilidad de la mujer que yo era, de todas las mujeres que en ese instante éramos: vulnerables, débiles, solas, asustadas, desarmadas ante el instinto animal y la superioridad física del hombre, de todos los hombres. Pensé en Anica la Tuerta, capaz como pocas de manejarlos, pero no tuve fuerzas para gritar su nombre. Maldije haber nacido hembra y condenada a ser sometida, blasfemé en silencio por el castigo de una debilidad que nos ponía a merced de las violencias de los hombres sin oportunidad y sin remedio. Quise morir de puro miedo, y un pánico feroz, animal, penetró en mi alma como si hubiera sido la fría hoja de la navaja, cuando la mano izquierda de la bestia comenzó a abrirse paso entre la tela de la Tuerta y el calzón abierto, buscando mi sexo con ansiedad brutal. Su respiración empezó a ser más intensa y el olor de su aliento me presionó los sentidos como la navaja que mantenía precisa y apretada a pocos centímetros del lugar que, para mi espanto, consiguió conquistar en pocos segundos. Noté sus dedos ásperos y torpes tratando de alcanzar mis adentros, y fue como si hubiera bebido de repente un trago amargo y caliente del más intenso de los miedos que se puede sentir. Vi y casi palpé a mi padre, olí la muerte, la deseé, quise no haber nacido para no revivir el horror que se iba abriendo camino dentro de mí. Esta vez más terrible, más brutal y salvaje que de niña. El miedo sabía a sal y azufre, a tierra mojada y a orines, y me entraba por los poros y se me metía en la sangre y quería suplicar a Dios que me matara sin sufrir.

Caímos los dos al suelo, o me empujó, quién puede recordarlo tanto tiempo después, y se tumbó sobre mí. Había soltado ya la navaja, roto mis ropas, dejado al descubierto mi carne y notaba la fuerza de su hombría intentando hundirse en mí con ademanes torpes de borracho y la tufarada ácida de su sexo animal, cuando el cielo se abrió y una repentina luz me rescató de esa tortura de muerte.

Julio Cárdenas, al que llamaban el Pintao, natural de Atamaría, arriero que había servido en las recuas de Zapata y ahora cargaba en las suyas propias, departía consigo mismo hablando solo bajo la parra, al sur de la entrada de la venta, y al ver mi sombra junto a la cuadra, me había seguido escamado de que la moza que hospedaba la Tuerta saliera sola y escasa de abrigo a tales horas de la noche. A saber cuáles eran sus intenciones, pero lo cierto es que lo que le tocó fue servir a mi rescate más que a cualquier otra curiosidad o instinto que le hubieran empujado a ir en pos de mí.

Lo vio todo desde el principio, el encuentro, cómo se acercaba el infame, hasta el instante en que caímos al suelo y rodó el puñal. Fue entonces cuando actuó, porque en un primer pensamiento se quedó con la idea de que quizá nuestra cita no fuera asunto de azar, y aunque le pareciese que yo era demasiada mujer para un sujeto como el Cuervo, cualquier cosa podría suceder alrededor de los sentimientos y el deseo carnal. Pero la navaja brillaba con demasiada fuerza y mi rostro y mi cuerpo silenciados por el terror le dijeron lo suficiente como para espolear su valía de hombre de bien y sacar fuerzas para enfrentarse nada menos que al Cuervo. No era una honra, sino una vida lo que su entendimiento le dijo que estaba en juego. Y no se equivocaba.

La luz poderosa y repentina que casi me ciega en el momento en que mi espíritu se había entregado a la brutalidad del macho encendido fue la de la lámpara de carburo que portaba el buen arriero y que debió de tomar de alguna pared de la venta, y no sé si llevaba prendida o prendió al advertir que lo que pudiera parecer un encuentro no casual era un deshonroso asalto criminal a una mujer, y no cualquiera, sino a la huésped de Anica la Tuerta, la moza recién parida que tenía al niño en la venta.

En tres zancadas se plantó ante nosotros y levantando la lámpara gritó al asaltante de mi decencia:

—¡Por Dios, Cuervo, hijo de mil putas! ¡¿Cómo vienes aquí a ultrajar a una mujer sola?! ¡Déjala en paz y vete al infierno, que es donde debes estar, negro miserable!

Tan embriagado de mis intimidaciones y sus anises estaría Antonio que tardó unos segundos en reparar en lo que sucedía. Segundos en los que siguió tratando torpemente de abrirse camino hacia mi interior, lo que el Pintao interpretó como una negativa, un desafío que se sintió obligado a detener con la violencia que aquello requería. Dejó la lámpara en el suelo y con las dos manos agarró una enorme piedra, como un liso que se hubiera desprendido de la techumbre de una mina, y le propinó al animal un golpe en la parte baja de la espalda que sonó a rama quebrada y tan fuerte

que yo misma lo sentí sobre mí. El Cuervo intentó darse la vuelta, pero solo consiguió rodar en el suelo hacia un lado dejándome libre, lo que aproveché para saltar desesperada y correr como ánima que ha visto al diablo cuesta arriba en busca de amparo. Ni siquiera me giré a pesar de escuchar los golpes y los gemidos de la paliza que el Pintao le estaba dando.

Entré apresurada en la venta, abrí la puerta de mi cuarto y una sensación de seguridad me invadió cuando vi la expresión serena de mi criatura y a su lado la Tuerta, que dormitaba con una mano en la cuna. Me senté en la cama, me palpé la ropa rota y noté el olor a macho sucio que había dejado en ella el criminal. Entonces estallé en un llanto que intenté apagar tapándome la cara con las manos.

Ana se despertó sobresaltada.

—¿Qué te pasa, María? ¿Qué ha pasado?

Entró en ese momento en la venta con gran estrépito el Pintao. Según me dijo después Ana, que salió como si el mismísimo Satanás le hubiera pinchado las posaderas, llevaba las manos ensangrentadas y tenía heridas en un puño.

—El hijo de puta del Cuervo ha querido llevarse la honra y no sé si la vida por delante de la moza que tienes aquí con su hijo.

—¿Aquí, en la venta, el muy hijo de mil putas?

—Ahí abajo, en el camino a Alumbres.

—¿Y lo ha hecho?

Salí yo de la habitación y desde el quicio de la puerta respondí.

—No.

—Ni ganas le van a quedar —añadió entonces el Pintao.

Supe después, aunque no por él, que había dejado al gitano medio muerto unos metros más abajo, y horas más tarde algunos compañeros le habían bajado hasta el hospital de mineros. No pudo volver a caminar ni se le volvió a ver entre los arrieros. Tampoco me importó su destino ni que se lo hubiera tragado la tierra.

Lo que sí me procuró fue pensamiento sobre lo frágiles que somos y lo que dependemos de las circunstancias y el instante. Seguramente hubiera muerto o hubiera quedado marcada para siempre sin la actuación de ese otro arriero. Y pensé, quizá en injusta consideración, si el Pintao no hubiera hecho lo mismo esa noche, buscarme a la fuerza como Antonio. Cualquiera sabe.

Quizá sea injusta al pensar así de aquel pobre arriero, pero tengo la certeza de que esta sierra hace aún más violenta la ansiedad dominante de los hombres.

Se cuenta que dos antiguos pistoleros asaltaron una tarde la diligencia de Cartagena en una pinada no lejos de Escombreras. Uno era Cristóbal Albión, servidor que había sido para el general Requena, que se libró de él por su conocida facilidad para causar el mal a los demás, puesto que era violento y muy pendenciero. El otro, un malhechor llamado el Rubio de la Ribera. Entre ambos se llevaron a una cueva a dos muchachas después de matar al cochero que intentó defenderlas. Allí se apropiaron de su carne y su dignidad. Dispusieron de ellas, encerradas en la cueva,



apartadas de cualquier testigo, silenciadas por el horror y la amenaza de las armas de fuego, tantas veces como quisieron y más de las que puede soportar la existencia humana. Las poseyeron como animales una y otra vez durante toda la noche hasta que las dos murieron de miedo y de cansancio. Nadie oyó sus gritos, nadie encontró sus huesos. Embadurnadas de barro y fluidos repugnantes de sus verdugos, se dejaban hacer entregadas con la resignación del perdedor, y las imagino vencidas, muertas de corazón y vísceras, doloridas y sin sensación alguna, como trapos sucios hasta perder el sentido del horror, del miedo, hasta borrarse a sí mismas su condición de seres de Dios.

Contó Albión a los civiles que fue tan horrible que hasta él mismo, embriagado de alcohol de la mina y celo, sintió en algún destello que no era él, sino el mismo demonio, el que una y otra vez volvía sobre ellas hasta agotarse, sin noción de la distancia entre la vida y la muerte. Tanto que no recordaba en qué momento dejaron de estar vivas, ni siquiera cuando su cuerpo se tensó y cesaron los gritos y sus ojos se tornaron blancos y no volvieron a cerrarse.

Saciados de su sed carroñera, enterraron los bárbaros a sus víctimas en algún lugar que nunca revelaron. Eran hijas de un comerciante de Murcia que puso en recompensa su paradero y nunca pudo descansar en paz por no haberles dado cristiana sepultura.

A Cristóbal le aplicaron el garrote, y el Rubio de la Ribera, que era aficionado a los cantes andaluces como el Alpargatero, apareció una tarde ahorcado junto a una tapia cerca del Descargador, en La Unión, donde vivía. No se sabe si se quitó él la vida o alguien que quiso vengarlas.

En cualquier caso, a mí el asalto de Antonio el Cuervo me sacó de la venta de la Tuerta.

Volvía otra vez a la incertidumbre de un viaje sin destino, como cuando me topé con los arrieros, cuando salí de la Casa Grande, cuando Esperanza me abrió, a la fuerza pero aliviada, la puerta de la posada donde empezó todo.

Apenas unos meses antes era una moza bien pertrechada de encantos y futuro, alegre y generosa en sus expresiones; sin miedo a vivir y todo lo dichosa que se puede ser en esta sierra implacable donde la muerte, la enfermedad, la violencia y el miedo se enseñorean con la misma imparable constancia que se suceden el día y la noche. Pero tenía la fortuna de estar viva y sana, y a pesar de lo que mi padre había moldeado de rencor en mi alma con sus indecentes acometidas, mantenía elevadas mis esperanzas en un porvenir que no fuera de dolor. Ahora volvía a los caminos y la destemplanza, además con la carga, dulce pero trabajosa, de un niño que cuidar y criar.

No se lo confesé a la Tuerta, si bien varias noches, una vez las dos hubimos acordado en qué momento dejaría la Cruz Chiquita, tuve que gritarme en medio del sueño cuando me ahogaron pesadillas en las que me veía bailando con seres mitad fiera mitad hombre, cuyos sexos apretaban mi vientre con ansia de posesión. Olían a

animal muerto y sudaban como mineros borrachos. En alguno me pareció reconocer el rostro de mi padre.

Anica la Tuerta ejerció de madre solícita y abuela zalamera de mi Manuel hasta que nos tuvo sentados en la galera que nos iba a llevar a La Unión. En mi regazo, una nota toscamente manuscrita por ella en la que me recomendaba a un comerciante de objetos de ultramarinos que ella había conocido en tiempos mozos y de quien respondía como hombre de fe cristiana y comportamiento acorde con su moralidad de persona de bien.

—Tú dile que la criatura es de un minero que murió en Mazarrón y te dejó viuda sin paga, y que has tenido que dedicarte al niño salvando tu honra a toda costa, y sirviendo con la Esperanza y conmigo. Ni se te ocurra hablar de tu soltería y el pecado de enamorarte de un Zapata. Y mejor si no le dices que serviste en la Casa Grande.

—Son muchos peros para tanta generosidad, me parece a mí.

—Discreción, querida. Siempre discreta, que eres mujer, guapa y estás sola con un niño que criar.

Hacía viento aquella mañana en que dejé a la Tuerta. La legua que separa La Unión de la Cruz Chiquita está llena de minas y fundiciones. De nuevo experimenté esa sensación que mezclaba admiración y temor ante el extraño paisaje de altísimos tubos de ladrillo que extendían por el aire los humos sucios y pesados de los hornos. Estaban por todas partes: torres delgadas, circulares, como árboles sin ramas cuyas copas fueran esas nieblas oscuras que agrisaban el cielo y hacían enfermar los pulmones de quienes vivíamos a su sombra. Aquel día el viento jugaba con las nubes plomizas estirándolas tierra adentro, impidiendo que permanecieran alrededor de la chimenea para caer después sobre todos nosotros. Parecía que el aire peinase una sierra cuyos cabellos encanecidos se prestaran a seguir la dirección que marcara su capricho. Cientos de chimeneas espirando aire mortal al mismo tiempo, al antojo del viento. No podía evitar pensar que bajo cada una de ellas, respirando polvo de muerte y calor, cientos, miles de seres humanos, como mi hermano Juanito, como mi padre, habitaban de noche a noche las calderas de un infierno de piedras y polvo que consumía sus entrañas mientras enriquecía a familias como los Zapata. Pensé en Visitación, la niña bondadosa que había empezado yo a querer como más que a una hermana y que por aquel entonces, a pesar de su edad, iba tomando conciencia de cuánta penalidad costaba llenar su cocina y alcanzar sus lujos.

Mientras avanzábamos con lentitud y un traqueteo que hacía imposible el sosiego, el viento arrastraba el polvo rojizo que levantaban las mulas y la galera en esta tierra de sangre. En ocasiones nos lo metía dentro pese al toldo, y los ojos se llenaban de

arena y teníamos que aguardar a que el agua de la lágrima lo sacase fuera. En la mina, ese incómodo hormigueo era constante, y las lágrimas salían de tan dentro que ni siquiera sabías si te limpiaba o no esos ojos que no veían más luz que la del carburo y las explosiones, ni más consuelo en la miseria que la esperanza de seguir vivo.

Al llegar a La Unión volvimos a encontrarnos la calle Mayor llena de gente. Tanta que en algunos tramos apenas había espacio para la galera, y nos teníamos que detener, y el cochero se desgañitaba gritando para que se le apartase el personal. Volví a sentir el olor a azufre y humo de plomo, aunque con menos fuerza que otras veces porque el viento se llevaba también los aromas venenosos.

Cerca del Café del Palangrero, que hace esquina en la calle Mayor, un hombre tendido en el suelo dormía la mona con la cabeza ladeada. Era un minero recio, de aspecto rudo y barba larga, que roncaba con la boca abierta sin suscitar interés o atención ninguna entre el gentío, habituado ya a contemplar a la luz del día los jirones que se dejaba la noche poblada siempre de oscuridades y desatinos. Recordé a mi padre, a quien al menos las piernas y la cabeza aguantaban y siempre regresaba a casa antes de que saliera el sol. Junto al minero borracho de esa mañana pasaba la ciudad como la fortuna, ignorándolo salvo para sortearle. Tendría mujer y probablemente hijos que pasarían tanta necesidad de comer como él de dejar de beber. Cada trago que aliviaba su pena de minero, que es mucha y se aferra siempre al alma y las vísceras, alimentaba la miseria de su gente. Todos lo saben, pero ninguno lo evita; tal es el sufrimiento que provoca el trabajo en la mina que hasta te borra la memoria y te endurece el corazón y te olvidas de los tuyos. Y trago a trago de láguenas, reparos, anises o vino rancio, noche a noche de ansiedad de carne, aromas de sudor y alcohol, o pendencia por un gesto o una deuda por saldar, los menos correosos o los más flojos van envenenando su espíritu mientras el cuerpo se va consumiendo sin remedio en las galerías.

Esta luminosa y concurrida calle principal de La Unión, que es camino entre los mares Menor y el Mayor del puerto de Portmán, muda de noche el alma y sus ecos, y en medio de la oscuridad de plomo que solo aclaran algunas luces de gas puestas aquí y allá como al azar, se escucha el sonido apagado pero constante de las músicas y los cantos de los cafés. A la puerta de algunos de ellos, los principales, como el Central o el del Alpargatero, algunos caballos amarrados delatan la presencia de guardias de revólver, y unos pocos carruajes, la de algún señor de cierto rango. A menudo suenan gritos de pelea y lamentos de herida de faca o pistola, aunque estas últimas suelen dejarse en casa porque la noche, los cantos y la bebida aligeran los dedos tanto como nublan la voluntad. Y mejor no arrepentirse a la mañana siguiente de algo que se buscó o se encontró en noche de farra.

Alguien tropezó con el cuerpo del minero, que, asustado, levantó una pierna y golpeó al despistado paseante, cuya reacción fue propinarle otra a él, y así iniciar una discusión, uno abajo y otro arriba, con griterío y canje de insultos que me devolvió al instante presente.

—Buen despertar va a tener ese de su borrachera —comentó un viajero.

—Mejor del que merece —respondí.

—¿Qué sabrás tú de alcohol y riñas, jovencita?

—Lo que llevo en la carne y en la memoria. De bebedores terminé saciada ya de niña, si es que alguna vez pude serlo.

La contundencia de la madre deslenguada silenció al pasajero, que ya no abrió la boca hasta llegar a la posta.

La fugaz memoria de mi padre y una cierta nostalgia de Juanito y madre me cruzaron el ánimo unos instantes. Los minutos que tardamos en llegar y el silencio de mis acompañantes —dos mujeres y el hombre, de cierta edad y vestido de traje de lana que olía a arena sucia y llevaba dos paquetes grandes anudados con cuerda tosca — me permitieron continuar en el triste ensimismamiento en que me había puesto mi partida hacia no sabía dónde ni qué. Todo viaje es incierto y alimenta los miedos, más aún si se te escapa su razón y el destino no es preciso.

¿Qué será de nosotros, Manolico?

A ti también te hubiera gustado que nos quedáramos con la Tuerta, ¿verdad? Pero después de lo del Cuervo, un aviso de la clase de amenaza que en aquella soledad de los arrieros podría esperarme, ya estaba claro que no podría seguir bajo su amparo.

—¿Y tú crees que me dará trabajo en su tienda?

—¿Cómo voy a saberlo? Pero es un buen hombre y no te dejará abandonada.

No lo hizo, pero su comercio ya no era suyo, y aunque me lo abrió, como su casa, dejándonos un cuarto en la parte trasera, supe desde el principio que mi estancia allí tampoco sería demasiado larga.

—De modo que viene de parte de Anica.

Era un caballero entrado en años o eso aparentaba, por su poco pelo y la orondez de su figura, que disimulaba, no sé si queriendo o no, con un enorme delantal de cuadros sujeto por detrás en su cintura. Tenía la cara redonda, sudorosa, pulcramente afeitada, y una papada que casi le llegaba al pecho con tanta presencia que daba la impresión de no tener cuello. Su forma de hablarme era agradable y miró a Manolico con lo que me pareció ternura.

—¿Qué tal le va la fonda? Hace mucho que no la veo, pese a que está a menos de una legua, pero, ya sabe, subir es pesado e incómodo y aquí son muchas las tareas que nos retienen.

—Está bien. Con su genio de siempre, y muy de querer a su gente y espantar a los que la importunan.

—Es una mujer de carácter. —Amplió su sonrisa y añadió mirando al cielo—: Yo la había cortejado. Pero...

Dejó en suspenso lo que él no sabía si yo conocía o no y encogiéndose de hombros nos invitó a pasar mientras se hacía cargo de la maleta anudada en la que llevaba mis pocas ropas y el pulcro ajuar de mi pequeño.

Me olió a tocino fuerte y a anís nada más entrar. El local era amplio y forrado de

estanterías en las que se podía encontrar cualquier objeto o alimento o ropa que se necesitase en aquel tiempo. La comida estaba a la derecha y al fondo, en la zona más cercana al mostrador. Había cajas de cristal con garbanzos, habas y alubias además de algarrobas. Tres grandes tarros de cristal contenían, en la misma estantería, aceitunas, alcaparras y lo que me parecieron pepinillos. Sobre ellas, vino y otros alcoholes como anís o cazalla, que es un aguardiente muy peleón que toman por esta tierra los mineros y a menudo también los capataces. En el otro lado, botas que me parecieron gastadas, como usadas ya, y sobre ellas, como a la altura del pecho, colgaban chaquetones toscos de lana, camisas de colores apagados y algún abrigo grueso para el invierno. Por encima, en una estantería corrida, un surtido de gorras de todo tamaño y color, aparentemente desordenadas, como revueltas, probadas y vueltas a poner. En el frente, colocado en un hueco parecido a una fresquera, dos enormes trozos de tocino y media docena de lecheras metálicas.

Me sorprendió lo elevado de los precios. En un papel pegado a la urna que contenía los garbanzos, habían escrito: «dos pesetas un celemín», el mismo precio que la alubia o la arroba de arroz. El bacalao, que colgaba un poco más abajo, lo vendían a seis reales el kilo.

—Vaya, vende usted más caro que en Portmán.

—Y que en ningún otro sitio, señora. Pero no soy yo.

—¿No es suyo el colmado?

—Lo vendí a un minero. Y mi negocio hoy es llevar la tienda y surtirla de producto. Ya no sirvo lo que quiero, pero al menos tengo el pan asegurado, porque siempre habrá mineros que paguen con vales, que es como se cobra en este como en muchos otros lugares de La Unión. Los precios los fija el propietario y mi beneficio está en conseguir el producto más barato. Tiene la ventaja de que los clientes son fijos y no protestan porque, les guste o no, es en este o en otros negocios similares donde tienen que comprar.

No me pareció muy cristiana su explicación, recordando lo que me había dicho de él la Tuerta. Temí quién me fuera a decir que era el propietario.

—Zapata. Miguel Zapata, y aquí vienen a comprar sus familiares, como él dice, y con él fijo el valor de todo lo que usted ve aquí y lo que tengo almacenado. De vez en cuando se da una vuelta para charlar un rato y ver cómo va el negocio.

Interpretó mi silencio como censura, en lo que tampoco anduvo muy descaminado, aunque no estuviera yo en condiciones de exigir y menos corregir.

—Pero no es mal patrón, no crea. No es que me exija la mejor calidad, pero vigila mucho de dónde viene. No quiere que le cuelen lo que intentó meter hace algún tiempo un distribuidor llamado Rincón, que contrató a varios hombres para quitar gusanos del tocino que nos vendía a nosotros para los mineros. Uno de ellos se fue de la lengua y en el penal de Cartagena está hoy el tal Rincón. Pero dejemos esas cosas que no nos afectan y no son de mujeres. ¿Tiene usted inconveniente en atender a las personas detrás del mostrador?

—¿Me va a dar trabajo aquí mismo?

—Es lo que me pide Anica en la nota. Que le dé trabajo a la viuda del minero y así pueda sostener y criar a su pequeño huérfano. Y afortunadamente tengo ahora esa posibilidad. ¿Quiere usted?

—Sí, claro. Y me siento muy agradecida.

—No tiene por qué. Yo soy de los que creen que en algunos oficios, sobre todo los que tienen que ver con la atención a las personas, las mujeres deben trabajar y no solo por necesidad.

—Muchas gracias, trabajaré lo mejor que pueda.

—Solo tiene que ser amable y hacer cuentas. Porque sabe hacer cuentas, ¿verdad?

Contar y cobrar. Hasta ahí sí llegaba. Pero sabía que no sería por mucho tiempo. Tanto como el que tardara en asomarse por allí su patrón Zapata y regresara entonces otra vez a mí el desamparo. Sentí la punzada de la incertidumbre que sabía no me iba a abandonar hasta que llegara el momento, otra vez, de volver a girar sin destino fijo en la rueda del infortunio.

Un mes llevaba en el almacén del Cuajao cuando vi desde el interior al asturiano Samuel, el guarda que me había apuntado con la pistola el día que llevamos a la Casa Grande a Jacinto Villegas. Destacaba entre el gentío por su estatura y su porte, y me pareció más desaliñado que el día que puso en juego mi vida.

—¿Conoce a ese que viene hacia aquí? —pregunté a mi patrón señalándole al pistolero.

—¿Quién? ¿El alto?... Sí, es uno de los guardas de Zapata. Pero no viene aquí, nunca entra en la tienda. Lo tiene Lobo para otros asuntos que requieren poco diálogo. Vamos, que es el que se encarga de avisos y castigos.

—¿Un matón?

—De los que advierten. A veces se excede un poco, pero no suele aplicarse con mucha fiereza, o no al menos con tanta como otros pistoleros de por aquí, incluso del propio don Miguel.

Frente a la tienda había uno de esos cafés cantante, o café de camarera, como los llamaban algunos, en los que hallaba refugio la otra rutina de la sierra, la de la sordidez y el pecado. En esos locales de cante y baile —donde encontraban los hombres desahogo, y el placer efímero, la única felicidad accesible, estaba al alcance de cualquiera— escondía la noche un mundo propio regido por leyes aún más duras que las impuestas por los propietarios mineros. Desconocerlas o quebrantarlas podía costar la vida.

Había en su interior un aire de violencia que se manifestaba en el griterío obsceno de los hombres ante el pavoneo animal, no se podía llamar baile, con el que las mujeres en alquiler obsequiaban a los clientes, muchos de ellos mineros frustrados e indómitos o capataces e ingenieros, pero también chulos, matones y señoritos de posición abonados al alcohol o deseosos de bajar al infierno.

Ese café cercano era el de Antonio Grau, llamado el Alpargatero o el Rojo el Alpargatero, que había abierto otros en Cartagena, pero empezaba a asomarse a La Unión, donde las posibilidades eran cada vez mayores para su negocio.

Allí se escuchaba el flamenco que trajeron mis paisanos, un canto desgarrado y profundo que, pese a cantarse en aquellos antros, a mí me resultaba muy grato. Era Grau también cantante, y dicen que de los que merecía la pena escuchar. Yo nunca lo hice, pero sí supe de su valía por Emilia Benito, la Satisfecha, que como el propio Rojo era de los pocos artistas que recibían los Zapata en la Casa Grande.

En el café del Rojo entró Samuel aquella tarde.

Todavía era pronto para que comenzara el espectáculo del flamenquerío y la trata



de mujeres, así que, por lo dicho por el Cuajao, supuse que el asturiano iría allí con intención de ejercer su oficio.

—Hay una partida de cartas —me aclaró.

Eran bastante comunes y estaban prohibidas.

—Han entrado unos cuantos más antes que Samuel. Van a jugarse los dineros que no tienen con la esperanza de recuperar lo mucho que han ido perdiendo. Siempre es así: pudiendo evitar la deshonra, caemos en ella y luego buscamos tapparla apresuradamente. El juego envicia porque te mete en una rueda de la que no puedes salir por mucho que lo intentes.

—¿Samuel viene a jugar?

—Sí. Suele hacerlo. Otros se gastan la paga en licores. Él apuesta con ella.

Poco después vimos entrar a tres hombres y más tarde, otros dos.

—Van todos armados.

—¿Tú en qué mundo vives, jovencita?

—¿Por qué?

—Salvo los mineros y las mujeres, y no todas, aquí va armado cualquiera que tenga algo que guardar o aprecio a su vida. Los guardias, la policía minera, hasta los comerciantes y tratantes portan fusiles o pistolas por lo que pueda suceder en la sierra. Si tienes apego a tu vida, no puedes ir a cuerpo.

También Anica la Tuerta tenía armas. Lo recordé entonces. Y que la noche después de lo del Cuervo me ofreció el amparo de un fusil para protegernos.

—Lo que no sé —siguió diciendo el Cuajao— es cómo no hay más crímenes y más muertos, con lo que atonta y hace perder la sesera el alcohol. Armas y licor, mala combinación.

Muchas de esas partidas se prolongaban hasta entrada la noche, y entonces se mezclaba en el café el humo espeso de la timba con el sonido de los cantes flamencos, el lascivo contoneo de las mozas bailaoras, las voces de la multitud de hombres y el campaneo de las copas entre sí o contra las mesas, y la atmósfera propiciaba que el ánimo se creciera engañado por los estímulos del alcohol y la fiesta y estallara a la mínima la chispa de la disputa, el brillo de navajas, los gritos y, en ocasiones, los disparos. Tras los disparos siempre venían los lamentos y el silencio.

Esa noche no hubo más violencia que una redada de la Guardia Civil donde Rojo el Alpargatero.

Habrían pasado ya las diez cuando Manolico y yo nos sobresaltamos por los gritos y los golpes que de allí venían.

—¡Todo el mundo quieto! ¡Que no se mueva nadie!

Media docena de guardias, prácticamente todos los del puesto de La Unión, entraban en el local fusiles en ristre. No tardó mucho en comenzar el desfile de hombres con las manos atadas a la espalda. Cuatro guardias les hacían pasillo desde la puerta hasta el coche en el que los iban metiendo. Hasta catorce arrestados conté. No vi entre ellos a Samuel, que supuse había salido antes de la batida. Cuando todos

estuvieron en el furgón, los dos últimos guardias salieron del café cargando en un enorme cesto de cuerdas decenas de fusiles y pistolas que habían sido confiscadas a los jugadores.

Una vez regresó por fin el silencio y se apagaron las luces, vi salir del café, colocándose en el cinto su pistola de cachas de madera, al asturiano Samuel Fernández, que se libró del presidio apuesto que menos por la suerte que por el poder y la alargada sombra de Miguel Zapata.

«La muerte corre aquí tan rápido como la palabra porque está en el aire, porque se respira como el polvo de la calle principal o el azufre venenoso de la mina. Se vive en un perpetuo estado de tragedia inminente que tarde o temprano termina llegando.

»Como ingeniero, no me corresponde implicarme, y como ciudadano británico, esto no me concierne y debiera resultarme lejano. Pero como ser humano y hombre de fe y convicciones no puedo permanecer indiferente.

»El cólera se llevó aquí miles de vidas y no es de extrañar, porque las condiciones en que viven la mayoría de los seres humanos que habitan esta sierra son peores que las que aceptaría cualquier granjero de Lincoln para su ganado. Se hacinan en cuevas, en casuchas que no resguardan del espantoso calor que hace en verano ni del frío cortante o la lluvia torrencial que cae aquí en algunas ocasiones. Hay tanta gente que ha venido aquí en tan poco tiempo, que las calles de este poblachón creado con otras villas de herreros y mineros están siempre repletas de gente y hay desorden y violencia durante el día y durante la noche. Aquí los mineros, en bares sucios y que huelen a sudor y a humores pegajosos, beben brebajes infectos cuyo solo olor marearía a un estibador escocés.

»Hoy he hablado con el cabo de la Guardia Civil, que es un cuerpo de seguridad creado hace cuatro décadas para vigilar los caminos, porque aquí tuvieron bandoleros altamente peligrosos hasta que esta policía empezó a patrullar y a limpiar a sangre y fuego los montes de facinerosos, que en muchos casos eran antiguos mineros que se quedaron sin labor. Hoy su principal ocupación, igual que la de la otra policía de la zona que patrulla la costa, que son los carabineros, es la de desarmar a los muchos pistoleros y matones que vigilan a los señores y no tienen demasiados problemas en resolver sus disputas a tiros.

»Sin ir más lejos, ayer hubo una redada en el café del Alpargatero, que es un ilustre propietario de locales de ocio y prostitución de Cartagena, en la que se confiscaron más de una veintena de armas y algún explosivo.

»Dice el policía con el que hablé que aquí rige una ley propia que se escribe con sangre y que desgraciadamente la marca el más fuerte por mucha orden que venga desde Murcia o desde Madrid...».

—¿Y quién es el más fuerte? —pregunta Alfred Sullivan.

—El patrón.

—¿Qué patrón?

—El que más tiene, señor ingeniero.

Lo mira esperando alguna aclaración más. La respuesta es una media sonrisa

burlona y quizá también resignada.

—Usted conoce al Tío Lobo de Portmán, ¿verdad?

—¿A don Miguel Zapata? Claro. Ya he hablado con él. Y ya he visitado sus minas.

—Pues él es el que manda. Uno de los que mandan, vamos... pero el que más.

El inglés es perfectamente consciente de lo que dice y también de lo que calla el guardia: que aquí el orden y la autoridad, la ley y las normas, las dictan los empresarios mineros, los que explotan la mina y a la gente, los que mantienen la miseria mientras hacen planes y organizan vidas desde sus palacios de Cartagena. Salvo Zapata, que vive en Portmán con su mujer y sus dos hijos.

Gritos desde la calle los devuelven al presente. Tuerce el gesto el guardia, y asomándose al exterior informa a Alfred Sullivan:

—Otro que bajan de la mina.

Entre varios hombres llevan a un mozo sangrante que no puede sujetarse solo. Se dirigen al hospital de mineros, que vive gracias al dinero que aporta Zapata y algún otro patrón. Pero el guardia duda que pueda llegar: es un joven que no tiene más allá de dieciséis años, atrapado por un liso. Lleva el hombro deformado, la sangre le cubre la cabeza completamente.

—Esto es lo que hay aquí, muerte y miseria, señor ingeniero.

«Esta mañana he sido testigo de otra situación violenta que me provoca un profundo desasosiego, una lástima que no encuentra alivio. Quiero anotar todo para que lo que observe quede atrapado en el papel y no se diluya en la engañosa memoria y así poder entender y no olvidar lo que estoy viviendo. Y, si es preciso, que se sepa, para acabar con ello...».

—Deberíamos fijar nosotros los precios, don Alfredo —le dice don Pancracio, el barbero que ejerce de notario y registrador—. Porque si no, vamos a seguir sin saber qué necesidad tenemos de verdad de sacar mineral; quiero decir, cuánto hay que sacar y a qué beneficio. Tenemos el mejor plomo del mundo, exportamos más plata que nadie, y nuestras piritas y hierros son los de más calidad. Pero mientras tengamos que leer el Public Ledger ese o ajustarnos a lo que digan allí sus compatriotas de Newcastle o Londres, no saldremos de la miseria.

»Tiene razón don Pancracio, que es mi principal interlocutor, porque habla inglés y me hace de intérprete ocasional mientras sigo aprendiendo el español que aquí se habla con un acento parecido al andaluz, pero alargando más las vocales. Tiene estudios, terminó leyes, y es un hombre de trato fácil que sabe observar. No lo dice, pero sabe tan bien como yo que algunos poderosos mineros, como Zapata, son capaces de alterar desde aquí los precios que se fijan en Londres. Pero solo ellos, y eso no sirve aquí de consuelo.

»“En la sierra respiramos veneno, señor ingeniero. Este aire gris es de plomo y trae los cólicos saturninos que te arrebatan el entendimiento y te quitan las ganas de comer y hasta de vivir”.

»Se ha fijado en cómo observo, mientras le escucho, la loma que hay tras la tienda de ultramarinos al otro lado de la calle. A esa hora, cerca del mediodía, cae de plano el sol sobre la avenida principal de La Unión y sin embargo...

»“Ve usted la niebla, ¿verdad?”.

»“Claro”.

»“Siempre está ahí. Y ni el viento ni la lluvia nos libran de ella, porque en cuanto se van, vuelve a aparecer”».

El cielo está despejado, pero lo tiñe un cierto gris que empalidece el brillante azul mediterráneo visible pocas millas más allá, en Portmán. Es la niebla perenne, seca, constante. A lo lejos, en el horizonte, media docena de chimeneas sueltan al aire humos de plomo.

—Nosotros en Inglaterra tenemos la suerte de que llueve mucho y hace viento con frecuencia. Pero aquí, con este calor, esta atmósfera quieta, el aire está sucio siempre, ¿verdad? —dice Sullivan.

—Verdad, ingeniero, verdad. Aquí hay que irse al mar para respirar de vez en cuando.

¿Cómo era posible que con la diferencia de unos pocos miles de metros uno pudiera experimentar el placer de ese brillo vital de la costa y la angustia de este mundo cerrado y mortal?

Le sacan de su abstracción los lamentos de un niño al que una mujer arrastra calle abajo. Es hermosa, pero tiene el rostro gastado y una expresión de áspera tristeza que le conmueve.

—Disculpe, don Pancracio. *Just a minute.*

Y sale tras esa mujer que a duras penas está consiguiendo hacerse con el muchacho, de unos ocho o diez años, aunque en aquel tiempo y en aquel lugar, le parecen todos mucho mayores.

A trompicones consigue ella enderezarle y deja de oírse el llanto cuando abandonan por un recodo oscuro la calle Mayor colina arriba camino de las Herrerías. Le pica a Sullivan la curiosidad y decide seguirlos.

La mujer continúa tirando aunque el mozo apenas presenta ya resistencia. Huele a orín y a carne podrida en el callejón que la pareja abandonaba cuesta arriba para enfilar el camino que atraviesa las vías del tren. Cuando se dispone a colocarse tras ellos, sale de un recodo un hombre que porta en la mano algo alargado, parecido a la fusta de un caballo, y sin mediar palabra comienza a azotar al mozo con una violencia que deja espantado al testigo.

La mujer estalla en gritos, sin hacer nada por impedir los golpes, gritos que se pierden en el aire, porque nadie acude a ellos, mientras el chico se tira al suelo intentando con movimientos bruscos zafarse, pero el agresor lo tiene firmemente sujeto por la muñeca y no para de golpearle. En uno de los quiebros de la desigual pelea, Sullivan observa reflejos de metal procedentes de la cintura del hombre, y reconoce el hierro de una pistola con cachas de madera.

Todo sucede muy rápido, tanto que, sin pensarlo, cuando decide el inglés empujado por la rabia abandonar su escondite, el pistolero ya daba por concluida la paliza y abandonaba la escena. La mujer llora incapaz de reaccionar y él llega hasta ellos y se inclina sobre el muchacho, al que toma en brazos con intención de llevarlo a donde pudiera ser curado.

«De repente, el matón regresó sobre un caballo oscuro gritando algo que no conseguí entender. No me importó —escribió Alfred Sullivan—. Ni me asusté. Tomé en brazos al muchacho y me encaminé hacia la calle principal, pero la mujer me agarró vigorosamente del codo y me exigió que no me moviera, que le dejase con ella.

»“Pero hay que llevarle a curar”.

»“En casa, mejor en casa”, dijo con suavidad, pero firme. Decidí no escucharla y dirigirme hacia la oficina del notario para buscar ayuda y cura, pero fue el niño el que se zafó de mí y saltó a los pies de la madre. Reparé entonces en ella.

»Tenía el rostro seco y surcado de tristeza, era delgada y frágil; sus ojos aún conservaban una reciente belleza adolescente, pero carecían de brillo. Abrazaba al chico con cuidado de no apretarle las heridas de la fusta y me miraba con gesto de gratitud. Vestía de negro, con paños bastos que no lograban esconder completamente un cuerpo inesperadamente elegante y digno.

»Dignidad, sí. Esa fue la impresión que me transmitió. Dignidad pese a la tristeza; dignidad que se sobrepone a una belleza no del todo desaparecida. Me ofrecí a acompañarlos, pero ella se negó, me dio las gracias y se giró con el chico hacia la ladera de la sierra».

El aire sigue siendo gris y las chimeneas que dibujan el horizonte continúan vomitando humo de plomo. Pesa el sol, pero su luz llega gris filtrada por la nube omnipresente. Se oyen sonidos de caballos que relinchan y mujeres que discuten. Alguien toca un violín en alguna esquina de la calle. ¿Qué demonios hará aquí un violinista?

Todo en ese lugar le resulta al inglés extraño e inquietante. Música de fondo para una atmósfera en la que la niebla gris no es como la del mar del norte, grisácea y fría, sino caliente, áspera y venenosa. Omnipresente, como las chimeneas humeantes, como el sonido de los malacates que llega desde la sierra, como los gritos de los heridos, como las peleas y la sangre en la arena las noches de paga en la mina. Como la música gitana que le alegra el alma a pesar de que se canta con la tristeza de espíritus torturados y se baila agitada y feroz buscando ahuyentar esos demonios que poseen esta tierra.

Al llegar de nuevo a la barbería de don Pancracio, observa desde fuera que no está solo. Junto a él, un hombre alto al que ofrece un papel que este se guarda en un bolso que cuelga en bandolera. Ha visto ya ese bolso. Acaba de verlo. Como el brillo de la pistola, el mismo que le llegó mientras su dueño estaba azotando al niño.

Es un hombre alto, no mucho mayor que él mismo. Lleva barba de un par de días

y un sombrero que no se ha quitado pese a encontrarse a cubierto, bajo el cual sobresale una melena de color castaño, sucia de polvo gris.

Se gira cuando le ve entrar en la barbería, pero ni saluda ni mueve un músculo. Ni siquiera cuando le reconoce como el extranjero que acaba de inmiscuirse en sus asuntos. Todo lo más le mira con lo que a Sullivan se le antoja cierta curiosidad. Pancracio parece ignorar el sorprendido cruce de miradas.

—¡Ah! Alfred, este es Samuel, trabaja en la seguridad personal de Miguel Zapata, y ha venido a por unos documentos de la última partida de la Casa Grande. Ya sabe, esa especie de alquileres de filones que explotan otros y van los dueños a proporción.

—Sí, acabamos de conocernos casualmente ahí fuera, ¿verdad?

Sigue sin inmutarse. Le tiende cortés la mano mientras le habla:

—Debe de ser difícil velar por la seguridad de una persona importante, teniendo sobre todo enemigos tan poderosos por aquí, supongo.

Como no responde a la ironía ni al saludo y siguen ambos mirándose fijamente, el barbero pregunta entonces atento a uno y otro:

—¿Pasa algo, señores? ¿Ha sido su encuentro casual desagradable?

—Algo pasa —reconoce Sullivan—. Estaba este sujeto azotando a un niño en plena calle, y luego se ha dirigido a mí con amenazas que no he conseguido entender y que seguro que ahora que estamos el uno frente al otro no tendrá inconveniente en repetir y explicarme.

—Por respeto a don Pancracio —habla entonces—, ¿le importaría que lo habláramos fuera?

—A mí sí —responde el aludido, ya picado por la curiosidad.

—Sea, señor barbero. Este inglés, que ha venido a la sierra a curiosear sin que se sepa muy bien por qué, aunque me malicio que algo tiene que ver con los obreros sindicalistas que están extendiendo la peste de la revolución y la mentira...

Habla despacio y en este punto hace una pausa como volviendo a pensarse las palabras.

—... se ha metido en una disciplina que como es mi deber ejercía sobre un minero que sorprendí haciendo tráfico con quintales robados.

—Un niño, don Pancracio.

—Un niño minero, señor ingeniero inglés —responde el matón—, que sabe muy bien lo que hace cuando media en la venta del mineral robado.

La mirada del guarda es desafiante; la del barbero notario, resignada.

—¿Y por qué no lo denuncia a la Guardia Civil?

Sonríe entonces el pistolero, saluda a Pancracio y sin mirar a Sullivan abandona la barbería.

—Habría hecho lo mismo —afirma el barbero.

—Pero legalmente.

—Lo mismo, Alfred. Ese niño ya está fuera de la mina, ahora deberá buscar otra, o meterse a destajo con otros partidarios que no sean de Lobo. Y a ver quién le

quiere, porque su fama de ladronzuelo va a ir por delante siempre. En un lugar de ley, se le aplicaría, cumpliría su pena de niño y a seguir. Pero aquí no se aplican las de Madrid ni siquiera las que rigen en Cartagena.

«Aprendes nada más llegar que en esta sierra existe una frontera invisible que recorre la costa del sur y podría trazarse al norte de estas montañas, entre la huerta y el Mar Menor, tras la cual el único poder es el de los patronos mineros, moderna encarnación del mal en la Tierra. Todos se someten a esa ley, hasta los más honrados, como es, o al menos aparenta serlo, mi amigo Pancracio».

En la calle se mantiene la cotidiana normalidad de mujeres que van de un lado a otro, hombres ociosos prematuramente envejecidos y niños que miran como si escondieran algo. Algunos, muy pocos, juegan. Ascende el inglés calle Mayor arriba. Hay mucho bullicio de gente que habla alto, algunos discuten, otros se saludan, se escucha algún relincho y los avisos de carretas, berlinas y galeras que atraviesan la calle zigzagueando para no llevarse por delante ningún alma. A los pocos minutos, donde parecen asentarse las últimas casas del pueblo, se abre a su derecha una plaza amplia donde se yergue una estructura metálica moderna y altísima de lo que parece un enorme edificio en construcción apuntando al cielo infinito con ambición de rascacielos. A Sullivan se le antoja allí y entonces completamente fuera de lugar.

—¿Qué están haciendo aquí? —pregunta a un hombre que mira asombrado la poderosa estructura.

—Pues no lo sé, compadre. Pero parece una catedral.

—El nuevo mercado —apunta desde atrás una voz femenina—. Es obra de un arquitecto que vive en Cartagena y que se llama Beltrí. Un caballero educado y elegante, pero más sieso y callado que cualquiera de sus columnas.

«Una cálida sensación de alegría me liberó de repente de todo el mal humor que lo visto, escuchado y vivido esta mañana ha dejado reposando en mi ánimo. Era aire limpio que ventilaba al instante mis congojas con un súbito golpe de frescura. Ahí estaba, la vi al girarme sorprendido por la alegre expresividad de una mujer en aquel pueblo de tanto bullicio monótono y quejumbroso: sonriente, fresca, alegre también, la niña de la Casa Grande, la mujer preñada de la tasca Esperanza, la madre que en su cadera derecha sujetaba a un crío de cara redonda y ojos despiertos y atentos».



Apenas llevaba unas semanas con el Cuajao cuando me volví a cruzar con Alfred Sullivan.

Me lo encontré calle arriba, en la misma dirección que yo, que iba a llevar a doña Matilde, una clienta de siempre, ganchillo y unas legumbres obsequio de la casa. Él no me vio, pero me coloqué casi a su altura y, al asomarme a su expresión, me pareció sombrío su ánimo.

No miraba lo que tenía alrededor, sino a algo perdido, a sus pensamientos, quizá, que no debían de ser muy luminosos o agradables. Paseaba lento y, ya digo, distraído calle Mayor arriba. Le seguí unos metros hasta que se detuvo frente a las obras del nuevo mercado, que habían empezado pocas semanas atrás dirigidas por el arquitecto catalán quien yo había visto en alguna de las fiestas de los Zapata. El que había dibujado el plano según el cual se construyó la Casa Grande. Miraba absorto, la expresión le había cambiado y parecía fascinado por los hierros que se elevaban sobre el suelo. Preguntó a alguien a su lado que no le dio mucha razón y decidí contestar hablándole a su espalda.

Cuando se giró, sonreía como si se le hubiera aparecido la mismísima Virgen María. Me estremeció su cara alegre y su sonrisa de dientes perfectos, como si jamás hubiera tenido dolor alguno.

—Señora... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—No se lo dije, caballero inglés. Pero mi nombre es María. Y este que llevo a mi vera es Manolico. Saluda al señor ingeniero.

—Me alegro mucho de verla, señora. ¿Me permitiría ahora acompañarla?

—Podría decirle lo mismo que frente a la Casa Grande, pero aceptaré que me dé conversación en tanto cumplo con lo que debo, que es llevar esta bolsa a la casa de una dama que no vive lejos de aquí.

El crío no dejaba de mirarle con los ojos muy abiertos y la atención centrada en un reloj de cadena que le colgaba del chaleco gris. Vestía el pelirrojo de traje claro y limpiísimo, como los zapatos que emitían reflejos de metal.

—¿Y dónde trabaja usted, menesterosa dama?

—En una de las tiendas obligatorias de Zapata.

—¿Las que venden en vales?

—Una de esas, sí.

—Qué práctica miserable. En Bilbao he visto lo mismo: gente comprando en esas tiendas más caras que las demás, con un género infame y durmiendo en barracones que no valen ni para ganado.

Parecía contrariado de verdad. Me contagié su indignación.

—Siempre ha sido así aquí. Esto es un mundo aparte que empieza en el Mar Mayor, donde El Gorguel, y acaba en el Menor y el campo de Cartagena hasta cabo de Palos. Es un reino escondido y doliente, caballero. ¿Y a usted qué le trae por aquí?

—Saber, conocer. Siempre me mueve lo mismo.

—¿Y quién le paga por eso?

—Soy ingeniero, y vine a reparar una máquina en las minas de Huelva. Aquí estoy de paso, solo para conocer cómo se vive y se trabaja en esta sierra, que es de donde sale el mejor metal que se puede encontrar en todo el mundo.

—¿De verdad? ¿Es cierto entonces eso de que de estas fundiciones salen los tesoros más valiosos?

—Por precisarle, señorita, de las de ese Zapata con el que usted tanto trabaja. Las que llevan el sello de una cabeza de lobo para que se sepa cuál es el origen.

Llegamos a casa de la señora Matilde.

—Aguarde aquí un momento, señor ingeniero.

—Llámeme Alfred, María.

—Pues como se llame, pero espere aquí, que entrego el pedido.

El camino de vuelta lo hizo también conmigo. Quiso saber mucho de mí, de mi pasado, de dónde venía mi familia, de la vida de los Zapata, del padre del niño...

—Mucho pregunta usted, don Alfred. Y poco puedo contarle por prudencia o porque no tengo respuesta.

A punto de llegar a la tienda me pidió que me presentase al día siguiente en su casa, la amarilla de la esquina en el Huerto de Santa Catalina, en Portmán, que es donde vivían los ingleses.

—No yerre usted conmigo, señor ingeniero. Que le dé conversación y me muestre agradable, incluso que me encuentre cómoda en su presencia, no le ha de hacer pensar que acepto que me invite a su casa a saber con qué intención.

—No la invito a mi casa, señorita, le estoy diciendo que venga porque quizá le pueda ofrecer un trabajo y una casa en mejores condiciones que los que usted tiene con el Cujado ese...

—El Cuajao... ¿Qué quiere decir?, porque no le entiendo muy bien.

—Que si usted quiere, puedo colocarla a mi servicio y darle cobijo también a esta criatura tan dulce.

Los ingleses de Portmán vivían en el Huerto de Santa Catalina desde los tiempos de Requena. O antes, probablemente. Aislados por una franja de tierra cultivada, cada una de las casas tenía su propia salida al huerto que cuidaban con el orden y el esmero que con razón se les atribuye.

Salían poco y en raras ocasiones se relacionaban con la gente del pueblo, pero muchos de ellos gustaban de los cantes flamencos y el ambiente tabernario, por lo que no era difícil encontrarse a alguno donde Esperanza o en los cafés cantante de La Unión. Venían, pasaban algunos meses, no mucho más, en labores de minas de propiedad extranjera, inglesa o francesa, y luego se volvían sin apenas hacer ruido. A no ser, claro, que se emborrachasen. En eso no se diferenciaban de los demás hombres. Entonces sí hacían ruido y se colocaban a la par o por delante de la violencia y el desatino sangriento y carnal de cualquiera de los mineros de por aquí.

Hombres, digo, porque a las mujeres apenas se las veía en ningún otro sitio. Tenían sus propios lugares de encuentro en el Huerto, y allí mataban el tiempo y las horas en aquellas tierras que debieron de parecerles sequísimos desiertos lejanos.

Alfred Sullivan apenas estuvo unos días en la fonda de Esperanza antes de alquilar una casa en Santa Catalina. Todas eran muy parecidas. De suaves colores claros, discretas, limpias y no demasiado amplias, pero cómodas y con ventanas que las hacían luminosas y acogedoras.

—Bienvenidos. Pasen. —Abrió la puerta Sullivan mientras nos regalaba a Manolico y a mí una sonrisa encantadora, amplia, decididamente amorosa.

—Muchas gracias, señor ingeniero. Es usted muy amable.

»María me había seducido definitivamente. Sin quererlo, sin que por su parte existiera voluntad alguna, había conseguido que tuviera necesidad de estar con ella. Vi mi oportunidad cuando tras el encuentro en La Unión me dijo que hacía labores en uno de los almacenes donde Zapata hacía negocio con los vales a costa de la miseria de quienes trabajaban para él.

»Esta perversidad no solo se mantiene aquí, sino que es común en casi todas las cuencas mineras españolas, en especial aquí y en Bilbao, pero también en Huelva y en Asturias. Los propios empleados de esos comercios cobran en vales y son objeto de una estricta vigilancia por parte de los administradores e inspectores que tienen los patronos. Supuse, y no me equivoqué, que María preferiría entrar a mi servicio en Santa Catalina antes que continuar en esa tienda. No es que yo tuviera grandes capacidades económicas para sostener una criada como se podría considerar en Gran Bretaña, pero sí deseaba tener cerca a esa mujer, y podría permitirme también un

pequeño dispendio de emplearla a ella y acoger a su hijo. Era el precio por esa cercanía que exigía mi sentimiento, aún confuso pero no mal orientado, esa mañana en que se me presentó en casa, hermosa, decidida, sonriente con su criatura amarrada a la cintura como las llevan aquí las gitanas».

—Siéntense, por favor —me ofreció el inglés señalando el sofá de madera y cuero situado en el centro del salón. La casa no tenía zaguán, y se entraba a una sala de estar grande, directamente desde la puerta principal—. ¿Quiere tomar alguna cosa?

—Agua para el niño, por favor.

—Ahora mismo.

De regreso con el agua, me expuso directamente sus intenciones, soslayando, según me confesó con el tiempo, la más profunda y quizá auténtica.

—Quiero que entre usted a mi servicio para ocuparse de la limpieza y el orden de la casa, de la cocina y de habilitar todo lo necesario para poder vivir y comer y disfrutar de este lugar. Usted, yo y, por supuesto, su hijo.

Digerí la oferta mientras le daba al niño sorbos cortos y pacientes del vaso que acababa de traerme.

—¿A cambio de qué?

—Casa y un salario.

—¿Nada más?

Sullivan sonrió reconociendo la intención de mi pregunta.

—Soy un caballero, señorita. Y le ofrezco ser empleada de esta casa, nada más. O nada menos, según se mire. Reiterándole que puede permanecer aquí con su propio hijo, puesto que entiendo, como ya me informó en su día, que su padre no puede ocuparse de él.

La oferta era buena, y la intención del inglés, bastante clara aunque la ocultara en su generosa galantería, pero acepté el riesgo. Mayor era el que corría volviendo a trabajar a la orden de Zapata, que sin duda me apartaría de la tienda en cuanto tuviera conocimiento de mi presencia allí.

Me gustó la casa, me pareció franca la propuesta, y me dio la sensación de que aquello podía ser un hogar para mi Manolico. No ocultaré, a fuer de ser sincera, que es mi compromiso en este relato, que tampoco hirió mi orgullo el pensar en que todavía, a pesar de mi estado de angustia y mi situación de madre sin hombre, podría gustar así a un joven tan alejado de mí y de mi mundo.

Pensé en Joaquín, y tuve por un instante conciencia de que alguna cualidad extraña debía de adornarme para que mi corazón pareciera dispuesto a enredarse con quienes más alejados estaban de mí misma.

De haber sabido o siquiera intuido lo que pasaría con Alfred primero y en la Casa Grande algún tiempo después, más que esa cualidad me habría preocupado mi disposición a destruirme con emociones venenosas.

Como era previsible, la llama terminó por encenderse.

¿Me enamoré de Sullivan? No creo que así fuera, puesto que el sentimiento era

distinto a lo que me ató a Joaquín. Quizá igual de limpio, pero mucho menos intenso, menos agitador, más llevadero.

Hablábamos, yo le escuchaba y aprendía. Me enseñó algunas palabras en su idioma y me prometió que haría todo lo posible por llevarme a su país cuando tuviera que regresar.

Lo hizo, pero solo a medias. Se llevó mi vida y me dejó aquí esperando.

Una mañana llegó poco antes del almuerzo con una caja pequeña. Venía envuelta en un papel colorido y me lo entregó apenas me saludó. Terminaba de hacer la comida y Manuel descansaba en una especie de cochecito que le prestó a Alfred —a mí el vecindario me ignoraba, o como mucho me saludaba con forzada cortesía— una de las mujeres de Santa Catalina.

—Para ti, María.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Dentro de la caja había una pulsera que parecía de plata, de la que colgaba un pequeño crucifijo y un corazón minúsculo. Me gustó su brillo. Era hermosa.

—¿Por qué?

—Porque quiero. Es una forma de decirte lo importante que sois para mí.

—¿Somos?

—Tú y Manuel. Empezáis a ser algo más que una sirvienta y su hijo.

No llevábamos aún dos meses allí y en más de una ocasión había visto en su mirada y en su trato una codicia amable que apenas manifestaba más que con gestos y alguna que otra palabra elogiosa hacia mí o hacia mi trabajo. Yo me sentía cómoda allí, en aquella casa y aquel lugar pese a no tener casi trato con el exterior, porque no hablaba nunca con los que vivían en las casas de al lado, y cuando salía a comprar a Portmán o bajaba a la lonja al puerto, no permanecía mucho tiempo.

A veces me acercaba al muelle del carbón donde descargaban los barcos de Zapata. Y era como si mi memoria quisiera renovar su voto de nostalgia, porque me colocaba casi en el mismo lugar en el que había visto brillar aquella mañana no tan lejana la sonrisa y la voz de mi Joaquín el día en que me emplazó a nuestra primera cita, aquella en la que me besó y vi el cielo.

Ahora tenía ante mí, cuando solo habían pasado unos meses de su ausencia, a un hombre que me gustaba, como yo a él. Ni por lo más remoto lo sentía y necesitaba en la misma medida, y hasta puedo concederme que acaso fuera un refugio para las soledades de su falta y para mis miedos, pero era hecho cierto el que había un vínculo y este era suficientemente intenso y claro como para no rechazar sus consecuencias. Tiempo atrás había perdido el miedo a las lenguas venenosas o a los rumores malignos. Mi luto limitaba en el calendario con mi propio sentimiento, pues a nadie debía guardarlo más que a él mismo, y es posible también que con el interés por guarecer en el presente y en el futuro al hijo que habíamos tenido y que, de ser cierta la maldición, habría de proteger con especial ahínco.

Me dejé llevar, y me llevó.

Me abrazó con firmeza y ternura a un tiempo, y dejando sobre una mesa la cajita y el regalo me besó despacio mientras acariciaba mi pelo negro, enredando sus dedos que fabricaron mechones una y mil veces mientras me besaba los labios, el rostro, los párpados, el cuello.

—Quédate para siempre conmigo, María.

Me asenté en su lecho, me convertí en su compañera de vida con amable y voluntaria disciplina.

Pero sin pasión ni entusiasmo.

Alfred ocultó a sus vecinos que compartíamos cama, nunca en público me presentó como su esposa. No necesitaba ponerme en escena para ser criticada ni complicarse él la existencia durante el tiempo que iba a estar allí, escaso según sus cálculos. Yo lo sabía, y también que cuando llegase la hora me iría con él a la Inglaterra, por eso no me importó mantener la farsa, vivir puertas afuera el teatro de una vida distinta a la que teníamos dentro. También para los míos en la lonja, en la calle, entre los arrieros, donde Esperanza.

Mas todo se torció, como los destinos de los Zapata, como las vidas de quienes de una u otra forma estábamos sometidos a la maldición de la Casa Grande.

Nunca le dije a Alfred que Manuel era nieto de Lobo. Ni recuerdo que me lo preguntase alguna vez. Debió de dar por bueno lo que le conté en la fonda de Esperanza el día que se me desplomó en el mostrador.

Ocultos entre las paredes de la casa de Santa Catalina, establecimos un acuerdo sin rúbrica que nos hizo la vida llevadera y a mí me procuró sosiego para atender a mi hijo. Volvía a vivir bajo techo con un hombre, como soñé con Joaquín y como sufrí con mi padre. Aquí no era ni lo uno ni lo otro, porque el remolino constante y poderoso que removía mis entrañas cuando mis amores prohibidos no apareció frente a Alfred, quizá por el poco tiempo que había pasado desde que muriera Joaquín o, probablemente, porque la pasión que me despertaba no era ni tan arrebatadora ni tan pura. Pero tampoco había exigencia de tributo alguno de carne, sino cariño cierto y un respeto como de igual a igual que ni el más bondadoso de los maridos de la sierra habría practicado nunca.

Pese a vivir en una especie de escondite, recibíamos más noticias de fuera que las que llegaban a las mozas como yo en Portmán o cualquier pueblo de la Sierra Minera. Ecos de un mundo en el que las mujeres exigían que se las considerase al menos iguales a los hombres en inteligencia y en derechos, y muchos hombres se preocupaban por el bien de sus semejantes y clamaban contra las injusticias y lo que llamaban explotación del hombre por el hombre.

Traían ideas extranjeras, de revolución, de igualdad y de reparto de propiedades; de voto sin límites, y de afrenta abierta al patrón si era preciso. Eran pensamientos que Lobo y los demás propietarios juzgaban como blasfemias contra el orden que ellos creaban y administraban, un orden que, decían, se basaba en las ideas cristianas recogidas en la Biblia.

Pero esas ideas nuevas prendían fácilmente entre quienes vivían en la miseria y no tenían futuro, porque les pintaban un mundo en el que leyes más justas les evitarían tanto sufrimiento.

—El mundo es el que es porque lo ha decidido Dios, y nosotros, a quienes ha concedido el privilegio del poder y la riqueza, tenemos la obligación de mantenerlo.

—¿Aunque sea injusto, padre? —oí preguntar una vez a Visitica.

—No es injusto. Es lo que Dios y la providencia disponen para nosotros. El orden de la naturaleza es el de Dios, y sus leyes valen más que las de los hombres. El más fuerte es el que sobrevive y manda.

—¿Como los animales? ¿Para qué queremos entonces la inteligencia?

—Para saber quién es el mejor, quién manda, sin tener que matarnos unos a otros,

sin estar en guerra constante. Para progresar y mejorar el mundo. Pero el que seamos inteligentes no nos hace iguales... Al contrario: el que sabe combinar fuerza con inteligencia en las dosis adecuadas, como el que puede fundir, vender y transportar, es el que flota y crece.

—¿Y la piedad, y la caridad, y las virtudes que nos hacen buenos?

—Las cultivamos. Dios no nos las habría encomendado a través de los mandamientos si hubiera creado a los hombres y a las mujeres iguales.

Lo correcto frente a lo nuevo, la virtud cristiana enfrentada a ideas que destruían su moral con la promesa de un mundo más justo. También yo me preguntaba si era necesario mantener tanta injusticia, si tantos tenían que sufrir semejantes privaciones para que unos pocos vivieran mejor que reyes.

En las calles de Portmán y de La Unión, en los alrededores de la muralla y el puerto de Cartagena, junto a los muelles de cabo de Palos había siempre mendigos y enfermos que reclamaban caridad. En tiempos de mayor escasez, cuando cerraban las minas y muchas familias quedaban sin sustento, se convertían en legión, y a menudo estallaban en disputas entre ellos por cualquier posesión miserable. Riñas que harían palidecer las fieras peleas de los cafés cantante.

Yo vi a la Julia del lampista, viuda que era de uno de los listeros de la mina Agrupa Vicenta, amenazar de cuchillo a un crío que no tendría más de diez años en la esquina de la Casa del Piñón, en la calle Mayor de La Unión, a plena luz del día y con tránsito de mañana tranquila, o sea, con parroquianos que eran testigos y podrían ser actores, además de los pistoleros del mismísimo Piñón que a punto estuvieron de convertir aquello en tragedia, por un pedazo de sal, una piedra de cuarto de kilo que el muchacho había conseguido de una sobrina de Dorda cuando salía del ultramarinos.

—¡Trae acá, desgraciado, que tú no vas a tener arte para sacar provecho a ese pedrusco!

El crío abrazaba el trozo de sal rosada como si fuera el mismísimo cuerpo de su madre moribunda. Ante la cita de la mujer, lo protegió dándole la espalda e intentando escapar lo más deprisa posible. Julia le agarró de un brazo con tanta fuerza que detuvo su carrera y el trozo de sal se soltó y cayó al suelo. Se revolvió el muchacho para no perder el tesoro, pero ya Julia lo había cogido y era ella la que empezaba a correr hacia abajo, por una de las bocacalles que van a dar a El Garbanzal. Antes de llegar a la esquina, el chico, furioso, estiró la pierna derecha hasta hacer tropezar a la mujer, que cayó golpeándose la cara contra la arena prensada del suelo. Sangraba por la barbilla, pero el dolor no le impidió girarse y, sin soltar la sal, gritar a su enemigo:

—Maldito seas, muchacho. ¿Cómo tienes los arrestos de poner zancadilla a una mujer? ¿No te enseñaron modales? ¡Aléjate de mí!

—Mujer, sí —respondió el chico—, pero también ladrona. Y esto pesa más que lo otro. ¡Devuélveme mi roca!



Se incorporó veloz, como si le hubiera alcanzado una descarga de electricidad. Y fue en ese momento cuando el muchacho vio el brillo alargado y metálico de una hoja de cuchillo que Julia blandía amenazando de muerte.

—Lárgate de aquí antes de que tengamos una desgracia, zagalico.

—Sé quién eres, la viuda del lampista, y te advierto que aunque ahora me tengas a tu merced con esta amenaza, volveré con más de los míos a por ti y pagarás esta deuda conmigo.

Hablaba el joven como un adulto, con la palabrería y el tono de quien ha crecido antes de tiempo por las penalidades que acaso llevara pasando desde muy niño. La miseria roba sus infancias, como robó la mía. Y a las mujeres nos expone más al dolor y el desamparo por nuestra condición de débiles. Pero ay de las mujeres que solas sin protección se han tenido que sacar las castañas de la brasa infernal en que ha mudado su vida. Esas son más duras, aguantan más y atizan más fuerte. Dos miserables endurecidos por las muchas tribulaciones y penurias de sus vidas, enfrentados en plena calle a la batalla a muerte en que se convierte cada paso que dan por sobrevivir, conscientes como son de que si una victoria los mantiene vivos, la derrota los sume aún más en la miseria.

El estrépito de la riña despertó la atención de los curiosos, que empezaron a amontonarse en la esquina de la Casa del Piñón. Los guardias del minero así llamado, que era junto a Zapata de los pocos que no se habían ido a alardear de morada en Cartagena, observaban cada vez más nerviosos el tumulto que se estaba formando, y procuraban mover a empujones cada vez más vigorosos al gentío hacia la otra esquina o calle abajo. También eso tensó la escena. Muchos de los que acudían al reclamo de la disputa eran deshecho de las minas arrojado a la calle por la miseria del cierre o la ambición del patrón, que malamente renuncia a sus beneficios aunque vengan mal dadas para el negocio.

—¡Miserables! —les gritó alguien escondido entre la multitud—. ¡Vendidos! ¡Reprimís a los de vuestra clase por dos reales!

—¡Escoria! —voceó otro animado por el ardor revolucionario del primero—. ¡Dejad a la gente en paz! ¡No tentéis a la suerte, no sea que vayamos a por vosotros!

Y de repente, lo que parecía una pacífica asamblea de desheredados alrededor del violento espectáculo de la desgracia, del circo gratis de los males ajenos que tanto bien hace al olvido de los propios, se convirtió en un tumulto contra la opulencia del patrón, otra de esas algaradas por las que escapaba de año en año, como el sulfuro prisionero por las grietas de las rocas, la presión del sufrimiento de los que trabajaban para enriquecer aún más a los que los explotaban. Estallaban, entonces, y montaban revueltas y se enfrentaban a los fusiles y los palos de los guardias y los pistoleros. En aquel instante, los hombres del Piñón personificaban toda la miseria y todo el dolor que llevaba pasado aquella gente.

—¡No vamos contra vosotros! —gritó uno de los pistoleros buscando la calma.

—¡Alejaos de la casa! —se sumó otro al intento.

—¡Escoria! ¡Asesinos! ¡Muerte al explotador! ¡Asaltemos su palacio!

La multitud parecía haber cambiado el centro de su atención, y ya componían su controversia casi en solitario el zagal y la Julia, solo acompañados por algún hombre de buena intención que trataba de mediar en la abrupta disputa superando lo que impone la hoja abierta de un cuchillo amenazante.

—Guarda eso, mujer, que a nada conduce..., y devuélvele al muchacho lo que es suyo.

Asintió mirándola el crío estimulado por el intermediario, al que se sumaron dos mujeres y un hombre mayor que parecía ambicionar más el objeto de deseo en que se había convertido un pedazo de piedra de sal que el buen o mal arreglo entre los contendientes.

Metros arriba, la revuelta estallaba contra los hombres del Piñón, que comenzaban a ponerse nerviosos. Iban armados, como todos los guardas en la sierra. El más alto, el primero que empezó con los empujones, volvía a la carga, aunque más comedido a la vista de que el asunto podía complicarse.

—¡Cuidado, han sacado las armas y van a dispararnos! ¡Que alguien avise a la Guardia Civil!

Sonó entonces un disparo. Y luego otro. Y un tercero que inmediatamente hizo enmudecer a la calle. La pasión revolucionaria cayó de repente a los pies de los amotinados, sustituida por el miedo cierto a la muerte allí mismo. Hasta el pugilato de calle abajo se detuvo. Ya no brilló la navaja, y el destino de la sal se estimaba incierto desde la esquina de la calle Mayor, porque tapaban la escena los asustados concentrados y los no menos amilanados mediadores. Nadie cayó, nadie gritó de dolor. Los pistoleros habían disparado al aire. En la lejanía vimos llegar al cabo sudando con dos guardias presurosos que empezaban a montar sus armas. Respirarían aliviados, sudorosos, cuando comprobasen que de los tiros no había consecuencia de sangre para nadie. Cuesta abajo empezó a correr a todo lo que le daban las piernas el zagal que, por la traza, seguro pudo hacerse de nuevo con el salado tesoro.

Mezclo las revueltas, quizá esa que tan bien recuerdo fuese algo más tarde. Lo que es seguro es que la agitación acechaba las calles.

Aquellos primeros días de tranquilidad para mí y Manuel, refugiados en Santa Catalina, eran tiempos de revuelta en Portmán y La Unión por culpa de los vales. Una época de protestas de esas que de vez en vez prendían en el castigado ánimo de los mineros menos temerosos, y alumbraban tumultos de mucho griterío de hombres recios que a menudo sumaban a sus mujeres y niños, más con la voluntad de incomodar o provocar al patrón que con ánimo de ablandar su corazón, cosa mucho más complicada. Era, y sigue siendo, más fácil incomodar, molestar o amenazar que buscar el acuerdo o la conmiseración.

—¡La infamia de estos vales —enarbolaba uno el orador ante su público a la entrada del barrio de Roma— es que aumentan el beneficio del patrón robándonos el salario! ¡Con el dinero que se ahorran al no pagarnos, compran mercancía barata y

nos la venden a un precio mayor que en otras tiendas! ¡Su negocio es perfecto!

—¡Tanto como nuestra ruina! ¡Fuera los vales! —gritaba alguien entre la multitud, no muy extensa, pero enfervorizada.

—¡Fuera los caciques!

—¡Fuera! ¡Fuera! —respondía la voz poderosa de los presentes, como un único grito en el aire.

Crecía el griterío y el tumulto del público, enardecido por las arengas. Tanto que los allí concentrados convinieron, a la orden de los anarquistas que lideraban la algarada, en marchar juntos hacia la fundición Manolita, distante a unos pocos cientos de metros, para sumar a la protesta a todos los hombres que desde allí quisieran seguir adelante hasta el objetivo final, que era el ayuntamiento. Algunos lo hicieron, no demasiados porque era mucho el miedo a las represalias. Finalmente se congregaron unas cuantas docenas de hombres, mujeres y niños, quizá rondando el centenar, y echaron a andar camino abajo por la calle Mayor en dirección sur, hacia la casa del municipio.

Sus gritos encontraban eco en las paredes de los edificios frente a los que pasaban. Se asomaban a las terrazas los vecinos, para aplaudir unos y esconderse horrorizados otros.

Poco antes de llegar a la estructura de metal del mercado, detuvo a la numerosa comitiva un pelotón armado de la Guardia Civil.

El sargento había colocado a sus hombres en hilera, como si fueran los verdugos de un pelotón de fusilamiento y cuando tuvo cerca a los insurrectos, mandó cargar con voz alta y firme, para que le oyeran no solo los guardias, sino la calle entera. El chasquido metálico y al unísono de los fusiles al cargar detuvo inmediatamente la marcha.

—¡Disuelvan esta algarada o abriremos fuego!

—¡Sin miedo! —respondió el anarquista, que era un minero barbudo y moreno llegado de La Ribera, como Zapata—. Pretenden solo asustar, no abrirán fuego.

Ni terminar de hablar pudo, porque recibió en la cabeza un culatazo del propio sargento, que se había adelantado a la formación alcanzando al revoltoso cuando se volvió hacia los suyos para incitarlos a seguir.

Fue la señal.

Sonó un disparo, solo uno, y vi gente correr en todas direcciones. Los guardias perseguían a los huidos, ya fueran mineros, mujeres o algunos de los zagales que en la marcha estaban, y a culatazos detenían su fuga o remataban su caída. Nadie murió, pero hubo decenas de heridos y alguno tuvo que ir al Hospital de Caridad con la cabeza abierta y el ánimo mellado. Duró la violencia apenas unos segundos y el rastro de quejidos, heridos en el suelo y decenas de objetos perdidos en las carreras para huir de los palos quedó como prueba inmediata de la paz de la calle rota por la desigual batalla.

Lejos estuvo aquella refriega de las revueltas que casi se llevan la vida de Maestre

el año de la guerra de Cuba, o aquel espanto frente al Descargador, en la mañana en que creí que una bala había matado a mi Manuel, metido a revoltoso por su terca fe en la salvación del mundo, y presente en ese día de ira y sangre que en su momento contaré porque me acercó a la certeza de la maldición muy poco antes de que cayera enfermo y este miedo que me aturde y ennegrece me trajera aquí para acabar con ella.

Evoco aquellas horas de tumultos porque no fue hasta entonces cuando tuve conciencia de que, debajo del desánimo y la resignada tristeza de los hombres de esta tierra, corría un río escondido de rebelión como los cauces que milagrosamente brotan de la tierra para volver al poco a morir en ella.

—Son valientes —decía Alfred— porque se juegan la vida y el pan de sus hijos en una lucha tan desigual como la de David contra Goliat. Nunca había visto nada igual. Mujeres gritando, niños con heridas... He sentido miedo e imaginaba que podría alguno de ellos ser nuestro Manuel.

Lo sería. El descontento escondido, la frustración, la justa ira por el injusto trato iban germinando brote a brote, abriendo cada vez más lo que de valiente tenía el corazón de aquella gente sometida, aunque en este lugar cerrado y maldito tardaría años aún en aflorar.

Cuando perdemos lo que nos da el sustento, cuando los amores no nos dan de comer y a nuestra vista sufren los que de nosotros dependen, se oscurece el ánimo y se doma la voluntad si es que no se reduce hasta desaparecer. Cuando te arrojan a la calle, que ni de la pobre protección de la cueva puedes beneficiarte, pierdes tu condición y te sometes a cualquiera que sea lo que te da el alimento que te mantiene vivo. Se marchita tu ánimo y te conviertes en un animal que se somete más al instinto y la necesidad que a la razón. Esa era la fuerza de los patronos, la debilidad y el miedo de los demás. Pero esa podía ser también la de los que sufrían, porque de las brasas de esa miseria moral podían brotar también las llamas de la rebelión.

Alfred se quedó en Portmán mucho más tiempo del que había calculado. Yo creo que él mismo había ido prolongando su estancia buscándose nuevos quehaceres en España. Viajaba a menudo a revisar maquinaria en Huelva y Riotinto, y era frecuente también que pasara semanas enteras en el norte, en la minas de Asturias y Bilbao.

Sé de buena tinta que la gente de Zapata le había tentado para que se quedara a trabajar aquí, a pesar de su tozuda tendencia a dar la cara por los demás, puesto que tenía maña y buenos conocimientos de maquinaria, pero nunca quiso ponerse en manos de ese patrón, ni creo yo que romper con su país por muy atento y comprometido que se hallara con lo que sucedía sobre todo en esta sierra. Siempre quiso regresar, y lo hizo cuando consideró oportuno.

En una de esas semanas de ausencia se presentó en Santa Catalina Samuel preguntando por mí a los vecinos sin dar demasiadas explicaciones. A punto estuvo su parquedad de costarle su objetivo, porque no eran aquellos ingleses encerrados en sí mismos muy amigos de facilitar la tarea a los de aquí. Pero consiguió saber dónde vivía.

—¿Doña María Adra?

—¿Quién pregunta? —le dije sin abrir la puerta por completo.

—¿Es usted?

Tras el silencio que mantuve para sobreponerme a la impresión y, por qué no decirlo, al miedo que me produjo volver a verle frente a mí, le pregunté sin rodeos:

—¿Tan pronto se le olvidan las personas a las que apunta con una pistola en plena calle?

—La memoria no es mi fuerte, señorita.

No me gustaron su tono ni su aspecto. Su mirada era fría, como aquella mañana en La Unión. O peor, más inquietante. Sus ojos azules se me clavaban como si tras ellos no hubiera emoción alguna, tan solo instinto. Ni se molestó en sonreír.

—Don Miguel quiere verla en la Casa Grande.

—¿Para qué?

—No lo sé. Tengo la instrucción de transmitirle su deseo e insistirle en que no se dará por satisfecho hasta que usted acceda.

—Déjeme que lo piense.

—No se demore, pues el patrón no admite esperas... ni gusta de negativas.

—Muchas gracias.

Cerré la puerta y permanecí apoyada en ella unos instantes. Sorprendida, conmocionada, asustada tal vez. Él no se movió del otro lado y, consciente de que yo

seguía allí, en un intento de serenarme tras la inesperada visita, dijo sin alzar la voz:

—No tarde en ir, María. Puede ser importante. Para él, lo es; si no, no me habría hecho venir hasta aquí a enviarle a usted recado.

A la mañana siguiente me presenté temprano ante la verja de la Casa Grande. Era como regresar a un hogar que había sido forzada a abandonar. Todo seguía igual: los árboles del jardín, la sonora gravilla del suelo, el canto de la fuente entre los setos, hasta me resultaba familiar el tenue sonido del puerto y los metálicos quejidos del mineraje. No hacía tanto que me había ido, apenas año y medio, si es que llegaba, pero volver a experimentar aquellos sonidos y los olores cercanos me hizo regresar a un tiempo que calibré lejanísimo, como de una época muy anterior, como si desde entonces la vida hubiera transcurrido mucho más amplia y longeva de lo que en realidad lo había hecho. Fui de golpe consciente de que no era el tiempo lo que se había movido, sino yo misma, mi carácter, mi hechura de mujer, que había cambiado por dentro mucho más que por fuera, como si los acontecimientos vividos en todos esos meses, los miedos, las frustraciones, las amarguras que atravesé en solitario, hasta el amor que ahora parecía experimentar, hubieran hecho de mí otra persona sin que el cuerpo hubiera envejecido en la misma medida.

—¡¡¡María!!! ¡¡¡Has vuelto!!!

Me sacó del ensimismamiento el sonoro entusiasmo de la pequeña Visitación. Venía corriendo hacia mí, más alta, más hermosa aún de como la recordaba de la última vez que la vi en la fonda de Esperanza.

Saltó a mi cuello como quien se aferra a un salvavidas en pleno naufragio y se apretó contra mí en un gesto de cariñoso arrebató tan intenso que casi me corta la respiración.

—¡Mi niña del alma! ¡Qué bonita estás y qué grande!

—Te echo tanto de menos. ¡Qué bien que hayas regresado! ¿Por qué no has venido a verme nunca?

—He estado viajando, mi amor —mentí, aunque solo a medias—, y pensando en ti muchas veces, pero no podía venir a decírtelo.

—No me importa, con tal de que hayas regresado...

—No, querida. No he regresado. Vivo aquí, no muy lejos, y estoy muy bien, y soy feliz. Pero esta mañana no solo vengo a verte. Me ha mandado llamar tu padre.

Atraída por el alegre bullicio del recibimiento de Visitación, se asomó a una de las ventanas de la planta baja doña Juana.

No me esperaba, ni le agradó mi presencia. Gritó desde la distancia.

—¿Qué diablos haces tú aquí? ¿Quién te ha dado vela para asomarte siquiera a la puerta de esta casa?

Y como había sucedido el día que llevamos a los heridos de La Unión, cuando Miguel Zapata quitó autoridad a doña Juana, que ya echaba a la calle al moribundo Villegas, volvió a intervenir sin previo aviso para afirmar su poder y arrebatarle razón a su mujer.

—Yo la he mandado llamar —terció desde el balcón de su gabinete—. Acompáñenla, por favor, hasta aquí.

Volví a subir las escaleras inquieta, a apoyarme en el pasamanos verde como la semilla del pistacho. Rememoré unos instantes la última vez que había hecho ese recorrido, aquella mañana lluviosa de otra vida. Escuché rumores en la cocina y, de repente, los pasos apresurados de doña Juana, que al pisar el rellano me gritó:

—Tú quédate aquí, que yo tengo que hablar antes algo.

Y ascendió apresurada, casi golpeándome con su cuerpo al llegar a mi altura. Visitación, que subía conmigo, se apartó asustada de la furibunda determinación de su madre. Entró sin llamar en el gabinete y todos oímos cómo exigía una explicación a Zapata. Esperamos su respuesta, pero debió de dársela en voz queda y con intención discreta, puesto que nada escuchamos salvo la violenta salida de doña Juana del gabinete, que dio un nuevo portazo al franquear la entrada a sus habitaciones. No volvió a bajar.

Pasados unos segundos, cuando se disipó la incómoda sensación de agitada sorpresa, terminamos de ascender hasta el primer piso. Visitación llamó a la puerta.

—Adelante —dijo tranquilo Zapata desde dentro.

Nos saludó con una sonrisa que me pareció franca, pero era difícil de saber en un hombre que dominaba con insólita maestría el arte del engaño, y podía sonreírte mientras te condenaba o mirarte con desdén cuando en realidad se estaba divirtiendo.

—Visita, mi pequeña, déjanos a solas, por favor.

Otra vez los tres, otra vez una sensación apenas perceptible, pero que estaba ahí, de unión de sangre, de vínculo de afecto más allá de lo que se pudiera pensar. Lobo, Visitación, María.

—Siéntate, por favor.

—Gracias. —Y tomé asiento.

Él permaneció en pie al otro lado de la mesa.

—No quiero perder tiempo ni hacértelo perder, así que dime por qué me mentiste sobre el padre de tu hijo.

Desde que el día anterior Samuel había ido a comunicarme el deseo de Miguel Zapata de verme lo antes posible, no dejé de maquinare en mi cabeza qué es lo que podría buscar o querer de mí para reclamarme con tanta urgencia. No encontré respuesta alguna que me pareciera sensata o razonable. Fui tan ingenua como para no pensar en que podría conocer ya la verdad sobre Manuel, o, por contarlo de otra manera, tan poco avispada como para no haber calculado que tarde o temprano Miguel Zapata sabría la verdad. Más aún cuando ya me había advertido la Tuerta de que lo que se decía era que mi hijo lo era del mismísimo Lobo.

—Estoy esperando tu respuesta.

—No la tengo.

—¿Cómo que no la tienes?

—Porque no lo sé.

No le mentía. Ni entonces ni ahora tengo un motivo para explicar por qué no le dije la verdad. Miedo, imagino; una suerte de instinto de supervivencia que me hizo creer que sería mejor no decirle a aquel hombre que lo que había crecido en mi entraña era de su propia sangre. Temor a un castigo que no sé muy bien cuál podría ser. Tantas cosas. Una o todas. O ninguna. Carezco aún hoy de un juicio preciso sobre mis motivos.

—¿No sabes por qué haces o dices las cosas? Vaya. Interesante forma de vivir es esa en que uno no es dueño de sus actos.

—No es eso, señor. Es que no sé por qué no le dije la verdad. Puede que fuera el miedo —aventuré, cohibida por aquel hombre y el poder de su mirada.

—¿Ese Manolico que escondes en Santa Catalina, en casa del inglés, es hijo de Joaquín Zapata?

Allí seguía su cuadro, su imagen viva, como si me mirase de verdad igual que hizo tras el parto, y un soplo de aliento suyo me regaló una pizca de confianza. Pensé en él. Cogí aire.

—Sí, señor.

—Te estremeces, María.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

Tardé un siglo en armarme de valor, y centrada mi atención en el cuadro, terminé respondiendo:

—Yo sí le amaba.

—Eres atrevida. O insensata.

—... y él a mí también. —Volví a bajar los ojos.

—Mira, mocica, Joaquín Zapata era el heredero de este imperio que, como deberías saber, incluye lo que ves aquí dentro y allá fuera, salvo la lluvia y el mar. Toda esta tierra, y lo que atesora, lo que puedes contemplar y escuchar, el sonido del puerto, los malacates y las chimeneas de las minas. Hasta las almas en pena que en ella se entierran pertenecen a la familia. Incluso tu hermano, señorita Adra. Como perteneció también tu señor padre, que tengo entendido cambiaba su escaso beneficio de partidario primero y minero después por la perdición de láguenas y putas dejándoos a ti y a tu señora madre en la miseria y el desamparo del que te hemos sacado. A ti al menos.

—Sí, señor.

—¿Y crees de verdad —creció la intensidad de su voz y la dureza de su expresión — que con toda esta herencia por administrar iba a permitirle el matrimonio con una pobre minera como tú? ¿Te imaginas a tu madre y tu hermano en la boda, junto a nosotros?

Me costaba, en eso no erraba Zapata. En realidad, jamás había tenido pensamiento de una ceremonia en la que junto a doña Juana y don Miguel estuvieran alineados frente al altar Juanito y mi madre.



—Ni el papel de cortesana hubieras tenido, señorita. Puta, por si no entiendes la expresión.

Un súbito dolor, negro y salado, me subió desde el estómago a la garganta. Me irritó; iba a contestarle, pero él mismo me contuvo. Jamás Joaquín me había hecho verme o sentirme así. Bien al contrario, sus amores habían sido elevados, que era su reina, no su puta.

—Mejor no digas nada, María. Déjalo para luego, cuando no me tengas delante, no vaya a ser que te arrepientas.

Volví a mirar el retrato y una cascada de emociones luminosas se me desató en el alma. Por unos instantes no estuve allí, sino en sus brazos, no escuchaba la voz de Lobo, sino la caricia de las palabras de mi amado, no sentía la humedad en los pies, sino sus labios recorriendo mi cuello. La ensoñación se esfumó con la voz aguda pero firme de Miguel Zapata.

—¿Cómo sé yo que ese muchachito es mi nieto?

—No puede saberlo, don Miguel. Yo sí, porque es mi hijo, y porque era el primer y hasta su muerte único hombre que me había tocado nunca.

Me cruzó en un destello ácido y como de corriente eléctrica la imagen babosa de mi padre. La expulsé de mi cabeza.

—Es hijo de Joaquín.

Sus silencios alimentaban mi angustia, y él jugaba a ello, como siempre había hecho, como me reconocería muchos años después.

—Claro que sabía que lo era. Y en aquella época ya vislumbraba que los primeros dolores en la piel, las primeras heridas que empezaban a aparecer, y las muertes, inesperadas, antinaturales de mis hijos, podrían tener alguna relación con aquellos sueños en los que no solo había muertos, sino rincones oscuros que brillaban por el metal, lugares que yo conocía y que nadie había visitado jamás. Lugares a los que yo fui como ensayador con mi tabla y mis aperos, y encontraba filones y en ellos abría minas y cada vez hallaba más y más ricas. Y creía que Dios me hablaba en sueños, pero no era él... ni a cambio de nada. Por eso quería tener la certeza de que aquel hijo tuyo que hoy tanto enreda y mal hace a sí mismo y a su estirpe era sangre de mi sangre, era un Zapata, aunque llevase otro apellido y hubiese nacido de un comercio ilícito. Yo también quería romper la maldición, y necesitaba para ello tener certeza y empezar a salvar su vida.

Aquella mañana, muchos años antes de esta confesión, retomó sus preguntas después de conocer la verdad de mi boca.

—¿Quién está en el secreto de esta historia? ¿Quién sabe que tu hijo es un Zapata?

—Nadie más que yo, Teresa, ahora usted y quien le haya informado, que imagino será Esperanza la gitana.

—¿Tampoco el ingeniero?

—No se lo dije ni se lo diré. Yo le sirvo, no le cuento mi vida.

—Hasta donde yo sé, la comparte.

—Es un emplaste, una cura para la herida de la pérdida de Joaquín. Y una manta que acoge el presente y prepara el futuro para mi hijo. Nunca me ha preguntado quién era el padre, y aunque lo hiciera, yo jamás se lo diría.

Me sorprendió entonces con una petición que interpreté como de curiosidad y afecto. Solo dos palabras:

—Quiero verlo.

Quería verlo, eso había dicho. Quería conocer a su nieto de una forma discreta, sin que nadie sospechase nada.

—... que bastante hablan por ahí, hasta dicen que si es hijo mío. Eso he oído. Como no quiero dar pie a que se hable más de lo debido, quiero saber cómo es, sin que nadie pueda hacer comentarios ni barruntos.

No tenía yo idea de cómo podría hacerse algo así, siendo el todopoderoso Miguel Zapata hombre principal y de sobra conocido, pero me pidió que lo dejara en sus manos.

Una semana después, cuando ya había regresado Sullivan de su último viaje, me informó de lo que para él era una sorprendente petición.

—Me llega un mensaje de Zapata que quiere verme de forma discreta aquí en casa, que le ponga fecha y estará encantado de venir. ¿Qué te parece?

—Tú sabrás los negocios que te traes con él.

—No sé lo que puede querer hablar conmigo, pero algo tendrá que ver con lo que hablo y pregunto sobre cómo se vive aquí con la injusticia y el abuso. Querrá callarme, supongo.

No se equivocaba Alfred.

—¿Y le vas a recibir?

—Hasta a tu peor enemigo debes tratar con respeto en esta sierra sin ley.

Cuatro días después se presentó en la vivienda de Santa Catalina Miguel Zapata con dos de sus guardas.

—Acogedora —elogió educadamente nada más entrar—. Muy del estilo inglés. Como para que ustedes se sientan en sus casas. Encantado de saludarla, doña María. Sabrá usted, señor Sullivan, que ha contratado para su servicio a una mujer de una considerable eficacia para sus labores.

—Eso he comprobado, don Miguel.

Agradecí su gesto, perfectamente teatral, como toda la visita, y les ofrecí algo para beber a Zapata y sus pistoleros.

—Ellos no toman nada. Van a esperar fuera. —Salieron de inmediato—. Y yo me tomaría uno de esos riquísimos téis ingleses con alguna pasta.

Se lo serví y abandoné discretamente el salón dejándolos solos en su conversación. Seguía el teatro.

—Y dígame, don Miguel, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Pues mire, señor ingeniero, tengo un objetivo doble, aunque, si quiere usted, se podría tratar de la misma cosa.

—Le escucho.

—Quiero que deje de agitarme a los capataces e ingenieros que luego transmiten su inquietud subversiva a los mineros más indisciplinados y animosos. Y para ello estoy dispuesto, como ya se le ha dicho por parte de algunos de mis directores, a ofrecerle una más que interesante y bien remunerada plaza de ingeniero en cualquiera de las nuevas empresas de maquinaria que estamos poniendo en marcha.

Como él ya había calculado, Alfred Sullivan no solo no consideró la oferta, sino que lo interpretó como un inaceptable intento de soborno y su reacción, sin ser airada puesto que no cabía expresarse de tal modo con alguien de quien se era anfitrión, fue la de cortar la conversación y sugerirle, de la forma más elegante posible, que abandonara la casa.

—Y no solo no contemplo esa posibilidad, sino que no le acepto, y se lo digo en tono respetuoso, faltaría más, que me acuse de agitación a nadie y sobre nada. Yo estoy aquí para arreglar máquinas e informar de algunos extremos sobre el trabajo minero en esta región. Dicho lo cual, y agradeciéndole enormemente su visita, le rogaría que tuviese en cuenta que yo tengo trabajo que hacer y que María no solo tiene también tarea en casa, sino una criatura que atender que vive aquí con ella.

—Eso tengo entendido, sí, que ya tuvo el hijo que llevaba en sus entrañas cuando abandonó la Casa Grande, y que se cría hermoso y saludable.

—Así es, señor Zapata.

—Si me permite, señor ingeniero, tengo curiosidad por conocerlo. Después de todo, fue engendrado mientras su madre estaba a mi servicio.

—Lo que ella disponga —dijo Alfred, a quien la idea no pareció gustar demasiado. Quería que aquel hombre abandonara cuanto antes su casa.

Por supuesto que no me negué. Tampoco me provocaba la idea vivos entusiasmos, pero sabía a qué había venido el Tío Lobo y no debía sino facilitar su verdadera intención.

Tomé a Manuel de la cuna. Estaba despierto y atento, como solía cuando algo se movía en la casa o si oía nuestras voces. Era un niño vivo e inquieto, que no quería perderse nada de lo que sucedía a su alrededor, capaz de transmitir su emoción o al menos mostrar su alegría, su disgusto o su ansiedad con el silencio de unos ojos tan expresivos que pareciera que hablasen. Me tendió sus manitas cuando lo tuve en brazos, y comenzó a hablarme como siempre hacía: a pequeñas carcajadas que salían como burbujas cantarinas de su garganta mientras me acariciaba con esa mirada que convertía en líquidas mis vísceras.

La presencia de Lobo, que no dejaba de mirarle cuando le tuvo cerca, apaciguaba mi efusión materna por una suerte de pudor irracional, como si ante él sintiese vergüenza o culpa por mi condición de madre.

Él lo miraba con aparente frialdad, pero lo hizo largamente y con mucha atención, como escrutándole. Me pareció que buscaba alguna huella.

—¿Cómo se llama?

—Manuel.

—¿Manuel qué más?

—Manuel Adra.

—Como la madre...

El niño se detuvo entonces en él y le devolvió la mirada. Solo en ese momento esbozó Lobo una sonrisa a la que respondió inmediatamente el pequeño.

—Es hermoso. Y parece listo.

Sentí un escalofrío cuando Manuel inclinó su cuerpecico hacia Miguel Zapata, que no hizo el más mínimo gesto de acercarse.

—Buena rama, creo. Y el padre, ¿huido?

—Murió de la peste colérica. No lo vio nacer, ni siquiera supo al morir que yo estaba preñada. Era un buen hombre, don Miguel. Y, como usted dice, de buena rama.

—Lástima que no pudieran casarse... ¿o estaban casados? —jugó conmigo Lobo.

—Pensábamos hacerlo, pero la enfermedad y la muerte llegaron antes.

—Vaya. Lo lamento. Y celebro que pueda usted criarlo como sin duda se merece, con la generosa ayuda del señor ingeniero —y añadió—: Ojalá se instruya bien y pueda prosperar. Si sale tan despierto como parece, sabrá abrirse camino. Quién sabe si algún día pudiera trabajar para Zapata, formar parte de nuestra familia. Quién sabe.

Saludó inclinando la cabeza, y nada más dijo. Tendió la mano a Alfred, y se dio la vuelta mientras Manuel lo miraba con los ojos abiertos y movía las manitas como si de verdad quisiera decir algo.

No volvió a verle Zapata hasta muchos años después, aquella mañana en que mi hijo conoció en la Casa Grande la verdad de su origen y, como acababa de hacer Alfred Sullivan, rechazó una oferta de Lobo que pudo haber cambiado nuestra historia, aunque no su destino, porque nació de Joaquín con la marca de la maldición.

# LA MUERTE

En cuanto se extendió en la sierra la nueva de que la piel le estallaba a Miguel Zapata con brotes venenosos como el mal de tierra que mataba a ganado y alimañas, las gitanas viejas y las brujas, que venían a ser lo mismo, lo tomaron como la señal de que la maldición estaba viva.

Ya cuando murió Joaquín, el segundo de los hijos que reclamaba la tierra a Zapata, habían creído tener un signo claro de que no eran solo habladurías, y por eso Esperanza me puso sobre aviso del fin de la estirpe. Ahora, la enfermedad de Lobo se lo confirmaba. Después de mi marcha de la fonda no había vuelto a saber de Esperanza. Si tuve noticia de la vigencia de los edictos malditos fue por la Tuerta, que vino a preguntarme si era cierto que a Lobo le salía veneno de la piel.

—Entonces —me dijo— tiene razón Esperanza: es la tierra que le reclama, es el demonio que entra en él y lo abre sin piedad, como él a la montaña.

Leyendas, cosas de gente alejada de Dios que se refugiaba en lo oscuro, nigromantes de los cuentos o curanderos aldeanos que sanaban con hierbas y conjuros como la Tía Cañara.

—No, María. Se cumple la maldición.

Y conocí por fin los detalles de esa maldición que se me escondían desde hacía tanto, igual que se esconden los tesoros de la tierra hasta que deciden ser descubiertos.

Lo que corría en la sierra, por los rincones de aquellas gentes de liturgia demoniaca, contrarias a Dios y a las costumbres del hombre, era el rumor de que una gitana a la que Zapata había privado de casa y matado a un hijo había conjurado a los infiernos con una maldición terrible. Murió la criatura de hambre y frío porque Lobo, cuando empezaba de prestamista, exigió el pago de la deuda y, no pudiendo aquella pobre familia afrontarlo, se apropió de su casa y lo poco que tenían, y en la intemperie del invierno de la sierra cayó un chiquillo enfermo para siempre de la tos ferina y se extinguió el otro por las hambres y los fríos en que quedaron todos.

—Yo te maldigo, alimaña, con todo el poder del Maligno, ojalá te pudras y te rompas por dentro, y la tierra te reclame a tus hijos como tú me arrebataste al mío, y se muera tu estirpe, y tu nombre se pierda en el olvido y desaparezcas ardiendo en el infierno. Maldito siempre, Lobo. Y por siempre.

Así le había gritado una noche en el ventorrillo del Llano del Beal, bajo el dintel de la puerta con la cabeza del lobo, para escupir acto seguido y perderse en la sierra oscura.

—Estaba como trastornada, loca de rabia y dolor —me diría él mismo en nuestros

años de recuerdos—, y yo me reí de ella, porque entonces aún no había nacido ni Joaquín siquiera, ni había vivido yo la verdad de los sueños que se cumplen, porque habla Dios o el Diablo por ellos, como pasa en la Biblia.

Él mismo, cristiano viejo de misa y fe, convencido de que Dios repartía la suerte y la desgracia sobre fundados merecimientos de los hombres, que no eran iguales por decisión divina, terminó creyendo que su sangre estaba maldita.

Los curanderos y brujas hablaban de él como sujeto a un demonio para toda la vida, víctima de su propia ambición y el mal que sembraba. Lo sorprendente, lo insólito, lo que una noche me hizo a mí pensar en que algo de verdad habría en aquellos temores supersticiosos, fue lo que escuché tras las horas de tormenta en que enterramos a doña Juana, cuando ya habíamos despedido a Visitica. En aquella de vísperas del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Miguel Zapata me confesó que había otra razón para creerse maldito:

—El destino jugó conmigo, con mi vida y con mi alma como si fuera aquella odiosa mujer que me maldijo quien lo escribiera.

Porque algún tiempo después de aquel conjuro en la venta, cuando ya había olvidado a la gitana y su maldición, y andaba por la sierra con sus cacharros de ensayador, había tenido en sueños una visión nítida, inequívoca, de un filón cerca de una roca enorme en el camino del barranco del Moro. Acudió allí nada más despertarse, y en el lugar preciso del sueño, encontró el principio de lo que parecía una riquísima veta que el tiempo y los trabajos se encargarían de descubrir.

—Era como en las Escrituras, María. Dios me hablaba a mí, que me creí su elegido, para empezar a darme la fortuna que me permitiría crecer y ser en este infierno su instrumento de justicia. Eso vi. Eso creía.

Registró aquel filón junto a Antonio, y armaron una partida para explotarlo. Lobo seguía recorriendo los caminos, mientras su hermano vigilaba a los partidarios, con quienes habían acordado un porcentaje sobre lo extraído.

—Un día tuve una pesadilla. Algo o alguien me decía que aquel filón sería el principio de todo, pero tendría que pagar un alto precio por la revelación y mis ambiciones: la soledad, el olvido, el silencio. Vi los cadáveres de los míos y entendí que ese era el precio, y quise negarme, pero ya era tarde. Y la presencia, o lo que fuera que me hablaba desde la oscuridad más profunda, me anticipaba tiempos de dolor en el cuerpo y el alma, y veneno en mi interior y el negro olvido al final de mis días.

—A veces en los sueños —intenté comprender— recordamos cosas que despiertos creemos haber olvidado.

—Eso me dijo Antonio, sí. Eso mismo, que quizá había vuelto sin querer a recordar a la gitana, y su maldición me había regresado en sueños... Pero yo sé que no. Porque se ha ido cumpliendo: se me mueren los míos, me quema el cuerpo por dentro, mi estirpe desaparece.

Me esforzaba en no creer aquellas maledicciones, que más serían fruto de



murmuraciones malintencionadas que de una verdad desconocida y maléfica. ¿No se cumplen a veces los males o los bienes que profetizamos solo por el hecho de repetirlos? ¿No es la voluntad tan perezosa que se sirve a sí misma de lo que los demás dicen que somos o hacemos para ser o hacer eso que dicen?

Pero él insistía.

—La maldición, la enfermedad, una voluntad diabólica que gobierna mi vida actuará hasta llegar a la desaparición de los míos y el olvido, que es la condena eterna para los hombres ambiciosos. Ni un siglo de fortuna y se acabó, María. Es cierto lo que dicen de que mi sangre está maldita.

—Yo creo lo que veo. Y en Dios y en su justicia.

—¿Y por qué me tortura con este fuego que me hace sangrar desde dentro? ¿Por qué se me han ido todos antes que yo?

—Todos menos Miguel, que te ha dado nietos y te seguirá dando. Y Obdulia, que sigue multiplicando la familia.

—De los Maestre, no de los Zapata. Y Miguel... bien sabes de lo delicado de su salud, que cualquier día he de ir a recogerle de nuevo a Orán o a París. Pero ya no enfermo, como la última vez.

No hacía un año que había tenido que enviar al doctor Páez y a Samuel al puerto del norte de África donde unas fiebres lo habían postrado mientras regateaba en el yate Juanita, que acababa de comprar en Barcelona.

—Morir es el destino de todos.

—Para los míos, el fin de la estirpe y el principio del olvido.

La oscuridad de la noche helada con el maestral atravesando las ventanas como si no hubiera cristales, y las velas marcando ondulantes su cadencia, creaban una atmósfera como de misa fúnebre para esos encuentros de nuestras soledades. Eran los últimos años de Lobo, e iba desgranando los recuerdos de su vida en conversaciones que a veces me revelaban secretos y a veces otras miradas a lo que yo misma había vivido. Solo estábamos nosotros, la noche, el viento y los recuerdos. Y nuestras dudas.

—¿Por qué crees eso?

—Porque no tengo más remedio. Porque es la verdad de mi vida.

En un sueño se le presentó el filón en el camino del barranco del Moro, y en una pesadilla, el precio que pagaría por ello y que, a sabiendas o no, repetía como un eco la maldición que le lanzó la gitana. Pero era aquella otra de los muertos en hilera la que lo atormentaba desde que hizo suyo el nombre de Lobo.

Se le presentaban como se coloca a los que sacan sin vida de la mina, igual que le aparecieron los lobos la primera de sus noches de pesadilla, cuando se enfrentó a ellos. Solo que ahora sí entendía aquella extraña fila, y ahora los cadáveres sí tenían rostros humanos. Y Zapata reconocía quiénes eran y dónde yacían. Eran sus hijos en el jardín de la Casa Grande. Estaban Trini y Joaquín, también Visitación y Miguel. Con ellos, figuras desconocidas en las que él creía ver a los hijos que tendría o los

que no serían nunca, los que no nacerían porque su ambición así lo había acordado con su destino.

Jamás me quiso decir si en sus pesadillas estaba Manuel.

—¿Cómo voy a saberlo, mujer, si no conozco a tu hijo?

—Sí lo conoces. Fuiste a verlo a Santa Catalina.

—No lo recuerdo. Era el zagal muy pequeño.

—Miguel, te lo suplico.

—No hay niños en mis sombras. Solo reconozco a mis hijos.

Al principio, la pesadilla se presentaba muy de vez en cuando. Pero a medida que fue pasando el tiempo y creciendo el poder y la fortuna de Zapata, era mayor su frecuencia, hasta el punto de que llegó a temer acostarse ante la certeza de que volvería a sufrir viendo muertos a los suyos.

El miedo se asentó en sus sueños como en sus desvelos cuando comenzó a descubrir que tras el último de los cadáveres no había más que una niebla gris y oscura y luego nada, ni siquiera oscuridad. Nada. El pozo negro del olvido.

Terminé haciéndome con la llave de sus pesadillas como lo había hecho de niña con las mías. Pero no gritaba, susurraba. Desde mi vigilia aprendí a descubrir ese mundo interior que era su otra vida, la del sueño, el infierno tan doloroso o más que el de las heridas de la piel o las fatigas del alma. Le escuchaba agitarse desde mi alcoba, o desde el lecho, en los años que empezamos a compartirlo y me acercaba a su oído para hablarle quedo.

—Vuelve, Lobo, regresa de ese lugar en el que no quieres estar para reunirte conmigo y espantar esos fantasmas. Grita, si puedes, para escapar. O espera a que mi voz te rescate del mundo de los sueños y despiertes a la paz de este otro en el que tu poder es el que reparte el bien y el mal. Vuelve a tu casa, con María.

Él escuchaba en el sueño un lejano sonido.

—Como de suave, sedoso tañer de campanas, María, como si en medio del funeral de todos los muertos del mundo que eran mis hijos, que era mi memoria, rasgajaran el aire oscuro dulces metales luminosos que me invitaban a salir de allí en busca de la paz. Y poco a poco se iba difuminando la intensidad de la visión y del dolor, y el dulce sonido empezaba a ser tu voz, y al abrir los ojos veía los tuyos, y en ese momento me sentía seguro y me llegaba la paz.

Era humano. Y sufría, aunque nunca lo hiciera por los demás y jamás dejase escapar fragilidad alguna. Podía inspirar ternura, incluso cierto cariño. Porque también le quise, aunque en ello no sé cuánto pudiera haber de remembranza de Joaquín, de lástima por su dolor, o de amor verdadero e inexplicable como el que te ata a un hijo, un hermano, o un esposo solo por serlo aunque se trate de monstruos.

Supongo que en esa forma mi madre amó a mi padre, o Lobo a Juana. Sin razón, sin explicación, sin sentido, como se vive la vida de los sueños. Porque los sueños también son la vida, o la muerte. Los sueños nos hacen cambiar decisiones, nos atan o desatan de personas y de sentimientos. Lo que se vive en ellos es muy íntimo y solo

nuestro o de Dios. Pero a veces puede el mal manifestarse en ellos, conquistarlos, y entonces nos lleva a equívoco.

Regresé a la Casa Grande porque me lo pidió Visitación el día en que me presentó al doctorcico, con quien ya andaba en amoríos.

El doctorcico, como siempre llamamos a José Maestre, aun cuando ya había subido al trono de emperador de las posesiones de Miguel, había llegado a Portmán para aprender a enfrentarse al mal colérico que en los años en que murió mi Joaquín diezmó aquellas tierras desde Cartagena hasta cabo de Palos y más al norte aún. Pero no estaba de Dios que siguiera su viaje ni dedicara su ánimo generoso a salvar vidas ajenas, porque en cuanto pisó esta tierra olvidada por la Providencia y gastó sus primeras energías en el inútil empeño de traer la salud a los seres que habitábamos en ella, dio con la única luz encendida en su oscuridad y la atrapó para sí.

La primera vez que le vi, apuesto, de ojos vivos, perfecta raya en el lado izquierdo y bigote tan poblado como vano el intento de perilla en el mentón, me sonrió con esa forma generosa de saludar en silencio que le diferencia de cualquier otra persona porque avanza ya su bonhomía sin tacha. Era el nuevo médico de Portmán y hacía la corte a Visitación.

—María querida, este es don José Maestre, el nuevo médico.

Estábamos en el puerto, cerca de la lonja, y respondí a su sonrisa con una flexión de rodillas e inclinando la cabeza.

—¡Quia, María! Déjate de ceremonias, que no es un rey.

Tomó entonces él mi mano abriendo aún más su sonrisa.

—Gracias, señorita María. No solo carezco de majestad, sino que estoy aquí para servirle. A usted y a todos los que en este lugar necesitan el alivio del cuerpo, que no son pocos y más aún en estos tiempos difíciles.

Apenas unos meses atrás se había abierto en Portmán la Casa de Socorro, generosamente levantada gracias a la contribución de Zapata, entre otros mineros ilustres. Por allí pasaban los pobres mineros accidentados, enfermos del mal colérico, emplomados y asmáticos, y hasta a veces viudas de los cafés cantante que albergaban entre sus piernas los males del pecado de la lujuria. Sí había trabajo, sí.

Me consta que don Miguel ya tenía oído del doctorcico por la fama de su hermano Tomás, médico también, que había discutido sobre el modo más adecuado de abordar el combate al cólera con otro doctor al parecer más afamado y relevante. Creo recordar que el tiempo dio la razón a Maestre, pero ahí la memoria no puede sostener el honor a la verdad.

—Y usted, señorita María —me preguntó—, ¿tiene alguna persona de su familia con el mal colérico o necesitada de atención?

—Todos necesitamos atención, señor don José...

—Ya te dije —interrumpió Visi divertida— que tenía mucho desparpajo y la lengua larga.

—Discúlpeme, doctor, si mi respuesta le ha parecido impertinente...

—No, María —terció ella—, es que ya le había hablado de tu descaro, y nada más conocerle, ya lo muestras como quien abre un abanico. Su familia fuimos... y volveremos a ser nosotros. Y un niño que tiene su padre en la Inglaterra con intención de ver mundo y aprender el idioma. Volverán pronto, ¿verdad, María?

—En eso confío.

Cuatro añicos tenía ya Manuel y su lejanía escocía el alma como el azufre los ojos cada vez que se me hacía presente en palabra o pensamiento. De madre y de mi hermano Juan nada había vuelto a saber.

—Ausencias tengo que me hacen enfermar más de la cuenta, pero no sé si es de su saber cómo curar los males del alma o las angustias.

—No es, en efecto, asunto en el que tenga yo conocimientos ni experiencia, pero siempre hallará en mí un oído atento y un corazón abierto para servirle de consuelo o hasta pañuelo de lágrimas.

Era educado y galante, hermoso en cierto sentido. Nunca dudé de que estaba enamorado de Visitación, que sé a ciencia cierta que le amó y le dio descendencia hasta aquella espantosa noche de febrero en que la maldición volvió a hacerse patente como en los sueños de Lobo, como en sus heridas, como en su negra amargura, como hoy en mi memoria.

Es curioso, o quizá no sea tanto, vaya usted a saber, de qué manera cuando pienso en la negrura de los tiempos difíciles que entonces estaban aún por llegar, la presencia de José Maestre siempre es luminosa, como si su generosidad, su altura de miras y su amable disposición hubiesen navegado sin mancharse, iluminadas por un destino distinto al de todos nosotros, por la fangosa ciénaga de nuestras comunes existencias. La mía, la de Lobo, la de la familia maldita, incluso la de Obdulia, que tanta vida compartió con él, se me vienen con perfiles de grises y negros, de silencio de muerte y aire que asfixia, mientras él se me sigue apareciendo casi como Visitación, tal que ángeles que hubiesen caído aquí por un error del amanuense de nuestros destinos.

—Te diré algo, María, que sé que no me vas a malinterpretar —comentó en una ocasión el doctorcito, en vísperas de un viaje a Madrid con don Miguel—. Si mañana voy tranquilo al encuentro de la política y también del negocio, es porque sé que detrás tengo a una mujer que no solo se ocupa de nuestros hijos y de apoyarme, sino que me brinda los mejores consejos que uno pueda recibir. Sería mejor política y minera que yo mismo, puedes creerme.

—Qué cosas dices, Pepe. —Me pareció que Visitica se ruborizaba—. Solo hago lo que haría cualquier esposa —y añadió después de guardar silencio unos instantes, como hacía cada vez que sentenciaba—: Aunque, a decir verdad, si todos los

hombres fueran capaces de reconocer el talento o las capacidades de las mujeres como haces tú, quizá nos iría de otra forma.

—Vaya, te me has vuelto sufragista.

—No, cariño, más aún: posibilista. Con hombres como tú, el mundo sería más justo. No se trata solo de votar, sino de vivir.

Yo creo que le gustó desde el principio su curiosidad y apreció su inteligencia.

—Lo cual tenía mucho mérito por parte suya —reconocía Visitación—, porque si es difícil que una mujer se atreva a decir lo que piensa, aunque ello difumine el decoro que se le exige, más aún lo es que un hombre reconozca y otorgue valor a la inteligencia de una mujer. Y José Maestre lo hizo.

—A mí siempre me ha parecido un buen hombre, si me permite el atrevimiento de juzgarle, doña Visitación.

—Y vuelve la mula al río, María... ¿Quieres dejar de tratarme como si fueras cualquier otra sirvienta? Somos amigas, querida.

Sus cinco hijos fueron fruto de un amor al que jamás pusieron límite ni condición, que vivieron como la lealtad de la entrega de por vida. Pepico no era como mi Joaquín, ni imagino que sus encuentros y conversaciones fueran como los nuestros, escondidos y explosivos como la fuerza que se abre paso en la roca de la sierra, pero sí se hablaban con brillo en los ojos y serena admiración en la forma de expresarse y dialogar.

—A mí no se me apareció como a ti Joaquín, tal que si fuera un ángel del cielo. Pero sin ser tan dulce, yo creo que también ocupó a ese Cupido que pintan como un ángel, porque aquel día nos ató con alguna de sus flechas. Como el tuyo, el mío iba a caballo. Pero no tras de mí, sino perdido por la sierra que apenas conocía. Yo le vi antes que él a mí. Venía por el camino de Atamaría, subiendo despacio y mirando alrededor con esa inquietud del que no domina el terreno por el que pisa. Estuve un rato observándole entre mirada y mirada al mar, que estaba precioso. Ya de lejos me parecía interesante, con su bombín polvoriento y el traje gris coloreado de tonos rojizos por culpa del mineral del camino. Apenas hacía viento y el polvo se depositaba cuidadosa y concienzudamente en su traje. Un par de veces se sacudió con el sombrero.

Es una mañana clara y el calor aún no pesa. El Mar Mayor, el Mediterráneo, está en calma y su superficie es una lámina metálica azul en la que brillan y desaparecen blancos reflejos de espuma y sal. Algunos barcos, más allá del estrecho entre el faro y las Galeras, por donde se entra en la bahía, simulan descansar sobre ese lienzo plateado, pero en realidad están pescando. Visitación vuelve a sentir el sereno placer de la contemplación, esa fiebre dulce que la recorre por dentro de abajo arriba cuando los cinco sentidos reciben el impacto de la belleza.

—Bonito, señorita —escucha sin esperarlo una voz tras de sí—, pero algo incómodo de recorrer.

Tan abstraída está viendo el mar que había alcanzado a Visitación sin que ella se

diese cuenta. La cercanía alerta al guarda que la acompaña y se acerca despacio.

—Supongo que son ustedes de por aquí —deja caer el doctor Maestre.

—Supone bien —responde el pistolero mientras Visitación observa en silencio al extraño—. ¿Qué se le ofrece a usted? ¿Podemos ayudarle en algo?

Por las trazas del guarda y el gesto de la joven, José Maestre deduce que son ama y criado, y al tiempo que hace un gesto galante de saludo a Visitación, responde a quien le pregunta:

—Soy José Maestre, el nuevo médico de Portmán, y he salido a conocer esta que va a ser mi jurisdicción. Entre tanto sendero, chimenea y polvo creo que me he perdido, y más que ofrecer, solicito alguna indicación que me ponga de nuevo en el camino a mi casa, que en este momento ignoro por dónde puede encontrarse, aunque intuyo que pueda seguir la dirección adecuada una vez rebese aquella loma.

Le gustó el muchacho, y creo que los dos hicieron por volver a cruzar sus caminos después de aquel primer día.

Lobo se había opuesto al principio porque aspiraba a que Visitación casase con alguien de más lustre, tanto como para otorgar un título de noble a la familia. Al principio, tan solo. Duró su negativa lo que el dolor de Visi, que fue confesárselo ella, hablarle de la pena profunda que sin él sentiría y del mucho amor que se profesaban y los nietos que le darían, y querer conocerle algo más para ver si habría de enrocarse en el no y provocar el sufrimiento de su niña querida.

—¿Y cuánto cobra usted como médico del pueblo?

—Unas mil quinientas pesetas al año, incluidos gastos de carruaje.

—¿Lo dejaría usted para aprender y trabajar en la minería?

—Hombre, don Miguel, no pretenderá que renuncie a mi vocación.

—En absoluto. Siga usted con ella. Pero entonces despídase de mi hija.

No lo hizo. Y dio el primer paso para convertirse en el futuro rector del imperio Zapata. El pequeño Miguelico tenía por entonces once años pero ya apuntaba flojera de salud y de ánimo, y demasiado apego a la falda de su madre, así que Lobo vio en el ambicioso e inteligente médico enamorado la oportunidad que perdió a la muerte de Joaquín y que temía perder a la vista del carácter de su único hijo.

—Cuando usted lo precise —me repitió Pepico Maestre esa mañana en que Visitica me presentó a quien pronto sería su esposo.

—Muchas gracias, doctor, tendré en cuenta su ofrecimiento —respondí a su galantería. Era de mañana, el puerto estaba agitado y algunos curiosos se nos aproximaban indiscretos—. Un placer haberte visto de nuevo, Visitación querida.

—No te vayas aún —cortó ella entonces—. Quiero... queremos pedirte algo importante. Que vuelvas a la Casa Grande.

La miré sorprendida, y después a Maestre. El médico parecía esperar mi reacción, pues abrió los ojos con exagerada vehemencia y movió la cabeza como instándome a responder. No lo hice. Me costaba creer lo que oía quizá de tantas veces como lo había imaginado. Solo había estado allí unos meses y de eso hacía mucho tiempo, el

que tenía mi Manuel, pero siempre sentí un vínculo de sangre con la casa y sus habitantes.

Visitica era la única de la Casa Grande a la que había visto durante los cinco años que estuve fuera, si exceptuamos la visita de Zapata a la casa de Alfred cuando Manuel era todavía un bebé, y el ingeniero, mi sustento. Y aun así, ni las habladurías sobre la maldición, que estaban a punto de volver a encenderse y estallar como cartuchos en una galería, me habían alejado del anhelo de volver. Lo imaginaba con Manuel y en mi ensoñación Zapata lo aceptaba como su nieto.

Ahora me lo ofrecía Visitación.

—Te necesitamos, querida María —insistió—. Te necesitamos. Vuelve.



Tres días después estaba de vuelta en la Casa Grande.

—Don Miguel tiene una extraña enfermedad que le abre la piel y le produce dolorosas heridas sangrantes. Una especie de lepra que aparece y luego se va —me había dicho Maestre—. Se llama fuego péufigo o fuego salvaje...

—No hacen falta los detalles —cortó Visitica—. Es un mal que requiere cuidado esmerado y atención constante. Y tú eres la persona más adecuada para atender a padre.

—¿Y él qué dice?

—Quiere que le cuides tú. Es él quien lo pide.

Qué extraño, qué lejano me pareció todo en ese instante. Imaginé la enfermedad, la piel herida, su cercanía, las miradas que, siendo yo más joven, me dedicaba descarado o a hurtadillas. El secreto placer que su atención me regalaba. De repente, sentí intensamente aquella sensación de pertenencia que me había abandonado tiempo atrás, aunque la sensatez me impulsaba a no quemar todos los puentes: aun cuando entonces insistían, yo seguiría viviendo en Santa Catalina.

—Allí está mi casa, con mi hijo y mi hombre.

—Ahora estás sola, María —me recordó Visitación.

—Volverán pronto. Si he de dejarlo todo para entrar en la Casa Grande, prefiero no volver.

—Sea como guste, quédese en su casa —había terciado el doctor—, pero lo que de usted se precisa requiere tiempo y mucha dedicación.

—La que se necesite, y las horas que hagan falta, pero viviré en Santa Catalina.

—Se la requerirá alguna noche.

—¿Por qué me solicitan algo y me ponen al tiempo impedimento? Parecería que quisieran que me negara.

—Piénsatelo, María. Nada es obligado ni forzoso. Se hará lo que tú quieras, pero nada me gustaría más que volver a tenerte en casa.

Y eso hicimos, tras pensarlo yo el resto de ese día y dos más que siguieron. Me frenaba el reencuentro con doña Juana, que nunca me miró con buenos ojos, y bien sabía yo que mi regreso sería en contra de sus deseos y no gracias a ellos.

—Si ha de venir esa mujer de nuevo a esta casa, si es necesario que sea ella y no otra quien vele por la salud de tu padre, y es ese su deseo, te pido que no se acerque a Obdulita. No la quiero junto a tu hermana —le había dicho a Visitica.

El nacimiento de la pequeña Obdulia le había dulcificado algo el carácter, pero seguía siendo áspera y ya le daba a la niña el mismo exceso de refugio que a

Miguelico, mimado hasta lo insoportable.

—Madre, María Adra fue buena servidora el tiempo que estuvo aquí, y fue un mal paso el que la alejó. Habría crecido en capacidades y confianza si en vez de peregrinar con su criatura por la sierra se hubiera quedado entre nosotros. Ahora está sola, tiene lejos a su hijo, y ha querido Dios que padre necesite cuidados constantes de alguien de confianza. Es el momento de volverla a traer a la familia.

—Como queráis tu padre y tú. Allá vosotros. Pero quiero a esa buscona, que ha sido capaz de tener un hijo de cualquiera y vivir en pecado con un hombre, sin el respeto a Dios del matrimonio, en lo suyo, que es atender a Miguel, y sin excederse en las confianzas.

De modo que a la orden de Visitica fue Ginés a por mí a Santa Catalina para acompañarme en el primer día. Alguna vecina curiosa no pudo evitar suspender su atención en la española a quien alguien había ido a buscar en coche de caballos.

En el escaso trayecto hasta la Casa Grande volvió a asaltarme, mezclado entre recuerdos del pasado, el dolor que me poseía cuando la cabeza volaba sola sin ocupaciones o pensamientos: la marcha de mi hijo. Bien lo había dicho Visitica, ahora estaba sola. Era un vacío denso y profundo de lejanía que no templaba la certeza de que estaba bien, como me decía por carta Alfred. Me escribía al principio cada semana para darme cuenta de cómo se criaba, de lo bien que le sentaba su país o de cómo iba haciendo amigos en aquel exilio que para él habíamos los dos acordado mientras durasen los asuntos que habían regresado a Alfred a Inglaterra. Serían unas pocas semanas, quizá meses. Aprendería el idioma del comercio, conocería otro país y escaparía un tiempo de esta sierra envenenada.

Me había arrepentido de hacerlo en el mismo momento en que lo vi partir. Nunca me abandonó la intuición de lo que habría de suceder luego.

Visitación me esperaba a la puerta de la Casa Grande.

—Querida María, ¡qué alegría volver a tenerte aquí!

Su mirada era franca, su sonrisa abierta. El vestido azul, que marcaba su talle sin necesidad de corsé, regalaba a la vista los dieciséis años más luminosos que un poeta pudiera cantar. Me esperó a los pies del carruaje para ayudarme a descender, y apenas pisé tierra me abrazó como si no nos hubiéramos visto en siglos.

Detrás de Visitación, el doctor Maestre, su prometido, y más allá, en la puerta principal que aún mantenía la cabeza de lobo sobre el dintel, algunas mujeres del servicio que yo no conocía.

—Señorita Adra —saludó cortés José Maestre—, estoy encantado de volver a verla. Como lo estaré de explicarle en su momento cómo ha de realizarse la cura a don Miguel.

—No seas impaciente —medió Visitica— y déjala llegar. Ya habrá tiempo de explicaciones y demostraciones. Tiene que disfrutar del regreso a casa.

Apenas pisé la grava del jardín que tan familiar me resultaba, me golpeó con brusquedad el ostensible gesto de desagrado de doña Juana, que, sentada junto a la

fuente de mármol rojo y blanco en medio del jardín, sostenía en sus rodillas a su hija pequeña.

—Ven, María. —Visitación me condujo hacia ellas sin hacer caso al mohín que también vio—. Quiero que conozcas a Obdulita. Déjemela, madre.

La levantó de su regazo y me la acercó mientras yo saludaba amable a doña Juana.

—Señora...

—Buenos días —respondió con forzada sonrisa.

—Mira, Obdulita —Visitación sabía sonreír mientras hablaba—, esta es María, y vuelve a casa. La vas a querer mucho, ¿no le dices nada? —La niña calló y refugió la carita en el hombro de su hermana, pero no me quitaba ojo. Visitación se volvió hacia mí—: ¿Quieres cogerla en brazos?

Doña Juana se revolvió en la silla de mimbre en un reproche sin palabras a la prueba de autoridad que estaba desplegando su hija.

—Ya habrá tiempo —preferí dejarlo ahí, mientras acariciaba el rostro de la niña.

Entramos en la casa. Me turbó. Estaba tal y como la recordaba: la cerrada escalera de pasamanos verde para subir a las habitaciones y el gabinete de don Miguel, la cocina al fondo y la puerta a la sala que sería la oficina de La Maquinista, la salida a las caballerizas. Olía diferente, a madera y fruta, sin la leña quemada y el humo del invierno en que tuve que salir.

Miguel Zapata, el Tío Lobo, me esperaba en su gabinete. Me había parecido ver su sombra en el voladizo cuando al entrar en la plaza volví a recorrer la hermosa fachada de la casa disfrutando del reencuentro.

No se levantó cuando Visitación le anunció, al tiempo que tiraba de mi mano para ponerme ante él, que desde ese día sus males tendrían mejor cura.

—Buenos días, señorita María. Bienvenida a la Casa Grande.

—Bien hallado, don Miguel. Y muchas gracias.

Solo él sabía la verdad que en el instante en que le vi se encarnó ante mis ojos. Nuestra verdad, la que él mantendría oculta, la que nos volvía a unir por un lazo invisible y eterno. Sentí de nuevo ante él cierto rubor y la inexplicable cercanía que ya vivimos cinco años atrás.

No pude decir más, porque, de haberlo hecho, las lágrimas me habrían brotado sin control. Allí seguía el retrato de Joaquín tal y como lo había visto cuando me fui. Pero más intensa aún fue la impresión que me produjo Lobo y cómo el paso del tiempo había redibujado ángulos apenas perceptibles de su rostro, acercándole de una manera portentosa a la memoria que yo tenía de mi Joaquín. Se había quitado la barba, y las líneas visibles del mentón y los labios me trajeron a mi hombre como nunca antes. A mis hombres, puesto que el rostro del Tío Lobo era como una superposición de generaciones, un juego de la biología que me brindaba la viva expresión de Miguel, Joaquín y Manuel a un tiempo.

Manuel otra vez ante mí. Como seis meses antes, cuando Alfred Sullivan

embarcó en el carguero Malabar, gracias a los oficios del capitán del barco, un marinero de Northampton, viejo conocido suyo, para un viaje con retorno en el que le habría de acompañar mi hijo.

—Volveremos pronto, María —me había prometido—. Mientras, el niño va a descansar de este lugar opresivo y verá otro mundo.

—Me va a doler mucho su ausencia, no sé qué haré sin él. Ni sin ti.

Se había portado como un padre con Manuel, y el niño lo amaba y recibía sus atenciones como si en verdad lo fuera. Ya no nos ocultábamos, pero como apenas salíamos de Santa Catalina, no tenía que escuchar las habladurías que sabía de cierto me señalaban como desvergonzada, ligera y sacrílega, puesto que me entregaba a un hombre extranjero fuera del matrimonio, de Dios y de la Iglesia. Una pérdida, una escoria de las que se queman en las fundiciones como yo ardería en el mismísimo infierno. El dibujo que de mi persona había hecho doña Juana. El rostro con el que me recibió.

Una vez me pidió Alfred que nos casáramos para dar un padre a Manuel y apaciguar mi deshonra, pero no quise, por la memoria de Joaquín y creo que por la secreta esperanza de que algún día Miguel Zapata aceptara a mi hijo como parte de su familia, que lo era más que los mineros y las recuas.

Asomados a la borda, Alfred y Manuel saludaban con la mano a la manera en que se despiden los viajeros cuando los barcos abandonan tierra. Nunca sabes si es para siempre, aunque siempre piensas que puede serlo. Como yo en aquel instante. Solo en aquel instante en que me arrepentí con la intensidad del que peca contra su propia sangre de haber permitido que se me fuera mi niño, grité:

—¡Vuelve, mi amor, baja de ese barco..., vuelve!

Y mi carrera hacia el muelle se estrelló contra el estrépito de la sirena, que ahogó mi súplica. Mi grito les llegó como un deseo, no como un lamento. Apenas pude escuchar las palabras que me devolvió Alfred mientras el barco se iba alejando despacio presto a virar hacia las Galeras.

—¡Pronto, María! ¡Te quiero!

Cerré los ojos y al abrirlos se esfumó el muelle y se esfumó mi hijo; volví al gabinete de Zapata, a su mirada y a las palabras de mi Visitica, que decía:

—Es lo mejor que hemos podido hacer, padre. María te cuidará, siguiendo lo que Pepico le ordene. La instruirá para curarte, para estar pendiente de ti, atenta.

Y en ese momento, un sonido grave y poderoso que no identifiqué con la cabeza le provocó un vuelco a mi corazón debilitado. Un sonido de ausencia y nostalgia. El que acababa de recordar, el del adiós de Manuel y Alfred.

—El Malabar —alzó la voz Visitación con el aire de niña excitada que tanta alegría contagiaba—. Es su sirena, que nos saluda al entrar a puerto. Acaba de comprarlo padre para transportar metales a Inglaterra.

Las brumas que penetran en la bahía de Portmán a través de la lengua de mar que separa el faro del monte de las Galeras tienen una transparencia húmeda, y algunos días llegan a abrazar la seca estela de humo de plomo que sale de la chimenea de las fundiciones. El cielo dibuja entonces desordenadas escalas de grises que parecen jugar al capricho de la brisa. Los sonidos se intensifican, y el rojo de la tierra se apaga. Una cierta tristeza contagiosa flota en la atmósfera de Portmán y se diría que todo sucede en un ambiente de irrealidad, como esas imágenes del cinematógrafo de luces extrañas en las que no hay matices ni colores.

La Casa Grande despertaba pronto, antes del amanecer. Se desperezaba poco a poco con un bullicio sordo de ollas y vajillas para el desayuno, de telas dispuestas para vestir y adornar, de bestias y mozos en el patio listos para el trabajo, de cepillos y bayetas que borran o esconden el polvo que cuya presencia constante obliga a no abandonar en ningún momento la tarea de limpieza. Una rutina de cuartel en la que cada uno sabía cuál era su misión y conocía el riesgo de no cumplirla.

—¡Deprisa, niña! —urgía sin alzar la voz el ama Leonor—. Ese mantel bien extendido y que no vea yo una mancha. Y tú, baja un poco el fuego, que se te van a quemar hasta las ideas.

En uno de sus incesantes recorridos de arriba abajo me había cruzado con ella. Me saludó cordial, pero distante. Peinaba alguna cana más y me pareció más delgada.

—Buenos días, María, bienvenida —sonrió la sirvienta con cierta frialdad—. El doctor Maestre vendrá antes del almuerzo para explicarte cómo hacer la cura a don Miguel. Además de esa tarea, que habrás de realizar al menos tres veces al día, te encargarás de su ropa y su ajuar, y de tener su habitación y el gabinete en orden y limpieza. Nadie más lo va a tocar y sus enseres no se mezclan con los otros de la casa.

—¿Quién lo ha venido haciendo hasta ahora?

—Las curas, don José y alguna monja de la Casa de Socorro que trabajó con él cuando era el médico de Portmán. Para las limpiezas nos íbamos alternando. Todo el mundo está al cabo de que lo de don Miguel se trata por separado del resto.

Respiró y, a modo de advertencia, me dijo:

—Esa enfermedad le está agriando el carácter. Necesitarás paciencia. ¡Ah! Y aunque estés con él, nadie de la casa está a tu servicio. No lo olvides.

Me dejó sin más. En la cocina pregunté dónde se guardaban los objetos de don Miguel. Leonor había habilitado un armario cerrado con llave en el que servilletas, manteles, platos y cubiertos se recogían después de lavarse también aparte. En la sala

de planchar había un apartado con su propia mesa, y las ropas y sábanas solo para él. Parecía como si la enfermedad hubiera convertido a Miguel Zapata en un apestado.

Intuí, y no me equivocaba, que no iba a tener demasiado tiempo para la nostalgia de Manuel y Alfred, como para ninguna otra emoción o sentimiento que no tuviera que ver con el fuego péñfigo o la presencia de Miguel.

—Buen día, *ñorita*.

Vocecilla estridente, lengua de trapo, una niña morena, de cara redonda y media sonrisa, tiraba de mi falda reclamando atención. Me agaché hasta quedar a su altura.

—Hola, Obdulia, muy buenos días. —Sin la presencia intimidante de doña Juana, sí me hablaba.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo María y he vuelto a trabajar aquí.

—¿Para hacer la comida?

—Para curar y ayudar a su señor padre.

—Se enfada mucho porque está malo y dice madre que le salen heridas amargas.

—Trataré de que le amarguen menos.

Sonó desde la escalera llamando a Obdulia la voz de su madre, que no tardó en llegar.

—Vaya, señorita, veo que aprovecha usted muy bien el tiempo.

Tomó del brazo a la niña con cierta violencia que no pareció sorprenderla, y la pegó a su falda. Miró alrededor y calculando un tono que no se oyera más allá de nosotras, disparó:

—Ándate con cuidado, concubina del inglés, porque en lo que a mí concierne no eres bien recibida en esta casa. No te acerques a Obdulia porque no quiero que le sorbas el seso como hiciste con Visitación. Y que sepas que no voy a quitarte ojo, porque me fío de ti menos que del último y más sucio de los arrieros que bajan al puerto. Todo el pueblo está en conocimiento de cómo buscas hombre para quedarte luego sola, por algo será. Aquí solo hay dos y de uno habrás de ocuparte, muy a pesar mío. Al doctor que lo vigile su prometida, que para eso lo es. En cuanto al mío, cuidado con las confianzas. Solo te quiero cerca cuando le cures.

—Señora... —quise explicarle, buscar, si no su imposible afecto, al menos confianza.

—No digas nada, porque nada tienes que decir. Atiende a tu trabajo y no te tomes libertad alguna.

Aquel primer día, que era gris en el aire de Portmán y no empezaba más alegre para mí en la casa, ya tuve constancia de que la impresión de aislamiento que me produjo la forma de organizar los cuidados de Lobo tenía también valor para mí. Solo el afecto de Visitación y la amigable disposición de José Maestre me salvaron de la soledad completa, hasta el día en que busqué el pobre alivio del abrazo del patrón.

—La maldición te trajo a mí —veinte años después, ya solos en la casa muerta, lo recordaba Miguel—, porque no habrías venido si el péñfigo no se hubiera apoderado

de mi sangre ni tu hijo se hubiera alejado de ti. Yo quise que volvieras, pero sin él. No quise quererlo por hijo del pecado, luego fue él quien me rechazó. Mejor, porque aquel cariño me hubiera procurado más dolores. Bastante tenía con añorar el tuyo sin haber tenido siquiera conciencia de él.

—Pero aquí está, y le sabes frente a ti. Y marcado también por la maldición.

—¿Tu hijo o tu cariño?

—A su manera, los dos han sido tuyos.

Me recordó su deseo de que yo volviera, mayor de lo que incluso él mismo se podía reconocer, y que ocultó en la insistencia de Visitación, que jamás dejó de recordarles tanto a él como a su madre lo buena, leal y servicial que había sido en la casa, y la ventaja que para todos sería volver a abrirme la puerta. Juana nunca aceptó. Lobo se maliciaba que no solo por desafecto o por juzgarme mala sirvienta. Sus celos eran de otra clase.

—A ella le hubiera encantado que te fueras para siempre. No le gustaste desde el primer día.

—¿Por qué me tenía esa ojeriza?

—Siempre anduvo celosa y llena de achares contigo.

—No tenía razones.

Volvía a mirarme sin pudor y con calma. Con tanta intensidad y admiración que llegaba a ruborizarme.

—Tu porte y tu carácter eran y son diferentes a los de las demás criadas, a las demás mujeres del pueblo. Más guapa, con mejores formas. Con esa clase que te digo yo que te adorna aunque tú no lo quieras reconocer. Preñada sin padre, abierta, apegada a Visi y al niño más como una amiga que como una sirvienta... Claro que las tenía.

—Hablo de ti, de nosotros.

Sonreía con ese gesto suyo que mezclaba el agua de la infancia con el aceite de la nostalgia. Él sí podía.

—Sin saberlo, ya nos queríamos.

—No sé si alguna vez te he querido.

—Puede que a mí no, pero sí lo que te recuerdo.

Manuel, Joaquín y él unidos en la sangre, en la mirada, en algunos gestos. Sí, quizá en eso estuviese en lo cierto.

Miguel Zapata viajaba con frecuencia a Inglaterra y a mí se me llevaban los demonios. Sabía él que Manuel estaba allí, que por las cartas de Alfred, cada vez más espaciadas en el tiempo, como si se enfriara con las brumas perennes de sus campos, tenía noticia de dónde se encontraba. Pero nunca me permitió viajar con él y sé que fue esa negativa una concesión a la voluntad de doña Juana, que sí hacía por acompañarle siempre que salía.

La vuelta de sus viajes siempre era un acontecimiento en la casa, puesto que traía novedades y artilugios que jamás habíamos visto antes. La primera en recibirle era Visitación, cuya expresión alegre y luminosa era el regalo que esperaba desde que tocaba tierra en Cartagena o en Portmán.

Descendía de la galera y apenas pisaba el jardín que mira al mar de Portmán y huele a los limoneros plantados en hilera, la niña salía corriendo para colgarse de su cuello. Desde pequeña. Desde que yo recuerdo poco después de la muerte de Joaquín.

Abrazos, sonrisas, jolgorio de feliz reencuentro.

Toma Zapata de la mano a la niña, y la lleva hasta la fuente de mármol que en el centro del jardín suaviza con la armonía del agua el tosco ruido de las minas y el puerto.

—No parece usted cansado, padre, aunque venga de tan lejos.

—Lo estoy, Visita... Pero no puedo presentarme ante mi niña de otro modo que no sea aseado y feliz. ¿Y tu madre? —Esa vez no lo ha acompañado.

—En el hospital anda, con los pobres...

—¿Le queda ya alguno por consolar?

—Padre... Siempre hay pobres que consolar.

—Siempre, sí. Y más en estos tiempos de epidemias, pero ¿a qué andará todo el día entre enfermos y hambrientos? ¿Qué culpa querrá purgar?

Le irrita a Zapata la obstinada hipocresía de su mujer Juana: entregada a hacer el bien a los harapientos y a extender el mal entre los suyos. Muy cristiano, muy familiar.

—¿Cómo dice, padre?

—No importa, hija mía, son cosas de mayores que un día entenderás, pero ahora no es necesario.

Asiente y sonrío la niña, que no deja de mirar a su padre.

—¿Es bonita Inglaterra?

—Es muy verde, muy hermosa. Pero está llena de ingleses.

—¿Y qué tienen de malo?



—Hablan otra lengua, comen otras cosas..., tienen otra religión.

—¿Y entonces por qué va usted allí?

Se mezclan en el aire de la Casa Grande de Portmán los jazmines y el aroma del mar, el limonero y el omnipresente azufre, la voz de Teresa respondiendo a una pregunta del ama Leonor. Desde el puerto suben sonidos secos de estiba y lejanos gritos de marineros. Hay un ruido leve de metal de las fundiciones. Presente como siempre, la delgada niebla de agua y plomo que sale del bosque de chimeneas de la sierra.

—Para aprender de ellos, que llevan más años y saben más que nosotros de las minas.

—¿Más que usted?

—Más que yo... pero solo de momento.

Mira a los ojos de su hija con algo que se le antoja cercano a la ternura y se pregunta cuál será el próximo movimiento del destino. Si Dios jugará también con ella. «Me arrebató a Trini y acaba de hacerlo con Joaquín. ¿Lo hará con esta, que parece haber heredado el ingenio y el criterio de su hermano? Es lista y curiosa... apunta maneras».

La energía de Visitación llena de brío y color cualquier lugar que pise, y a su padre toda cosa que diga o haga le va a resultar alegre y de ley. Tanto que a veces Juana y él dejan de tener presente las ausencias de Joaquín y Trinidad. Y entonces la Casa Grande no parece el lugar de vacíos y enormes silencios que empieza a ser. Dolores vivísimos que Miguel Zapata ahoga a costa de los otros hombres que trabajan para él en las minas, las fundiciones, los barcos o los almacenes, y Juana se traga llenando su alma de ponzoña y humores malignos. La caridad por cuyo ejercicio es conocida en la sierra es el lado brillante de un espejo que oculta un alma cada vez más oscura.

Pero Lobo tiene decidido pagar al destino con la misma moneda. «O a Dios, o a quien sea: si alguien me arrebatara lo que es mío, yo podré responder igualmente». Y muerta Trinidad y muerto Joaquín, juega ese ajedrez con enemigo tan impreciso como cruel y opone a la crueldad del destino la suya propia, como hizo con el lobo cuya historia tanto deleita a Visitación, como gustó a Joaquín.

No conoce aún, ni sospecha, pese a los sueños que lo atormentan, la existencia de la maldición de su sangre y de la casa de la que ya hablan en los rincones más oscuros de la sierra.

Vuelve a abrazarle la niña hasta que de repente parece recordar algo. Se aleja unos pasos, se alisa su vestido blanco de algodón y pregunta:

—¿Y el presente, padre? Me prometió una fusta nueva para el Poderoso.

Miguel Zapata sonrío. Con falso tono de reproche responde mientras da un paso hacia la niña.

—¡Pero, Visita! ¡Mi niña! Qué mala hija que eres... Apenas saludas al padre y sin saber ni siquiera cómo ha ido el viaje, ya estás pidiendo.

—Claro, padre. Usted siempre dice que la gente de palabra la pone ante cualquier cosa, y como me prometió la fusta, pues lo primero será que me enseñe usted cómo la ha cumplido.

Una cabecita rubia se asoma y se esconde, como jugando con ellos, desde la puerta principal de la casa. Sonríe divertido el pequeño Miguel con el juego, y más aún cuando su padre le responde pidiéndole que salga. Corre entonces hacia la fuente, pero buscando la falda de su hermana antes que el abrazo del padre. Lobo se agacha a acariciarle.

—Miguelico, mi crío... ¿Cómo te ha tratado la Visi estos días? ¿Te subió al caballo?

—Padre —tercia ella—, es todavía pequeño para aprender a montar.

El niño clava la mirada en su padre y frunce con sus manitas el vestido de su hermana. A veces siente miedo de la voz aflautada y algo chillona de Lobo. Niega con la cabeza mientras no deja de mirarle con una expresión que es mitad temor mitad admiración.

—¿Pequeño? Seis años tiene. Tú a su edad ya te subías con Joaquín a los caballos y si me descuido, hasta a los borricos de recua. Y yo con cinco ya pastoreaba desde el mulo... y en la mina tengo ya en gavias zagales de su añada.

—Los pobres. —Tuerce el gesto y mira severa a su padre—. No debía usted dejarles trabajar.

—Yo no soy, Visita, es su destino. Mejor dicho, sus familias, que los llevan a la mina para tener más jornal... Aunque yo creo que lo hacen también para sacárselos de encima.

—¡¡Padre!! ¿Haría usted eso conmigo?

—Yo no.

Incómodo con el diálogo, Zapata le muestra a la niña la fusta, y Visitación olvida al instante el peso de la lástima para celebrar con alborozo el esperado regalo.

—A él no le va a gustar.

—Pero si lo está deseando, padre, que con la fusta se entona y va más ligero y más obediente.

Visita añora a su hermano mayor. De Trini solo recuerda los gritos desesperados de su madre el día que murió y que era primavera y olía a gloria en los jardines de la Casa Grande. Y las lágrimas asustadas de Joaquín. Con nueve años más que Visitación, la llevaba por el monte y el mar, guiaba sus pasos de la mano a las cuadras y le enseñó a amar a los animales. Aprendió con él a disfrutar de la sierra y con Ginesico supo que cada caballo es como cada hombre, tiene su carácter y hay que saber entenderle y prever qué puede hacer. Cabalgar enseña mucho de tratar a las personas, porque solo puedes sacar de tu montura lo mejor si eres capaz de sentir con él, hacerle saber quién manda y estar listo a anticiparte a sus acciones y sus deseos. Pensaba en esto la niña mientras se dirigía a sacar a Poderoso de la cuadra. Qué pronto se fue Joaquín, qué cerca está todavía su ausencia, que duele y se hace

presente como una afilada cuchilla que convoca la memoria aunque una no la llame.

—Mira, Poderoso. —Alza la fusta ante el animal, que da un respingo—. ¡Pero no te asustes, hombre! No te voy a hacer daño. Es solo para que vayas más ligero, más alegre, como a ti te gusta.

Levanta suavemente la mano derecha con la fusta como para que el caballo la vea y se tranquilice. Es un tordo, ancho de cuello y noble; se deja querer y obedece al afecto. Como es menuda, Visita tiene que ponerse casi de puntillas para abrazar la cabeza de Poderoso, que, inmóvil, disfruta de la proximidad de la niña.

—¿Quiere que le ponga su silla, doña Visitación?

Ginés se ofrece solícito y la pequeña lo mira, sonrío y asiente. Ginesico sabe escuchar y guardar secretos. Huidizo y sombrío, pocas veces expresa sentimiento alguno. Su leal eficacia es más fruto de la disciplina y el respeto que del afecto. Es un autómatas de carne y hueso de quien Zapata ha llegado a pensar alguna vez si tiene o no alma o corazón.

—Tengo lo que tengo, don Miguel, y trato de hacer mis cosas lo mejor posible.

Y Lobo sabe que tiene razón. Y no pregunta ni busca cercanía. Tuvo vida propia, mujer y una niña, pero el paludismo se las quitó un año antes de llevarse a Joaquín. Esta maldita enfermedad de los pantanos de Cartagena se lleva la vida de todos sin hacer distinciones entre buenos y malos, mineros o patronos, niños o viejos. Dejó de hablar y casi de vivir el fiel Ginés y el golpe le paralizó el rostro fijando un rictus de sonrisa gris y amarga que atemoriza a los niños y desasosiega a los adultos. Habla con dificultad, aunque apenas lo hace con nadie. Miguelico no se atreve a acercarse a él, pero Visitación lo trata como a todos, con simpatía e ingenuo descaro. Él responde al calor con secreta satisfacción. Le conmueve Visita y su forma de dirigirse al mundo. Es la única persona ante la que expresa algo parecido al afecto.

—Qué guapa está usted hoy, doña Visitación.

La niña sonrío, se acerca a él y le besa en la mejilla.

—¡Doña Visitación!

Mira alrededor con miedo a que don Miguel o doña Juana haya podido ver la efusión de la niña, impropia del trato a un criado. Visita se vuelve hacia el caballo como si nada hubiera sucedido, como si al pobre Ginesico no le hubiera regalado ese relámpago de luminosa felicidad. Solo un instante que huye fugaz, como todos. El criado, que acaba de descargar el equipaje de don Miguel, entra en la cuadra, coloca la cabezada al caballo y, tras cepillarlo suavemente, lo ensilla para ella.

Visitación y el doctorcito se casaron en la iglesia del Apóstol Santiago el 4 de junio de 1891. La noche anterior fue imposible dormir en Portmán porque las serenatas en su honor rompieron sin descanso el silencio de la noche, del mar y del puerto.

Lo escuché sola sobre el lecho frío del dormitorio que no volví a compartir con Alfred Sullivan, porque jamás regresó. Tampoco entonces lo había hecho aún Manuel.

Más de un año hacía que habían zarpado en el Malabar, el enorme barco inglés que había comprado Zapata. Dos palos mayores, chimenea a vapor. Decían que era el barco en el que Espartero, el general al que llamaban «su majestad», había huido rumbo a Inglaterra después de la regencia.

Para mí, el nombre y su sonido, que me penetraba como puñal en el pecho cada vez que arribaba a puerto o se hacía a la mar y soltaba al aire el aullido maldito de su sirena, eran la viva ausencia de lo más querido. Enfermó Alfred, o al menos eso me dijo, y hubo de permanecer en Lincoln, su pueblo de Inglaterra, más tiempo del que habíamos previsto para el viaje.

Como le había sucedido aquí. Parecía que sus previsiones respondiesen siempre a cálculos erróneos por incapacidad o por desidia, o a saber por qué. Sus partidas siempre se demoraban, sus regresos nunca llegaban.

*Querida María:*

*La pesada rutina de la enfermedad me sigue atando a esta tierra a pesar del intenso deseo de volver. Un mal de los huesos que paraliza mis piernas me impide iniciar el viaje tal y como reclaman mi corazón y tu hijo, que sin palabras manifiesta a menudo la nostalgia de su madre y de su tierra. Es feliz aquí, habla ya la lengua, se educa junto a niños de su edad y juega y aprende como lo haría cualquier muchacho. Crece; lo ha hecho en este tiempo de una forma sorprendente y admirable. A menudo pregunta por su madre y yo le cuento historias de mar y de mineros, y le muestro tus cartas, que lee con atención y agrado. No sufras por él, tampoco por mí. No es nuestra vida ni ociosa ni dura, bajo el amparo de mi familia, que ha recibido a tu Manuel como si de uno de nosotros se tratara.*

*Nuestra ausencia no se prolongará en demasía.*

*También yo muero por volver a verte, María querida.*

Noticias escritas, emociones apenas esbozadas. Quizá mentiras. Sus cartas me llenaban de angustia y no mitigaban el intenso dolor de la nostalgia. Había empezado a olvidarle, pero no podía ni quería hacerlo con mi hijo.

Le escribí rogándole que regresara Manuel, hasta envió Visitación a un agente de Zapata en la ciudad minera de Newcastle a hacerse cargo de mi pequeño para que volviera conmigo. Pero no hubo forma. El enviado ni siquiera llegó a ver a Manuel. Buenas palabras, promesa de mensaje de vuelta y acuerdos con España, pero nada

más hubo.

Poco después de la boda de Visitación, dos hombres preguntaron por mí en la Casa Grande.

—¿Es usted doña María Adra?

—Así es. ¿Qué desean de mí que haya de resolverse aquí donde trabajo en lugar de en mi casa?

—No la encontramos allí —respondió el hombre—, y nos han dicho que estaría en la Casa Grande.

—¿Tanta urgencia tienen?

—Nosotros no, señora —dijo el otro con un marcado acento inglés—, es la propiedad de Santa Catalina. Quiere informarle de que debe usted abandonarla lo antes posible.

No diré que no lo esperaba, pero no por ello dejó de hacer mella en mi ánimo. De haberlo tenido cerca, hubiera necesitado tomar asiento. Permanecí en pie pese a que sentí que las piernas no eran capaces de aguantar el temblor incontenible de mi cuerpo.

Sabía que meses atrás Alfred había dejado de pagar el alquiler. Y nada había dicho a Visitación ni a Lobo, a quien el trato diario y las curas constantes habían comenzado ya a acercarme hasta casi la intimidad carnal que vendría más adelante. A pesar de lo cual, no quise pedir dinero ni socorro.

La carta que escribí a Alfred contándole mi infortunio no recibió respuesta. Ni misiva alguna de las muchas que le envié después.

Desapareció como si el mar se lo hubiera tragado y dejé también de recibir el pobre pálpito de las noticias de Manuel. No supe si estaban muertos o vivos, si regresarían o si los habría perdido para siempre. Pasaron semanas, luego meses y nada llegó de Inglaterra.

—Te has vuelto sombría y áspera, María —me decía Zapata.

—No tengo vida desde que no sé de la de mi hijo, tu nieto. ¿Tampoco a ti te importa?

—Me importa tanto como que en dos ocasiones envíe hombres a buscarlo a la dirección de las primeras cartas, bien lo sabes, y no han podido dar con él, ni con el bárbaro a quien se lo entregaste.

—Había sido hasta entonces como su padre.

—Te arriesgaste. No siempre se gana.

Recordé lo que se rumoreaba, los chismes de bruja alrededor de la maldición y comencé a pensar que estaba en mi caso cumpliéndose. Desaparecía mi hijo, había muerto su padre, Miguel sufría la enfermedad del mercurio y su único hijo, Miguelico, apuntaba una debilidad de cuerpo y de carácter que comprometían sus posibilidades de descendencia.

—No creas todo lo que dicen —me respondió la primera vez que me atreví a preguntarle por la maldición—, pero tampoco dejes de vigilar lo que te importa.

Me acogí al refugio de la Casa Grande, y estuve a punto de enloquecer. Creo, de hecho, que lo hice. Una suerte de locura que se hizo con mi razón poco a poco, sin que yo percibiera que estaba cambiando. La locura es el único socorro que Dios dispone para quien vive en constante sufrimiento, para evitar que la razón acuda a buscar la muerte. Yo quería morir, porque el dolor insoportable de la ausencia de Manuel me castigaba hasta el último de los músculos y cada mañana, al abrir los ojos y despertar a la vigilia, tomaba conciencia del espanto de su ausencia y quería volver al sueño y gritar para ahuyentar la horrible pesadilla en que se había convertido mi vida.

Lloré cada mañana y cada noche, cada instante de soledad y de vacío, que eran todos los que pasaba a solas en la casa. Me salvó la insania de aferrarme a Miguel Zapata, con quien aprendí a gozar de las huellas inciertas del pasado al rescatar de sus ojos el recuerdo de Joaquín, que era el único alivio a mi constante angustia. Me escondí en mí misma y construí a mi alrededor un muro de silencio impenetrable hasta para lo más sagrado, hasta para Visitación.

Fue entonces cuando me entregué a Lobo.

No gocé, ni sufrí, solo lo hice sin conciencia de pecado ni arrepentimiento. Ningún dolor podía superar el que se había anclado en mi alma desde que desapareció de mi vida mi Manuel. Y solo el placer de la carne y el recuerdo de Joaquín podrían aliviarme y hacerme al tiempo pagar mis culpas.

Me entregué a él una noche que vino a buscarme a mi cuarto con la urgencia de dolores sobrevenidos. Le supuraban las llagas del cuello, y apenas me acerqué para verlas, me atrajo hacia sí con todas sus fuerzas, que pese a la enfermedad no eran pocas. Fingí resistirme, pero me dejé llevar, y fueron los suyos, brazos, cuerpo, hombros y el cabello de Joaquín.

Ni siquiera el olor de su piel, como de azufre mitigado por la linaza de los emplastes con que le curaba, me despegó de la ensoñación de estar en brazos del único hombre que amé. Ya lo había hecho antes: los encuentros con Alfred solo fueron posibles al principio con la memoria de la piel y los deseos de Joaquín.

Aquella vez primera, Zapata se mostró vigoroso y firme, como un hombre seguro de lo que busca y sereno ante lo que encuentra. Me abrió, me poseyó, gozó conmigo y cuando en mi interior sentí el espeso calor de su descarga, se apartó con la vehemencia con que el pegaor huye del explosivo. Trabajo completo, no había más que hacer.

Me quedé sola y, despierta como estaba, lloré no por lo que acababa de suceder, que sabía a ciencia cierta abría una puerta que jamás se iba a cerrar, sino por lo que tantas noches lamentaba no sucediera: el encuentro con Manuel, la dicha de su contacto. Si al menos supiera qué había sido de él.

Ocurrió después de la boda, mientras Visitica y Maestre viajaban de luna de miel embarcados por el Mediterráneo. Para cuando llegaron, se había convertido en una suerte de rutina en la que mi cuerpo sin control con mi alma rota se dejaba llevar sin

nada que perder ni que ganar. Hacía mi trabajo, con las curas, lavando y separando lo que era de Miguel, cuidando del orden de su ropa y su habitación. Juana vigilaba y pese a ello no había queja. Pero nos tomábamos en secreto.

Creo que doña Juana Hernández, a quien él no tocaba desde mucho tiempo atrás, murió sin sospechar que aliviaba sus ansias conmigo. Visitación sí notó algo extraño.

A su vuelta, unió a mi sórdida frialdad una distancia que no es que me importara demasiado, sumida como estaba en el más profundo de los abandonos del espíritu, pero algo me sorprendió en quien siempre me había tratado como amiga, como hermana.

—¿De qué te escondes con mi padre? —me espetó un día mientras doblaba las camisas de seda de Miguel.

—No te entiendo, Visitación.

—Has cambiado desde que vives aquí, te has ensombrecido por la ausencia de tu hijo. Y lo comprendo. Hasta entiendo que te alejes de mí y no te dejes querer. Pero sé por vuestras miradas y tu comportamiento que algo ocultáis. Que el viejo Lobo, con una esposa enferma y alejada, está jugando a seducir, si no lo ha hecho, a la mujer joven que lo cuida con el esmero con que tú lo haces.

No podía reconocerlo sin arriesgarme a otro adiós que sería definitivo, y lo negué. Oculté la verdad escondida en los encuentros, pero picada con el aguijón de la desdicha, y quizá necesitada de algún alivio que viniera de alguien a quien me seguía uniendo un lazo de amor pese a mis barreras, le revelé el secreto en el que hasta ese día solo Miguel y yo estábamos.

—Lo que observas es la cercanía de la sangre. Don Miguel y yo compartimos un secreto que nadie más conoce, ni siquiera aquel de donde proviene. Visitación querida, Manuel es hijo de tu hermano Joaquín.

—¡Ten cuidado, pijo!

A su lado siempre disponía para la cura de una palangana, toallas y emplastos y un frasco de anodina por si se complicaba y dolía demasiado.

A menudo era el olor a ropa limpia de mi camisa lo que le excitaba y entonces percibía el ardor intenso que de nuevo empezaba a despertarle mi cercanía. Le quemaba la piel la enfermedad, y le quemaba la entraña el deseo. Con suavidad aplicaba el lienzo de hila seca con harina de linaza sobre la ampolla recién drenada.

El fuego péñfigo le llenaba el cuerpo, sobre todo los brazos y el rostro, de heridas que se le abrían desde dentro, como inesperados volcanes atroces que escupieran una lava rojiza y viscosa. Brotaban entonces heridas que se iban haciendo ampollas que había que pinchar con una aguja bañada en agua hirviendo, para liberar la piel y soltar unos humores sanguinolentos que siempre me olieron como a azufre y sangre fresca.

—¿No puedes tener más cuidado con los pinchazos, mujer?

—No, don Miguel. Bien sabe usted que trato a su cuerpo mejor que al mío.

Liberada la sangre, había que aplicar a las heridas harina de linaza o aceite y cera para hidratar y cerrar, y con frecuencia, cuando el dolor era más intenso en días de mucha faena —que nunca dejó de tenerla este Lobo incansable, por muy herido que estuviera—, hervía amapolas o adormidera para aliviar los dolores. Otros días le ponía cataplasmas de anodina que le hacían serenarse.

Tres veces cada jornada había que hacerle la cura. Sus ropas y sus sábanas las lavaba yo misma en una pila diferente a la del resto. Era como un leproso, un apestado en su propia casa que, sin embargo, mantenía su mayestático orgullo cuando salía por la puerta principal a pasear con su bastón blanco, o se subía al mulo o la berlina para recorrer la sierra de arriba abajo como había hecho desde el mismo día que llegó aquí.

Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el origen de ese mal, pero en una ocasión me dijo Maestre que en las minas de Huelva, donde había mercurio en el aire y en el suelo como aquí plomo, era algo frecuente. Mal de judíos, lo llamaban en Brasil, porque entre ellos se propagaba con más facilidad que entre los demás.

—Ellos lo han traído, como su pecado original. Penan por la muerte de nuestro Señor.

—Y usted, Miguel, ¿por qué pena, si esto es un castigo divino?

—Por mi avaricia. O por mi lujuria.

Visitación se alejó un tiempo después de la revelación; pensé que quizá algo se



olía, siempre fue más lista que el resto. No dejó de ser amable ni de prestarme atenciones, pero se mantuvo a distancia. O al menos eso me pareció a mí. No así el doctorcito, que siguió dedicándome su elegante delicadeza cuando coincidía con él, lo que no era infrecuente, pues no solo vivía en la Casa Grande, sino que ocupaba despacho en la planta inferior, donde Zapata había fijado las oficinas de La Maquinista.

Mi tristeza se asentó en mi carácter, me borró la sonrisa y encanecí completamente. Doña Juana, entregada a sus dos hijos pequeños, continuó en su universo de caridades impostadas y reuniones de relumbrón en la Casa Grande, a las que yo asistía como testigo desde una cierta distancia sin abandonar nunca la constante melancolía. Gozaba de la música que me había enseñado a entender y disfrutar Visitación, pero me sentía a disgusto en la cercanía de tanta gente.

—Y si no llego a consultarte, ¿no me lo habrías dicho nunca, siendo como soy tu amiga?

No me esperaba la pregunta ni que me abordase desarmada, buscando en la biblioteca un libro que me había pedido don Miguel que le llevara en la siguiente cura. A ella me dirigía cuando Visitación me habló frente a la estantería principal. Así que era eso. Su distancia tenía que ver con la confianza de quien se consideraba más mi amiga que mi señora.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Me tenías miedo?

—Igual que él. La misma pregunta me hizo hace años, cuando aún vivía conmigo Manuel. ¿Se lo habría de decir a la niña que eras entonces? ¿Confesártelo en uno de nuestros encuentros por la calle? Tentada estuve cuando me lo desapareció Alfred. Pero ¿de qué hubiera servido? ¿Hubieras puesto más interés del que pusiste por traerlo?

—Habría sido tu soledad menos gravosa.

Me abrazó con fuerza, como el día que regresé a la Casa Grande, y ese abrazo rompió sin violencia mi muro de hielo. Volví a llorar, a estallar en una tristeza inmensa, lloré desconsoladamente manchando el hombro delicado de aquella niña que amaba como a una hermana y se me ofrecía ahora como amiga. Se apoyó en el confidente donde tantas veces compartimos historias y tuve la impresión de que girábamos, porque la estancia —aquella amplia biblioteca de cortinones de terciopelo azul donde tomaban el té con las visitas y en la que alguna vez la niña me había mostrado aquellos libros audaces que hablaban de viajes y aventuras magníficas— empezaba a dar vueltas, hasta que me sumí en una oscuridad tenue y sin dolor. Se apagó el mundo y por primera vez en muchos años sentí el alivio de un corazón latiendo junto al mío.

No diría que feliz, pero recuerdo haberme desmayado en paz, sin dolor, al abrigo seguro de un nido caliente.

Escuché mientras me abandonaba en él la sonora demanda de Lobo, que reclamaba ya la cura de sus heridas. Y cómo Visitación, en voz alta, llamaba

alarmada a Pepico Maestre.

Pasaron así otros ocho larguísimos y oscuros años en los que si viví, aprendí, conocí o amé, fue gracias al aliento y el consuelo constantes de Visitica. Me enseñó a leer y comprender, a vivir las ensoñaciones de la imaginación que provocaba la lectura de los libros de aventuras o los conocimientos de los que explicaban el mundo o descubrían pueblos lejanos, cuyas costumbres jamás habría conocido de no ser por lo que contaban los viajeros. Las curas a Miguel Zapata se convirtieron en rutina de cercanía, que se afianzaba en lo oscuro de nuestros encuentros carnales cada vez más frecuentes. Doña Juana se apagaba escondida en su habitación y sus caridades fueron espaciándose hasta desaparecer. Obdulia y Miguel armaron su refugio, y cada vez pasaban más tiempo en la casa de La Ribera, junto al Mar Menor, donde casi se ahoga Obdulia, de no ser por la intervención del director del Casino, que, según se contó entonces, saltó valeroso al mar en su auxilio y salvó la vida de la niña.

La Maquinista fue creciendo, la fortuna de Zapata también, al amparo de sus manejos e influencias más allá de la sierra que dominaba como territorio propio. Maestre, convertido de hecho en heredero, demostró habilidad y ambición, junto a una vocación política que con el tiempo terminaría llevándole a Madrid.

Con Visitación fue atándose más profunda e intensamente el lazo de nuestro afecto. Hoy pienso que, fuera de sus amigas de infancia y colegio, con quienes se citaba con cierta frecuencia en Cartagena cuando no venían ellas a la Casa Grande, yo fui quien más cerca sintió ella de su corazón. Con Visitica compartí, pese a los dolores constantes por la ausencia de Manuel, esa rebeldía de mujer que se negó a quedarse a vestir santos o servir a los hombres, y quiso comprender, y entendió, el mundo en que vivía y tuvo conciencia de su condición. Pudo más su discreción y su vocación de madre de familia que su mucha energía para poner en cuestión el papel que a las mujeres nos destinaban los hombres. Renunció a esa batalla no solo por lo inútil que habría sido tratar de librarla desde aquel lugar recóndito, sino por amor y respeto a Maestre y a sus hijos.

Creo que no hubiera resistido su marcha sin que pocos meses antes de que se la llevara Dios, una carta me hubiera devuelto la alegría de estar viva.

Era un sobre sin remite, lacrado de rojo y dirigido a la «señora Adra de la Casa Grande de Portmán».

Me lo entregó en mano la propia doña Juana, que permaneció callada frente a mí esperando, sin duda, a que lo abriera en su presencia.

—Es de Inglaterra. Seguro que importante.

—Gracias, doña Juana. Ojalá sean buenas noticias. Si me excusa.

Quise estar sola. El corazón me latía violentamente. Tanto que parecía querer salir de mí para tocar la carta, olerla, abrirla y saber si lo que iba a desprender era el aire venenoso de una noticia de adiós o muerte, o el perfume de esperanza de nuevas sobre Manuel, de quien no había sabido nada en diez años.

—Un día aparecerá. Habrá un día en que regresen. Ningún hombre se deshace de su pasado sin haberlo conocido. Algún día volverá a ti, quizá se te aparezca como hizo su padre aquella mañana en la sierra.

—No lo sé, Visitica. Pero sí que aunque algún día sucediera lo que estoy viviendo, tanto dolor me quema por dentro, que creo que ya no tengo entraña, y si eso sucede, puede que hasta no volviera a ser feliz.

Al ver la carta en mi mano, tuve miedo y me tentó llamar a Visitación. No lo hice.

El sobre era de un papel amarillento nada basto. Rompí el lacrado rojo y levanté despacio la solapa. Sentada en mi cama, con el papel sobre las rodillas, comencé un llanto lento y sereno. Una lágrima mojó el papel mientras lo abría. No era una carta larga. Estaba manuscrita con trazo suave y moldeado. Era alguien que sabía escribir. Cerré los ojos, lo apreté contra mi pecho, y tomando aire empecé a leer:

*Estimada senora Adra:*

*Le escribo esta carta con la solicitud de que a su recibo me confirme usted si es la madre de un niño llamado Manuel que hace más de diez años se separó de ella para viajar a Inglaterra en compañía de su padre, el ingeniero Alfred Sullivan, porque en tonces sería usted mi madre...*

Era él. Después de tantos años y tantas ausencias, por fin sabía de Manuel. La carta era suya. Estaba vivo. Un viento imperceptible, como el que me trajo a Joaquín el día en que nació nuestro hijo hacía entonces más de dieciséis años, barrió el dolor de tantos días y la luz entró como una espada de intensa alegría hasta lo más profundo de mi corazón que seguía latiendo indómito, ya sin miedo.

*He sabido por un mediador español en el mercado del plomo que tiene residencia en La Unión y la conoce a usted, que trabaja en casa del minero Zapata, en su careado personal por una enfermedad que no tiene cura. Me informa esta persona del hecho de que usted tenía un hijo que desapareció tras un viaje a England, y las circunstancias que me relata son muy similares, por no decir calcadas, a las de mi propia experiencia. Durante años, mi padre, Alfred Sullivan, ha mantenido que mi madre murió al poco tiempo de llegar nosotros a Lincoln, donde crecí y estudié como un huérfano sin que me uniera, por tanto, nada con España.*

*De ser cierto lo que ese caballero me dice, mi vida habría estado mentira y con un sufrimiento innecesario. Hace tiempo que no tengo trato alguno con mi padre, al que recuerdo frío y alejado del amor que se supone ha de darse un hijo, por tanto, no he podido hablar con él o alguien de su familia que fue la mía la veracidad o no de estas informaciones.*

*Por eso me he atrevido a escribirle a usted.*

*Le ruego me disculpe la osadía si se trata de una falsedad.*

*Espero que entienda cuales son mis circunstancias y disculpe mi español, que no es perfecto.*

*En el deseo de tener pronto noticias tuyas, se despide atentamente,  
Nell Sullivan*

*PS. He recordado a mi madre todas las noches de mi vida.*

«Todas las noches de mi vida», me repetí.

Habíamos estado juntos. De alguna manera, nuestras noches eran de ausencias compartidas, de nostalgia. La mía, envuelta en incertidumbre, y la suya en la dolorosa seguridad de la muerte. Yo no sabía cuándo volvería a verle. Él, que no volvería a verme nunca.

—Es él, Visitación —le dije presa de una serena excitación, la de la victoria tantas veces soñada—. Está buscando a su madre.

Le tendí la carta, pero antes de abrirla me abrazó y sentí que su felicidad era la mía, y nos dejamos llevar por un llanto violento y convulso hasta que me ahogué de gozo y tuvimos que separarnos y respiré profundamente llevándome la mano al pecho. Visitación, entre tanto, estallaba en carcajadas levantando la carta que acababa de resucitarme de entre los muertos.

—¡Léela! ¡Léemela en alto! —le rogué, casi le canté.

—No puedo —dijo sin dejar de reír mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano que sujetaba la carta—, se me nublan los ojos.

Volvió a sentarse en el sofá isabelino de tapizado azul cielo que tanto le gustaba, donde leía cuando le interrumpí con la noticia. Palmeó a su lado para que la acompañara.

—¿Qué dice? —preguntó.

Seguía sin abrirla, nerviosa y excitada como cuando era niña.

—Léemela en voz alta, Visitación.

Comenzó a hacerlo despacio, saboreando cada palabra y mirándome cuando encontraba una mal escrita.

—Habrá que recuperarle para la lengua castellana —y volvía a reír.

El estrépito de la dicha desmedida debió de llegar hasta las oficinas de La Maquinista, porque no tardó mucho José Maestre en presentarse en el salón de la planta baja, donde celebrábamos la buena nueva.

—Señoras, ¿qué se festeja? ¿Qué grata revolución es esta que me están armando?

—Noticias de Manuel —anunció Visita—. Quiere conocer a su madre.

De su rostro sorprendido deduje también alegría sincera. Visitación le alcanzó la carta, que leyó hasta el final. Sonriendo, se acercó a mí.

—Con su permiso, señorita María.

Y me abrazó con el corazón más que con los brazos, porque sentí el palpito caliente y sincero de su alegría. Sin soltarme, anunció:

—Le dirá que sí y que vamos a por él.

Cuatro semanas después, la sirena del Malabar me traía tanto gozo y ansiedad como dolor había estado procurándome durante los últimos años.

Entre los marineros que se afanaban en el atraque vi perfilarse por la cubierta la figura alta de un joven de piel tostada que parecía buscar algo o a alguien en tierra. Fijé mi vista en él, y cuando nos encontramos mi corazón gritó en silencio como si hubiera visto al mismísimo Cristo resucitado. Aquel muchacho alto, de aspecto

elegante, que se quitó la gorra mientras me examinaba, era un retrato mejorado y carnal de mi Joaquín que ni en mis más generosas evocaciones podría yo haber dibujado más hermoso. Según se fue acercando, cuando inmóvil, paralizada por una emoción arrebatadora y nueva, me preparé para el momento que tanto estuve esperando, decidieron mis ojos jugar al engaño y ante mí, sonriente, tímido y brillante en su sonrisa, tuve al hombre que había amado y no olvide jamás. Creí ver a Joaquín.

A pocos metros de donde estábamos Visitación y yo, y ante la atenta presencia de José Maestre al pie del coche en que nos trajo Ginés, el muchacho se detuvo, soltó su petate y mirándome con ojos vidriosos preguntó:

—¿Madre? —Asentí sin hablar, no podía—. Eres tal y como te he soñado cada noche.

Se arrojó sobre mí como si temiera que me fuera a escapar, y su abrazo férreo, poderoso y feroz, me levantó el cuerpo del suelo y elevó mi alma hasta las alturas más deliciosas del cielo. Su piel era suave y traía el olor del mar.

De repente se borraron los años de ausencia y no existió tiempo pasado alguno.

Todo Portmán supo que el hijo de María la Guapa había regresado de Inglaterra convertido en un apuesto mozo con aires de caballero importante y una alegría en la expresión y en el trato que le hicieron popular como un comediante de teatro. Sabía convencer y seducir, era instruido y tenía mundo a pesar de su juventud. No es que hubiera viajado mucho, pero le gustaba aprender y leía, y si no había salido ingeniero como Alfred, era porque tampoco allí tuvo demasiadas oportunidades.

—Padre se perdió pronto para todos. Cuando enfermó trató de aliviar los dolores en la bebida y terminó siendo víctima del remedio. Perdió el trabajo, se amargó y un día dijo que se iba al norte, a Escocia. Nunca más volvimos a saber de él.

Recluyeron a Manuel en un colegio para huérfanos de mineros en Newcastle, bajo la vigilancia distante del tío Gordon, el hermano pequeño de Alfred. Un buen hombre, pero débil de salud y carácter, que enfermó de silicosis y murió sin haber resuelto el futuro de quien Alfred llevó allí como su hijo.

Ha pasado el tiempo, y no he encontrado razón para que ese hombre que tan bueno había sido con nosotros destrozara nuestras vidas de una forma tan despiadada. Indagando en la memoria de Manuel, en los recuerdos de los años compartidos con quien creyó su padre, vi otra vez la huella siempre presente en los hombres que conocí del amor que posee y que teme perder.

—Padre siempre te recordaba como el gran amor de su vida. Decía que no había mujer como tú, tan hermosa, ni tan alegre, ni tan despierta, y que te pretendían muchos hombres. Y que alguno te conquistaría alguna vez. Que tu muerte le había convertido en un hombre triste y que yo no volvería a la sierra porque tendría mejor vida y más oportunidades en Inglaterra.

¿Por qué nunca me llevó con él? ¿Por qué, si me amaba, me causó el más grande de los dolores? ¿Por qué, si quería a Manuel, le había privado de su madre para siempre? ¿Por qué le dejó solo?

Poco antes de escribir la carta que cambió mi vida y la suya, Manuel, que allí era Nell Sullivan, se empleó como mozo en un almacén del puerto. Extrovertido y simpático, no encontró dificultades para relacionarse con sus compañeros y los clientes. Le gustaba el mar, y mantenía en su recuerdo las aguas limpias, azules y calmas de la bahía de Portmán. No como ese mar inglés gris, como el cielo constante, y que no clarea ni brilla siquiera en los escasos días de sol.

Era generoso de corazón y creía que las gentes debían aspirar a mejor vida y que el progreso habría de llevar a los hombres a tener más salud en un mundo justo.

Para mi desgracia y su infortunio, se trajo en el corazón y la sesera las ideas

revolucionarias que desde Inglaterra se habían empezado a extender por Europa años atrás, detenidas aquí por la impenetrable disciplina y la ley propia que los patronos imponían y nadie osaba contravenir ni violentar. Cada vez que se había hecho, corría la sangre de los mineros y las lágrimas de sus familias.

Yo lo había visto, y no quería repetir. Estaba aún reciente la revuelta que acabó con los vales y casi mata al doctorcico.

—Estamos donde Dios nos pone, Manuel. Si quisiera las cosas de otra forma, lo serían.

—La injusticia es un pecado contra los hombres. Jesucristo echó a los ladrones del templo. Y ladrones son los que roban a los pobres para hacerse ellos más ricos, los que pagan un jornal de miseria a los mineros, los que, como el Zapata para quien usted trabaja, mal pagan a personas que se matan sin descanso en un agujero donde casi todos terminan enfermando. En Inglaterra hay leyes que protegen a la gente, que impiden que, como pasa aquí, trabajen niños en las minas. Nunca he visto tantos niños explotados como en esta sierra... Eso es pecado, madre.

—También aquí hay leyes, pero las imponen ellos. Y mejor es que no les plantes cara. De ese puerto que tanto recordabas desde niño salen barcos que mandan a hombres a Orán, o a Guinea, a penar por rebeliones que lo único que cambiaron fue su destino y el de sus familias.

Conservaba fresca la imagen de aquellos hombres, hasta un centenar, que la Guardia Civil condujo después de la revuelta de mayo de 1898, cinco años atrás, atados de pies y manos desde La Unión hasta Cartagena.

Decenas de mujeres escoltaban aquel desfile de miseria buscando entre los parias a sus hombres, soportando gritos y golpes de fusil de los guardias que tenían orden de no permitir contacto alguno de los encordados con gentes del pueblo por muy familia que fueran.

—¿Dónde los lleváis? —gritaban.

—¡A la custodia de la justicia! —respondía algún guardia que de inmediato era obligado a callar por el oficial, un hombre pequeño, delgado y de mirada hosca dispuesto sin escrúpulo a abrir fuego si el tumulto iba a mayores—. ¡Fuera! ¡No se puede hablar con los presos!

Algunos llamaban a sus mujeres. Los más jóvenes —conté no menos de una docena de mozos de poco más de doce o trece años— lloraban como niños clamando por sus madres.

—¡Mi hijo! ¡Por Dios, si es un niño! ¿Dónde me lo llevan?

Gritos, polvo, tensión entre los guardias como animales acosados. Y, finalmente, entrando ya en Cartagena en dirección al puerto, disparos al aire, desmayos y la conciencia por todos de que muchos de los que horas después serían embarcados hacia Fernando Poo o Fuerteventura no volverían a la sierra jamás.

La víspera hubo reunión de notables en la Casa Grande. Alrededor de la mesa de caoba frente al voladizo se sentaban Pepico Maestre, que metido en política era aún



alcalde de La Unión; el general Llull, gobernador militar de Murcia, que había declarado el estado de guerra; Pío Wandosell y Pedro Salmerón, ilustres mineros ambos, como Zapata; había caballeros del Partido Conservador y algunos liberales, y hombres silenciosos y oscuros, con aspecto de extranjero alguno, que no había visto jamás por allí y tenían traza de ser gentes de oficio oculto porque miraban con desconfianza y no expresaban emoción alguna.

—Seis muertos hay y al menos trescientos detenidos —afirmó el general Llull.

—¿Los líderes de la revuelta? —preguntó Zapata.

—Están todos. La mayoría son anarquistas, hay algún socialista y gente que no teníamos consignada. Bastantes de fuera.

—¿Los de los caballos? —preguntó Maestre.

—Detenidos los tres.

—¿No eran cuatro?

—Eso dicen —respondió el general—, pero no tenemos constancia más que de los tres.

La noche anterior a la revuelta, que había concentrado a la entrada de La Unión, frente a la mina de Wandosell, a más de diez mil personas llegadas de toda la comarca, varios jinetes recorrieron los pueblos de alrededor excitando a los mineros y llamándolos a alzarse al día siguiente.

—Y a los que iban a trabajar —oí decir a Maestre—, palo y vuelta a casa.

Supe de la cuerda de presos por aquella conferencia en la Casa Grande. Como supe entonces que había sido el propio Maestre quien, tras los asaltos a la casa del recaudador don Celestino, la quema de tiendas donde por culpa de la guerra de América los precios habían subido hasta hacernos pasar hambre, y el incendio de la casa consistorial que casi acaba con su vida, había tomado la salida más prudente. Si se calmaron las aguas fue porque el doctorcico había prometido subir salarios y eliminar los vales —como así hizo, pese a que era Zapata quien más curso les daba— y aun estudió disminuir las horas de trabajo. Pero, restablecida la calma, llegó la hora de las represalias.

—Esto no se tiene que volver a repetir.

—Descuide, don Miguel —apuntó su yerno, que aún conservaba huellas del asalto y el incendio del ayuntamiento—, ninguno de los que empezaron esto va a volver a intentarlo. Ya están los barcos listos en Cartagena y mañana zarpan los revoltosos.

El San Ignacio había estado trayendo de Cuba a antiguos mineros derrotados y enfermos. Ahora llevaría lejos a los líderes de la revuelta.

Cinco años después, yo no quería esto para Manuel, no quería volver a perderle ni que se alejase.

Pero no estaba de mi mano detenerle. El hijo del inglés, le llamaron. Y así le conoció toda la sierra, y Lobo y Maestre, que por amor a Visitación me advirtieron —tan pronto como empezó mi Manuel a alzar rebelde la cabeza, mediada la primera

década del nuevo siglo— que la consideración que tendrían con él por ser sangre de mi sangre no sería eterna.

En la quietud de una cura en su gabinete, perdida la mirada en el horizonte luminoso de la bahía mientras aplicaba la linaza sobre las llagas supuradas, me habló Miguel Zapata de ello una tarde:

—No me importa que sea mi nieto, María. No le siento como tal en mis adentros. Si le he respetado hasta ahora es porque se trata de tu hijo. Pero está yendo demasiado lejos. Pierdes tú más que yo si se me enfrenta. Suavízale el entusiasmo revolucionario, no vaya a ser que sea yo mismo el que ejecute el mandato que dicen maldito y acabe con este nieto bastardo mío.

El día que el Tío Lobo inició su descenso a los infiernos llovía en la sierra de La Unión como si nunca lo hubiera hecho. Con la fuerza de siglos, el viento arrastraba intensas cortinas de agua a intervalos feroces e incansables. Por las laderas bajaban saciadas las torrenteras y los caminos estaban impracticables.

Terminaba febrero y Miguel Zapata Saez enterraba a Visitación, su niña, su hija querida, el único estímulo de alegría en su vida, su único tesoro de amor verdadero.

Caminos borrados, trenes detenidos, barcos a merced del temporal. No era fácil llegar hasta allí, pero Portmán se cubrió de un gentío como allí nunca se había visto.

La lluvia se había detenido horas antes de que la carroza fúnebre —un landó tirado por seis caballos, Poderoso entre ellos, rebosante de coronas— saliese de la Casa Grande. Apenas podía avanzar entre la abigarrada multitud que quería despedir a la mujer que, de no serlo, o de haber justicia en este mundo de hombres, habría podido reinar cambiando el curso infernal de la historia en este rincón maldito. Las niñas del asilo de huérfanos de mineros que se abrió gracias al impulso de su generosa virtud acompañaban el féretro. Hombres llegados de toda España, de Gran Bretaña o de Francia le ofrecían homenaje, admirados del brillo en vida que precisamente dándola se había apagado.

Casi todos los presentes le debían a Zapata su posición de dominio. Y hoy le rendían pleitesía en el diluvio, en el día en que el todopoderoso Lobo volvía a perder su pulso con Dios, en que regresaba inexorable la maldición de Zapata, que reinó sobre los destinos de todo lo que allí estaba vivo o muerto pero no pudo cambiar el que para los de su sangre estaba escrito. Incluido el suyo propio.

Hacía frío. Ese frío afilado y áspero hijo del viento maestral que viene de cabo de Palos y no suele traer la lluvia, pero en esta ocasión también se presentó.

Frío intenso del alma dentro de la Casa Grande aquella tarde en que ni el dinero, ni la ciencia de los más doctos se sobrepusieron a lo inevitable: la muerte de Visitación desangrada después de dar a luz.

Gritaba de dolor, no había consuelo. Su quinto hijo, que habría de llamarse Miguel, como su abuelo, como su tío, venía al mundo entre espantosos tormentos y una pérdida de sangre tan incontrolable que vació por completo el cuerpecico de Visitación Zapata. Ni toda la ciencia de José Maestre, ni sus compañeros, la sabiduría de las universidades, de los avances más poderosos, pudo salvarle la vida. El tercer día de agonía, José Maestre, su cuñado Miguel y el propio Lobo habían tomado el tren a Madrid buscando remedio. Regresaron con Tomás Maestre y el doctor Cegarra, que era una eminencia en la ciencia del alumbramiento. Pero no hubo remedio, ni

cura alguna funcionaba ni lo hizo en los días siguientes, hasta diez que transcurrieron de aflicción, cuando solo quedó esperar la voluntad de Dios o, como dijo Zapata, la anotación contable del diablo y su maldición. Murió de sobreparto.

En algún momento de aquellos días, tan vivaces y precisos en mi memoria, nos encontramos alrededor del lecho de Visitación su madre Juana, enferma ya, sentada como ausente en un butacón de cuero; el doctorcito, firme consuelo de aquellas horas de angustia, a su lado, con su mano, hablándole amoroso; junto a él, el doctor Cegarra; Miguel Zapata, contemplando la agonía con el peso de una culpa más dolorosa que las heridas del péñigo; Miguelico, siempre tan pulcro, tan arreglado, tan frío aun en este trance horrible; y yo misma, en pie junto a la puerta, a la espera de dejar salir mi dolor y con el deseo de entrar en el de mi Visitación para robárselo a ella, para sufrir su mal, para morirme en su lugar.

—María —Maestre tiene tomada la mano izquierda de Visitación que, pálida, abre con esfuerzo los ojos cuando escucha la voz firme y sedosa de su marido pronunciar mi nombre, y me sonrío—, traiga por favor una escudilla de agua con hielo y paños limpios, hay que bajarle la fiebre.

—Enseguida, señor.

Fuera de la estancia, parte del servicio de la Casa Grande aguarda noticias con morbosa expectación.

—¿Se muere? —pregunta Hortensia, una de las nuevas de servicio.

—Qué burra eres, mujer —censura alguien a su lado.

—¿Qué tal se encuentra? ¿Qué dice el doctor?

Hace ya tiempo que gozo del privilegio de compartir más horas con la familia que cualquier otro sirviente de la Casa Grande, incluido Ginesico. Curar al menos tres veces al día el fuego del patrón, unido a su manifiesta voluntad de tenerme cerca, me colocan en una posición de confianza que sobrepasa la de la mismísima ama de llaves. Muy a pesar de doña Juana. Pero ya entonces ni su voluntad ni su entendimiento tenían energía para esa batalla, ni ninguna otra.

—Me han pedido hielo y paños limpios.

Hortensia baja conmigo, mientras quedan las demás en la duda de si seguirme o permanecer allí, donde se detiene la escalera que asciende al torreón vigía desde el que Visita dibujaba de niña sus batallas en la bahía. Todos aguardan pacientes algún sonido que ofrezca noticia del drama que en la habitación se libra.

Fuera, sentado en un poyete de piedra junto a la puerta principal, Ginesico espera y sufre. Vi sus pies cuando iba a entrar en la cocina.

—Hortensia, coge el hielo y los paños que están en la alacena. Ahora vengo.

Salgo al jardín cubierta por un paraguas. Ginés tiene la mirada perdida y un gesto de dolor del alma, de esos que solo se ven si centras tu mirada y lo compartes. Levanta la vista y me doy cuenta al instante de que no va a haber pregunta porque sabe la respuesta.

—Se muere la niña, ¿verdad, María?

Tentada estoy de asentir con la cabeza, pero no lo hago.

—No lo sé, Ginés. Es la voluntad de Dios y es él quien nos provee y nos da y nos quita vida y dolores.

—Los vamos enterrando a todos. Trini, Joaquín, ahora Visitica... Al menos el niño está bien, ¿o no?

—El niño está bien, Ginés. Aprieta Dios, pero parece que aún no quiere ahogarnos.

—¿Y cómo está don Miguel?

Don Miguel no está. Su herida le sangra hacia dentro y le tiene turbado el conocimiento y enrojecida la mirada, que no sé si es de llorar o del mismo dolor que no tiene ya dónde asentarse. Hoy su sangre desordenada y criminal le hace menos daño que la mucha que vertió su Visitación y se le lleva la energía y el espíritu, que lo está viendo con su propio corazón aplastado y dolorido como la carne de los mineros bajo la piedra perdida de los derrabes.

—Como puede, que no es muy presente. Se le va la vida propia con la de la niña.

—Y la nuestra.

Hortensia se asoma a la puerta. Lleva en la mano izquierda una palangana y trapos blancos le cuelgan del antebrazo. Tomo el agua y los paños, dejo a Ginés vencido y atribulado, y subo lo más deprisa que puedo. La puerta de la habitación está cerrada, pero la hoja se abre cuando empujo con el hombro. Paso junto a Lobo y me acerco a Maestre, que está entre su hermano y el doctor que vino de Madrid.

—Gracias, María.

—De nada, doctor.

Desde el lecho, Visitación me mira, vuelve a sonreír, estira la mano para que se la tome, y me dice quedo, con la poca energía que resta en su cuerpecito casi vacío:

—Pon... eruso.

No entiendo sus palabras. Me acerco más hasta pegar el oído a sus labios temblorosos y calientes.

—Caruso, María, ponme a Caruso.

—¿Qué te dice? —pregunta Tomás Maestre.

—El gramófono. Quiere escuchar uno de esos discos de pizarra con la voz de Caruso.

Se miran los doctores sorprendidos. Cierra los ojos y asiente su marido. Se sobrepone a la aflicción y me pregunta si conozco el manejo de ese aparato moderno.

—Creo que sí, doctor.

—Pues hazlo, por favor. Y sin demora. Estamos cerca del final, querida María.

Como tantas otras cosas que alimentaron mi espíritu, había descubierto la música con Visitación. No tuve más que seguirla y apasionarme a su lado desde el primer día que don Miguel trajo una orquesta a la Casa Grande para festejar el cumpleaños de la niña cuando se acabó el luto por mi Joaquín, recién regresada yo a la Casa Grande. Escuchaba desde la cocina los sonidos armónicos de los instrumentos de cuerda que

se elevaban sobre el ventanal de la galería, atravesaban el patio y me envolvían el espíritu con desconocida dulzura, avivándome emociones presentes y pasadas: los besos, la mirada de Joaquín, hasta el rostro delgado y risueño de Visitación, que de cuando en cuando se deslizaba del salón a la cocina para hacerme participar de su feliz rito iniciático. Y bailábamos entre risas. Yo pensaba en Joaquín, en la luna, en sus ojos verdes iluminados y felices, en nuestros bailes silenciosos, y cogía de las manos a Visitación y girábamos y girábamos hasta tirar cazuelas colgadas que caían con el estrépito del metal y nuestras carcajadas. Joaquín me cantaba canciones, pero jamás había escuchado nada como lo que nos llegaba desde el salón de la Casa Grande, donde los invitados de don Miguel y doña Juana bailaban y hablaban en honor de la niña.

Seis años nos separaban y yo había sido la encargada por el propio Zapata de cuidar del tesoro de su niña pequeña como luego fui quien alivió los dolores de su mal de piel y las ansiedades de su mal de carne. Pero eso fue después, como el gramófono, que trajo de uno de sus viajes, estando ya Visitación casada con el doctorcito, que era de mi misma añada, y Manuel de regreso del secuestro inglés.

«Lo recuerdo bien, Visi, mientras bajo al salón para cumplir lo que se me antoja como tu último deseo. Nunca volveré a escucharlo contigo».

Era noviembre, acababa de pasar Difuntos y regresaba Miguel de la Gran Bretaña, donde discutía y negociaba los precios del mineral que sacaba en la sierra, llevaba en sus barcos Malabar o Chorcholita, que traían el carbón inglés y cargaban lo que Lobo vendía a los ingleses a pesar de que, según tengo entendido, ellos también tienen minas y mineral. Pero les ganaba la partida en casa, como un tahúr que mete en la cantina ajena cartas marcadas y consigue que todos jueguen con ellas. Me malicio que lo suyo era cosa de vender más barato que ellos mismos, porque le costaba mucho menos sacarlo de la tierra y ponerlo allí. Alguna vez me dijo Visita que su padre era capaz de venderle a los franceses y a los ingleses sus propios minerales haciéndoles pagar más que el precio al que se lo había comprado a ellos mismos. No me parecía que fueran a ser tan torpes gentes que habían hecho conquistas como ellos, que tenían imperios y muchos tesoros, pero Visita siempre decía las cosas de modo que parecieran ciertas, aunque fueran fábulas e inventos.

Aquella mañana en que llegó el gramófono a la Casa Grande estábamos solas Visitación y yo, con alguien más alrededor, que acaso fuera Hortensia, no recuerdo muy bien. Aparte, claro, de Juana en su habitación o quizá sentada a las luces del voladizo. Aguardábamos la llegada del viajero con la infantil expectación de la sorpresa que nunca faltaba. Todo lo que fuera moderno despertaba su atención, y si podía transportarlo, se lo cargaba como un tesoro para ponerlo aquí y gozarlo en el uso o la contemplación. Como había traído el teléfono el año en el que murió Joaquín, o el cable que acabó con el arrieraje también aquel lejano año en que la vida y la muerte me caminaron juntas con el adiós de Joaquín y el nacimiento de Manuel. Yo ya no cumplía la treintena y Visitica andaba rondándola, pero nuestra espera era

aquella tarde que hoy tan bien recuerdo la de dos niñas que aguardan el silbato en la escuela para salir al patio de recreo.

Caída ya la tarde, escondido el sol tras las Fausillas, sonó su voz, arrancando una vez más a interpretar el teatro con el que regalaba en cada regreso de sus viajes el ánimo de su hija, puesto que en ella solo pensaba y en su propio regocijo de padre cariñosamente recibido.

—¡Ah del castillo! —gritó desde el carruaje en el que le había traído Gines desde la estación de Cartagena—. ¿No hay nadie, ningún vigía atento?

Vaya si lo había. Visitación, veintiocho años de esbelta madurez, madre de cuatro niños, ilusionada con el quinto, cruzó el jardín desde la puerta principal dispuesta a abrir la verja de entrada antes de que lo hiciera el propio Ginés.

—Déjelo, señorita.

—Calle, Ginés, que viene la niña a abrazar al padre y su regalo..., en orden inverso de interés. —Y reía solo, feliz de celebrar el encuentro.

Fue esta la forma en que asomé mi curiosidad, pareja a la de Visita, aunque menos despierta, siendo ella como era mucho más capaz que yo a los muchos artilugios e inventos que el progreso hubiera dejado lejos de estas tierras de no ser por don Miguel, que siempre encontraba algo que nosotros no habíamos visto jamás. Como cuando trajo una fotografía de colores o los calzones menguados de un guerrero chino. O el teléfono, que la primera línea en la sierra fue la que se procuró él para la Casa Grande desde Cartagena. El pueblo entero de Portmán celebró aquello como si del descubrimiento del fuego se tratara. Se me antojaba imposible, pero en verdad se oían las voces de otras personas y podías hablar con alguien a leguas como si estuviera a tu lado.

Le gustaba a Zapata guardar tesoros de los lugares que conocía o de los que había oído hablar, como le fascinó el invento del cinematógrafo, con una de cuyas máquinas de cámara se grabaron a la puerta de La Maquinista las primeras fotografías —imágenes, por ser más recta en la expresión— de este ingenio. O le sedujo la máquina para escribir que habían pensado y fabricaban unos caballeros de América del Norte.

—¿Y se puede poner lo que se quiera? —había preguntado Visitación, curiosa y sorprendida, a su padre, que acababa de desempaquetar el artefacto. Era un objeto metálico negro y grande con varias hileras de botones cada uno de los cuales tenía escrita una letra. Zapata enrolló un papel sobre un cilindro de la parte superior y puso el ingenio en una mesilla frente a ella.

—Claro, ¿tú qué quieres escribir?

Sin responder, su hija buscó en el teclado las letras de su nombre. Apretó primero la uve.

—Pero tienes que levantar el dedo para escribir la siguiente...

Miró a su padre, asintió y presionó con fuerza la i.

—No hace falta que aprietes tanto. Mira.

Sobre el papel, escrito en letras negras y apretadas, «vi». Siguió Zapata con la ese y otra i, y luego añadió M A R I A... No puso Juana, ni Miguel, ni Obdulia; apretó y dejó escrito mi nombre y me buscó con los ojos de Joaquín y su expresión de lobo como sediento. Yo bajé el rostro y sentí el filo de su puñal, ese que en un lado calienta el alma dolorida con el bálsamo del afecto y en el otro filo abre la carne con el dolor de las cicatrices mal curadas. Como tantas veces.

Quizá lo recordé o quizá lo viví del mismo modo no mucho tiempo después, cuando, liberado de equipaje y desembalado el último artilugio importado, esperábamos sumidas en la impaciencia, que el mejor Zapata, el de las alegrías del encuentro con su niña y el orgullo del descubrimiento compartido, nos permitiera entrar en el salón para desvelar el nuevo capricho. Adornaba el aire el traqueteo de la sierra, cuando se hizo presente de súbito el inesperado sonido de una música lejana y hermosa que llegaba precisa desde el salón transportada en un extraño fondo arenoso sutil y metálico.

—¡Pasad, mozas! ¡Ya se ha abierto el baile!

Y sonó Caruso... y Visita se llevó de repente las manos a la boca, con los ojos muy abiertos y miró a su padre, sonriente frente a nosotras, ante una especie de inmensa caracola bajo la que un plato giraba solo y emitía la voz poderosa y armónica de un hombre que parecía cantar allí mismo. El fondo de arena del sonido, como de criba constante, no impedía el goce admirado de una voz hermosísima.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo era posible que llegara esa voz hasta nosotras?

—Es un fonógrafo, señoritas, un invento para poder escuchar la música siempre... Acércate, Visitación. Tú también, María.

Ella sabía de qué se trataba, yo ignoraba por completo qué clase de artilugio tenía ante mí. Me parecía magia.

—La música está ahí dentro —dijo Visitica señalando el disco lleno de surcos que parecía un campo gris recién arado— y se oye porque ese objeto de punta se lo pasa a esa especie de concha que es un altavoz.

—¿Cómo es posible? —pregunté asombrada.

—No lo sé, María, pero es hermoso, ¿no te parece?

—Canta Caruso, Visitación, el más famoso cantante del universo. Y es tu regalo —añadió Lobo.

Desde entonces estuvo sonando casi a diario en la casa hasta que al año siguiente aconteció la gran tragedia.

Lo recordaba mientras extraía de la estantería cercana el viejo disco de pizarra que aquel día, meses atrás, nos había puesto Miguel Zapata. Lo coloqué en la plataforma, deposité suavemente la aguja sobre la pizarra, hice girar la manivela y la voz de Caruso comenzó a llenar la estancia, a recorrer la casa, a penetrar en lo más profundo de nuestras almas, en el interior de los corazones rotos. La orquesta envolvía la voz sedosa y masculina de este artista sobrehumano, que extendía las notas prolongándolas con registros imposibles y consiguió detener unos instantes el



tiempo y la niebla mortal que acechaba la Casa Grande.

Y que la tomó pocos instantes después, cuando Visitación se quedó sin fuerzas y se entregó a la muerte, sonriendo con el consuelo íntimo de la seguridad de los suyos y el placer final de la voz y la música de Caruso.

Cuando murió Visitación, José Maestre había regresado a La Maquinista de Levante después de haber sido alcalde con la revuelta de los vales y presidir la Diputación. Miraba a Madrid, donde se lo habría de llevar De la Cierva a hacer carrera política, pero el estado en que quedó Miguel Zapata, roto y desnortado por el mucho dolor sufrido, aconsejó que, al menos durante un tiempo, él se pusiera a la cabeza de la Casa Grande. Regresó al buen hacer del capitán conquistador con que años atrás había encabezado La Maquinista, dispuesto y comprometido, con ese espíritu que no le salía por ningún lado a Miguelico, que de gobernar solo entendía en su yate Juanita, el pailebote que compró en Barcelona y le servía para enseñorearse en Cartagena por el Club de Regatas y el muelle de la Feria de Alfonso XII.

El director que se ocupaba de los asuntos de cada día y de llevar el timón desde el principio era Antonio Beltrán, que se dio muy buena mano para hacer crecer la compañía, que empezó fabricando máquinas para la mina y luego sacaba herramientas y artefactos de metal, vapores, presas, todo tipo de ingenios que sirvieran para cualquier oficio de construir, navegar y dar luz eléctrica.

A Miguelico se le veían pocas hechuras para la hombría del mando y la dureza de la mina. Salía al campo con su padre, como había hecho Joaquín, pero con desgana. Le incomodaba el polvo del camino y le fatigaban las caminatas por las cuestas y veredas de la sierra, y cuando entraba en una mina le daban sudores y se ponía del color pálido de los polvos del bromuro que se tomaba para quitar los dolores.

De niño, Zapata le echaba la culpa a la madre.

—Que lo malcrías, Juana. Tanto vestidito y tanto algodón y tan por aquí mi niño, y por allá cuidado, que me le afeminas y no valdrá para lo que tiene que valer, que es sujetar todo esto que levantamos y hacer más grande aún el nombre de los Zapata.

—El niño está como tiene que estar, Miguel. Ya crecerá y se verá lo que tiene de hombre.

Pero no se vio mucho.

Tardó en salir de las faldas de la madre o de la enagua de su hermanica Visita, que al ennoviarse con el doctor dejó de atenderle tanto, y eso le enceló y ya se le empezó a atravesar Maestre, antes de crecer y caer en que lo que para él estaba destinado lo tenía el doctorcito en su oficio y beneficio por méritos propios, desde luego, y en trabajo común con Visitación, que tan bien lo aconsejaba.

Ya veinteañero, Miguel pasaba más tiempo en la ribera del Mar Menor que en La Maquinista o las minas de la familia, igual que luego lo gastaría en el Club de Regatas. A menudo se llevaba a su madre en el coche a La Ribera, y echaban la tarde

para regocijo de Juana y tormento de don Miguel, que durante un tiempo mantuvo la secreta esperanza de que la blandura del hijo se reparase y se enderezara también la salud, que era buena excusa para alejarse de la faena, pero no le dio Dios ese regalo.

A Miguelico solo se le veía en faena alrededor de los barcos de la bahía, en los muelles de madera donde los faluchos y las barcazas cargaban el mineral a los buques. Como el Malabar, ese de dolorosa memoria, cuya compra por su padre celebró y disfrutó siendo aún niño.

—Ojalá tuviera tus arrestos y tu carácter —le decía Lobo a Visitica en su gabinete de la Casa Grande, el que estaba justo encima de las oficinas de La Maquinista—, pero parece que fuera él la mujer y tú el hombre.

—Eso no es justo, padre. Miguel tiene cabeza para los estudios y los números, y aunque no le tire la sierra y Dios no le haya concedido salud en demasía, le admira a usted y se desvive por servirle.

—Tanto como desvivirse, querida Visitica..., no me lo parece.

Visitica seguía viendo a Miguel como el hermanico pequeño que había sido siempre, y eso era como una niebla que ensombrecía ante ella la realidad de su naturaleza caprichosa. Con lo llena de criterio y agudeza que estaba la niña, en lo tocante a su hermano se le debilitaba el conocimiento y todo era justificable y digno de comprensión. Hasta su poca simpatía hacia Maestre, a quien vio de niño como al hombre que le arrebató a Visitación, y de hombre a quien había ocupado el espacio que a él le correspondía en tanto príncipe del imperio.

Maestre sí era consciente, pero su bonhomía y su exquisita formalidad, tan cuidadoso siempre de no arañar para que no se abrieran heridas, impidieron que las aguas turbias del desencuentro afloraran calientes en disputas abiertas.

—Nunca entendí por qué te casaste con él —le dijo a su hermana, veinteañero y desafiante, un día de confesiones poco antes de su primer viaje a la Inglaterra, donde Lobo lo envió a aprender el oficio y el idioma universal de los metales, y de paso a ver si se curtía en la lejanía de la madre—. Un tipo tan aburrido y conformista como él. ¿Tanta necesidad tenías?

—Cuánto te queda por aprender —contestó maternal a la ostensible grosería de su hermano—. José es un buen esposo y buena persona. Esconde algo que no tiene por qué salir de nosotros y en este tiempo es metal precioso: sabe escuchar y comprende a todo el mundo, especialmente a mí. Conozco pocos hombres que respeten como él a las mujeres.

—¿Es eso suficiente para llenar a una dama como tú? Con tu imaginación, tu clase... Si vino aquí de mediquillo y ascendió por matrimonio. Quién se lo hubiera dicho.

—No solo llena, querido Miguel, sino que complementa, y eso vale mucho más. Madre nos educó para servir, pero para él no soy su sirvienta, sino su igual. ¿Lo entiendes?

Yo creo que Miguelico Zapata, que amaba también a su hermana casi tanto como

ella a él, nunca entendió a las mujeres. En eso sí se parecía a su padre, al que, no obstante, ganaba en vicio y golfería. Conocidos de los cafés cantante de Cartagena y La Unión, Zapata hijo y sus amigos solían pelear hembras, como decía él, alimentado el ánimo por el alcohol y la energía por la codicia de mujer que tienen los hombres jóvenes, más aún cuando se saben intocables. Y los de su clase en aquel lugar y aquel tiempo lo eran, para mal de mujeres modestas y hombres discretos.

Era apuesto. Muy diferente a Joaquín, porque carecía de su reciedumbre, acostumbrado como tenía su cuerpo a la debilidad de las enfermedades, pero guapo también. Delgado, alto, gastaba bigote engominado y vestía siempre con una distinción que a menudo parecía rebuscada, excesiva. Eso sí, servía para diferenciarle del resto. Nadie en la Sierra Minera y pocos en Cartagena tenían la planta y la caída de ropa de Miguelico Zapata. Y gustaba a las mujeres, desde luego.

Me pretendió, siendo yo mayor que él y estando ya al cuidado de su padre. En cuestión de vuelos y enaguas no se paraba en nada.

—Qué guapa estás, María, qué bien luces siempre, y qué elegante.

—Déjate de galanteos, Miguelico, que casi podría ser tu madre. Que te he visto manchar picos y alguno te habré limpiado cuando andabas con los mocos caídos por este jardín.

—Ya sabes que el pecado, cuanto más inmenso, más intenso..., más se goza. Y yo lo gozaría contigo, y tú conmigo.

—Con el permiso de tu señor padre.

Frecuentaba las tabernas. Era habitual de las del Alpargatero en Cartagena y en La Unión. En una de ellas vio por primera vez a Carmencita, cuando se estrenaba bailando danza flamenca.

Llueve y está solo.

Entra al local, sacudiendo su capa empapada por la lluvia que entrega a la gitana del guardarropa. El café, envuelto en una niebla de tabaco agrio, huele a alcohol y a aceite de candil, y del interior llegan las palmas y el taconeo tosco de una bailarina debutante.

La gitana toma la capa con rutinario desinterés, pero cambia el gesto al reconocer al hombre.

—¡Don Antonio! —grita hacia el interior de la sala—, ¡está aquí el señor Zapata!

Al fondo de un pasillo amplio y entelado de rojo, un hombre ancho y menudo se gira inmediatamente y avanza hacia el recién llegado con una sonrisa bajo su amplio bigote rojizo. La mirada de Antonio Grau, Rojo el Alpargatero, chispea interés y sus movimientos expresan alegría, pero la sonrisa apenas se sostiene unos segundos, cuando se enfrenta a la expresión sombría del joven caballero.

—Miguelico, no te esperaba esta noche.

—Tampoco yo pensaba venir...

—¿Cómo está tu padre?

—Como siempre, sombrío y amargado. Ponme algo, anda.

Cubre el local una densa niebla de humo de cigarros y murmullos, gritos también, pues la clientela habla en cascada y emite de vez en cuando expresiones nada galantes hacia la joven que se mueve sobre las tablas, pero los sonidos se silencian repentinamente con la entrada de Miguelico Zapata acompañado del Rojo. No es este un lugar para propietarios y poderosos. Menos aún desde que el alcalde Conesa prohibió los cafés cantante y solo Antonio Grau y algún otro propietario con buenas amistades mantienen abierto alguno en La Unión con atenta vigilancia de la Guardia Civil. La norma vale hasta que su cumplimiento obliga a quien puede eludirla sin dificultad.

El silencio en la sala por su llegada irrita al único hijo vivo de Miguel Zapata, el Tío Lobo, que ya viene caliente de una disputa que casi llega a las manos de no ser por el viejo Samuel que lo acompaña. Con el inglés ha sido, que le ha encarado un par de calles más atrás recriminándole una vez más la miseria en la que tienen a su gente mientras ellos se regalan una vida de lujos.

—¡La que ha gozado tu madre! ¡La que te ha traído aquí, desagradecido! — responde Miguel.

—Esto no es personal, don Miguel. Es cuestión de justicia. Solo clamo a su conciencia de hombre de bien, que sé que lo es. Y le solicito que medie para que podamos reunirnos con su padre o con Pepe Maestre.

—Quitarnos lo nuestro para repartir. En esto estáis, ¿verdad? Vete al infierno, maldito desagradecido hijo de puta.

—La que te crio.

—Vámonos, don Miguel —tercia entonces el viejo asturiano Samuel mientras roza suavemente la pistola que oculta bajo el gabán.

—Adiós, Sullivan... Volveremos a encontrarnos. Vergüenza ha de sentir de ti tu madre.

Escucha el Rojo el relato con paciencia y gesto amigable.

—Sosiégate, Zapata.

—Es que no puede ser. No puede ser que estos anarquistas que quieren quemarlo todo anden libres por ahí. O socialistas..., o lo que sean. Revolucionarios que van a acabar con esta sierra. No sé cómo les permiten que sigan libres. ¿Es que no hemos aprendido de lo del 98?

—Cálmate, Miguel, deja esas iras fuera y aquí disfruta, que de eso se trata.

Un parroquiano ebrio en una mesa al fondo del local levanta su vaso y grita con voz pastosa:

—¡Brindo por los Zapata, que tanto bien hacen a la gente de este pueblo!

Rojo el Alpargatero lo reconoce inmediatamente. Es Emeterio Armada, el ingeniero al que Tío Lobo echó de La Concepción hace dos o tres semanas. Antes de que la afrenta pase a mayores y el propio hijo de Lobo se percate de quién la hace, envía con un gesto a Álvaro el Marqués y al gaditano Pantoja a que lo saquen a patadas de allí. Los matones cumplen con silenciosa eficacia su cometido y dejan al

ingeniero Armada saboreando el barro de la calle Mayor. Tan borracho está que ni se levanta.

Zapata se sienta en su reservado, una tarima algo más alta desde donde se ve perfectamente la sala y quién entra y quién sale de ella. La luz de los candiles en las paredes acentúa el color rojo mustio, de terciopelo sobado y sucio con el que están forradas. El olor del tabaco rancio y el alcohol se acompaña en el ambiente con noticia de ácidos sudores cercanos y el ocre y apagado de ropas húmedas puestas a secar. A lo lejos oye Zapata jadeos de cópula en alguna habitación del local.

El Rojo se sienta junto a él y pide dos reparos al camarero que solícito ha seguido a ambos desde su entrada.

El primero se lo bebe Zapata de un trago y le deja el vaso en la bandeja al camarero.

—¡Otro!

El Rojo asiente, toma el suyo y el camarero se desliza veloz entre las mesas para cumplir el recado. Se ha restablecido el murmullo de la sala y la joven sigue bailando, aunque no puede disimular que, además de atender al cante y las palmas de sus compañeros de escena, está pendiente del recién llegado.

Él la mira mientras da cuenta del segundo vaso de coñac y vino dulce.

—Es nueva, ¿verdad, Antonio?

—Y moza..., Miguel.

La joven parece nerviosa con el escrutinio y pide de repente a los músicos que paren. El Rojo la mira y mueve la cabeza con desaprobación, pero ella abandona el escenario tras el pesado cortinón que adorna un enorme dibujo de la bahía de Portmán con dos veleros.

Algunos presentes silban y golpean la mesa, pero a los pocos segundos desisten y siguen con su cháchara y sus licores. Hay no más de una docena de mesas, ocupadas casi todas por grupos de dos o tres parroquianos. Fuman, beben y ahora parecen esperar a que la intérprete se sume a su fiesta particular.

—¿Y quién es esa hembra nueva?

—Se llama Carmen, es gitana de aquí, y canta y baila como los ángeles.

—La conozco, sí. Llevaba tiempo sin verla. Pero se te indisciplina, Antonio... Se ha ido a las cajas.

—No. Se ha venido a tus pies.

Es morena, de talle fino y se dirige hacia ellos con un pelo suelto que no llevaba en el escenario. Mira a Zapata desde sus ojos verde mar sin rubor y con gracia. Con un gesto, pide permiso para sentarse en la mesa.

—Por favor —indica Zapata—, señorita...

—Carmencita —responde con una sonrisa franca.

—¿Por qué nos ha privado usted de su arte?

—Mi arte se extiende por la sala él solito, con permiso de don Antonio, y cuando le dejo hacer, a mi arte, me pasan estas cositas... Que se me va la cabeza y dejo la

escena y bajo a las mesas para dárselo más de cerca a los hombres que lo merecen.

Le hace gracia el descarado de esta mujer. Es hermosa y suelta, como si no se detuviera ante ley alguna. Está más hecha que la última vez que la vio, probablemente bailando en el puerto. ¿O fue aquí en La Unión?

—No tengo hoy el cuerpo para fiestas, señorita Carmen, pero si usted me cita, yo me arranco, y si me espera, sepa usted que vuelvo y me tomo la dosis de ese arte suyo que usted tenga a bien prepararme... Usted me entiende.

—Claro que le entiendo, don Miguel. Y no tenga usted cuidado, que le espero.

Deja la mesa, y de regreso al escenario, más que dar la espalda a los dos hombres les regala un contoneo de hembra sabia y provocadora que hasta el Rojo contempla con sorpresa.

—Es moza buena y recia. Me gustan su frescura y sus andares, Antonio. Guárdamela.

—No hace falta, Miguel. Ya lo ha hecho ella.

Carmencita lo escucha, porque en la sala sus tacones y esas voces son el único sonido de ese instante. Todos enmudecen, todos calculan, todos saben ya qué trato se ha cerrado sin firmar y sin apenas palabras.

Sonríe al ocultarse tras el telón que esconde la escalera al escenario y mantiene la sonrisa ya de pie sobre las tablas. El público lo interpreta como un saludo de reencuentro. Desde su mesa, Rojo el Alpargatero intuye que es otro el ánimo de la artista. Por un instante, ella vuelve a mirar a Zapata y su sonrisa se amplía hasta el descarado seductor.

Es en ese instante, en ese preciso instante, cuando Carmencita Villegas Montoya, hija de Amalia y Jacinto, hermana de Jacintico, que dicen fue concebido en la bocamina por voluntad violenta de Lobo, empieza a saborear la venganza tantos años deseada.

Juana murió en la víspera de Navidad tres años después de que se fuera Visitación. Volvió a llover. Lo hizo durante tres días como si se hubieran roto todos los desagües de la sierra, y la tierra roja y gris llorase la pena de tener que acogerla en su seno.

Acaso me engañe, pero no afectó demasiado a Lobo aquella muerte, quizá porque él ya había empezado a morir o porque ella lo estuviera para él hace tiempo.

Había nacido entre nosotros, o digamos que a nuestro lado, otra nueva familia, porque Obdulia, que cuidó amorosamente de los hijos de Visitación tras la muerte de su hermana, se había casado con Maestre. El virrey del imperio Zapata, metido a urdidor de influencias, político de nombre y futuro en Madrid, y hábil director de la cada vez mejor afinada orquesta de intereses de su suegro, se casó con Obdulia más porque sus hijos tuvieran una madre y sus intereses asiento en el mismo nido, que por satisfacer un ansia de amor o un alivio de soledad. Siempre fue para él «la pequeña Obdulita», veinte años más joven. Si se amaron, no me pareció que lo hicieran como Pepico y Visitación. Aunque para ser fiel a la verdad hasta donde soy capaz de conocerla, con el tiempo Obdulia Zapata sería la compañera leal y fiel que siguió dando hijos a Maestre y dirigiendo la familia y los intereses mineros durante sus largas ausencias por los asuntos de la política de Madrid. Aún hoy ejerce el gobierno familiar, dicen que con discreción pero firmeza, con la herencia de carácter de doña Juana, aunque más atemperada, porque su educación y su naturaleza le moldearon una personalidad más universal, menos aldeana.

Año y medio llevaban casados cuando murió doña Juana, lo que sumió a Obdulia en una melancolía que ni las atenciones de Maestre ni el calor de sus sobrinos consiguieron templar. Zapata no había encontrado aún consuelo por la muerte de su hija, cuando la maldición se cobró su consumo siguiente aquel 24 de diciembre de frío diluvio universal.

—Llueve siempre que la muerte viene a visitarme —me dijo la noche en que, con Juana enterrada, nos quedamos a solas entre nosotros, sin cerca o salvaguarda que nos obligara al recato en nuestro entendimiento carnal—, como si fuera un mal dramaturgo que necesita los efectos para despertar emociones. Va a ser más teatro la muerte que la vida.

Las ruedas del coche fúnebre se atascan una y otra vez en el barro plumizo y tienen que acudir operarios de La Maquinista y guardias de los Zapata a levantarlo para poder seguir su camino hacia la iglesia de Santiago Apóstol. En la bahía de Portmán, los barcos de Zapata, estibados ya o esperando cargar mineral, se guardan del temporal que más allá del faro de las cenizas y la muralla de las Fusillas sacude



con violencia el acantilado costero. Nadie osa salir a mar abierto. Ni lo haría aunque pudiera en este día de luto para el patrón.

Miguel Zapata camina tras el féretro con la mirada ausente y el traje de paño tan empapado que ya gotea. No ha querido el paraguas que le ofreció Pepico Maestre. A su lado, Isidoro de la Cierva y su viejo amigo Antonio Lara. Los sigue Miguelico, sombrero de fieltro negro, bigote engominado y gesto serio e inexpresivo. Pudo también él haber sido «don», pero es un bala perdida que solo piensa en tumbar hembras y vivir sin orden. Le faltan, recuerda el padre, el dolor y las privaciones. Al menos le dará a la familia el brío del título de nobleza, si es capaz de cerrar el acuerdo con los marqueses de Villalba de los Llanos. Unos pasos más atrás, el resto del séquito fúnebre se parapeta bajo nubes de paraguas que hacen que se asemeje al escudo protector de un batallón romano. Ahí se esconden los Conesa, Payá, Caparrós, Servet, y algún minero que disputó territorios y riqueza al gran hombre que camina perdido con su tosco aire de siempre, pero sin decisión, como si el nuevo golpe le hubiera despojado de su carácter.

Se oyen los chapoteos y el silencio. A los lados del camino algunos curiosos asisten mudos y atentos, como testigos desperdigados al principio, en hileras más compactas a medida que el cortejo se acerca a la iglesia, y arremolinados en la minúscula plaza frente al templo cuando la comitiva se detiene. No cabe un alma, pero la multitud se abre al paso de los caballos negros que tiran del coche fúnebre. Impaciente, aunque inmóvil como una columna del templo, espera el obispo Caparrós en la puerta de la iglesia, flanqueado por dos presbíteros y dos monaguillos que a duras penas disimulan el frío y las ganas de terminar.

Nerviosos por la premura a que obliga la incesante lluvia, o quizá agotados por el esfuerzo del camino, los empleados de Zapata a punto están de estrellar el ataúd contra el suelo. La vista de la caja provoca en la plaza un intenso murmullo seguido de un silencio tan poderoso que convierte la lluvia en un estrépito insufrible.

—Por Dios, cuánta torpeza —murmura Caparrós mientras le indica a don Miguel que se apresure.

Dentro de la iglesia huele a incienso y a humedad. Apenas hay gente cuando Zapata, Miguelico, Pepe Maestre y Obdulia atraviesan lentamente el pasillo entre los bancos y toman asiento frente al catafalco, donde ya han colocado el arca de Juana. Cuatro enormes cirios rodean el féretro.

Hay murmullos y pasos amortiguados de los integrantes de la comitiva fúnebre que van entrando en la iglesia, y un rumor sordo de voces y una atmósfera de olores apagados y aire húmedo que humanizan la solemnidad de la liturgia.

Ya en su asiento, Zapata hace un gesto al oficiante Caparrós para que se apresure, pero el obispo mueve la cabeza con gesto contrariado. Es de los pocos que osan corregirle o discutir. Nadie aquí se enfrenta a la voluntad del Tío Lobo.

Ha comenzado el oficio, y Caparrós habla de Juana, de cuerpo presente:

—Abnegada, caritativa, atenta siempre. Era una cristiana verdadera, que cumplía

con Dios y con los hombres, y no siempre fácil.

Pero Zapata sigue ausente, y la punzada de su corazón no evoca a esa mujer que él ahora recuerda demasiado fría. Como hoy, lejana.

—... cabal y hacendosa, la sombra y el consejo... y el apoyo del hombre grande que es y ha sido don Miguel. La pérdida de sus hijos no quebró su fe, y era su voluntad que los niños de la Casa de la Caridad tuvieran todo lo necesario siempre, como si fueran hijos de su misma familia, esos que como Joaquín, Trinidad, o apenas hace tres años Visi, se fue llevando el Señor, cuya voluntad aceptó siempre.

«Ese es el dolor, Caparrós, y ni tú ni todos estos que hoy están acompañándome en el sentimiento saben dónde ese sentimiento está de verdad». Zapata entierra a Juana en esta infernal víspera de Navidad, pero añora a Visitación, a la niña que, como todos, le arrancó la muerte antes de lo que debiera, cobrándole un interés por lo prestado mucho más allá de lo razonable incluso entre bandidos.

—... Visitación, con quien se reúne por fin en el reino de los cielos...

No pueden estar en el mismo lugar. Zapata no deja de evocar a Visitación, cuya muerte aún no le ha abandonado, y sabe que madre e hija no estarán juntas, que si hay un cielo ha de tener altares diferentes para quienes entregan alegría y amor y quienes intrigan con ambición de poder y dinero, y así era Juana. Amiga de ese poder y ese dinero a cuyo olor vienen los políticos, banqueros, mineros, empresarios, jueces, comerciantes, artistas y matones que asisten a la ceremonia.

«Qué si no —sigue pensando Zapata— hacen todos estos aquí, si no los he querido, si he ordenado y mando sobre su voluntad y sus casas. Si solo me deben dinero y respeto, y lo que me profesan no es precisamente amor».

—Padre, he conocido un muchacho encantador. Es educado y galante... y monta a caballo y le gusta pasear. Es el nuevo médico de Portmán y me ha dicho que le gustaría conocerte para agradecer tus obras que tanto ayudan a la salud de la sierra.

Esa forma de hablar de Visi, esa expresión alegre siempre. Ese esperar de la vida lo mejor y si no llegaba, buscarlo o construirlo. Y ahí está aquel muchacho encantador. Zapata mira a Pepico Maestre, viudo de Visitación, su niña del alma. Ha sido alcalde, presidente de la Diputación, muñidor del Partido Conservador, y hoy dirige las empresas de Zapata porque Miguel es un tarambana sin criterio. Maestre, que peca de bondadoso, está sin embargo cargado de ambición. Tanto como para no haberle hecho ascos a casarse con su hermana Obdulia al quedar viudo de Visi. El matrimonio no solo convino a la familia y a los negocios, también era el deseo de Visitación que sus hijos quedaran al cuidado de Obdulita, que siempre los tuvo como suyos y les ha dado ya una hermana —Juanica, esa nieta que alguna vez le sonrío desde su inocencia—, y le da calor de cama a Pepico, que lo necesita, y mejor si es de nuestra sangre. Han venido todos los niños. José y Visitación, casi adolescentes, asisten serios, con la impostada trascendencia que corresponde a su edad y al momento, a su segundo gran entierro. Paquita lleva de la mano a Miguelico, su hermano pequeño, y a su lado está Tomás, con la cabeza baja, sin dejar de mirar al

suelo y a sus zapatos llenos de barro. También, como el abuelo, piensan en su madre.

Miguel Zapata busca a Obdulia y encuentra una mirada perdida y lejana. En quién me apoyaré, sabe que piensa, ahora que madre se ha ido y estoy sola con los niños y con mis miedos.

Cómo se parecen madre e hija. La pobre Obdulia no sacó ni la gracia ni la alegría de su hermana, y tuvo que cargar con la timidez y el temor a los demás que su madre Juana combatió con una cruel disposición ante cualquier persona a la que se enfrentara. Dependían una de otra, y llegaron a urdir planes para abrir distancias entre Miguel y Visitación, celosa Juana del poder y la influencia de su hija y envidiando Obdulia el talento y la alegría de su hermana mayor.

—... una familia cristiana, de enorme fortaleza y caridad, de virtudes que hacen de ella una guía para todos nosotros. Su inmenso amor al prójimo y a nuestra tierra han levantado hospitales para curar el cuerpo e incluso para aliviar el dolor y la soledad de los huérfanos de mineros. Los Zapata, los Maestre, a quienes acompañamos hoy en este día de dolorosa pérdida, son nuestro ejemplo de virtud y decencia. Con cada pérdida que han sufrido, y no han sido pocas, han crecido en resignación y sabiduría y han hecho que todos nosotros nos pudiéramos beneficiar de su bondad. Merecen como nadie que no dejemos que hoy se sientan solos.

«¿Cómo que no? —piensa Zapata—. Es lo que quiero, que me dejen solo, acabar ya con este teatro de lágrimas en la víspera de Navidad». No ve ni escucha, como una mula sacada de su cuadra, siente la querencia de esos muros de la Casa Grande que dejaron de estar vivos cuando se apagó la sonrisa de la Visi, su carcajada, su música, el estrépito de su felicidad, el espíritu sutil de su inteligencia. El dolor de fuego que no alivia la tormenta no es por el adiós a Juana, sustento solo para la galería de este valle oscuro, sino porque golpea la memoria de lo verdaderamente perdido: sus hijos, su Visitación, su futuro. Es otra palada de arena para el entierro en vida de Miguel Zapata, el escritor con mano cruel y firme de tantos destinos ajenos, incapaz en esta Nochebuena de 1906 de cambiar el propio.

—Roguemos por el alma de Juana, que parte de nuestro lado para unirse con el Padre Dios en el cielo de los justos.

Rompe en ese instante a llorar Obdulia, y parece quebrarse la plúmbea quietud del templo, que en silencio escuchaba al oficiante. Este se detiene apenas unos segundos y recupera el hilo de su discurso sin dejar de mirar a la mujer que no encuentra consuelo ni en el tímido abrazo de Maestre ni en la mirada asustada y sorprendida de la pequeña Visi, igualita que su madre, vuelve a pensar Zapata. Un leve murmullo recorre los bancos y sube de tono cuando el Tío Lobo se incorpora y, acercándose a su hija, le dice algo al oído que hace que se calle inmediatamente. No hace falta escuchar lo que le ha dicho: el gesto y el tono no parecen responder a una frase de paternal consuelo. Maestre sí lo ha oído, y la frase ha sacudido su ánimo como un presagio de trágica tormenta.

—Calla ya, maldita plañidera... Como no lloraste cuando murió tu hermana.

Cuando termina el oficio, los asistentes salen despacio. La lluvia continúa cuando se agrupan para acompañar a Juana al cementerio.

—Le acompañe en el sentimiento, don Miguel.

Asiente y sonríe, sin ganas y cada vez más irritado.

—Ánimo, Miguel... Tienes que ser fuerte.

Por fortuna, van desapareciendo con rapidez, obligados a la premura por la lluvia incesante que presagia un mal camino. Está anocheciendo. Sobre el barro, bajo la lluvia, envueltos en una helada atmósfera gris, los saludos se le hacen eternos a Lobo, herido por dentro y ardiendo las heridas de la piel.

Obdulia intenta tomarle del brazo, pero él lo rechaza y hace una seña a Ginesico para que acerque el coche cubierto. También Maestre se dirige a él; quieren llevarlo a Cartagena a pasar la Navidad con ellos, pero él niega con la cabeza y manda apresurarse a Ginés.

—Gracias, Pepico, pero ahora quiero ir a casa.

—Don Miguel, que no puede usted quedarse solo.

La lluvia golpea con fuerza el paraguas de José Maestre bajo el que se refugia también Obdulia, incómoda y deseando abandonar todo aquello.

—Lo prefiero, de verdad que lo prefiero. Tiene además que hacerme María la cura... Manda a buscarme después, si tanto lo deseas.

—Lo haré, don Miguel. Ni Obdulia ni yo queremos dejarle solo en este trance.

Mira Lobo a su hija, que asiente tratando en vano de forzar una expresión de ternura. Otra vez le recuerda a Juana, son iguales. Sabe que envidiaba a Visitación, su hermana mayor, y que no alcanza siquiera a acercarse a su inteligente alegría interior ni a su capacidad para vivir y aprender; es sombría y frustrada, vieja y desaparecida para el mundo antes de morir. Para Obdulia, su padre es un hombre tan inaccesible como el interior de las minas, tan lejano como aquella Inglaterra a la que en alguna ocasión le acompañó. Sabe que nunca la quiso.

Ginés ha colocado el coche frente a ellos y Zapata sube sin decir palabra. Un golpe seco desde el interior urge al cochero a avanzar y los caballos se alejan tirando vigorosos y empapados abriendo en el barro surcos inmediatamente anegados por la lluvia que no deja de caer. Apenas hay unos cientos de metros hasta la Casa Grande, pero los animales tienen serias dificultades para avanzar y el recorrido se hace pesado y eterno.

Sigue diluviando cuando doblan el camino de la puerta de caballerizas. La empinada calle está apenas iluminada por un farol y solo se ve una luz tenue en el corredor trasero de la casa. El agua baja veloz desde la sierra hacia el puerto y arrastra barro y maleza. Ginés piensa que, si sigue bajando así, se va a llevar el pueblo entero, pero no lo dice.

—¡Alipio! ¡Sebastián! ¡Abrid caballerizas! —grita enérgico frente al portón.

Desde el interior se oye movimiento rápido de pasos y el correr de un pesado cerrojo. La puerta se abre y Ginés arrea a los caballos, que tiran hasta que el coche ya

está dentro y los criados cierran el portón. De un salto, el cochero se pone ante la puerta de la carroza y abre un paraguas para acompañar a Zapata hasta la casa. Pero este lo aparta de un manotazo.

—No seas estúpido, Ginés... ¿No ves que ya estoy empapado?

En dos zancadas se planta dentro de la casa, se sacude los pies y cuelga el sombrero y el abrigo que gotean sobre el suelo de arcilla cocida. Atraviesa deprisa el zaguán trasero y empieza ya a llamar mientras sube por la refinada escalera modernista. La barandilla es una filigrana de verde y oro que Beltrí quiso dejar como firma propia, igual que los tragaluces ovalados de la torre que corona la casa, y cuyo armazón muestra en su centro la inicial desnuda de la familia Zapata.

—¡María! ¡¿Dónde demonios estás?!

Suena su voz aguda en la escalera que en semioscuridad huele a piedra fresca y al salitre de la bahía. Le pesa el aire y le torturan las heridas de la piel, como las otras, pero se apresura porque quiere ya alivio. En el rellano, Zapata golpea con el puño del bastón la puerta de pino gallego que da paso a su estancia. La casa está dividida en dos grandes alas. Una la ocupa la familia Maestre, primero con Visitación y ahora Obdulia y los niños. La otra, el lado sur, es la vivienda que Lobo compartía hasta hoy con Juana. Yo estoy dentro preparando la cura.

—¿Qué andas haciendo? —vuelve a tronar Zapata—. Deja tus insolencias para quien no te conozca y ábremme, que vengo dolorido y cansado de tanto oír mentiras y sandeces... y te he visto desde el coche en el corredor con el candil... ¿Quieres abrir ya, maldita bruja?

Escucha descorrerse el pestillo y, apenas se entreabre la puerta, Zapata empuja tan fuerte que está a punto de tirarme al suelo. Dos toques de moño y alisar de falda y recupero la compostura con bríos para protestar.

—No son trazas de entrar, Miguel, que yo también estoy dolida por doña Juana y no tienes razón de tratarme así.

Hace mucho tiempo ya que no le temo. En mis manos tengo los únicos alivios que la vida le permite a Zapata: las curas de su piel y los desahogos de su sexo.

—No es tu privilegio exigir trato. Yo soy el amo y no atiende a otras razones que las mías, bien lo sabes.

Lo ha dicho sin mirarme, cerrado y sombrío. Hoy con más razón por el peso del entierro y la ceremonia de adioses hipócritas que le ha tocado padecer. Atraviesa de dos zancadas la galería que se asoma a las caballerizas y entra en su gabinete.

—Qué buena moza sigues siendo, María.

Y sonrío, me sonrío, con su expresión de hombre audaz, esa que de haberme llegado en otro lugar y en otro tiempo me habría puesto en sus manos, entre sus brazos. En realidad me llegó, claro que me llegó.

—Para quieto, que así no hay quien pueda.

—Tengo malos días, María. No seas tan desdeñosa.

—Acabas de enterrar a tu mujer, por Dios.

—Muerta llevaba ya muchos años.

—Déjalo, Miguel, que hoy no hace al caso.

—Nunca hace al caso, María. Pero eso me gusta. Someter voluntades contrarias es el alimento de mi espíritu, lo que me da más placer... Casi tanto como poseerte.

Y agarra resuelto mi cintura. Suelto el paño, cierro los ojos y por un instante decido oponerme y hago fuerza, pero el viejo Lobo tira de la que le queda a sus sesenta y tantos, que no es poca, y revive y no tengo la voluntad de resistirme y aunque deja las cataplasmas y el alivio a medias consigue que me arrodille ante él. No siento humillación, solo un soplo de lástima de mí misma. Sé que le queman terriblemente las heridas, pero no puede ni quiere detener el instinto que se sobrepone al dolor de la piel. Me dejo llevar, alzo la vista y veo su rostro ansioso, con la expresión animal del depredador que se sabe victorioso, exigiendo a la propia víctima su sacrificio. Otra vez el lobo. Me duelen las rodillas, y noto de súbito que me pesan las ausencias: Joaquín, tan presente, y Visitación, tan ausente.

El gesto de deseo brutal, el apremio que imponía la mirada de Zapata me llevó a otro tiempo y otro lugar. Me devolvió a Joaquín, sangre de su sangre, mucho más delicado conmigo que con los demás, con esa violencia de conquistadores que arrebatában las tierras y las almas. Sí, aquel Lobo era también Joaquín, su primer hijo querido y perdido, mi primer hombre amado y añorado. Era su misma mirada, su expresión de deseo ardiente entre las sábanas de la alcoba de Esperanza, pero desprovista del gesto dulce, de la curva blanda y amable en el rostro del amante que fue su hijo. En medio de la angustia volví a recordar no solo sus labios, su piel o su olor, sino lo que Joaquín era y vivió. Volví a verle en el monte, imaginado en compañía del hombre que ahora me somete, a la búsqueda de mineral entre las escorias, en las cuevas, tras los matorros y los cañaverales que indican agua bajo tierra. Su abrazo era fuerte y su voz poderosa y, como su padre, sabía entender a primera vista y era difícil de engañar. No se permitía confianzas con nadie, y solo su pequeña Visitación, y yo misma, su María, le domábamos el ánimo y hasta se lo ablandaba si quería. Cuatro años tenía la niña cuando ya la llevaba al monte, recién muerta Trinidad que la enterraron con la sangre infectada y la piel transparente como el agua. Se llevaba a Visi a escondidas de su madre, encerrada de dolor, y con don Miguel permitiéndolo porque ellos eran las únicas almas por las que mostraba afecto. Nada negaba a aquella niña. Y pocas cosas a su Joaquín, el hombre duro y capaz que iba a heredar su imperio hasta que la enfermedad del cólera se lo llevó también a él, que fue cuando la Casa Grande empezó a oscurecerse.

Me invadió el sabor de la muerte, el arañazo sangriento de una añoranza inútil, y volví a mirar a los ojos húmedos, enrojecidos de Zapata para encontrarme con los que amé y me doblegaron. Evoqué entonces en presente el placer de su contacto, la seguridad de su hombría, de esa fuerza con la que era capaz de poseerme en cualquier lugar y en cualquier instante. Él marcaba el tiempo y yo aceptaba su disciplina. Nunca amé tanto, nunca volví a amar igual, aunque quise al ingeniero más de lo que

yo misma creí.

De rodillas, frente a Miguel Zapata creí estar ante Joaquín como si aquellos ojos que demandaban ser saciados, que exigían sometimiento, fueran los suyos.

Iba a hacer lo que me pedían porque estaba con mi hombre.

Abrí el pantalón húmedo aún y como tantas otras veces, extraje de entre sus pliegues un miembro que, pese al tacto de mis manos cálidas y el ansia hambrienta del macho, no obedeció ni a la voluntad ni al momento. Un olor denso y ácido, a piel mojada y limones amargos, me golpeó mientras lo introducía en mi boca. Suavemente, comencé un movimiento rítmico cada vez más rápido que le arrancaba gemidos de placer. No sentí nada. Ya ni ausencias ni asco. Ni pecado ni vergüenza, por eso lo cuento.

No cesaba la lluvia, y el viento hacía que las hojas de las ventanas que miran al sur golpeasen los marcos en desordenada sinfonía.

Jacintico Villegas Montoya y su hermana Carmen, gitanos de Almería, heredaron de su madre el carácter batallador, y de su padre la inteligencia natural y el arte para los cantes flamencos. Jacinto había sido un picador leal de las minas de Zapata y murió en casa del patrón pese a los miedos de Ginés y los disciplinados esfuerzos de Samuel, que arrastró de por vida la humillación de Visitica, cuando pasó sobre el cañón de su pistola para subir al coche al moribundo, al compañero y a Amalia con la niña en brazos.

Visitación siempre tuvo debilidad por la gitanilla, y le hacía cariños al encontrarla jugando en el puerto, o a veces regalos que iluminaban su carita morena de boca suave y dientes perfectos.

—¡Qué guapa eres, Carmencita, y qué arte bailando, por Dios!

—¿Le bailo, señorita doña Visitación?

—Si tú quieres...

La hija de Lobo siempre recordó su expresión de desconcierto, aquella mirada de ojos enormes, verdes como esmeraldas escondidas, en el patio de caballos de la Casa Grande la mañana en que Miguel Zapata intentó salvarle la vida a Jacinto Villegas.

—Nosotros siempre estaremos en deuda con usted, doña Visitación —le decía su madre, que entró a servir en el puerto y vivía en una casa de Zapata por la que pagaba menos renta que los demás, lo que siempre me pareció una forma de aliviar con dinero el peso de la mala conciencia por el crimen que con ella cometió—. Cuánto valor tuvo usted siendo una niña.

—Fue mi padre, amiga mía. No es tan fiero como dicen.

La cara se le ensombrecía a la gitana Montoya, que se forzaba a sonreír para no tener que explicar nada.

Jacinto no fue niño de gavia, porque no tuvo necesidad. Anduvo en la calle, donde, menudo y vivaz como era, sacaba los reales en el puerto dándole a la guitarra que le enseñó a tocar el patriarca tío Pato, que era de La Unión y sabía flamenco. A veces iba con él Carmencita, que desde pequeña mostraba holgadas trazas de bailar y mucha simpatía.

Se ponían a la puerta de la fonda de Esperanza que, aunque mayor y gruñona, les dejaba armar jolgorio, y animaban a los marineros y visitantes que celebraban los bailes y aplaudían entusiasmados a los dos zagalillos que tanta alegría sabían desprender.

Vendía Carmencita flores cuando fue creciendo, y leyendo la buena ventura a los marinos y militares, y se movía por el puerto y por la playa de pescadores con una



soltura y una gracia que me recordaban mis años de moza, antes de que se cruzara por mi vida la maldición.

Jacintico, que tenía la edad de mi Manuel, dejó la calle cuando empezó a trabajar para Wandosell en el horno de una de sus fundiciones. Era disciplinado y rendía en las calderas. Como su padre en la mina.

Se conocieron Jacinto y Manuel muy poco después del regreso de mi hijo.

Coincidieron en una venta cerca de los barracones del Llano que frecuentaba Manuel, a quien Zapata no solo no quiso ver cuando llegó, sino que se negó a dar trabajo en ninguna de sus propiedades.

No soy de creer habladurías, pero alguna vez que vi juntos a los dos muchachos me estremecí por la cercanía de algunos de sus gestos y la coincidencia en su forma de mirar, atenta y felina, tan familiar para mí. Era difícil no creer que tuvieran la misma sangre.

—Tú eres el que llaman el hijo del inglés, ¿no?

—Inglés era mi padre, sí. ¿Querías alguna cosa?

—No. Saber si eras el que dicen. El hijo de María, la de la Casa Grande.

—Es mi madre.

El otro le tendió la mano afable y sonriente.

—Jacinto Villegas. Encantado. María es una buena mujer, y si tú eres como ella, tienes mi afecto.

—¿Quién me lo ofrece?

—Soy fundidor en el Descargador. Y conozco a tu madre desde antes de nacer. Estaba yo en el vientre de la mía cuando María y doña Visitación Zapata intentaron salvar la vida de mi padre. No lo consiguieron, pero siempre estaremos en deuda con ellos.

—¿También Visitación?

—Era una buena mujer. No como su padre o su hermano Miguel. Ni como Maestre, su marido, que parece bueno y luego manda a los guardias a matar mineros, y a los mineros a pudrirse en África.

No respondió Manuel, que estaba ya al cabo de lo sucedido años atrás cuando la revuelta del 98. De un trago dio cuenta del anís aguado que le calentaba el cuerpo y armaba de valor cuando era necesario, y se despidió de Jacinto.

—Con Dios. Saludaré a mi madre de tu parte.

Cuando se alejaba, el gitano le preguntó bajando el tono para no ser escuchado por otros parroquianos.

—Si es verdad que estás en el sindicato, me gustaría acompañarte.

Manuel volvió a la mesa mirando a un lado y a otro.

—¿En qué sindicato?

—Dicen por ahí que estás con los socialistas.

—¿Quién lo dice? —elevó entonces el tono.

—Gente. Por ahí.

—Pues no es verdad. Dicen muchas cosas.

—No soy un espía.

—No sé quién eres.

—Ya te lo he dicho, Jacinto Villegas. Pregunta a tu madre por mí.

Manuel había encontrado trabajo en la oficina del abogado Celestino Manzanares, que operaba en el registro de explotaciones mineras y se relacionaba con los consignatarios de buques, la mayoría de los cuales eran ingleses, aunque los propietarios fuesen de Cartagena, porque de ese modo pagaban menos impuestos. El Malabar de Zapata siempre navegó con bandera y capitanes ingleses. Manuel se encargaba de los asuntos que requerían el conocimiento de esa lengua con la que él había crecido.

Era, como Alfred, muy observador y me parecía extremadamente inteligente. Y generoso y también sincero; para él faltar a la verdad era un sacrilegio. Un día me preguntó por qué creía yo que su padre le había mentado.

—¿Tu padre?

—Sí... Alfred Sullivan.

—Ya. Nunca lo supe, quizá para evitar que volvieras, para no perderte.

—Pudo haberte llevado a Inglaterra.

—No sé si yo hubiera querido. Aunque con tal de que no salieras de mi vida... pero no me lo pidió.

—A veces le echo de menos. A pesar de todo el daño que te hizo, que nos ha hecho. A veces lo añoro. Después de todo, es mi padre.

Dudé muchas noches si revelarle o no la verdad de su estirpe. Pero no tuve el valor de hacerlo. Se me hizo más difícil a medida que pasaba el tiempo y su generosidad le iba comprometiendo en esa lucha de los bolcheviques, de los anarquistas o de la Unión de Trabajadores con la que empezó a relacionarse cuando se olvidaron los miedos que sembraron la sangre y el dolor derramados en la revuelta del 98. Cada vez más enfrentado a Zapata y a lo que representaba, temía hacerle sufrir si lo golpeaba con la verdad. Me devoraba esa angustia de la mentira mantenida.

Sumó a Jacinto a su insensata lucha sindical después de varios encuentros en Cartagena y reuniones a escondidas en la Círculo de Obreros de La Unión.

Una noche, el gitano le llevó a ver a su hermana.

—Es compañero y amigo. Y conoces a su madre.

—Lo sé. Eres el hijo de María Adra, que le llamaban María la Guapa.

—Lo es todavía, señorita —apuntó él sonriendo—, aunque no tanto como usted, que, por cierto, algo me recuerda a ella.

Bailaba esa noche donde el Rojo, entre mineros y marinos, con la desenvoltura de quien sabe lo que hace y la seguridad de no tener que venderse a la lujuria de ninguno de ellos. Lo hacía por gusto y con arte. A la hora de parar a los más fogosos, ya se valía ella sola, y si había tumulto o algún exaltado, siempre encontraba caballeros

dispuestos a socorrer a la dama o surgían de entre las sombras Pantoja o el Marqués.

No le agradó al Rojo ver allí a los dos jóvenes que ya en La Unión como en Portmán se habían hecho fama de agitadores, pero no hizo por impedir que se quedaran por respeto al arte de Villegas y no contrariar a la estrella del baile que acababa de descubrir en Carmencita.

—¿Tiene novio la moza? —preguntó Manuel a Jacintico, que soltó un silbido entre dientes.

—Un listero necesita para apuntar los que la pretenden. Pero no, no que yo conozca. Se mueve libre y no quiere que nadie la cace y la enjaule.

—De oro le haría yo la jaula.

—Alguno más hay que lo tiene de verdad, y le da nones un día y calabazas el otro.

—¿Ah, sí? ¿Quién, si lo conozco?

Y bajando la voz le dijo Jacinto:

—Miguel Zapata, el hijo de Lobo. Anda ennoviado con una marquesa, pero no se pierde ni una noche de baile y si puede, cortejo. Raro es que no esté hoy por aquí.

No había terminado de decirlo y entre los cortinones rojos que daban entrada al enorme salón del café se perfiló la figura, inconfundible por su estatura y su permanente sombrero de alas, del asturiano Samuel, al servicio de Zapata. Cuando el pistolero consideró que no había peligro de acción o palabra contra su patrón, este entró en el local y se dirigió a una de las mesas cercanas a la de Manuel y Jacinto.

La muerte de Juana acrecentó la debilidad de Miguelico y la distancia con su padre y con su hermana. Como le sucedió a Obdulia, perdió con Juana su principal refugio. Pero a diferencia de ella, que se entregó a Maestre y a los niños, Miguel no pudo o no supo hallar consuelo cerca y se dejó arrastrar por la corriente de la vida disipada.

Ya frecuentaba los cafés y a sus mujeres, pero tras el golpe se convirtió en habitual. Lobo, herido pero entero como se mantuvo hasta el final de sus días pese al fuego que lo torturaba y los muchos dolores que le mellaron el ánimo, trató de enderezarle dándole responsabilidad y trabajos: impulsó su carrera política como diputado provincial, le hizo consejero del Banco de Cartagena, y lo colocó al lado de Maestre en la dirección de La Maquinista de Levante. Pero su instinto no era el comercio ni la mina, ni su disposición el entendimiento con Maestre, de quien siempre desconfió. Trataba más con el Alpargatero que con Lobo, gastaba más el basto terciopelo del café de Peteneras o el del Rojo que el suelo de los salones o la biblioteca de la Casa Grande.

Expuesto a la intemperie de las noches de café en la sierra o en Cartagena, se convirtió en la preocupación principal de los guardas de su padre, en particular Samuel, que era su sombra y su escudo.

Se encaprichó de Carmencita, a la que durante un tiempo fue a ver bailar casi cada noche donde el Rojo. Quedaba absorto, fascinado con sus movimientos de cintura cadenciosos, suaves, cuando giraba como la vaporosa figura de una cajita de música, mientras sus pies marcaban el ritmo y los tacones de los zapatos escribían en el suelo de tablas del escenario una sinfonía de golpes acompasados que acompañaba la música de la guitarra y las palmas.

Aquella noche no se percató de la presencia de Manuel y Jacinto en el café ni de la maniobra del Rojo para evitar que se sentaran junto a ellos.

—¡Miguel! —Bajo el escenario sonó la voz de Antonio Grau—. Buenas noches... Ven por aquí, que hoy te he reservado sitio más cerca.

Siguió Zapata, y tras él Samuel y otro de los guardas que lo acompañaban, al propietario del café, que indicó a la comitiva una mesa con tres sillas situada en uno de los laterales, justo donde arrancaba la escalera que ascendía al escenario.

Tenía mano el Rojo para el delicado negocio de servir arte y satisfacer necesidad tanto del alma como del cuerpo. En sus locales, primero en Cartagena y luego en La Unión, se asentó y creció el arte flamenco que habían llevado a la sierra los mineros andaluces. Por sus tablas pasaban los más renombrados intérpretes, como Antonio Chacón, Chilares —muerto ya antes del cambio de siglo—, Pedro el Morato, o la

afamada cupletista llamada Niña de los Peines. El propio Grau era artista de capacidades notables para cantar, pero su principal dedicación era el servicio al público en sus cafés cantante.

—Verdaderos antros. Lugares infames en los que la trata de blancas es el negocio principal, y esa flamenquería decadente, solo una tapadera para el comercio carnal — discutía Lobo con su hijo, de quien sabía los frecuentaba—. Conseguiremos que el alcalde Conesa los cierre y limpie de esa escoria de mujerzuelas, chulos y matones las calles de La Unión.

—Padre, no sea usted mojigato. Claro que hay mujeres que sirven de desahogo a los clientes —mantenía Miguelico—, y a veces hay disputas y corre la sangre. Pero allí se canta y se baila con arte de verdad. Y, después de todo, mejor que reviente la ira de los mineros contra las paredes de los cafés o los ventorros que en las calles o frente a las fundiciones.

Hasta los más indómitos de entre los mineros diluían sus energías en el alcohol de aquellos locales que en sus buenos tiempos llegaron a ser más de una veintena, contando los cafés y las tabernas. Y muchas viudas o mujeres de mineros lisiados solo podían sobrevivir a la desgracia de la falta de jornal buscando el suyo entre los brazos de los hombres que devoraban su carne y mancillaban sus almas en aquellos tugurios.

No seré yo quien arrebate al flamenco su pizca de emoción y su valor de arte, pero, aun gustándome, siempre preferí la zarzuela o las varietés a esos cantos de gitanos y andaluces alrededor de los cuales era común que estallara la violencia y corriera la sangre. Para evitarlo, a veces hacía falta suerte, otras, el ojo avizor del dueño y su rápida respuesta, y de eso el Rojo iba sobrado.

Tenía mano para lo que se veía y para lo que no debía verse por faltar al decoro, al respeto y hasta la dignidad. Y la tuvo incluso después de la prohibición, porque su trato de cercanía con los Zapata, fruto de su habilidad para entenderse con los poderosos y la autoridad, le permitió seguir con el negocio durante algún tiempo después de que se decretase el cierre de esos bares en lo que algún periódico consideró «paso firme y vigoroso para la regeneración de este pueblo».

—Mejor aquí. —Se sentó el Rojo junto a Miguel mientras los dos guardas se retiraban al fondo, cerca de la pared, vigilantes pero sin perder de vista el arte insinuador que desplegaba Carmencita.

*se olviarte y no pude  
mí se me apareció la muerte  
yo la vía es tan amable  
rí de nuevo a quererte.*

—Cómo me gusta la moza, Antonio.

Manuel y Jacintico los habían visto entrar antes de que Samuel se diera cuenta de

su presencia y se moviera discretamente, siguiendo la pared, hasta una posición más cercana a ellos.

—Vaya —dijo Manuel—, aquí le tenemos. Ha sido mentarle y, como si fuera un conjuro, aparecer por aquí. Y su matón a vigilarnos.

—Ya te digo que está prendado de ella.

—¿Y ella?

—Le da cuerda. Juega con él.

Tuvo la prueba muy poco después, cuando tras un baile bajó Carmen del escenario y, como había hecho el primer día y repetía con cierta frecuencia, se sentó en la misma mesa que el hijo de Lobo.

—¿Y qué juego es el suyo?

—Vamos a ver, camarada —se dirigió a él con fingida sorpresa—. Acabas de conocerla y ya estás pensando disputársela a Zapata...

—Dios me libre de disputarle otra cosa que no sea la justicia... pero me incomoda que tu propia hermana ande en estas confianzas con alguien de la Casa Grande.

—Cuidado con los términos, que de allí es tu madre.

—Del servicio. Trabajadora..., como otros muchos.

—Pues eso hace aquí mi hermana, trabajar. Y trabajo es también jugar a seducir al hijo del patrón.

Veían sin escuchar, apagados los sonidos de la escena por el rumor sordo y constante de voces, cristales y sillas, cómo Carmencita reía ante lo que parecían ocurrencias o elogios que le dedicaba Zapata.

—Ya la conocerás. No quiere ataduras ni se vende por dinero.

Sí, quería conocerla. Le gustó esa mujer, aunque le incomodaran su confianza y desparpajo con Zapata, y se hizo el propósito de acercarse a ella.

Volvió Carmen al escenario y los parroquianos al atento silencio a sus movimientos. Se giró Miguel para observar el paisanaje y se encontró con la mirada de Manuel. El hijo de Lobo levantó entonces su copa y con una leve inclinación de cabeza, le propuso un brindis. Manuel entró en el juego y le devolvió el gesto. A su derecha, el asturiano Samuel se abrió ligeramente el gabán y colocó la mano sobre la cadera, acariciando las cachas de madera de su pistola, en posición de alerta.

Puede que lo intuyeran, o puede que no, pero aquel brindis fingido fue el primer episodio de disputa por Carmencita.

Manuel la ambicionó desde el momento en que la tuvo delante en el café del Rojo. Luego, al conocerla mediada la teatral presentación que hizo su hermano —«Aquí un obrero generoso y comprometido; aquí una artista talentosa y con futuro»—, quedó prendado de la cercanía de sus ojos claros e insolentes y su luminosa simpatía, que le recordó, según me dijo, la forma que tenía yo de reírme de la vida y de la gente cuando estaba alegre. Nunca había visto a la gitanilla de ese modo, pero él me aseguró que su expresión más divertida le recordaba a mi desparpajo, a pesar de la distancia en edad y condición.

Fueron aquellos años de cambio también en la sierra, aunque menos profundos y más tardíos que los que empezaban a verse en una Europa de protestas y revueltas que desembocarían en la Gran Guerra o la que acabó con los zares rusos. Me lo contaba Manuel, que no solo me leía los periódicos, también alguno extranjero que traían los marineros, sino que relataba las nuevas que le hacían llegar sus amigos ingleses. La sierra seguía siendo un territorio aislado y salvaje en el que la ley la imponían los mineros como Zapata, pero había movimientos alrededor y ya se habían fijado en lo que aquí pasaba las agrupaciones de obreros que se organizaban para cambiar las cosas en este principio de siglo. Recuerdo el júbilo con que me anunció Manuel que vendría a Cartagena un líder obrero llamado Pablo Iglesias, de cuyo sindicato dependía La Confianza. Era esa la organización de mi Manuel y Jacintico, que intentaron Zapata y Maestre hacer desaparecer obligando a todos sus empleados a afiliarse a La Chapa, el Sindicato Católico que fundó el doctorcico.

—Lo de tu hijo, María, es un juego muy peligroso. Es cómplice de revolucionarios bolcheviques que quieren arrebatar nos todo lo que hemos construido. Toda esta paz y este orden que nos permite progresar es lo que quieren destruir.

—Yo no entiendo, don José. Pero sí sé que mi hijo es generoso y le importa más el bien común de las gentes de la sierra que el bien propio o hasta la seguridad de estar libre.

—Es uno de los nuestros, es, como tú, de la familia. Pero si sigue descarriado, tendrá el mismo final que los demás delincuentes... No se pueden quebrar el orden ni la ley sin consecuencias.

Primero Zapata, ahora Maestre. Si Manuel no regresaba a nosotros, si no abandonaba el terreno pantanoso de la afrenta, podría terminar mal. Volví a pensar en la maldición, en las palabras de Zapata y su disposición a ejecutarla él mismo. Ya

entonces, muerta Juana, casi solos en la Casa Grande, con la única presencia de Miguel, comenzaba nuestro universo a estrecharse: las curas habían dado paso a las conversaciones, el dolor se mitigaba con la euforia de la carne, y nos buscábamos hasta llegar a dormir juntos, a vivir juntos en una rutina que, sin apenas darnos cuenta, nos convirtió en amantes que llegaron a convivir día y noche.

Cuanto más estrecho era el vínculo que tenía con Lobo, más ancha la distancia entre la Casa Grande y mi amado hijo Manuel. Acaso fuera eso la manifestación del edicto maldito: la distancia, el olvido, una suerte de muerte en vida, dolorosa como el exilio o la incertidumbre.

—No es solo justicia, madre. Es cuestión de progreso, de saber hacia dónde va el mundo. El nuevo siglo va a ser el de la igualdad, el del derecho al trabajo, al voto de todos los hombres y las mujeres.

—¿Para qué? ¿Dónde nos lleva eso, Manuel? ¿Merece la pena que se derrame sangre? ¿Qué vida es esa que para alcanzarla tienes que estar muerto? ¿De qué me sirve a mí que el mundo avance si vuelvo a perderte?

—No peleamos por nosotros mismos, sino por los demás y por los que han de venir. ¿Temió Jesús la muerte propia o se sacrificó para salvar a la humanidad?

—Pero tú no eres Dios ni su hijo.

—Ni creo en él, pero usted sí. Y lo venera porque hizo lo que hoy no quieren ustedes que hagamos nosotros.

—No tientes a Dios... ni provoques a los poderosos. Una orden de Zapata y te tiran al mar o te mandan al África a morir de fiebres.

El ímpetu de su padre. Su insolente cabezonería, pero aplicada a un fin imposible, a cambiar lo que no se podía tocar.

Un día le abordó Samuel cuando salía del trabajo. La calle Mayor de La Unión repleta, ruidosa, indiscreta. El guarda de Zapata le tomó discretamente del brazo apartándole a un callejón. No empleó un tono de amenaza. Le habló tranquilo mientras se descubría para limpiarse el sudor y ordenarse los cabellos que, largos como siempre, peinaba ya canos.

—Preocupa en la Casa Grande lo mucho que estás haciendo sufrir a tu madre con todos esos trabajos de preparar algaradas y violentar la tranquilidad de la familia Zapata. Los obreros, me entiendes, ¿verdad?

Aguantaba Manuel sin responder ni mostrar alteración alguna.

—Piensa en ella, en lo que ha padecido y lo que puede padecer si su hijo sufre algún contratiempo o lo prende la justicia para mandarlo al exilio, que es lo que se hace con los subversivos. En consideración a ella te advierte la familia.

—Dígale que se lo agradezco y que quiero a mi madre. Pero yo no estoy solo en esto.

—Es admirable mi patrón en su paciencia. Yo no tendría tanta. Y te confieso, muchacho, que estoy deseando que se les acabe contigo. Me encantará que nos encontremos entonces.



Se separó dos pasos de Manuel y antes de dejarle, saludó con falsa amabilidad:

—Que tenga usted buen día, míster.

No mellaron en él ni las amenazas ni mis padecimientos. Bien al contrario, fueron acentuando sus convicciones y su distancia con un mundo que, sabiendo a ciencia cierta de su injusticia y el pecado que albergaba, tenía yo como mío, porque así era. Y también suyo puesto que en él había sido concebido, de él provenía. Me pregunté si habría de participarle o no de esa verdad de su origen. Y hasta de mi miedo a que en su ardor de conquista no estuviera sino escribiendo el siguiente capítulo de la maldición, y fuera él a ser el próximo Zapata en morir.

No habría de serlo. Ni lo será ahora si puedo evitarlo.

Volvió a encontrarse a Miguelico donde el Rojo, unidos los dos por la común ambición de Carmencita. Y con Samuel. No hubo esta vez brindis, ni pareció que a Zapata le fuera indiferente su presencia. De hecho, fue verle en el local y dirigirse a su mesa no precisamente para un saludo.

—Señor bolchevique, celebro que coincidamos en el gusto por los licores y el flamenco. Sabe usted del respeto que le tengo y lo mucho que me importa lo que usted haga o deje de hacer. Si sigue usted aquí, es por la mucha valía de su madre... pero tenga cuidado...

Y acercó los labios a su oído hasta casi pegarlos. Percibió Manuel el olor a anís y la humedad espesa de su boca. Le pareció que una gota caliente de saliva de Zapata le rodaba por el cuello.

—Aléjate de Carmencita, patán. No pretendas lo que no está a tu alcance.

Al incorporarse, vio que tras él se había situado, atento como siempre, el pistolero. Cuando Miguelico Zapata se hubo alejado lo suficiente, Samuel le dijo mientras negaba con la cabeza:

—Al final tendré que hacer mi trabajo, y lo que no consigues por subversivo te llegará por picaflor. Pobre idiota.

Manuel participó a Jacinto del incidente y este se prestó a compartirlo con su hermana y pedirle explicación. No solo por lo que tocaba al orgullo o a la integridad de su amigo, sino, sobre todo, por negarse a aceptar que de todos los hombres de la sierra, de todos los clientes vociferantes o discretos, recogidos o descarados con los que pudiera conquistar al Rojo repartiendo alegría entre la concurrencia, fuera a ser el destacado Miguelico Zapata el hijo del Tío Lobo. El heredero del patrón más cruel y poderoso.

Les habló entonces Carmencita de su recuerdo y su propósito. De que era capaz de llevar su memoria más allá en el tiempo de lo humanamente concebible y en esa mirada a un pasado que se le grabó por dramático y violento se veía en los brazos de su madre, sentía cómo ella atraía hacia sí su cuerpecico de niña frágil y corría a un lugar oscuro y frío, y tras ellas, una figura, un rostro borroso al principio y preciso y cercano después, que entraba en lo oscuro antes de que todos cayeran al suelo golpeándose ella contra el cuerpo de su madre. Siempre creyó haber visto aquella

expresión, aquellos ojos, en la mirada y el rostro de Miguel Zapata, el Tío Lobo. Quizá le quedó como una ensoñación de pesadilla. Pero lo tuvo siempre presente. Como el propósito tenaz e ineludible de vengar el horror infinito que sintió la niña a través de los pulsos y el calor del cuerpo de su madre, Amalia Montoya.

—Solo quiero tenerle cerca para poder hacerle sufrir.

Y, sin embargo, quien acabó sufriendo fue ella.

Me contó Manuel que él cayó prendido de la moza, que sin hacerle ascos pero sin abrirle la puerta de su integridad y su decencia, lo mantenía a su alrededor por la cercanía con Jacinto y como un amigo al que confesase sus ansiedades y propósitos.

—El cariño a doña Visitación y el respeto a tu madre no alteran esa sed de justicia que solo puede saciar el sufrimiento de los Zapata.

—¿Y qué conseguirás con ello? ¿Vas a respirar tranquila o borrar de tu mente aquella imagen atroz?

—No me pidas razón, Manuel —le decía—. Es el instinto lo que me llama y conduce.

Se entregaron. Para padecimiento de mi hijo, Carmencita buscó el dolor proporcionando primero el placer, en la peligrosa convicción de que atando a Miguel a ella y soltándolo después le procuraría un mal de amores que arañaría su alma haciéndolo sufrir.

Qué ingenua juventud, qué inexperiencia dañina. Manuel esperó paciente a que Carmencita culminara su misión. La colmó de atenciones, anduvo pendiente de ella, aliviando su alma, donde no llegaba Miguel Zapata. Se convirtió en su amigo, en su confidente, en la persona a la que se abría como a ninguna otra.

La disputa entre Miguel y Manuel por los cariños de Carmencita pareció transformarse en una pugna sorda, en cierto modo escondida porque, después de los tanteos en el café, ni Zapata tuvo constancia de la cercanía de Manuel, ni este más detalle que lo que quisiera ella contarle, de hasta dónde llegaba el juego de Carmencita con el hijo de Lobo. Y llegó lejos.

Miguel Zapata acudía al café del Rojo y siguió a Carmen cuando dio sus primeros pasos en Cartagena y luego en Murcia. Fue su primer protector, se hizo cargo del pago del espectáculo que la hizo famosa como la bailarina gitana de La Unión, y con la experiencia adquirida en el Teatro de Portmán —que Lobo había construido para Obdulita después de que la humillaran en Cartagena negándole la entrada en el Teatro Principal— negoció su primera gira por América.

Carmencita no llegó a contarle a mi Manuel que sus muchas atenciones y su entrega clandestina cuando ya estaba prometido con la marquesa terminaron diluyendo su intención vengativa. El fuego avivado de amantes escondidos, que es un torrente de cuya fuerza imparable tenía yo noticia, pues fue el origen de nuestra tragedia, tornó esa sed en ansias de enamorada que ni siquiera se apagaron cuando el hijo de Lobo y Conchita Echevarría, la marquesa de los Llanos, se casaron en Portmán con grandes celebraciones y varios días de festejos populares. La banda de

música de Santa Cecilia tocó una marcha triunfal compuesta expresamente para la ocasión, y cubrieron la carretera nueva arcos de flores portados por mozas del pueblo, después de un pasillo de ochocientos mineros de Santa Teresa y la mina Tomasito. Hubo zarzuela y fiesta que anticipaba el Carnaval.

Carmencita, ya artista camino de su consagración, asistió a aquel acontecimiento que movilizó a la sociedad de Cartagena y el pueblo de Portmán, como mudo y dolorido testigo de que las voluntades humanas solo se gobiernan si renunciamos a darle oportunidad a los sentimientos. Los suyos mudaron con la viveza con que lo hacen los vientos en el mar, como esos que un día llevaron su arte y su ajuar lejos, al otro lado del Atlántico, y solo supimos de ella con las notas que llegaban de los éxitos de la española Carmencita que triunfaba en los teatros de Nueva York.

Hasta que la maldición se cobró de nuevo su tributo.

Lo que no había conseguido Lobo con Visitación, porque se cruzó inoportuno el doctorcico, lo pudo culminar con Miguel, que para eso sí cumplió: tal y como le había recomendado Romanones, enlazó con la aristocracia de títulos, tierra y tradición, para elevar la categoría de la familia y marcarla para siempre con la distinción de la nobleza.

Con el pacto sellado, Miguel Zapata intentó detener los revoloteos de su hijo al casar con la señorita Echevarría.

—Mucho nos jugamos en esta causa, Miguel, como para seguir mariposeando entre las ropas y las piernas de tus bailarinas de salón. Cumple al menos este cometido para la familia y no pongas en riesgo nuestro futuro. Si quieres amantes, búscalas lejos, no aquí donde puedes ser descubierto y arriesgarte a perder lo que es tu privilegio y el de los hijos que puedan venir.

En un principio no atendió a la petición Miguel Zapata. Tratando de ocultarse de su padre, lo cual no era fácil teniendo siempre atento a Samuel, que, además de guardar, informaba a su patrón, mantuvo durante largo tiempo su escondido amorío con Carmencita mientras sufragaba los comienzos de su carrera. Lobo dejó hacer, confiado en que la dulce disposición de la marquesa, Conchita Echevarría —mujer atenta, cariñosa y con carácter que se casó enamorada de verdad—, fuese venciendo poco a poco a Carmencita en el duelo por el corazón del joven Zapata. O al menos, que su sentido práctico le llevara a no arriesgar más de lo prudente el título de marqués que la familia de ella le había proporcionado por matrimonio. El tiempo y la lejanía —acaso no solo impuesta, quizá también buscada— de la artista en su ascenso fueron amortiguando las pasiones hasta que terminaron por hacerlas desaparecer o esconderlas en el olvido.

Dos hijos concibió el matrimonio, uno de los cuales, Miguel, es hoy, junto a mi Manuel, el único capaz de mantener la estirpe del Lobo si no existiera la maldición.

No tenían dos años las criaturas cuando su padre enfermó de meningitis y murió. Era su destino, y también el de la marquesa, porque de no haber enfermado, los dos hubieran perdido la vida un mes antes, en aquel desastre de mar de un barco llamado Titanic, botado como imposible de hundirse y que chocó contra los hielos profundos de un mar lejano. Miguel Zapata había comprado los billetes para embarcar con Conchita Echevarría en aquel viaje que habría de ser inolvidable.

—¿Qué será de nosotros, María? ¿Qué haré de mi vida? ¿Qué porvenir nos espera sin Miguel? ¿Cómo van a crecer sin su padre?

Agarrada a mi brazo como si de su último refugio se tratase, la viuda buscaba

inútilmente mi consuelo. Nada podía decir, no había respuesta. Enterrábamos en Los Remedios a Miguel Zapata. Antes había sido Juana, Visitación, Joaquín, Trinidad... ¿Qué clase de destino dibujaba semejante recorrido mortal? ¿No era evidente que la maldición se había asentado entre nosotros?

Así lo corroboró la inesperada y teatral aparición frente a la iglesia de Santa María de Carmencita Villegas. No supe de nadie que se percatara de su presencia, pese a que ya estaba consagrada como artista del baile. Era mayo, y el aire pesaba con las primeras acometidas de lo que iba a ser un caluroso verano en la sierra. De entre la multitud surgió un grito que sonó a reproche al propio Lobo, como un anuncio, como un desahogo emocional y violento que silenció hasta los ánimos.

—¡Te has hecho rico con la entraña de la tierra y ella te cobra su jornal!

Una mujer joven, vestida de negro, oculto el pelo corto y parte del rostro bajo uno de esos sombreros llamados cloché que luego harían furor, penetró la pesada atmósfera de duelo funerario con la intensidad hiriente de una espada en la batalla.

—Es lo que has sembrado, muerte y dolor —continuó ante el estupor de los centenares de asistentes, entre ellos autoridades venidas desde el propio gobierno en Madrid—, y es lo que tendrás para siempre. Maldito seas.

Escupió al suelo, como aquella gitana ante la venta del Llano, y desapareció entre la multitud antes de poder ser descubierta. No hubo tiempo de reacción, ni conmoción, ni respuesta en Lobo que, como yo, reconoció a la niña del puerto, a la hija de Villegas, a la Carmencita que había enamorado a ese hijo que hoy enterraban, a la afamada artista que, oculta entre la multitud y sin duda espoleada por el rencor y lo que también para ella era una pérdida, había tenido la osadía insensata, que arriesgaba su nombre y su prestigio, de encararse con el hombre cuya presencia cruel soportó en sus pesadillas toda una vida. Y a cuya maldición atribuyó también la muerte del otro hombre al que había seguido amando.

—Tenía razón, María. Muy alto precio estoy pagando por la ambición. Pero no es el peor el que se haya ido llevando a mis hijos, sino que me deje aquí para velar sus ausencias, una tras otra, amontonando los dolores.

Cuando el silencio volvió de nuevo a situarnos en el presente de la triste despedida, me detuve en observar las expresiones de los presentes en la liturgia de muerte en la iglesia de Santa María y luego en Los Remedios, en Cartagena. Muchas cruzadas, como si la atención incomodase; piadosas algunas, sorprendidas o hasta torvas otras. Todos sabían de su voluntad pétrea como el mineral y la mano de hierro de Miguel Zapata, pero hoy veían al hombre despojado del brillo del poder y la majestad del dinero. Escondido incluso ante la afrenta de una desconocida.

Qué poderoso es el dolor cuando la voluntad no tiene vigor ni energía para someterlo y hace de nosotros pobres seres sin disposición, como muertos vivientes. Sí, eso era Miguel aquel día, una especie de muerto en vida sin sombra de emoción y con la piel durmiente e insensible como si la hubiera bañado en adormidera.

A mí, al contrario, lo vivido esa mañana me espoleó para empezar a conjurar la

maldición porque no quería perder a mi hijo para siempre.

Solo podía enfrentarme de verdad a uno de los edictos malditos: el olvido. Lo combatiría. Resolví entonces confiarle a mi hijo este secreto, explicarle su verdadero origen no solo con el propósito de mantener la noticia y la memoria de su estirpe, sino, en aquel momento, con el fin de conseguir que dejara de tentar a la muerte enfrentándose a los poderosos que dominaban el mundo cerrado y áspero de la Sierra Minera.

Decidí citar a Manuel en la Casa Grande poco después de aquel día, una mañana en la que Lobo, a quien sobraba coraje para sobreponerse si era necesario al dolor que le quemaba por dentro y por fuera, salió temprano con Maestre a resolver en Murcia una disputa sobre la demarcación de una mina cerca de Calblanque, en la costa de Mediterráneo, al este del monte de las Cenizas.

Solo habían quedado en la casa dos criadas y un mozo de cuadra.

Aguardaba nerviosa, inquieta por la forma en que le descubriría el secreto, insegura ante su reacción y temerosa de que la impresión que sin duda le causaría la noticia se volviera contra mí y de nuevo se alejase. Frente al retrato de Joaquín, que aún permanecía en su sitio en el gabinete de Miguel, me convencí de que lo que a mí me sucediese o cómo reaccionase conmigo era cuestión menor, porque lo importante sería que abandonara su actividad subversiva contra los Zapata. Tenía la esperanza de que, ante mis palabras, dejara de lado esa guerra, y así evitaría que siguiese arriesgando su vida hasta perderla de un mal golpe en una revuelta, si no a manos de un guardia civil o un pistolero. Pues ya había llegado a mis oídos que, muerto Miguelico, el asturiano Samuel, quizá por añoranza o lealtad a quien ya no estaba, seguía apretando el lazo en torno a mi hijo y sus amistades, en particular Jacintico.

Manuel llegó puntual y permaneció un rato frente a la verja de entrada sin llamar, contemplando la elegante sencillez de la fachada. Muchas veces había hecho ese ejercicio de detenerse ante la casa y admirar su belleza de proporciones clásicas, pero jamás había estado dentro.

—Buenos días, Manuel —acudí yo misma a recibirle a la puerta del jardín.

—Hola, madre. Me tiene usted en ascuas.

Sin responder, le invité a que me acompañara. Lo miraba todo con la misma curiosidad con la que yo me enfrenté al decorado de la casa y sus majestuosas proporciones la primera vez que crucé su umbral.

Aun sin saber muy bien por qué, sin haber calculado la razón, improvisé que nuestro encuentro se celebrara en el gabinete. A sabiendas incluso de que Zapata jamás lo habría aprobado.

—Cuánto lujo —se admiró mientras cruzaba la galería acristalada sobre el patio de caballos que conducía hasta el despacho de Lobo y la sala de reuniones frente al voladizo.

—Siéntate —le indiqué, ya en el gabinete, señalando una de las dos sillas situadas frente a la mesa principal.

—Gracias, madre. Estamos en la entraña del lobo, ¿eh? Aquí se conjuga el verbo explotar y se decide cómo hacerlo.

Seguía descubriendo, curioso, los secretos de la Casa Grande. La mesa del gabinete; las paredes con frisos ondulados, al gusto de Beltrí, que cubrían la pared hasta la mitad con madera oscura de pino; el suelo de tablón pulido; la enorme mesa de caoba de la sala de reuniones.

Reparó de pronto en el retrato ovalado de Joaquín Zapata.

—¿Quién es? ¿El Lobo cuando era joven? ¿Un retrato de su hijo Miguel de hace años?

—Es el que murió hace veintisiete años: Joaquín.

El parecido con él era evidente, pero no dio muestras Manuel de advertirlo. O quizá disimulase la impresión.

—Imagino que no me ha pedido que venga para enseñarme la casa.

—Claro. Aunque no sería mala razón, dado que es donde tantos años ha vivido tu madre. Antes de que nacieras ya estaba yo aquí.

—¿Cuál es, pues?

Aunque yo le había llamado, no sabía cómo ni por dónde empezar. Sentados uno frente al otro, en este lugar tan lleno de recuerdos y aún tan vivo, regresé atrás un cuarto de siglo y me dejé llevar por la ensoñación de que tenía delante a Joaquín como nunca había estado, porque jamás estuvimos juntos en otro lugar que no fuera la montaña o la fonda de Esperanza. Le soñé allí, en el gabinete de Lobo, en la figura de nuestro hijo que tenía su misma fuerza en la mirada, su rostro hermoso y varonil, de líneas y proporciones perfectas. Volví a escuchar su respiración, a contemplar sus ojos curiosos asomándose a lo desconocido, que en Joaquín era mi cuerpo y sus rincones, y en Manuel, aquí y ahora, el despacho del patrón contra el que desplegaba toda su energía revolucionaria. Lo contemplé abstraída, embriagada de nostalgia. Solo cuando de nuevo me asaltó el miedo a que me lo volvieran a arrebatarse, regresé a la realidad.

—Quiero pedirte que dejes de poner tu vida en riesgo en esta guerra inútil contra los dueños de las minas.

—No es inútil, madre. Y no es guerra, porque ni hay ejércitos ni es de igual a igual.

—Déjalo, te lo suplico. No quiero volver a perderte.

—No lo hará, y si sucediera, habría de estar usted orgullosa, porque sería luchando por una mayor justicia para todos.

—Contra los tuyos —le dije al fin.

—No, madre, no son los míos. Los suyos quizá, si así lo cree. Pero esta no es mi gente, aunque como yo sean humanos y por mucho que la hayan tratado a usted con respeto y hasta afecto.

Aguardé. Esperé un valor que no llegaba. Volví a temer su reacción por unos instantes, y finalmente me desprendí del secreto como quien suelta un lastre

poderoso, como si en lo hondo de mi pecho se abriera una grieta profunda y liberadora.

—Eres uno de ellos, Manuel. Alfred Sullivan no era tu padre. Te amó y te cuidó mientras vivimos aquí como si lo fuera. Pero te abandonó como un padre no hubiera hecho jamás. Tu madre amó a un Zapata y tú eres el fruto de ese amor. Eres hijo de Joaquín Zapata, nieto de Lobo.

Un silencio espeso, como de muerte, invadió la estancia, la casa, la bahía. Tras unos segundos eternos en los que ninguno pronunció palabra, volví a pedirselo.

—No puedes seguir luchando contra los tuyos. Déjalo ya, Manuel.

Se levantó despacio, miró el retrato de Joaquín y, antes de salir del gabinete, dejándome sola y aterrada, se despidió:

—Ya no importa, madre. Ya es tarde. Aunque fuera mi sangre, aunque de mi familia se trate, no cambia mi lucha ni se atempera el mal y la injusticia que ellos y los que son como ellos cometen. Puede que no sea lo que creía o quien creía ser, pero sí sé lo que quiero y por qué lo busco. Importa el destino, no el origen.

Terminó de hablar cuando escuché en la galería el crujir de la madera y los pasos medidos, de ritmo suave pero firme, de Miguel Zapata. Acababa de llegar.

—Vaya —dijo sin aparentar sorpresa, frío como cuando vio a su nieto por primera vez en Santa Catalina—, reunión familiar. Ya le has explicado, supongo, que esta es su casa.

No reaccioné. Respondió Manuel:

—Sí, don Miguel. Pero eso nada cambia. Mi vida es la misma y yo no varío ni de pareceres ni de objetivos porque la noticia de mi origen en nada apacigua mi sed de justicia.

—Siéntate y no te vayas aún.

Obedeció Manuel y volvió a tomar asiento frente a mí.

Miguel Zapata le ofreció lo que hasta entonces se había negado a considerar en modo alguno: refugio en la familia trabajando junto a él y el doctorcico en La Maquinaria, que no paraba de crecer.

Me sorprendió tanto como a Manuel que hiciera aquello. Lo atribuí a que el tiempo o el cansancio hubieran mellado su obstinada determinación de ignorar a quien era de su sangre. O bien a la certeza de que caería bajo la maldición, y puestos a pensar en un cercano final, nada se perdería concediéndome el regalo de tenerlo junto a mí hasta entonces.

—Porque el hacernos frente no solo no cambiará aquí las cosas, sino que el precio puede ser muy alto para ti y, lo que me duele aún más, como no es difícil suponer, para María.

Manuel no quiso aceptar trueque alguno, ni seguridad ni amparo. Obstinado y distante, como si me culpara del pecado de haber intentado modificar su historia y su destino, abandonó la Casa Grande, que nunca volvió a pisar. Ni siquiera cuando necesitó y tuvo mis cuidados después de aquella mañana, aún lejana, en que una bala



que de aquí salió estuvo a punto de acabar con su vida.

Manuel regresó a La Unión y no compartió su secreto con nadie. Ni Jacintico ni compañero alguno de La Confianza. Tampoco se sintió preocupado por el edicto maldito que afectaría a su sangre, porque, según decía, nunca creyó en esas habladurías de brujas y curanderos. Ni siquiera cuando se vio al borde de la muerte él mismo, inmerso en la historia de aquel tiempo feroz y escondido, porque fue cruel y escapó de las crónicas de la España de entonces y de ahora, cainita y convulsa. Tiempo de guerra desigual, librada en un campo de batalla donde las líneas de defensa estaban solo en uno de los bandos, como él decía, mientras el otro únicamente podía dejarse conquistar o matar a manos del que conservaba un poder cuya fuerza terminó convirtiéndose en razón.

El hambre se asentó en la sierra como una plaga bíblica que habría de señalar el final de los tiempos oscuros en que la maldición fue disponiendo de nuestras vidas.

Tras la muerte de Miguelico, solo la presencia puntual de los nietos de Lobo nos proporcionaba intervalos de cálido afecto con los que compensar la oscuridad de la Casa Grande. La Maquinista siguió creciendo hasta alumbrar la Mancomunidad de Zapata e Hijos, nombre engañoso, puesto que ninguno de ellos seguía vivo para administrar los intereses de una familia cuyo patriarca estaba cada vez más ausente.

El dolor y el fuego de la piel le hacían padecer hasta lo insoportable, y aunque conservaba arrestos y energía para decidir y ordenar, se iba apagando al tiempo que su universo y las leyes que lo habían organizado y mantenido se ahogaban en el curso de una historia que estaba empezando a cambiarlo todo.

Fue la Gran Guerra la que sumió a la Sierra Minera en la crisis más profunda y dolorosa que se vivió desde que en los comienzos del siglo volviera a explotarse la riqueza de su entraña.

El hambre se hizo señora cuando el comercio se detuvo por culpa de la guerra. Dejó de llegar el carbón que movía las fundiciones, y ni el plomo, ni la plata, ni mineral alguno que aquí se produjera abandonó depósitos o minas cerradas, porque no tenía ni dónde ni cómo ir. Solo los más fuertes se salvaron de la ruina. Las calles de La Unión y Portmán, las vías del tren a Cartagena, Escombreras, El Algar, los caminos de la sierra se llenaron de almas en pena buscando alimento, o el regreso a sus hogares de antaño de los más afortunados.

Las carencias y dificultades llevaron también la muerte a la Casa Grande, cuando Antonio Rubio murió de un disparo en la cabeza en el caluroso julio de 1916. Había acudido a pedir a Zapata más plazo para el abono de una deuda que, como tantos otros entonces y siempre, mantenía con Lobo. No lo obtuvo, y un disparo acabó con

su vida en el gran salón de la casa. Lo encontró Ginés, que acudió alarmado al sonido inequívoco de un tiro que escuchó desde el patio de los caballos.

Sobre uno de los sillones situados junto a la chimenea, del cuerpo del partidario manaba sangre como si en su cabeza, que colgaba inerte de uno de los brazos del sillón, brotara una fuente inagotable. En el suelo, una pistola que Ginesico no había visto nunca en la casa ni en poder de ninguno de los guardas de Zapata.

—Avisa a la Guardia Civil —escuchó la voz de Miguel en la puerta de la estancia—. Maldito sea este Rubio malnacido..., no podía haberse pegado el tiro en su casa o en el puerto.

La tragedia recorrió la sierra con la velocidad con que se transmiten las malas nuevas y el añadido de habladuría que a menudo construye las leyendas. En los periódicos se contó al día siguiente el desagradable hecho que tuvo lugar en la Casa Grande, pero quedó en la duda del imaginario popular una cierta idea de muerte provocada, de crimen de Lobo que condujo a la desesperación a su víctima o incluso que alguno de sus guardas hubiera apretado el gatillo. No tengo constancia de que fuera así, como, sin embargo, sí había sucedido varios meses atrás, durante la matanza en Dos Hermanos, en la que casi muere mi Manuel y en la que tengo, si no por cierto, al menos la sospecha de que se ejecutó otro mandato maldito, puesto que allí murió de un balazo Jacintico Villegas.

Sopla el viento de levante en la mañana del 7 de marzo. En la puerta de la Fábrica Zapata en La Unión, Samuel Fernández, el viejo pistolero que ha guardado los intereses y las espaldas de los Zapata desde antes de cumplir los veinte años, y hoy tiene a su cargo la seguridad de la instalación, reúne a sus hombres cuando empiezan a escucharse los gritos de una multitud cansada y hambrienta que se dirige hacia allí desde el centro del pueblo o desde el Llano del Beal, donde los sindicatos también habían llamado a encuentros y asambleas.

—Intentarán asaltar la fábrica, ya lo hicieron en el 98 y casi la queman. No podemos dejar siquiera que se asomen. Disparad a matar si alguno rebasa la verja metálica.

Son media docena y se sitúan en hilera ante el vallado, apenas a un metro de distancia. Cargan fusiles cuando los primeros manifestantes se van concentrando en la puerta frente a ellos.

A la cabeza del grupo, alguien a quien Samuel conoce bien, a quien tiene ganas de enfrentarse. Manuel Sullivan, que así le siguen conociendo y como tal figura en la relación del listero de la mina La Esperanza, donde trabaja desde hace años, cuando perdió la confianza del abogado Manzanares tras una visita de Samuel, se aproxima a la formación de guardas. El propio Samuel le sale al paso.

—No os acerquéis más. Tengo orden de impedir otro asalto.

—¿Acaso nos ves con espíritu violento? Solo queremos hablar con los compañeros para explicarles por qué y con qué fin llevamos en huelga cinco días.

—Nada hay que explicar. Quienes están trabajando aquí dentro saben bien lo que

queréis y cómo lo estáis buscando. Y están dentro porque así lo han decidido.

Sigue soplando el viento tibio de levante. No hay tensión en el diálogo ni el tono de las voces se altera aparentemente por emoción alguna.

—Pasad de largo, Manuel. Hazme caso. Nadie va a atravesar vivo esta línea.

—¿Dispararías a esta gente desarmada? Hay niños, mujeres. Familias enteras que lo único que piden es pan y trabajo.

—No me pongas a prueba, bolchevique. Me conoces y sabes la respuesta.

—Déjame entrar. Solo un momento. Con Jacinto Villegas. Hablo con los obreros y nos vamos.

—Alejaos o abro fuego ahora mismo.

No es una fanfarronada, Manuel lo sabe bien. Retrocede, y tras hablar con los compañeros que con él lideran el grupo al que se han ido sumando hombres y mujeres de otras villas y casas de la sierra, deciden seguir el trazado de la vía del tren y dirigirse hacia ese lugar llamado el Descargador, donde está la fundición Dos Hermanos, de la familia Wandosell.

Dos jinetes salen al rato de la fábrica de Zapata y adelantan a los manifestantes. Samuel es uno de ellos.

En apenas media hora alcanzan la amplia explanada frente a la fundición. Un grupo de hombres armados, que portan los correaes rojos característicos de los guardas de mina, custodia la entrada. No se han organizado en formación como en la fábrica Zapata, pero el grupo contiene a los manifestantes en un punto concreto lejos de la puerta principal.

Jacintico y Manuel, que ha observado cómo Samuel entraba en la fundición y salía poco después acompañado de uno de los guardas, se dirigen hacia quien parece el jefe, que les advierte cuando pueden escucharle.

—No sois bienvenidos, así que seguid vuestro camino.

—Nuestra intención solo es hablar con quienes están trabajando dentro, para informarles de la huelga general y sus motivos —repite Manuel.

—No los tengo yo para permitir tal cosa, ni autorización de mis superiores para que pase nadie.

—Tenemos derecho a informar —dice Jacinto, que hasta entonces guardaba silencio.

—Será solo un momento —añade su amigo.

Duda el jefe de los guardas a la vista de que el grupo ni parece peligroso ni da síntomas de que vaya a tornarse violento y ponerle en dificultades. Envía al interior a uno de sus hombres, que regresa poco después. Habla también con Samuel, que tras un gesto de afirmación vuelve a montar en su caballo pero no abandona el lugar. Permanece en un extremo de la explanada junto al otro jinete que abandonó con él la fábrica de Zapata.

Llega el emisario y es entonces cuando el jefe de los guardas les dice que tienen el permiso del director para poder pasar al interior.

—Solo a informar. No a dar un mitin. ¿Quiénes van a entrar?

—Nosotros —afirma Manuel— y tres compañeros más.

—Aguardad aquí.

Hay movimiento de guardias que entran y salen, mientras el grupo del exterior va creciendo. Ya se cuentan por centenares los concentrados.

Pasa el tiempo y nada sucede. Nadie los invita a pasar, y los concentrados se van impacientando. Hay muchas mujeres y algunos muchachos, sin duda niños de gavia o bocamina. Suben de tono los murmullos y se oyen voces de descontento. La inquietud cede el paso a un aumento de la protesta, y a una presión de la multitud que se acerca a la puerta principal como decidida a entrar. Los líderes, Manuel y Jacinto entre ellos, piden calma y paciencia.

—Vamos a entrar. Tranquilidad. Explicaremos a los compañeros que están dentro por qué protestamos y les pediremos que se unan a nosotros.

De repente, un chasquido seco corta el discurso de Manuel. Luego otro. Es fuego de fusil.

Desde dentro de la fundición alguien ha comenzado a disparar. Se escuchan gritos y escapan corriendo los presentes en todas direcciones. Los guardas se suman a la refriega abriendo fuego contra los que huyen. Hay mujeres, niños y hombres recios de aspecto fiero que tratan de escapar desesperados, presa del pánico y el horror a la muerte. Algunos hombres a caballo, uniformados como guardias civiles, aparecen en la carretera cercana y pronto rodean el grupo como queriendo evitar que salgan de la ratonera en que se ha convertido la puerta de Dos Hermanos.

Se fija Manuel entonces en otro de los jinetes que permanecen sin moverse cerca de la puerta de la fundición. Es Samuel, que en ese momento, en ese preciso instante, carga en la mano su pistola de cachas de madera. El arma que acaso fuese la que apuntó a Visitación, la que mostró todas y cada una de las veces que advirtió, amenazó, exigió y extorsionó en sus largos años de leal dedicación a los intereses de Zapata. La pistola con la que ahora apunta a Manuel, que cierra los ojos, escucha un disparo, luego otro, e inmediatamente siente en el hombro izquierdo una punzada quemante que lo derriba.

A su lado, Jacintico ha caído como si fuera un saco cargado de mineral, pesado y con sus miembros en desorden. Tiene una herida en la cabeza que deja en el suelo rojizo de mineral un charco de sangre espesa y brillante que se va extendiendo a su alrededor. Yace junto a él mi Manuel, que nota, tendido en el suelo, cómo la sangre cálida le alcanza la mano, y siente en lo más profundo la certeza de que su amigo ha muerto y él también puede estar muriéndose.

Oye lejana la voz de Carmencita, pero sabe que lo está soñando, porque desde el día en que enterraron a Miguel Zapata y vomitó ante su padre el reproche por los edictos malditos que se lo llevaron a la tumba, desapareció de la sierra y no había vuelto a verla. Sonidos lejanos de cascos de caballos, gritos, la voz desgarrada de una mujer que llora por su hijo. ¿Será María, mi madre? De nuevo suenan disparos y en el

aire se enciende una lengua de fuego que le abrasa el rostro y las manos ensangrentadas. Otra descarga acaba de alcanzarle y se deja vencer por un sueño indoloro y reparador.

No permitió Miguel Zapata que llevase a Manuel para cuidarle en la Casa Grande. Tampoco quiso escucharme cuando le conté que había sido su fiel Samuel quien había disparado a matar a mi hijo y acabado con la vida de Jacinto.

En Dos Hermanos murieron siete personas, entre ellas dos mujeres y un niño. El silencio y el miedo se extendieron por la sierra. En la calle Mayor de La Unión, el capitán de la Cruz Roja acusó al sargento de la Guardia Civil de dificultar la atención a los heridos y casi llegan a las manos. Volvieron a la memoria los hechos del 98, pero aquí los protagonistas eran otros, pues aunque el doctorcito Maestre seguía administrando el imperio que levantó Zapata, ahora alargaba cada vez más sus estancias en Madrid, donde la política había ya tomado su afán convirtiéndose en su interés principal.

Los cabecillas de la revuelta de Dos Hermanos fueron llevados a juicio y deportados. Manuel quedó ingresado en la Casa de Socorro, vigilado por la Guardia Civil, que mantuvo la orden de detenerlo hasta que Zapata medió. Pero eso sería algún tiempo después, poco antes de que sucediera lo que le obligó a irse. A escapar, por ser más precisos. Y a mí tras él meses más tarde, cuando Lobo decidió irse a morir al lugar donde hoy permanece enterrado.

La violencia y el hambre despoblaron la sierra, o al menos obligaron a salir de ella a miles de personas, lo que ayudó a que se aliviaran los muchos padecimientos provocados por la agonía de la mina, que languideció al cerrarse el comercio internacional. Si permaneció viva fue gracias al latido interior de nuestra España, que aunque convulsa y pobre no entró en el conflicto y siguió viviendo con dificultades pero en paz.

—Se desmorona el mundo, María —se lamentaba el Zapata más oscuro en los años más duros de la crisis, cuando la Gran Guerra seguía castigando sus dominios por la parálisis del comercio y apuntaba a un final quizá lejano, pero para él previsible—. Nada volverá a su cauce, al orden que nos ha permitido vivir como personas en este infierno en el que había que ser el más duro para extraer la riqueza de la tierra que nada nos regaló.

En sus últimos años, en los tiempos de agonía de la sierra y del final de la época que él siempre creyó haber hecho grande, estaba tan convencido de la vigencia de la maldición y de su condena al olvido que ya solo aspiraba a morirse cuanto antes para evitarse al menos la penitencia del sufrimiento.

Pero él seguía vivo. Era Jacinto Villegas Montoya quien había muerto.

Nadie de la Casa Grande asistió a su entierro, ni siquiera Manuel, aún postrado en

cama entre este mundo y el otro. Interpreté, y creo que Lobo lo hizo también, que el disparo que lo había derribado, que el tiro miserable que le pegó Samuel, era un aviso de la maldición y que la muerte de su amigo Jacinto podría ser un designio de los mismos edictos malditos que regían nuestras vidas desde la muerte de Joaquín. Quizá fuera cierto que por las venas de Jacintico corría sangre Zapata.

Solo nosotros parecíamos creerlo, aunque jamás nadie había vuelto a manifestarlo después del entierro de Miguel y la inesperada presencia de Carmencita. Tan inesperada, Dios lo sabe, como lo fue su regreso para el funeral de su hermano.

Carmen Villegas no llegó al entierro, pero pagó una tumba en el cementerio de Portmán y allí llevaron los restos de Jacinto dos semanas después de su muerte en el Descargador. Vino de luto, sin avisar, y me buscó en la Casa Grande apenas descendió de la galera que la había traído de Cartagena.

—Vengo a honrar la memoria de mi hermano y a vengar su muerte.

—Ya no es tiempo de venganzas, sino de lutos y de espera. Este mundo se muere, las cosas van cambiando por sí mismas. Ha habido ya demasiada muerte y sufrimiento, y si hay esperanzas de que por fin aquí rijan otra ley que no sea la del más fuerte y poderoso, no tiene sentido alimentar más odio ni derramar más sangre.

Vestía una falda demasiado corta, justo por debajo de las rodillas, y tan ceñida que parecía que iba a resultarle imposible andar, y se abrigaba con un grueso chaquetón negro que me pareció también impropio de esa época del año en que empezaban ya los calores. Como su sombrero, más cercano a un diseño masculino. Todo en ella era excesivo. Hasta sus maneras. Lo era también su arrebatadora hermosura.

—No me iré hasta saber qué sucedió. Cómo y por qué murió mi hermano.

Visitó a Manuel en la Casa de Socorro y por él supo quién disparó en Dos Hermanos, quién mató a Jacinto.

No volvimos a verla, ni Manuel ni yo. O eso creo al menos. Con él, según me contaría tiempo después, mantuvo una distancia demasiado grande para alguien con quien vivió tanta cercanía, con un trato que algún día pudo haber sido amoroso. Parecía lejana, como de otro mundo, imbuida, quizá, de alguna clase de majestad fruto del éxito que cosechaba no solo en América. Dijeron que iba a ser la estrella de una película de cinematógrafo.

Poco después de su marcha sucedió lo que estuvo a punto de volver a incendiar las calles de Portmán y La Unión con una violencia que habría hecho correr tanta sangre como agua en las grandes riadas que agrietaron la Sierra Minera.

Diluviaba, llovía tanto que al cuarto día de intenso aguacero la rambla de la Boltada no pudo más y el agua arrasó dos casas de arrieros. La corriente arrastró a sus animales y a la mañana siguiente una docena de asnos y mulos flotaban muertos en la playa de pescadores. Entre los cuerpos semidescompuestos de las bestias muertas, el niño Matías Pagán vio flotar una lona de arrieros que parecía contener otro animal muerto. Al acercarse, vio horrorizado que se trataba de un cuerpo atado de pies y



manos. Corrió a avisar a su padre, que con la ayuda de otros pescadores lo sacó hasta la orilla. Estaba hinchado y parecía llevar varios días en el agua.

Uno de los pescadores lo reconoció:

—Es uno de los pistoleros de Zapata.

Tres días antes, dos hombres con las caras cubiertas con pañuelos mineros llamaron de madrugada a su casa, a la entrada de Portmán, cerca de donde vivió y encontraron muerta a la Tía Cañara. Golpearon con violencia la puerta hasta que Samuel, con el entendimiento nublado por el alcohol de esa noche, abrió entre protestas.

—¿Quién coño llama así a mi casa a estas horas? ¿Es que no tenéis decencia ni conocimiento? ¿Sabéis con quién estáis jugándoos los reales?

Lo decía con voz pastosa, como con dificultad. Desconfiado como era, había salido a abrir con la pistola en la mano, pero no le dieron tiempo a usarla.

—¿Eres Samuel el asturiano, el guarda de Zapata?

—El mismo... ¿Qué se os ofrece?

Apenas pudo terminar la frase. Le dispararon con escopetas de caza, un tiro en la cabeza y el otro en el pecho. Sangraba como un cochino cuando lo cargaron en una carreta, y bajo el faro, en la entrada este de la bahía de Portmán, lo arrojaron al agua después de haber atado el cadáver de pies y manos.

Cuando se difundió la noticia de que alguien había dado muerte al pistolero, se desataron los rumores. Deudas de juego, líos por celos en algún café, ajustes de cuentas por sus años con Lobo. No escuché a nadie acercarse a lo que siempre tuve como razón verdadera y encargo de aquella muerte y aquí he dejado insinuado. Tras el estupor y los rumores, algunos de sus compañeros, quién sabe si azuzados por algún que otro señor, aprovecharon para desatar una violenta persecución de los miembros de los sindicatos con la excusa de culparles del crimen. Solo la firmeza de la Guardia Civil detuvo y atemperó los ánimos de venganza que hubieran provocado un auténtico río de sangre.

Una noche Zapata me advirtió:

—Dile a tu hijo que se vaya de la sierra. Si no lo matan antes, irá la Guardia Civil a por él porque le acusan del asesinato de Samuel.

—Pero tú sabes que no es así. Que ni pudo, por estar herido, ni lo hubiera hecho porque es hombre de paz.

—Lo que yo crea o no, no importa. Porque poco puedo hacer más que avisarte para que lo saques de la sierra cuanto antes.

Zarpó a Inglaterra desde Cartagena, después de cabalgar de noche desde la casa de La Unión, donde permanecí a su lado tras abandonar el descanso de la Casa de Socorro. Aún no estaba completamente repuesto cuando inició un viaje de regreso al que tantos años había sido su país, donde lo había abandonado quien él creyó que era su padre, y donde tuvo noticia de mi existencia y volvió para reencontrarnos.

Ahora se me iba de nuevo huyendo de la muerte.

—Tampoco sé si así conjuraremos la maldición, Miguel, y si ha de someterse a ella, evitar su muerte.

—Al menos no lo matarán aquí y ahora.

Ni lo encontraron ni nos preguntaron por él.

Volvió a asentarse en Inglaterra, pero ya nunca más fue el mismo. Recuperó afectos y amigos, conoció mujeres y regresó a la mina. Pero lo vivido en los años de la sierra y la desesperanza que aquí dejó ensombrecieron su natural alegre y afectuoso.

Cuando me uní a él poco antes de la muerte de Miguel, se desmoronaba el mundo de Zapata y de los que, como él, conquistaron la tierra en la que se hicieron ricos. Se le moría el ánimo al Tío Lobo antes de que la vida se le fuese del cuerpo.

No siguió mucho más tiempo atado a sus negocios y vigilando porque se le agotaron las fuerzas completamente. Cuando ya no quiso ni pudo, cuando vio que su final no estaba lejos porque no soportaba los dolores del fuego que cada vez le atacaba con más saña, cuando el doctor Páez le diagnosticó un mal de los hombres que les hace enfermar la próstata, se retiró a la soledad de la vieja casa familiar de La Ribera y allí, según parece, se dejó morir. De nada sirvieron los desvelos de Maestre ni los cuidados que le procuró amorosa su hija Obdulita, que a decir verdad no tuvo el ser rencorosa entre sus defectos. Pocos meses después de que yo partiera hacia Inglaterra para volver a reunirme con Manuel, murió Miguel Zapata, el Tío Lobo de Portmán.

Manuel y yo celebramos felices nuestro reencuentro, pero para esa fecha ya había empezado a invadirle la enfermedad del azufre, que se le agarró a los pulmones y hoy me lo sigue matando poco a poco, dicen que sin remedio porque cada vez respira peor.

Pero yo no lo creo, y por eso estoy aquí. Porque sé que si soy capaz de romper la maldición podré evitar su muerte.

Debo gratitud a Visitación Rubio, de soltera Maestre Zapata, hija de don José y mi Visitica querida, por haberme abierto las puertas de la Casa Grande para encontrarme con sus recuerdos, sus olores y sus silencios después de estos años de tanta lejanía. Ella, vivaz e inteligente como su madre, mantiene este lugar fiel a su historia y lo mima y mejora como hubiera hecho Visitica de no haber sucumbido al nacimiento del pequeño Miguel. Tampoco ellos dan crédito a la maldición, y atribuyen a la casualidad y lo insalubre de la atmósfera de la sierra en los años en que aquí se escribió mi destino, pero no han puesto barreras a mi deseo de resucitar o, mejor dicho, difundir lo que aquí aconteció y cambió nuestras vidas.

Sigue acariciando los sentidos el viento suave de tierra adentro y el sonido metálico de las minas. Hay menos azufre, porque la guerra dejó herida a la sierra y perdió parte de su energía venenosa, pero se aproximan los olores lo suficiente como para trasladarme a los años y las emociones vividas.

Vuelvo a escuchar la música de los salones hoy vacíos, los abrazos de Visitación, sus juegos y los caballos. Ya no está el retrato de Joaquín, que rescató Maestre para las oficinas que La Maquinista abrió en Murcia no hace mucho. Pero acabo de pasar las yemas de los dedos por la madera oscura de las paredes y las deslizo ahora sobre la enorme mesa de caoba donde se sentenció a los cien de la revuelta del 98 y en la que Zapata nos mostró por primera vez aquella ingeniosa máquina de escribir.

El ventanal de la esquina norte concentra la intensa luz que hoy refleja el Mediterráneo, y rompe cualquier atisbo y hasta memoria de oscuridad, de tanta oscuridad como vivimos aquí en los últimos años del Tío Lobo. Vivimos, sí. Mal que les pese a las lenguas venenosas y las habladurías insanas que nos crucificaron porque yacíamos sin estar casados, hoy creo que en algún momento llegamos a ser felices.

Asomada a la enorme cristalera redonda del voladizo —ese que arregló Visi y donde tantas veces me senté con Miguel Zapata—, observo la perspectiva que le gustaba tener a él cuando había de tomar decisiones o dictar sentencias, que bien sabe Dios que llegaron a ser lo mismo. No veo barcos fondeados en la rada, aunque sí movimiento en el muelle del carbón y me recuerdo en la lonja, donde supe de la muerte de Joaquín y se inició la historia que hoy relato. Al recorrer de regreso al jardín la galería sobre las caballerizas, he vuelto a ver a Lobo, Visitica y a la gitana Montoya llevando en brazos a Carmencita el día en que Samuel nos descubrió sin quererlo el verdadero coraje de aquella Visitación Zapata. Y evoco la música que quiso nos rodeara en su adiós, y me transporta, como ha hecho tantas veces, a las

épocas dichosas de fiestas y colores, de modas y frivolidad mundana que llenaban de vida esta casa antes de que tomara aire y nos aplastara la maldición.

Me pregunto si no me están engañando los sentidos. Si la melancolía que me embriaga no se está contagiando de esta intensa luz que entra por las ventanas y borra la verdad de esas otras horas también aquí vividas, las de la crueldad y la sangre, las del repudio y el dolor por la ausencia de los seres amados. El miedo a Lobo, sus burdos atropellos a mi carne en los días de tormenta y soledades en que perdí mi dignidad. O esa larguísima ausencia de Manuel, de tantos años, de tantos cientos de noches, miles de horas en que me devoró la incertidumbre que me hizo encanecer y entregarme al Lobo más hambriento que conocí.

Todo eso es lo que quiero que se conozca. De aquí y de ese mundo de ahí fuera en el que la lluvia penetra la tierra y mata a los mineros; la lluvia que se presenta en los días de luto para recordarnos dónde está el verdadero poder y la fragilidad de nuestra riqueza. Un mundo violento que murió tras la Gran Guerra, aunque algunos de sus restos aún recorran las calles de Portmán o se asienten en las tascas oscuras de los callejones de La Unión.

Aquí amé y aquí se escribió mi destino. El que hoy evoco trayendo a mi corazón y mi memoria a Visitica, a Esperanza, que, ya anciana, sigue atenta a la luna y los maleficios, bruja gitana que dio albergue a los mejores años de mi vida; a la Tuerta, que me parió a Manuel y he de verla en estos días que aquí transcurran bañados en recuerdos y compromiso de darles aire y convertirlos en historia.

Y mi amado Joaquín, el hombre con quien no dejé de vivir jamás. Porque lo peor y lo mejor de lo que de él pude haber sufrido o gozado lo tuve en este lugar y entre estas paredes. Estaba en el Lobo enfermo y endurecido, y resucitó jovial y prometedor en el rostro y los ademanes de mi Manuel, a quien no quiero volver a despedir.

Se me muere, y si me embarqué en tan largo viaje, en el mismo que él realizó para alejarse de mí y volver a encontrarme, es porque quiero salvar su vida, y empezar a hacerlo donde nació, vivió y murió su estirpe Zapata.

## EPÍLOGO

Mi madre, doña María Adra, llamada María la Guapa, solía asegurarme que la Casa Grande estaba maldita. Que solo eso explicaba que tantas desgracias concurrieran en la persona de don Miguel Zapata, que tenía poder para controlar todo en esta comarca, pero no fue capaz de dirigir su propio destino. Y que no había otro modo de explicar el abismo de silencio que fue devorando a su familia.

Cuando lo mencionaba, yo no le respondía. Y sin embargo, entiendo sus razones. Pasa poco más de medio siglo de su muerte y ya parece como si don Miguel Zapata, el Tío Lobo de Portmán, y su obra jamás hubieran existido. Hay muy pocas referencias documentales y apenas algún capítulo suelto o menciones en los libros de historia de la minería en la sierra de Cartagena. Quedó para los coleccionistas la primera plana de un periódico el día después de su adiós definitivo. Y el olvido.

El apellido Maestre se elevó sobre el recuerdo de todo lo demás y así se mantuvo la dinastía, como si se hubiera iniciado en esa Visitación, a la que tanto añoró mi madre hasta sus últimos días, y en Obdulía, cuyos descendientes conservaron y gestionaron en medio de divisiones y guerras de familia esa parte del poder que heredaron en un mundo que empezaba a cambiar y organizarse de otra forma.

En cuanto a mi abuelo, Miguel Zapata, el mismo al que combatí como patrono, él lo tendría todo, pero su apellido, su obra y su recuerdo desaparecerían, como así ha sido. Su paso por la historia ha quedado en silencio, desvanecido para siempre como si jamás se hubiera producido. Presente solo en la memoria de los que difundieron la existencia de la maldición, y en los relatos de leyendas e historias mineras transmitidos de padres a hijos.

¿Cómo es posible que estas páginas de la historia hayan quedado en blanco? ¿Qué ha hecho que Miguel Zapata Sáez, que reinó en la tierra casi como en el cielo, sea hoy un desconocido? ¿Qué explica tan increíble ausencia?

Pudiera ser el deseo de las gentes de apartar de la memoria de la historia a quienes más daño les hicieron, pero ¿no habría quien deseara guardarla desde el rigor o el compromiso con la verdad, alejado de toda afectación personal? ¿No hay historiadores objetivos que repasen aquel tiempo y lo echen en falta?

Todo es extraño. Todo insólito y sorprendente.

En la España pacífica y democrática recién salida de años de opresión franquista, atareada en el empeño ilusionante de la construcción de una democracia plena, nadie recuerda hoy que existió un El Dorado a cuyo reclamo acudieron decenas de miles de personas. Que en este lugar rendido hoy al turismo y a la música flamenca, y empobrecido por el fin de la explotación minera, hubo un tiempo de opresión y desesperanza que pagaron con sangre muchísimos españoles. Una época de ambición

y enfermedad, de violencia y riqueza en la que convivían y se confundían el bien y el mal, como se sobreponen la oscuridad de la mina y la atractiva claridad del mar Mediterráneo o el frío del metal con la tibieza del Mar Menor. Allí reinaba Lobo. Y aunque no creo en supersticiones y soy agnóstico, he de reconocer que tanto silencio alrededor de quien en su día fue decisivo para todos no tiene una explicación razonable.

Salvo que se crea en la vigencia de la maldición y que está en nuestra mano romperla.

A eso se aferró mi madre cuando hace años contraí la enfermedad del azufre, que me produjo una bronquitis crónica y pudo haberme dejado ciego: lo achacó a la maldición de la Casa Grande y pensó que si quebraba uno de sus mandatos desaparecerían los demás. Ignoro por qué llegó a esa conclusión. Pero es lo que me transmitió y no he hecho sino actuar de albacea sin dejar de considerar que podría estar en lo cierto.

Es el sentido y la razón de este esfuerzo de recopilación y puesta en orden de las conversaciones, diarios, anotaciones y documentos pertenecientes a los Zapata, Alfred Sullivan y María Adra, que me entregó ella misma poco antes de morir, contenidos en una abultada carpeta carmesí que aún conservo. Con ellos se ha construido este relato en primera persona porque así quiso ella que viera la luz: como una historia contada como se vivió, con las luces y las sombras, así como con las opiniones, los juicios y las creencias que fueron las suyas y de nadie más.

El retrato que ella hace del Tío Lobo, cuya pasión e inteligencia cambiaron su mundo con la voluntad de los antiguos conquistadores y el talento de los hombres únicos, responde a la verdad de su propia experiencia. Aquel minero tan singular despreció la frontera entre la vida y la muerte hasta que fue demasiado tarde. Abusó de su fuerza para lograr lo que quería, y si bien obtuvo riqueza y poder, pagó por ellos el precio del dolor de cuerpo y alma en vida y la miseria de negar el futuro a su stirpe y su existencia en la memoria de esta comarca.

¿Y no es esa misma ansia, ese abuso, el que deriva tan a menudo en sangre y en olvidados no ya en muerte sino incluso en vida?

Zapata no vio el final de la Primera Guerra Mundial, que barrió de una vez por todas el orden que él contribuyó a construir y mantener, pero murió intuyendo que con ella iba a desaparecer media humanidad y la que quedase viviría en una sociedad degenerada y carente de valores que más pronto que tarde llevaría a otra gran guerra. Se perdería el mundo y también él, convencido de que se cumpliría el último mandato de la maldición que a su juicio había gobernado más de la mitad de su vida. El mismo año de su muerte, millones de personas perecieron por la espantosa epidemia de la llamada gripe española.

Murió Lobo y a aquella Gran Guerra siguió efectivamente una segunda, hemos tenido la nuestra en España, y aquí sigo. Ya soy viejo y apenas me queda vista, pero quiero rendir tributo a la memoria de mi madre dando a conocer esta historia que es

la mía y que espero pueda hacer pública algún día antes o después de mi muerte, que, por lo demás, no debe de estar muy lejana.

El hombre más rico y poderoso de su tiempo murió el día de la patrona de la mar, la Virgen del Carmen, del año 1918. Su cuerpo reposa en un extremo olvidado de la tapia del cementerio de San Javier, bajo un monolito de mármol sin lema y una lápida gris, austera y vacía. Nadie pone hoy flores sobre su tumba.

Mi madre decía que si estos papeles no han visto la luz cuando se cumplan cien años de la muerte de Lobo —en el lejano verano de 2018, si es que el mundo existe tal y como lo conocemos—, será como si Miguel Zapata jamás hubiera existido y la memoria de los míos se habrá perdido para siempre.

Ni lo creo ni lo dejo de creer, no soy quién para sentar doctrina. Pero si a la vista de lo aquí relatado no rescatamos del olvido lo que sucedió y se ocultó a la historia, podremos dar por cierto que la maldición existió y existe, puesto que nos habrá vencido. Y mi memoria y la de mi madre y la de tantos hombres, mujeres y niños que padecieron infortunios indecibles quedarán injustamente olvidadas, y su sufrimiento habrá sido en balde, pues al ser silenciado volverá a repetirse.

Frente a este incómodo palpito de derrota me queda la esperanza de que estas líneas vayan a ser leídas. Que las palabras se lleven el olvido y la maldición se rompa; que la memoria se imponga a la muerte. Y que María Adra, la guapa María, descanse al fin sabiendo que también ella ha vencido.

Manuel Adra  
Spilsby, Lincolnshire (Gran Bretaña)  
Marzo de 1979

## AGRADECIMIENTOS

Esta novela no se habría escrito sin que mi amigo Francisco Bernabé me pusiera tras la pista de Lobo una noche durante el Festival del Cante de las Minas de La Unión cuando él era alcalde. A mi lado, María Dueñas escuchó fascinada la historia, pero tuvo la generosidad de cedérmela. No solo eso. Me facilitó la primera documentación sobre Zapata, Maestre y los personajes principales de este relato: la biografía de José Maestre escrita por José Antonio Lorenzo Solano, cuyos estudios sobre la historia de Portmán han sido también fuente inagotable de información. Arturo Pérez Reverte, buen conocedor del Tío Lobo, me aseguró, ante mi temor de que decidiera él fabular sobre su historia y este relato no llegara a ver la luz, que «uno no elige a los personajes, son ellos los que lo hacen». Lo cual me tranquilizó solo en parte, porque sin bien quedó claro que no tendría que vérmelas con él, me colocaba ante la incertidumbre de averiguar qué clase de relación querría Zapata conmigo.

En este camino conté con el estímulo impagable de Lola Cruz y Javier Ponce, de la editorial Espasa, que aguantaron con paciencia mis primeros escauceos con Lobo, empeñado al principio en larguísimos e insufribles monólogos. Con sus orientaciones y paciente afecto, conseguí encarrilarle y suavizar su incontinenencia. El diputado y profesor de Historia Económica de la Universidad de Murcia, Miguel Ángel López Morell, me orientó en la dirección correcta, además de tomarse la molestia de supervisar gran parte del original de esta novela. Con él y mi hijo Juan, que durmió conmigo al raso entre las Galeras y el faro, me pateé la sierra, desde el Descargador hasta Portmán, y desde Calblanque hasta Roche. Sus hermanas «morsas» quisieron pero no pudieron acompañarnos. Gracias a la mediación de Marcelino Solana me abrieron la Casa Grande sus propietarios, Antonio y Alfonso García. Este último, antiguo minero que se hizo a través de su empresa Portman Golf con gran parte del territorio actual de aquella Sierra Minera.

Aprendí a ordenar la complicada personalidad de Lobo gracias a Reyes Calderón, que me enseñó a hacer esquemas de personajes sobre los que trabajar. Especulando, por supuesto. No hay referencias precisas del carácter de Miguel Zapata más allá del anecdotario popular. Hasta que apareció María. Personaje muy marginal y absolutamente fuera de las crónicas de aquel tiempo, me llegó a través del cronista de La Unión Paco Ródenas, e inmediatamente se convirtió en el hilo conductor. Ella, que fue enfermera y amante del Tío Lobo, es, de hecho, el alma y el corazón de este relato. La vida que de ella se narra aquí responde a la imaginación del autor porque nada hay documentado sobre aquella mujer llamada María la guapa, salvo que acompañó y cuidó a Zapata. En realidad, los personajes reales y ciertas circunstancias históricas se han sacrificado en beneficio de la narración de una historia de amor que



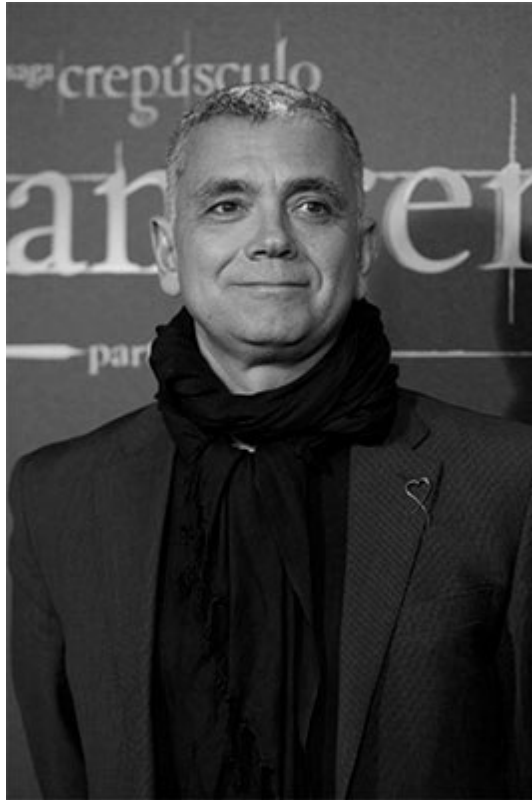
transcurre a través de tres generaciones y la descripción de un tiempo gris y violento en la Sierra Minera de entresiglos.

Compartió conmigo su profundo conocimiento del flamenco y su historia mi admirado Paco Paredes. Y, desde luego, sin la aportación constante y erudita de Juan Ignacio Ferrández, cronista de Cartagena, no habría tenido acceso a las noticias de la época sobre la familia Zapata ni a gran parte de la información que en esta obra se ha utilizado como marco de la acción. El ingeniero de minas Carlos Pelegrín corrigió y precisó los términos más técnicos, y espero haber entendido bien sus sabias orientaciones. Gracias a Idoia Carrillo y a La Manga Club he podido vivir y escribir parte de la novela en la misma sierra en que acontece. Y cómo no citar a María Olivera, que puso su oficio como documentalista al servicio del rigor en la decoración de lo que aquí se ha contado.

Dicho lo cual, y antes de realizar un último subrayado especial en estos agradecimientos, quiero insistir en que lo que en esta novela se relata es una historia o una trama de historias de ficción con decorado real y una ambientación que sí ha buscado el rigor histórico. No es una novela histórica ni tiene pretensiones de ser biografía de nadie, ni siquiera de Miguel Zapata, el Tío Lobo. Los personajes centrales existieron y he buscado aproximar sus caracteres en la obra a lo que de ellos y su personalidad se sabe, pero las circunstancias en las que se ven envueltos son pura invención. Incluso algunos de los hechos ciertos que se relatan han sido cambiados de fecha y se muestran lugares que en el tiempo de la acción o no existían o eran muy distintos.

Lo que sí responde a la realidad y ha sido voluntad del autor reflejar lo más fielmente posible es la atmósfera opresiva y violenta de la Sierra Minera en aquellos tiempos. La brutalidad de los explotadores, la ferocidad de sus sicarios, la imposición de voluntades por encima de la ley, el ambiente de los cafés cantante y la atmósfera insalubre que se respiraba son parte de la historia de este rincón de España que no está en los libros de texto, pero sucedió.

Por último, además de Lola y Javier, a quienes ya he citado, quiero dejar anotada aquí mi eterna gratitud a Palmira Márquez, que me contagió de su entusiasmo en un momento de debilidad, y a mi ya imprescindible editora Maya Granero, que ordenó y corrigió el texto original y a cuya eficacia y entusiasmo debo gran parte de lo que de bueno pueda tener esta primera novela.



Juan Ramón Lucas Fernández, periodista de larga trayectoria profesional en radio, televisión y prensa, es actualmente codirector junto a Carlos Alsina del programa matinal de Onda Cero *MásDeUno*.

Forma parte del Patronato de la Fundación Sandra Ibarra de Solidaridad Frente al Cáncer de la que es, además, secretario general.

Su labor profesional ha sido reconocida con dos Premios Ondas, uno de ellos a toda su trayectoria, un Premio de la Academia de Televisión como mejor presentador, y Micrófono y Antena de Oro por algunos de los programas de radio que ha puesto en marcha.